



HITLER Y EVA BRAUN

Un amor maldito

NERIN E. GUN

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA • BOGOTÁ . BUENOS AIRES • CARACAS • MÉXICO

Titulo original: L'AMOUR MAUDIT D'HITLER ET D'EVA BRAUN

Edición en lengua original:

© Nerin E. Gun - 1967

© Fernando Corripio - 1974

Traducción

© Archivo Gráfico Bruguera, S. A. - 1974

Cubierta

**La presente edición es propiedad de EDITORIAL BRUGUERA S. A.
Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)**

1.ª edición: julio, 1974

Impreso en España

Printed in Spain

ISBN 84-02-03X06-9

Depósito legal: B. 26.471 -1974

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BRUGUERA S. A.

Mora la Nueva 2 - Barcelona 1974

Digitalización: Spirit96 – Noviembre 2004

INTRODUCCIÓN

Pocas horas después de haber sido liberado del campo de concentración de Dachau por los soldados americanos —mis compatriotas— tuve conocimiento de que Adolf Hitler había contraído matrimonio aquel mismo día, 29 de abril de 1945, con una tal Eva Braun. La coincidencia de fechas —que no fue tal coincidencia, pues, como veremos a lo largo de esta obra, el casamiento se celebró mucho antes— nunca dejó de intrigarme, y suscitó en mí una profunda curiosidad hacia Eva Braun, sobre todo porque en el período en que estuve acreditado como corresponsal de guerra en Berlín, al servicio de la Prensa entonces neutral, mi ignorancia respecto a esa mujer era absoluta, y ello pese a mi agresiva curiosidad, que me acarreó el tributo más elevado de los satisfechos por el conjunto de periodistas y miembros del cuerpo diplomático, pues me valió ser internado en Dachau. Un casamiento, aun cuando sea *in extremis*, es un hecho humano. ¿Quién era esa Eva Braun que había persuadido al «demonio de Berlín» a tomar una decisión tan paradójica?

Mas ¿por qué abordar el personaje de Eva Braun? El mundo debiera ya saber todo lo concerniente a ella. Yo mismo he leído más de cinco mil artículos sobre el tema, al que historiadores notorios han aludido más o menos someramente. ¿Se trata, pues, de otra incursión en el periodismo sensacionalista?

La respuesta debe buscarse en el hecho de que Eva Braun ha sido la gran desconocida de la reciente historia del Tercer Reich. Tanto los aludidos cinco mil artículos, como los tratados de historia general o especial que se ocupan del personaje, son sumamente inexactos. Y me permito afirmarlo porque soy autor de varios de esos cinco mil artículos, circunstancia que no deja de avergonzarme, ya que su falsedad es evidente. Ciertamente, podría aducirse en mi favor que en aquel entonces yo era tan sólo un periodista entregado a la investigación superficial de uno de los secretos mejor guardados del régimen hitleriano. Pero los que más contribuyeron voluntaria, intencional y perversamente a la desfiguración de los hechos, y que cabe considerar, por tanto, como los verdaderos responsables, fueron los Speer, los Hoffmann, los Schirach; aquellos que lo debían todo —riqueza, gloria y poder— al hombre que Eva Braun había amado, tal vez equivocadamente, pero con indudable sinceridad.

Speer, por ejemplo, declaró al eminente historiador británico Trevor-Roper: «Eva Braun va a decepcionar enormemente a los historiadores.»

Pero ¿quién era este Albert Speer, al que tanto preocupaba lo que la Historia pudiera decir de los demás? No habiendo sido nunca un verdadero nazi, sólo la ambición le impulsó a unirse a Hitler, quien creyó que lo hacía por razones de amistad. Fue así como, de oscuro arquitecto sin clientes, Speer pasó a convertirse en uno de los hombres más importantes del Reich. Personalmente, no creo en el principio sustentado por los tribunales de Nuremberg, pues no es el vencedor por las armas el que debe juzgar al vencido. Sin embargo, opino que Speer, en su calidad de ministro de Armamento, hizo posible que la guerra se prolongase otros dos años; fue, además, responsable de grandes devastaciones, por lo que su saldo negativo ante la Historia es considerable. A ello hay que añadir el hecho de que Speer era para Hitler algo más que un simple ministro «Es tu único amigo de verdad —había dicho Eva, Braun en el bunker cuando todo parecía ya perdido—, el único que jamás te abandonará.» Y cuando, en efecto, Speer —que realizó el viaje en avión— llegó el último al bunker, Eva salió a su encuentro tendiéndole los brazos, al tiempo que exclamaba, radiante al estrecharle en ellos, como si viera al mismísimo San Jorge adentrarse en el antro del dragón: «Estaba segura de que vendría.

Es usted nuestro amigo, el último de los fieles.» A lo cual contestó Speer, un tanto confuso, que su presencia era sólo momentánea, pues debía partir aquella misma noche, reclamado por sus deberes como ministro de Armamento. Deberes inexistentes de un ministro sin ministerio, cuyas armas y municiones hacía tiempo que no había posibilidad de obtener.

En Nuremberg, y tal vez para influir sobre los jueces, Speer llegó a pretender que había tratado de envenenar a Hitler en el bunker, y con él a esa misma Eva Braun que siempre le consideró como el mejor amigo de ambos y que eligió libremente morir con el hombre al que, a diferencia de Speer, nunca había jurado eterna fidelidad.

Von Schirach, que pudo escapar a la pena capital en el proceso de Nuremberg, probablemente porque su abuela era una multimillonaria americana, pues de otro modo parece incomprensible que un hombre responsable de haber envenenado la conciencia de millones de jóvenes pueda haber sufrido menor castigo que otros inculpados, acaba de redactar unas *Memorias* en las que también él ofrece un enfoque sensacionalista de la figura de Eva Braun, empleada como dependienta en el establecimiento de un fotógrafo, con cuya hija contrajo matrimonio Von Schirach. De esta hija, antaño amiga de Eva Braun, hizo Schirach una «virreina de Austria», mientras que Eva se veía obligada a recluírse en su anónima residencia de Munich. Pero así como ésta se mantuvo fiel a su amante hasta la muerte, la esposa de Baldur von Schirach, en cambio, no sólo se divorció de su marido una vez caído éste en desgracia —y un hombre en la cárcel se siente doblemente traicionado cuando su mujer le abandona—, sino que se entregó a unos amantes de quienes lo menos que puede decirse es que eran el polo opuesto, tanto en el aspecto racial como en las ideas, de todo cuanto Baldur von Schirach se había hecho ardiente paladín.

Vino a continuación la falsedad del diario íntimo, esa obra totalmente apócrifa publicada en 1947 y que —lo proclamo para advertir a los lectores que se hubieran dejado inducir a error por esta patraña, urdida por un actor sin escrúpulos, que redondeó así la experiencia adquirida junto a un dictador al que en vida había glorificado— no tiene absolutamente nada que ver con la presente obra ni con el diario íntimo de Eva Braun —el verdadero—, que yo he descubierto.

De otro lado, una mujer que ha querido ciegamente a un hombre durante diecisiete años —el único hombre de su vida— y que voluntariamente, pese a todos los obstáculos, las advertencias y los ruegos, sigue a dicho hombre a una muerte ignominiosa, no puede dejar indiferente a la Historia.

Pero ¿por qué amó Eva Braun a Hitler? El amor no es una operación comercial en la que se pesan el pro y el contra o se calculan las ventajas y las desventajas, como en un computador electrónico; no, el amor es una pasión. Si para ello hubiese que recurrir a una explicación lógica, en tal caso, dejaría de ser amor.

Entonces, ¿es que al hablar de Eva Braun tratamos de humanizar un tanto la figura de Hitler? No soy yo de los que, en beneficio de una o de varias propagandas, creen en la imagen que nos presentan las películas ramplonas de un Hitler monstruoso, que se dedica a torturar moscas, que muerde las alfombras en sus arrebatos de ira y que obra según el dictado de los horóscopos. Es necesario que lleguemos a comprender que los hombres importantes, los que con una sola palabra pueden decidir la suerte de millones de personas, son siempre seres perfectamente normales en apariencia, padres de familia que cultivan flores y adoran a los animales, cualidades humanas éstas que no evitan en absoluto que sus actos políticos puedan lindar a veces con lo demoníaco.

Por otra parte, ese gran amor de Eva Braun, lejos de humanizar a Hitler, le envilece todavía más, ya que su primera y mayor víctima propicia fue siempre esta mujer que tanto amor le profesaba.

Pero la Historia es una cínica dama que se burla de los valores morales y de los héroes. En su época no hubo en el mundo hombre más vituperado y maldecido que

Napoleón; hoy, en cambio, muchísima gente le admira y se emociona ante su tumba. Durante doscientos años, el nombre de Oliver Cromwell fue proscrito en Inglaterra. En la actualidad, por el contrario, es considerado como uno de sus mayores héroes. No pretendo especular vanamente, ni predecir que llegara el día en que Berchtesgaden se convierta en un lugar de peregrinaje —hoy en día, uno tiene a veces esa impresión—, pero está fuera de duda que Adolf Hitler transformó nuestras vidas y que su influencia sobre la historia del presente siglo ha sido determinante. Aún hoy, apenas ocurre suceso verdaderamente importante en el mundo que no sea una consecuencia de la política o de la guerra desencadenada por Hitler. Esa es la razón por la cual los detalles de su vida privada y sentimental me parecen tan importantes.

Asimismo, me apena comprobar que tanto los historiadores de prestigio como los autores de los artículos aparecidos en revistas de divulgación se han equivocado en este punto. Trevor-Roper admite disculpa por haber escrito su relato con un exceso de premura y atendiendo a testigos poco dignos de confianza. William S. L. Shirer recopiló una gigantesca obra basada en gran parte en material documental. Sin embargo, son los hombres y no los papeles los forjadores de la Historia. De este modo, y por no dar más que un ejemplo, Shirer nos cuenta la juventud de Hitler basándose casi únicamente en un libro de *Memorias* de Kubizek, un amigo de la infancia del Führer. Pero jamás sostuvo entrevista alguna con el tal Kubizek. De hacerlo, habría constatado seguramente que buena parte de dichas *Memorias* eran pura fantasía, como ha quedado ampliamente demostrado por otros historiadores.

Michael Musmanno, por su parte, ha realizado una obra que Truman Capote habría calificado de «novela sin ficción». Tal vez ello se deba a que el señor Musmanno se ha dejado llevar por sus emociones, o bien porque sus testigos, encandilados a la vista de un uniforme de oficial de la Marina de guerra americana —o hallándose vencidos, hambrientos, encarcelados, sin hogar o con la conciencia no siempre tranquila—, eran propicios a impresionarse por bastante menos y con frecuencia contestaban lo primero que se les ocurría. De otro modo, no puede explicarse esa historia de una carta de Eva Braun que la aviadora Hannah Reitsch había decidido romper por estimar que el texto era demasiado pedante. Nadie supo nunca nada de esta misiva, y la propia Hannah Reitsch fue la primera que me lo confirmó varias veces y por escrito. Otro testigo me enseñó la obra de Musmanno, situada en un cajón de su escritorio, y en la que con un lápiz había tachado el ochenta por ciento del texto, anotando al margen: «Falso».

Otro autor, cuyos libros han dado mucho que hablar, se ha referido en fecha reciente a Eva Braun. Incluso trata este tema en cuatro pasajes de su libro *The last battle*, sobre el que pretende haber trabajado varios años respaldado por las mayores empresas editoriales americanas. No obstante, en las cuatro ocasiones se equivoca.

Cierto es que el autor, Cornelyus Ryan, interrogó a millares de testigos (a veces me recuerda a un periodista de un pueblecito americano, que después de un incendio toma tantos nombres de espectadores que se olvida por completo de hablar del siniestro); pero jamás se preocupó, por ejemplo, de entrevistarse con la secretaria particular de Hitler. Cierto también que la cita a menudo; pero como ella misma hace notar: «Se sirve de los interrogatorios a que me sometieron los militares americanos hace veinte años..., pudiendo advertirse que escribe "señora Gertrude Junge". Sin embargo, se me conoció siempre por Traudl, pero los soldados americanos, más protocolarios, habían escrito Gertrude.» La misma Traudl Junge afirma: «Trevor-Roper habla de mí como si yo fuera su hermana..., pero no me he tropezado con él en toda mi vida.»

Todo esto trae a mi memoria un juego de sociedad que el actor americano Jack Paar hizo famoso en la televisión. Una persona cuenta algo al oído de su vecino y éste lo repite del mismo modo a otro. Al final, la historieta ha quedado totalmente transformada. Otro tanto ha ocurrido con Eva Braun. En un determinado momento, alguien, con el propósito evidente de obtener unos cartones de cigarrillos, hizo un relato medio veraz y

medio imaginario, y a continuación los cronistas se limitaron a repetir la historia, añadiendo cada uno algo de su propia cosecha.

Por consiguiente, yo hice lo que en todas esas fabulosas historias no aparece por ninguna parte: acudir a las mismas fuentes, visitando a las personas que habían dicho algo al respecto o proporcionado alguna información. Consulté los expedientes de la policía y los archivos del Registro Civil; visité escuelas, conventos, casas particulares, hoteles, parques y cementerios. Cuando un testigo, me decía algo, le pedía acto seguido una prueba, comprobaba una y otra vez sus declaraciones y confrontaba en ocasiones a la amiga con la amiga, a la hermana con la hermana y a la hija con la madre.

Todo este esfuerzo hubiera sido baldío sin la colaboración activa de aquellos que asistieron de cerca a los hechos relatados. Debo, pues, expresar mi gratitud a las secretarías de Hitler: a Traudl Junge, a la muy hermosa Gerda Christian y a Johanná Wolf; al antiguo chófer Maurice; a otros colaboradores; a los amigos y compañeros de escuela de Eva Braun, y, sobre todo, a su buena amiga Herta Ostermeyer, que por primera vez, después de mucho tiempo, consintió en hablar sinceramente con una tercera persona acerca de Eva Braun. Estoy convencido de que ninguno de ellos ha visto en mí a un canchero, a un enemigo o a un periodista intrigante, sino a un amigo, y que nada me han ocultado acerca de la verdad. Por mi parte, espero que se convenzan de que no he traicionado la confianza que depositaron en mí.

Pero ese cúmulo de esfuerzos, así como el hallazgo, en un rincón olvidado de Washington, de treinta y tres álbumes de fotografías de Eva Braun y de algunas páginas de su diario íntimo, de nada hubieran servido sin la activa colaboración de la familia de la propia Eva Braun, que, tras veintitrés años de silencio, decidió salir de su mutismo. La reserva de sus familiares tenía un fondo humano, ya que durante el mencionado lapso la familia tuvo que asistir, impotente, a la violación del recuerdo de la hija y hermana, a la venta de recuerdos y de objetos íntimos de su pertenencia, así como a la publicación de innumerables panfletos, aparte del famoso «falso diario». Eva fue también vilipendiada por sus propios compatriotas. Debe consignarse aquí que los Braun, todavía hoy, admiten difícilmente que deben pagar el precio —ya que en la vida todo se paga— de los días de opulencia y seguridad vividos en Berchtesgaden.

Para mí constituye un orgullo haber conseguido persuadirles a que sacrificaran algo de su vanidad familiar en aras de la Historia, esa Historia que tantos peligros conlleva cuando sólo se basa en suposiciones. La colaboración de la familia fue total, abriendo para mí las arcas y cajones de su hogar. Ilse Braun se convirtió en una inestimable colaboradora, con la que he contraído una enorme deuda de gratitud. En resumen, todo lo que era humanamente posible saber acerca de Eva Braun ha llegado a mi conocimiento.

Pero no soy ni he sido jamás un Manchester encargado por la señora Jacqueline Kennedy para recomponer la historia de la muerte del presidente. Temo, por tanto, que cuando la familia Braun lea este libro, se sienta, tal vez, decepcionada por haberme otorgado su confianza. Su visión de Eva Braun es la de unos padres que viven un sueño nostálgico. La mía es la del hombre que busca la verdad. Sólo les pido, llegado el caso, que recuerden la única promesa que formulé a cambio de su inapreciable ayuda: la de decir la verdad y sólo la verdad.

Estoy convencido de que Eva Braun solamente hubiera querido que se hablase de este modo de su único y gran amor: Adolf Hitler.

«Un héroe debe ser libre.»

FRIEDRICH NIETZSCH

«Lo peor que tiene el matrimonio es que crea derechos. Resulta más cómodo disponer de una amante. No existen cargas que soportar, y todo es como un hermoso regalo. Esto, desde luego, no es válido más que para los hombres excepcionales.»

ADOLF HITLER

CAPÍTULO PRIMERO

«LA MUCHACHA QUE REÍA CON LOS OJOS...»

«Querido señor Hitler:

»Le agradezco una vez más su maravillosa invitación al teatro. No olvidaré fácilmente esa velada. Le quedo muy reconocida por su gentileza, y cuento las horas que faltan hasta que tenga la dicha de volver a verle. Su

«EVA.»

Una mujer de la limpieza recuerda haber hallado esta carta rota en cuatro pedazos en la habitación de Hitler, en la Prinzregentenplatz, de Munich. Era entonces el 18 de septiembre de 1931.

Esa misma mañana, el descubrimiento de otro hecho distinto hacía aparecer por primera vez en la Historia el nombre de una joven que sería hasta el último minuto la compañera del amo del Tercer Reich.

En el momento en que Eva Braun entraba en la vida de Adolf Hitler, otra mujer decidía abandonar la escena. Esta había sido el primer gran amor del aprendiz de dictador.

Con este presagio sangriento se iniciaría a su vez el amor maldito de Eva Braun, que iba a terminar de forma igualmente trágica algunos años más tarde.

Detengámonos un momento en ese presagio, por lo tanto, ya que sirve para aclarar singularmente el sentido de este libro.

Desde el pie de la escalera sólo se distinguían las piernas de la joven que, inclinada sobre la balaustrada, no cesaba de hacer señales con la mano y de gritar con una voz aguda que había terminado por despertar a todos los vecinos de la escalera:

—¡Hasta pronto, tío Adi! ¡Hasta pronto!

Eran aquéllas unas bonitas piernas; además, la chica trataba de inclinarse lo más posible, se le levantaba la falda y no llevaba más que un ligero vestido, según la tradición bávara, lo que hacía que los hombres que la saludaban se demorasen más de la cuenta, a pesar de los impacientes bocinazos del chófer, deseoso de emprender la marcha antes de que la circulación se hiciera demasiado intensa.

Por fin, Hitler, se acomodó en el largo «Mercedes» negro de faros relucientes, un automóvil de lujo que la fábrica Daimler-Benz había puesto a disposición del que por aquel entonces —17 de septiembre de 1931— no era más que un ambicioso político de la extrema y convulsionada derecha.

El hombre miró una vez más hacia el balcón principal del primer piso, donde se hallaba la muchacha, el mismo balcón que años más tarde adquiriría una importancia histórica ya que desde allí Chamberlain anunció a una multitud delirante que acababa de firmar con herr Hitler el «tratado» destinado a «garantizar la paz de nuestro tiempo». Hitler manifestó más tarde: «Ninguna sabe reír con los ojos como Geli.»

Geli, afectuoso diminutivo de Angela María Raubal, era su sobrina, la hija de su hermanastra, de la que era tutor y sobre la que velaba con el mismo celo de un don Bartolo. La muchacha tenía diecinueve años menos que él y era de una belleza

excepcional, «una princesa que obligaba a la gente a volverse a su paso, cosa muy poco corriente en Munich», según me dijo Emil Maurice¹, el cual, después de treinta y seis años, aún sigue estando nostálgicamente enamorado de ella.

Por lo general, Adolf Hitler solía ascender una vez más la escalera para saludar de nuevo a su sobrina, tal vez por afecto, o quizá para hacerle alguna recomendación, ya que se comportaba como un jefe autoritario con los miembros de su familia. Sin embargo, justamente aquel viernes su mente se hallaba ocupada en los detalles de la mudanza parcial que tenía que hacer a su finca del Obersalzberg, una montaña cercana a Berchtesgaden, y en las dificultades de la gira que se disponía a iniciar y que debía conducirlo hasta Hamburgo. Por si esto fuera poco, tenía escasa confianza en su nuevo chófer, Schreck, que corría excesivamente. Hitler, que no sabía conducir y que nunca se colocó detrás del volante de un coche, prefería viajar a velocidad moderada, a una media «burguesa», y en consecuencia, no quería retrasar la partida con el objeto de no dar a Schreck un pretexto para ir demasiado aprisa.

Además, aquel viernes por la mañana el *föhn* soplaba sobre la ciudad. Este fenómeno climático muniqués consiste en un viento del Sur que alza neblinas, ocultando las montañas circundantes a los ojos de los ciudadanos, y que tiene la particularidad de volver a ciertas personas extremadamente nerviosas. Hitler era una de esas personas, y, según veremos, casi todas las mujeres que llegó a conocer se veían igualmente atormentadas por el *föhn*.

Así pues, Hitler se ajustó la especie de casco de cuero que estaba de moda en aquella época entre los automovilistas e hizo la señal de partida. El enorme «Mercedes» dio la vuelta a la Prinzregentenplatz, en cuyo número 16 se hallaba la amplia residencia de soltero de Hitler, en el mismo corazón de un barrio residencial bastante aristocrático. El inmueble, que hacía esquina, podía ser considerado como lujoso. Posteriormente, y por una de esas ironías del destino, no recibió un solo arañazo de las bombas angloamericanas, que llegaron a destruir las cinco sextas partes de la ciudad.

El vehículo se dirigió hacia el centro de la población con el objeto de tomar la carretera de Nuremberg —aún no existían las *autobahnen*—; algo antes de la salida de la ciudad, Hitler se volvió hacia su compañero, el fotógrafo Hoffmann, y murmuró:

—Ese maldito *föhn*... Noto como un desagradable presentimiento. Será infantil, pero...

No obstante, llegaron a Nuremberg después de un viaje sin contratiempos. El presentimiento de Hitler se refería a un atentado. Tras pernoctar en el Deutsche Hof, y cuando la comitiva se disponía a reemprender la marcha hacia el Norte, un empleado del hotel se colocó en el camino del coche, obligando a Schreck a frenar bruscamente y proyectando a Hitler contra el transportín delantero.

—¡Llamada telefónica urgente del señor Hess! —se oyó decir.

Si Rudolf Hess, el hombre que todo lo coordinaba en el partido, le reclamaba de aquella forma, era que se trataba de algún asunto grave, y más aún porque el empleado del hotel agregó que la llamada procedía del apartamento privado de Hitler en Munich.

—Su sobrina ha sido hallada en su habitación con una pistola, la de usted, en la mano. Su estado es sumamente grave... La policía está investigando —comunicaron a Hitler.

Cuándo éste llegó a la casa era ya demasiado tarde. Los médicos no pudieron salvar la vida a Geli; su cadáver había sido transportado al depósito, y de allí a la capilla ardiente del cementerio.

El periódico de la mañana publicaba la siguiente noticia: «El comunicado de la policía da cuenta de que una estudiante de veintitrés años se disparó un tiro al corazón,

¹ Emil Maurice, compañero de Hitler desde los primeros momentos de lucha, fue después su chófer particular durante cierto tiempo.

con una pistola, en la habitación de su residencia del barrio de Bogenhallsen La desdichada joven, Angela Raubal, era hija de la hermanastra de Adolf Hitler y vivía en un piso del inmueble de la Prinzregentenplatz, junto al que habitaba su tío. El viernes por la tarde, los propietarios del inmueble oyeron un grito, pero no les pareció proveniente de la habitación de su inquilina. Sin embargo, transcurridas varias horas sin que se oyera en la estancia señal alguna, se procedió a forzar la puerta. En el interior hallaron a Angela Raubal con el rostro contra el suelo, muerta. Cerca del diván se encontró una pistola "Walther" de pequeño calibre.

«Todavía no aparecen claros los motivos de semejante acto. Se dice que la señorita Raubal había conocido a un cantante en Viena, pero que su tío le tenía prohibido viajar hasta allí. Otros aseguran que la infortunada muchacha se dio muerte porque debía hacer su presentación como cantante y no se creía capaz de enfrentarse con el público.»

La reseña del *Münchener Neuesten Nachrichten* no está en proporción con la importancia del suceso ni con la notoriedad de uno de los protagonistas del mismo; ello hay que imputarlo, sin embargo, a la circunstancia de que los periódicos de la época considerados como «serios» solían asignar poco espacio a la crónica policíaca.

Maurice me explicó que los nazis ejercieron inmediatamente una fuerte presión sobre los periódicos, a fin de evitar la difusión de detalles desagradables acerca de lo ocurrido. A este respecto se advierte que Geli aparece como inquilina de un piso separado, cuando en realidad vivía en el de su tío y sus habitaciones eran contiguas. La hipótesis de la cantante que se desfonda es puramente imaginaria, pues Geli no soñaba siquiera con aparecer en público, cosa que nunca le hubiese permitido su tío, y por otra parte, no daba en modo alguno la impresión de ser una chica tímida, sino todo lo contrario.

No obstante, me ha sido posible reconstruir los detalles de este suicidio gracias, sobre todo, a las conversaciones que sostuve con Annie Winter, la cual era desde el año 1929, es decir, desde que Hitler alquiló el amplio piso de soltero de la Prinzregentenplatz, la asistente del futuro dictador. Más tarde esta mujer se asignaría a sí misma el título de gobernanta.

«La madre de Geli —afirmó— se encontraba en Berchtesgaden, en el Obersalzberg, y Geli estaba sola conmigo. Casi inmediatamente después de la partida de su tío, ella se encerró en su habitación, diciéndome que no quería ver a nadie... Sin embargo, llamó a una amiga, y la vi escribir algunas cartas...»

Nada se ha sabido de estas cartas; en cuanto a la amiga con la que Geli habló por teléfono, Elfie Samthaber, aseguró que sólo trataron de cosas intrascendentes, de un vestido que habían visto en una tienda y de una velada teatral.

La alcoba donde Geli se encerró estaba amueblada con lujo y buen gusto. Eran muebles antiguos, procedentes de Salzburgo; las cortinas estaban bordadas, y el tono verde pastel de las paredes hacía que cobraran relieve los motivos pintados en los muebles. En el marco de esta decoración no había más que una acuarela representando un paisaje belga, obra del propio Hitler. La habitación se hallaba en el extremo de un pasillo; una pequeña antecámara facilitaba el acceso a la habitación de la madre de la joven y al cuarto de baño. El dormitorio de Hitler, de proporciones más reducidas, estaba en la parte central del piso, cerca de otro cuarto de baño, en tanto que la cocina y la habitación del servicio se encontraban en el otro extremo del corredor y daban a un patio. El salón principal, así como el despacho-biblioteca que comunicaba con dicho salón y con otra estancia, daban a la amplia plaza. El piso estaba profusa y confortablemente amueblado. Había abundancia de sillones, divanes, tumbonas, veladores, cómodas, escritorios, tocadores, relojes de péndulo, lámparas y otros objetos que en realidad eran baratijas fabricadas en serie por talleres de ebanistería que trataban de imitar en los menores detalles el mueble de época, exuberancia ésta que, junto con los tapices orientales —también de imitación—, las pesadas cortinas de terciopelo, las colgaduras de

damasco y las vitrinas atestadas de porcelanas, caracterizaban las ricas moradas burguesas de Munich. Aún hoy, las casas de los que rodearon a Hitler y que todavía siguen con vida exhiben en ocasiones, a título de recuerdo o reliquia, alguno de esos muebles. La señora Winter, que en la actualidad dirige una tienda de antigüedades, y que muestra a veces alguna de las piezas pertenecientes al antiguo dueño si el visitante le parece digno de confianza, me dijo que Geli estaba encantada con su habitación y que en ella pasaba la mayor parte del día, por lo que no encontró alarmante que la muchacha permaneciese tanto tiempo encerrada en la estancia durante aquel viernes fatídico.

«Me dijo ella —afirmó la mujer— que ya no tenía deseos de ir a pasar el fin de semana con su madre en el Obersalzberg, como habían proyectado, en parte porque no poseía un vestido adecuado para la ocasión.»

Geli era una joven distinguida y de gran elegancia, y sus vestidos, que adquiría en Viena, causaban verdadera sensación cuando visitaba Haus Wachenfeld, la finca que su tío había alquilado en los alrededores de Berchtesgaden. Los domingos, cuando acudía a oír misa a la iglesia de Jesús y María, en el centro del pueblecito, todo el mundo, incluso los niños del coro, se distraían durante los oficios, pendientes de su belleza y elegancia.

«Me aseguró que el tío Adi se había negado a comprarle el nuevo vestido y, por consiguiente, a pagarle el viaje a Viena, ya que ella no se vestía más que en Viena o en Salzburgo. Sin embargo, no parecía muy contrariada por la negativa... Solía cambiar tan a menudo de humor...»

La señora Winter abandonó el piso, como hacía todas las noches, para dirigirse a su casa. Una vecina, frau Reichert, que vivía en una habitación de servicio situada en el mismo rellano, afirmó haber oído un estampido sordo y un grito en las primeras horas de la noche.

A Geli le atemorizaba la vieja Reichert, que tenía por costumbre subir y bajar las escaleras del inmueble con un cuchillo de cocina y un trozo de pan en la mano. De hecho, cuando se quedaba sola, y por culpa de la Reichert, Geli se procuraba una de las pistolas de su tío, el cual poseía un verdadero salón de armas y alentaba a su sobrina para que aprendiese a manejarlas.

«Debes aprender a protegerte —le decía él—, ya que vives en casa de un político.»

A la mañana siguiente, de vuelta de su trabajo, Annie Winter comenzó a inquietarse. Llamó con insistencia a la puerta de la joven, que estaba asegurada por dentro con el cerrojo, y, presa de alarma, se decidió al fin a llamar a su marido. Entre los dos forzaron la puerta y se encontraron con un espectáculo macabro. Geli aparecía tendida en el suelo, con su camisa azul de rositas rojas empapado en sangre. Tenía la cabeza apoyada sobre un brazo, mientras que el otro se tendía hacia el diván, donde se encontraba una pistola del 6,35. Se había disparado un tiro al corazón.

Annie Winter llamó por teléfono a un médico y a la policía, pero antes tuvo la precaución de ponerse en comunicación con Rudolf Hess, quien pudo así llegar al lugar del hecho antes que las autoridades, acompañado de Gregor Strasser. La gobernanta, que no carecía de astucia, no quiso dar a la policía —entre cuyos miembros habían adversarios encarnizados de Hitler— ocasión de efectuar un registro, con la consiguiente apropiación de importantes documentos. La madre de Geli, llamada también Angela Raubal, que regresó en la mañana del lunes, sólo llegó a tiempo para ver a su hija ya muerta en el depósito de cadáveres de Munich. El desdichado gesto de la muchacha impresionó a Hitler profundamente. Más tarde, casi todas las mujeres que le amaron con pasión intentaron, de una u otra forma, poner fin a sus días; pero sólo la muerte de su sobrina llegó a pesarle de modo tan abrumador. A tal extremo llegó su desaliento, que en numerosas ocasiones Hitler habló de quitarse la vida. Se aisló por completo, negóse a seguir habitando en la misma casa —«No podría dormir a dos pasos de su habitación»—, perdió el interés por la política y estuvo a punto de renunciar totalmente a seguir adelante

con su «misión». Si así hubiera ocurrido realmente, el gesto de Geli no habría sido totalmente estéril; por el contrario, hubiese salvado la vida de millones de seres humanos... Pero dejemos que Pascal se dedique a filosofar acerca de la nariz de Cleopatra...

Resulta sumamente arduo, y más aún después del tiempo transcurrido, poder llegar a establecer con certidumbre la clase de relaciones existentes entre Adolf Hitler y su sobrina. Durante los años que siguieron, sólo en contadas ocasiones aludió aquél a la muchacha; en cuanto a Angela, la madre de Geli, supo —bien que una madre no sea siempre la persona mejor informada de los hechos— mantener su gran discreción hasta el final. Los demás testigos, ya sea debido a su memoria vacilante, o bien porque tenían gran interés en presentar una versión de los sucesos que les favoreciese, se contradicen entre ellos. Sea como fuere, las antedichas relaciones no eran precisamente las de un tío y una sobrina. Y ello porque Hitler, si bien no se desinteresaba ni renegaba por completo de su familia, como se ha dicho frecuente e injustamente, tampoco mostraba un afecto exagerado por sus allegados. Así, pese al culto desorbitado que rinde a la memoria de Geli, no parece, en cambio, oponer el menor reparo a que, años más tarde, la madre de la joven, su hermanastra Angela, sea prácticamente expulsada del Obersalzberg. Y cuando Leo, el hermano de su bienamada Geli, queda rodeado con el resto del Sexto Ejército en Stalingrado, se niega a decretar su evacuación, favor que otorgará a determinados oficiales y a muchos dignatarios del partido. Más tarde, nunca llegará a establecer una trágica relación entre la muerte de Geli y la de su hermano Leo². Uno de los compañeros de Hitler, Esser, recuerda incluso que después de una reunión de sobremesa en la *stamm-tisch*³ del café Heck, que presidía, como de costumbre, la radiante Geli Raubal, Hitler, ignorando su presencia, o tal vez a causa de ella, condenó abiertamente el nepotismo como algo «peligroso y repugnante». «Napoleón —siguió diciendo Hitler, que nunca perdía una ocasión de compararse con el corso— contribuyó a su propia caída colocando a sus familiares en diversos tronos, al tiempo que les daba poder y riqueza. De este modo, además, se cubrió de ridículo.»

Quando el 5 de septiembre de 1929 Hitler se instaló en su nuevo piso de Munich, hizo venir con él a su hermanastra Angela, que había quedado viuda y que deseaba hacer seguir a sus dos hijas, Angela y Elfriede, estudios de canto y de pintura en Munich. Si Hitler adoptó esta decisión no fue por generosidad fraternal o para retribuir la hospitalidad que su hermanastra le dispensara en Linz, cuando sólo era un estudiante en apuros, sino porque no quería seguir viviendo solo en aquella situación, pues temía compartir su casa con compañeros de aventuras que algún día pudieran abusar de su hospitalidad y traicionarle. En cambio, sabía que podía tener confianza en su hermanastra.

Angela llegó, acompañada de sus dos hijas, poco antes de la Navidad de 1929. Hitler quedó maravillado por la belleza de la joven Geli —que contaba entonces veintiún años, pero que no aparentaba más de diecisiete—, así como por su carácter y sus ansias de vivir. En cambio, su hermana Elfriede o Friedl, aunque más joven y tan hermosa como ella, le dejaba totalmente indiferente. Geli era de estatura aventajada, con un rostro cuyo óvalo traslucía el origen eslavo del padre. «Sus grandes ojos eran un poema —según la describió Emil Maurice—; poseía un magnífico cabello negro, del que se mostraba muy orgullosa.»

Digamos de pasada que Geli se hubiera sentido sumamente mortificada de haber sabido que, andando el tiempo, los historiadores; poco amigos de la exactitud en los pequeños detalles, la describían como una «rubia *gretchen*» Geli estaba muy orgullosa de

² Leo fue hecho prisionero, no reapareciendo a la vida pública hasta 1947. Murió algunos años después.

³ Stamm-tisch: en alemán, peña, mesa de contertulios. (N. del T.)

su ciudadanía vienesa y de su pelo moreno, y desdeñaba a las «estúpidas bávaras rubias». Su acento vienés era delicioso, lo que, sumado a su carácter rebelde y a sus modales impertinentes, la convertían justamente en el tipo de mujer opuesto al preferido normalmente por Hitler, el cual gustaba de las mujeres rubicundas y dóciles, y, sobre todo, esencialmente prusianas.

Desde el primer momento, Hitler mostró adoración por Geli. Ciertamente es que la había conocido cuando era muy pequeña, pero guardaba un desagradable recuerdo de sus visitas a Linz, en casa del matrimonio Raubal, donde el cabeza de familia se mostraba desdeñoso para con el estudiante sin recursos y mal trajeado que era Hitler, que acudía a mendigar unas comidas a casa de su hermanastra.

«Le gustaba salir con ella —me dijo Maurice—; se complacía en exhibirla por todas partes y se sentía orgulloso de estar en compañía de una muchacha tan distinguida, convencido de que se imponía de ese modo a sus camaradas de partido cuyas esposas o amantes tenían casi siempre aspecto y modales de lavanderas. Por increíble que parezca, Hitler salía de compras con ella, aunque la verdad es que no ocultaba su embarazo cuando emergía de un bazar cargado de paquetes en pos de Geli.»

Emil Maurice fue durante mucho tiempo el chófer de Hitler, a la vez que el compañero fiel de las primeras horas. «Seguíamos juntos a las muchachas, y yo iba tras él como una sombra», afirmaba. Maurice fue uno de sus primeros partidarios; había tomado parte en las acciones de fuerza iniciales, y hasta participó en un atentado contra un político izquierdista. Pertenecía a una antigua familia de hugonotes, por eso el rumor que se extendió más tarde sobre su pretendido origen judío, carece de todo fundamento. Hitler y él eran inseparables, y con Geli formaban un trío de novela de aventuras barata. El Führer, que fue toda su vida un casamentero incorregible, pues hasta organizó una boda pocos días antes de su muerte, trató de convencer a Maurice para que se buscara una compañera. «Cuando estés casado, iré a cenar a tu casa todas las noches», había prometido Hitler a Maurice.

«Seguí su consejo y decidí casarme con Geli, de la que estaba perdidamente enamorado, como todos, y ella aceptó alegremente mi proposición.»

Pero cuando Maurice comunicó la noticia a su patrono, se produjo un verdadero cataclismo. Hitler perdió los estribos y llenó a Maurice de reproches. Decidió separarse de él inmediatamente, cosa que debió de resultarle muy dolorosa, ya que le profesaba un gran afecto y era el único chófer en quien tenía plena confianza. Pasó el tiempo y Hitler siguió evitando encontrarse con Maurice, a la sazón convertido en relojero, el cual no fue llamado para compartir la gloria de su antiguo amo y compañero, como antes compartiera los momentos difíciles. Este incidente basta para probar que Geli era para Hitler bastante más que una simple sobrina cuya virtud trataba de proteger.

«La amaba —afirma Maurice—, pero era un cariño singular que no osaba manifestar, pues era demasiado orgulloso para admitir la debilidad de una pasión.»

«Su cariño era el de un padre —manifiesta Annie Winter, por su parte—; no deseaba más que el bien de la muchacha, pues Geli era de naturaleza frívola y trataba de seducir a todo el mundo, incluido Hitler, quien trataba de protegerla.»

El futuro dictador apenas si lograba ocultar sus sentimientos, y algunos de sus compañeros del partido se sentían inquietos en vista de la influencia que Geli había adquirido sobre él. Su amigo Dietrich Eckhart, el poeta que murió en 1923 de *delirium tremens*, escribió en una ocasión unos versos en torno al tema *Un führer debe estar solo*, y al comentar otro día un capricho de Geli, aconsejó a Hitler seguir el precepto de Goethe: «Hay que saber manejar a las mujeres.» Hitler, por su parte, se defendía y protestaba, asegurando que no poseía veleidades matrimoniales:

«No tengo intenciones de complicar mi vida más aún, ni con Geli ni con ninguna otra.»

Pero existía otro motivo para no prestar demasiada atención a la relación entre ambos. Ciertamente es que por ser Geli sobrina a medias, su matrimonio habría sido perfectamente legal, mas Hitler sentía verdadero terror por los matrimonios entre parientes relativamente próximos. Y siendo su hermanastra algo débil de espíritu, no quería correr el riesgo, al casarse con Geli, de tener hijos anormales.

«La amo —parece ser que confió a su amigo el fotógrafo Hoffmann—, pero no creo en el matrimonio. Me reservo el derecho de velar por ella hasta el día en que la muchacha encuentre un marido que sea de mi agrado.»

Así pues, Geli era en cierto modo su prisionera. Hitler satisfacía sus menores caprichos, pero ni siquiera le estaba permitido salir sola a la calle. Cuando iba a tomar lecciones de canto —él admiraba grandemente su voz y tenía gran interés en esas clases—, la hacía acompañar por sus hombres de confianza o por la madre de ella. Geli carecía del derecho de aceptar la invitación a un baile o a una fiesta, y cuando sentía deseos de ir a bañarse al Koenigsee, Hitler se sobreponía a su repugnancia por las actividades deportivas y a su terror por mostrarse ante la gente en traje de baño, e iba a nadar con ella. La hacía vigilar con frecuencia por la policía del partido, y hasta pidió a la señora Winter que le informase acerca de las cartas que recibía.

Cualquier muchacha se hubiera rebelado ante condiciones de vida tan severas, y Geli, en efecto, se rebelaba continuamente. Pero al mismo tiempo se sentía fascinada por Hitler, un hombre extraño al que encontraba atrayente, misterioso y singular, y al que, habiéndose él mismo proclamado inaccesible, decidió esforzarse en conquistar.

«Geli amaba a Hitler —afirma Annie Winter—, y andaba siempre detrás suyo. Naturalmente, su idea era la de contraer matrimonio con él, ya que, además, era un magnífico partido. Pero galanteaba con cualquiera, pues no era una mujer seria... »

No debe concederse demasiada importancia a los juicios de Annie Winter, que se expresa de un modo parecido cuando habla de las demás mujeres que rodearon a Hitler. Tengo la sospecha de que la Winter, que tenía la misma edad de aquél, nunca llegó a perdonar a esas mujeres, ni la indiferencia de su amo para con ella misma.

Pero Geli era amiga de los devaneos, según reconocen todos los que la conocieron, y sus breves relaciones con Maurice demuestran que no era capaz de permanecer fiel indefinidamente a Hitler. Sin duda, como todas las mujeres que conocieron de cerca al dictador, debió sentirse dominada por el atractivo demoníaco de aquel hombre, o si se prefiere, por la hipnótica sugestión que emanaba de él. En una carta enviada a una amiga, Geli habla de «O. A.» (Onkel Adi: Tío Adi) como de una extraña persona cuya acción más nimia, un proceso iniciado por ciertos fondos misteriosos provenientes de Italia, o la administración de una dosis de veneno a un perro pastor —no es extraño que a Geli le impresionase un incidente semejante—, se convertía en un hecho de proporciones wagnerianas, como en la ópera. Geli se sentía también seducida por la popularidad de Hitler, cuando iban al café Heck y sus admiradores le rodeaban y le aclamaban, y las mujeres le besaban las manos. Es muy probable que la joven considerara el casamiento con su tío como un triunfo personal, como un reto a su capacidad de seducción. Sin duda, su madre, que estaba totalmente sometida a Hitler, le habría aconsejado aquella unión, sumamente ventajosa desde el punto de vista económico.

Pero ¿existió realmente el romance, la aventura amorosa? Personalmente, tengo algunas dudas al respecto, ya que Hitler era demasiado reservado para hacer abiertamente la corte a una mujer, sobre todo si ésta era su sobrina, y aunque no carecía de iniciativa en el aspecto sexual, no era de los hombres que se arriesgan a vivir con su amante bajo el mismo techo. En cuanto a Geli, no albergaba semejantes escrúpulos. No debemos olvidar que en 1931, Alemania se encontraba en plena depresión económica y que las costumbres eran muy disolutas, hasta el punto de que las jóvenes muniquesas no dudaban en pasear, con uno u otro pretexto, y en camión de dormir transparente frente a

las habitaciones de los hombres solteros. Pienso yo que Geli, que vivía sola con su madre y su tío —y la vigilancia de las madres en estos casos resulta a menudo totalmente ineficaz—, debió sentirse tentada, más de una vez, a recorrer por la noche el pasillo al que daban las habitaciones, y es posible también que, por muy tío y burgués que fuera Hitler, no supiera, quizá, resistir a una tentación de semejante naturaleza.

Después del suicidio de su sobrina, Hitler vivió varias semanas recluido en la casa de Gregor Strasser, negándose incluso a comer con regularidad y sin departir con nadie. Cuando salió de su retiro fue para dirigirse a Viena, donde su hermanastra había logrado persuadir a las jerarquías católicas para que concediesen sepultura religiosa a su hija. Austria había prohibido a Hitler la entrada en su territorio, pero al fin pudo obtenerse una autorización especial, y el futuro dictador, que se había prometido a sí mismo no volver a Viena si no era en calidad de conquistador, tuvo que regresar sin ostentaciones, impulsado por el amor a Geli, a la capital del país que había abandonado. Dirigióse al cementerio, depositó flores en la tumba de la muchacha, y aquella misma noche volvió a Berchtesgaden, para seguir llorando a la desaparecida.

Anduve indagando el emplazamiento de la tumba de Geli. En los días del Anschluss, se hallaba situada en la parte central del cementerio; pero más tarde, los austriacos, maestros del oportunismo y que remueven hasta las sepulturas para eludir responsabilidades, trasladaron los restos a un rincón anodino; las propias autoridades vienesas llegaron a negar oficialmente su existencia. Pero un cuidador se dejó persuadir, y así pude descubrir la losa de mármol rodeada de tierra oscura, sobre la que aún puede leerse:

«Aquí duerme el sueño eterno nuestra bienamada hija Geli. Era nuestro rayo de sol. Nació el 4-6-1908 y murió el 18-9-1931. Familia Raubal.»

Hitler guardó duelo por su sobrina durante varios años. La habitación de Geli quedó tal como estaba el día de su muerte, y nadie tenía derecho a entrar en ella salvo la señora Winter, que se ocupaba de la limpieza.

«Hitler me pidió que colocase flores frescas una vez por semana», manifestó la mujer.

El futuro dictador iba allí a meditar en las veladas de Nochebuena, con lo que rendía un homenaje a la joven muerta, y continuó fiel a esta cita hasta el momento en que comenzó la guerra. Cuando en 1938, ante la amenaza de un conflicto armado con Checoslovaquia, Hitler hizo su primer testamento, consagró un párrafo entero al destino que había de darse a los muebles que pertenecieron a Geli. «Nadie deberá tocarlos, y habrán de ser devueltos a su madre», decía en el documento, Geli seguía perteneciéndole por completo, puesto que disponía como amo de sus muebles, vestidos y demás efectos personales. Un busto de Geli, obra del profesor Thorak, ocupaba un lugar de honor en la nueva Cancillería de Berlín; además, encargó un retrato de la joven al pintor Adolf Ziegler, cuadro que hizo colocar en el célebre gran salón del Berghof, en Berchtesgaden. Hasta el final hubo siempre flores delante de este cuadro, ante el que Hitler derramó posiblemente algunas lágrimas al verlo por vez primera. El pintor, cuyo único timbre de gloria consistió en realizar este cuadro sobre el modelo de una fotografía, fue nombrado por Hitler presidente de la Academia Alemana de Arte, lo cual le dio derecho a poner a buen recaudo numerosos Picassos, Matisses, Renoirs, Cézannes, Van Goghs y Gauguins...

El partido nacionalsocialista tuvo que ejercer presión para que la policía bávara no investigase a fondo en la muerte de Geli. El suceso dio lugar a los rumores más extraños. El mismo Rudolf Hess no creía en un suicidio, e imaginó que un rival celoso pudo muy

bien haber entrado por la noche en casa de Geli, dándole muerte. Otros hablaban de una ejecución llevada a cabo por las SS. Según otra versión, Hitler, horrorizado ante las posibles consecuencias de un incesto, quiso ahogar el escándalo. La muchacha, según esta versión, se hallaba encinta, y como buena católica que era, se negaba a practicar el aborto. Especulábase sobre el acto desesperado de una joven escarnecida, violada y engañada. Otros hablaban de infidelidad y de que Hitler abandonó a sus acompañantes y regresó solo a Munich, donde, trastornado por los celos, dio muerte a su pérfida sobrina. Durante largo tiempo se especuló con un gran e hipotético amor que Geli tuvo en Viena con un médico, un pintor o un profesor de música, según las distintas versiones. Es probable que la joven tuviera algunos devaneos en Viena, pero difícilmente podía tratarse de un gran amor, ya que su tío la mantenía prácticamente encerrada en su piso. En caso contrario, tal vez se hubiese casado con Maurice⁴.

Resulta difícil explicar por qué una joven de veintitrés años decide suicidarse. No obstante, debemos consignar aquí un incidente que tuvo lugar en la mañana del viernes 18 de septiembre de 1931, poco después de la partida de Hitler.

«Antes de encerrarse en su habitación, Geli me ayudó a poner en orden la habitación de Hitler —me informó la gobernanta—, y advertí que ella rebuscaba en los bolsillos de uno de los trajes de Hitler, donde encontró una carta. Más tarde leí la misiva, escrita a mano en papel azul, que Geli rompió en cuatro trozos y dejó sobre la mesa, bien a la vista, con el propósito evidente de que lo advirtiese su tío.» Esta carta es la que aparece al principio de este capítulo, e iba firmada «Su Eva».

A Geli no le resultó difícil adivinar que se trataba de Eva Braun, aquella mujerzuela que desde hacía meses mariposeaba en torno a Hitler. Este había escrito algo al pie de la carta, pero las frases resultaron ilegibles para la Winter. Geli, probablemente, se dio cuenta, por aquel tiempo, de que esa Eva Braun se le parecía extraordinariamente, salvo que era rubia y que poseía aún más que ella la ventaja de la juventud, pues había nacido cuatro años después.

Ciertamente, ello no es motivo suficiente para provocar un suicidio, incluso en un día de *föhn*, aunque tal vez pueda explicarse el gesto si se tiene en cuenta que quizá creyó la joven que su ascendiente sobre el tío Adi disminuía, que no podría forzarle nunca a contraer matrimonio y que la tiranía del hombre no se realizaba sólo por amor, ya que tenía tiempo para dedicarlo a la tal Eva Braun, sino más bien porque había marcado a la sobrina con su hierro, considerándola como algo privado, de propiedad absoluta.

Nota al capítulo: Eva contó a sus hermanas una versión diferente del suicidio, que a su vez le había relatado Hitler: Geli se había disparado un tiro en la boca, después de haber envuelto el arma en una toalla para que no se oyera la detonación.

CAPÍTULO II

UNA SEÑORITA EDUCADA EN EL CONVENTO

«La pipa en la boca, un jarro de cerveza en la mano y una gata sobre las rodillas», así se nos describe al profesor Fritz Braun, renano de nacimiento, pero muniqués por

⁴ Emil Maurice, de origen hugonote, casado y padre de dos niños, estima que fue un acierto no casarse con Geli, ya que, según él, «le habría arrastrado hacia el abismo».

carácter. Sin embargo, aquella noche el hombre parecía desprovisto de la apacible serenidad que en esa época constituía una cualidad esencial de todo buen burgués. Y es que además de esperar un hijo, le habían prohibido fumar, ya que su madre política detestaba el olor del tabaco y ella era, por el momento, la dueña de la casa, permitiéndose incluso dar órdenes a la comadrona. Por si esto fuera poco, se le había terminado la cerveza justamente a una hora de la noche en que todas las tabernas de la vecindad se encontraban cerradas hacía ya un buen rato. En cuanto a la gata «Resl», irritada por toda aquella agitación había optado por ir a buscar un poco de paz a los tejados de los vecinos.

A pesar de lo avanzado de la hora, reinaba cierto alboroto en las tres habitaciones, pobremente amuebladas, del número 45 de la Isabellastrasse. El niño no terminaba de llegar. La señora Braun había empezado a sentir los primeros dolores del parto muchas horas antes del momento al que nos referimos, bastante después de la medianoche del lunes. En el intervalo, se hizo venir tres veces al médico, pese a las protestas de la abuela Kronburger, llegada especialmente de la provincia de Oberpfalz para aquella ocasión. «No hay razón para inquietarse —aseguraba la anciana—; mi hija es menuda, indudablemente, pero fuerte como un roble, y traerá al mundo un hermoso chiquillo que será médico, como su abuelo.»

En realidad, el abuelo, esposo de la señora Kronburger, no era médico, sino veterinario oficial de la provincia. Lo que ocurría es que para los granjeros del lugar, un veterinario era más importante que un simple médico, capacitado sólo para curar seres humanos, mientras que aquél podía atender a las vacas, y es bien sabido que para un campesino apenas hay cosa más importante que su vaca. Por si fuera poco, era un funcionario que usaba uniforme con charreteras en las que aparecían bordadas en oro las armas reales, y cuando su mujer iba al *cafee-klatsch*¹ de los miércoles, las demás señoras de la sociedad local la saludaban con un respetuoso «frau Bezirkstierärztin».² Hasta el mismo Fritz Braun, como funcionario de poca monta que era, sentíase impresionado por el título y toleraba a regañadientes la presencia de su suegra.

Sin duda, el padre ansiaba un varón, pues tenía ya una hija, Ilse, nacida en 1909, y deseaba ofrendar un chico al buen rey de Baviera. Hasta había elegido ya el nombre, Rodolfo, que extrajo de una novela histórica que aparecía por aquel tiempo en forma de folletín en un periódico de Munich, y que trataba de los trágicos amores del archiduque Rodolfo de Habsburgo y de su amante, la baronesa María Vetsera, muertos a la vez en el castillo de Mayerling. El periódico se encontraba ahora junto al hombre, y éste no había hecho otra cosa que echar una ojeada a los titulares de aquel ejemplar del 6 de febrero de 1912. Papá Braun no se interesaba por la política.

En consecuencia, no prestó demasiada atención a las noticias: un grupo de intelectuales ingleses había lanzado un conmovedor manifiesto en favor de una paz permanente, proclama que no impedía a los italianos el hacer la guerra a los turcos en Tripolitania, en el Egeo y hasta en el mismo mar Rojo, donde su flota acababa de bombardear el puerto otomano de la costa del Yemen. El kaiser Guillermo II hacía público, en un discurso ante el Reichstag, que la flota alemana iba a transformarse en la más poderosa del mundo, al tiempo que, también en Alemania, se había puesto a punto un motor de combustión interna que convertiría a los acorazados germanos en los buques de guerra más rápidos de la tierra, haciendo que los navíos de línea de las demás potencias semejaran viejos pontones inservibles. También hablaba de los nuevos modelos de aviones alemanes, capaces de destruir París. Por su parte, los socialistas habían ganado cierto número de escaños en el parlamento bávaro a expensas de los clericales, que, a pesar de todo, seguían conservando la mayoría. Los Estados Unidos acababan de

¹ Reunión semanal de damas en torno a una mesa de café

² «Señora esposa del veterinario».

reembolsar veintiocho dólares con diez centavos al emperador alemán, probando de ese modo su simpatía hacia Berlín. Igualmente, se hacía referencia a un tal Grigori Rasputín, que dio lugar a un escándalo en la corte del zar.

Pero la noticia más singular era la que aludía a un nuevo baile, el *Turkey-trot* o «paso del pavo», que tanto en Londres como en Nueva York y Berlín había sido prohibido en todos los salones distinguidos por considerarse totalmente escandaloso.

La criatura nació a las dos horas y treinta y dos minutos de la madrugada, mientras en el exterior, según informaba luego el mismo *München Neueste Nachrichten*, caía una lluvia fina, triste y persistente, que se prolongó por espacio de varios días. Fritz Braun sostuvo en sus brazos el cuerpecito ligero como una pluma, y la niña —pues era una niña— quedóse dormida casi al momento. Entonces fueron a despertar a la pequeña Ilse, que de ese modo se convertía en la mayor, y que en seguida prometió velar por su hermanita durante toda su vida.

Fritz Braun, evidentemente, se sintió un poco frustrado en su ilusión y a la vez desasosegado. Su esposa provenía de una familia en la que no habían más que muchachas —cuatro hermanas en total—, y el hombre se preguntaba si su esposa no iría también a echar al mundo sólo hembras. De todos modos, se hallaba demasiado nervioso para acostarse, y se puso a confeccionar con mano febril una lista de los Braun dispersos por el mundo y a los que debía apresurarse a dar la noticia.

Estaban los Braun de Tubinga, Stuttgart, Alsacia, Schwabische Hall y Silesia; los Braun de Caracas, cuyo abuelo, Ernst, emigró en 1890, y estaban también Gustav Júnior, Gordon, Josef La Mar, Leonora Ottley, Beverly Cártter y Annebel Masterson, todos ellos residentes en Ogden (Utah, Estados Unidos), y que eran hijos del emigrante Gustav Braun. También se contaban entre los familiares John Hahn, de San Francisco, oficial de la Marina americana e hijo de Marie Braun, que había abandonado Stuttgart para ir a contraer matrimonio al Nuevo Mundo; había que incluir, además, a Willi y Erich Alber, sobrinos de Fritz Braun, como hijos que eran de su hermana mayor, Marta, también emigrada a un barrio periférico de Hoboken, al otro lado del río que baña la ciudad de Nueva York, y que eran, por consiguiente, primos hermanos de la recién nacida.

Más tarde, algunos chuscos afirmarían que el nombre de Braun³ era un simple seudónimo elegido por la favorita de Hitler para simbolizar su entrega a la causa. En efecto, las camisas, al igual que muchos otros elementos del movimiento, eran «pardas». Lo cierto es que, a pesar de las numerosas preguntas que formulé a los que vivieron junto a Hitler, y tras haber examinado con todo detenimiento el texto de *Mein Kampf*, no pude hallar la menor explicación lógica al hecho de haber optado por ostentar ese color. La idea de utilizar camisas de un determinado color, como uniforme de un partido de acción, corresponde a Mussolini, quien a su vez la había tomado de los «Arditi», unidad especial de voluntarios de la Gran Guerra. El mismo Hitler admitió que consideraba esencial la elección de un color que simbolizase una idea política, ya que sólo de ese modo se podría impresionar a las masas. Personalmente, hubiese preferido utilizar el rojo, pero los comunistas se habían anticipado a su deseo, al igual que Mussolini con el negro. El blanco resultaba muy afeminado y más bien realista; el azul era el color nacional bávaro y, por consiguiente, demasiado regional. «Quizá el Führer no disponía ya de más colores —explicó la ex secretaria de Hitler, la siempre hermosa Gerda Christian— y se vio obligado a elegir el pardo, el único no utilizado. Era, no obstante, un color práctico, adecuado para gentes que tenían que estar siempre en la calle y pegarse al suelo para escapar a la policía. El pardo no se mancha con facilidad.»

Creo recordar, sin embargo, que la explicación oficial del partido en 1939 era que el pardo simboliza el color de la buena tierra germánica. Sea como fuere, el caso es que la familia Braun nada tiene que ver con todo esto. El fundador de la dinastía nació en julio de

³ Braun: en alemán, pardo (N. del T.)

1617. Se llamaba Kaspar Braun y era consejero municipal y propietario de la taberna El Sol, de Tuttlingen. Cabe preguntarse por qué ostentaba ese apellido. Una hipótesis es la de su pertenencia a una hermandad cuyo estandarte era de dicho color. Uno de sus descendientes, Johann Martin, cuyo principal mérito parece haber sido el tener cuatro amantes, recibió un título de nobleza en 1790, pasando a convertirse en un Von Braun. Wernher von Braun, padre de las célebres «V-1» y «V-2» que, dirigidas sobre Londres, ocasionaron la muerte de tantos niños inocentes durante la Segunda Guerra Mundial, y que más tarde contribuyó tan poderosamente al lanzamiento de las unidades espaciales americanas, parece estar unido por relaciones de parentesco con este Johann Martin Braun.

¿Cómo iba a llamarse la recién nacida? No siendo posible bautizarla con el nombre de Rodolfo, parece que hubiera debido llamarse María, como la baronesa Vetsera del folletín histórico del diario. Además, eran varias las hembras de este nombre en el seno de las respectivas familias. Sin embargo, Fritz Braun buscaba ahora otra cosa. No deseaba un nombre demasiado católico. Por su matrimonio, y siendo luterano, tuvo que prometer educar a sus hijos en el culto católico, condición esencial en una ceremonia religiosa de este tipo, exigida, además, por la familia de su esposa, católicos estrictos y piadosos. Pese a su apariencia de *biedermann* (hombre de bien), Fritz Braun era a veces un tanto tozudo y detestaba que le impusieran condiciones. Por otra parte, y como maestro de escuela que era, albergaba sentimientos anticlericales y no compartía la idea de educar a sus hijas en un colegio religioso. Como compensación, y puesto que nada en su promesa se refería al nombre que debían ostentar sus hijos, exigió que su hija mayor fuera bautizada Ilse, un nombre verdaderamente luterano, y anunció que abandonaría la capilla si el sacerdote seguía oponiéndose. He aquí por qué dejó de lado el nombre de María y se decidió por el de Eva, que simbolizaba también el eterno femenino.

Pero cometió el error de no consultar el santoral de su mujer, y siendo Eva un nombre católico, su hija le reprocharía más tarde aquella elección. En efecto. Santa Eva, al menos en Baviera, cae uno o dos días antes de Navidad, y como en esa región lo que se celebra es el santo, y no el cumpleaños, Eva se veía sistemáticamente privada de aniversarios y de regalos. Tanto parientes como amigos, bien fuera por economía, avaricia o despreocupación, hacían coincidir ambas fechas, con gran desesperación por parte de Eva, quien, como ya veremos, llegaría con la edad a prestar una importancia extremada a sus prerrogativas, sobre todo en materia de obsequios y regalos.

No obstante, la chiquilla creció en un ambiente de novela rosa. Los esposos Braun estaban muy cerca de ser lo que entonces se consideraba como un matrimonio perfecto. Pese a que los modestos recursos del joven funcionario se vieron puestos a prueba con la llegada de esta segunda hija, la familia no carecía de nada.

Antes del casamiento, la esposa, Franziska Katharina Kronburger, a la que llamaban Fanny, era una joven de grandes aptitudes deportivas, y siendo todavía adolescente había ganado un campeonato de esquí, lo cual representaba una verdadera hazaña en aquel año de 1905. La muchacha nadaba también admirablemente y las gacetas del lugar encomiaron en una ocasión un salvamento del que fue heroína. Por otra parte, su belleza tuvo que ser extraordinaria, ya que aún hoy día, a los ochenta y tres años (nació el 12 de diciembre de 1885, en Geiselhoering, Oberpfalz), asombran al visitante la finura de rasgos de su semblante, sus piernas de muchacha y la vivacidad y presencia de ánimo que trasluce.

Su padre la había enviado a Munich para que aprendiese un oficio, «como medida de economía» al decir de él. «A Fanny le gusta vestir bien, y de ese modo podrá confeccionarse sus propios vestidos.» Así pues, la joven se puso a trabajar en un taller de costura, al tiempo que vivía con sus tres hermanas. Probablemente, el verdadero motivo fuese la caza de marido, dilema bastante difícil de resolver en la región natal, donde sólo

se alternaba con modestos granjeros Esta estancia en Munich fue para Fanny muy ventajosa.

«Yo llevaba apenas quince días allí —me contó la madre de Eva Braun, hilvanando sus recuerdos ante una mesa del hotel Ruhpolding, donde estaba desayunando después de la misa del domingo— y mis hermanas me propusieron festejar mis flamantes dieciocho años en el café Peterhof, el que está enfrente de la Alcaldía Un joven me sacó a bailar, y al cambiar algunas frases, comprobé que casualmente se dedicaba también a esquiar, por lo que me invitó a salir en su compañía el domingo siguiente. Fue algo divertido, pero sin mayor importancia. Pero he aquí que una semana más tarde, mi padre, el "herr Oberbezirkstierarzt",⁴ se presenta en Munich con el aire pomposo de las grandes ocasiones, extrae una carta del bolsillo y nos dice que cierto señor Braun le ha escrito pidiéndole a su hija en matrimonio. "¿Qué significa eso?", nos pregunta a mí y a mis hermanas.

»Le miramos estupefactas. Para una muchacha, la palabra casamiento tenía en aquella época algo de mágico. Significaba emanciparse de la tutela familiar, sumergirse en un mundo misterioso del que sólo se hablaba a media voz en el colegio, la seguridad de no tener que trabajar doce horas diarias en una tienda fría y mal iluminada, y, en fin, suponía el derecho a disfrutar del título de *gnädige frau* (distinguida señora) con que nos favorecía la fortuna...

»Mi padre preguntó entonces: "¿Quién es él?" Ante nuestra incertidumbre, añade: "No seas tonta, Fanny es a ti a quien ha solicitado... Yo estoy de acuerdo, ¿y tú?"

»Mi padre me hacía una pregunta simbólica, ya que no toleraba oposición alguna. Así pues, tuve que volver inmediatamente a casa para guardar las apariencias, y Fritz se vio obligado a tomar el tren todos los domingos para venir a hacerme la corte. Nos casamos el 27 de julio de 1908, y yo vestí en aquella ocasión el traje de bodas de mi abuela, que conservé cuidadosamente desde entonces con la idea de que lo utilizase mi hija Eva.»

Aquel matrimonio duró cincuenta y seis años. Fritz Braun murió el 22 de enero de 1964, en Ruhpolding, y su esposa se quedó allí para estar cerca de su tumba.

«No hubo una sola sombra en todo ese tiempo; ni un enfado —me aseguró Franziska Braun—, y eso a pesar de la prueba que significaron las dos guerras mundiales, dos depresiones financieras, dos inflaciones y los años catastróficos que siguieron al hundimiento nazi. Fritz fue el único hombre de mi vida. Jamás besé a otro y nunca tuve el menor devaneo. Estoy segura de que tampoco él se interesó por otra mujer que no fuera yo.»

La muchacha tuvo que tomar lecciones de cocina, y él, renunciando a su carrera de arquitecto decorador —extraña coincidencia, ya que Adolf Hitler también quería ser arquitecto—, aceptó convertirse en funcionario, pues en aquella época, para poder fundar una familia, había que tener una ocupación «seria».

A Fritz Braun le gustaba la buena mesa, y al principio los modestos ingresos de la pareja se vieron casi totalmente absorbidos por los gastos de alimentación. Más tarde, Franziska realizó sus compras en los barrios populares o en casa de los granjeros, y con las economías se hacía hermosos vestidos copiados de las revistas de moda. Confeccionaba adorables falditas campesinas para sus hijas, y la pequeña Eva estaba con aquel atuendo tan bonita como una muñeca.

En efecto, rubia, al igual que su madre, Eva o Effie tenía las mejillas sonrosadas y una risa que alegraba la casa, por la que correteaba como un diablillo. Más tarde sabremos que en el horóscopo de Eva Anna Paula Braun, el sol entraba en Acuario, Venus en Capricornio y Saturno en Tauro. Todo ello presagiaba grandes acontecimientos, pero mamá Braun no se preocupó jamás de horóscopos ni de buenaventuras. Había ya

⁴ Veterinario de distrito.

decidido el futuro de su hija: sería una gran modista con un salón en Berlín, cerca del castillo del kaiser.

Este, por su parte, decidió un buen día declarar la guerra a sus enemigos, y Fritz Braun fue enviado, con el grado de teniente, al frente de Flandes. He tratado de averiguar si su camino se cruzó con el de Hitler —sólo diez años de diferencia separaban a los dos hombres—, puesto que este último combatió en Bélgica durante casi toda la primera gran contienda; pero siendo ambos personajes de escasa importancia, pocas fueron las huellas de sus andanzas por los campos de batalla.

La señora Braun y sus tres hijas —Margarethe, llamada habitualmente Gretl, nació tres años después que Eva— conocieron, como todo el mundo, las privaciones, pero supieron aceptar su suerte con gran resignación y solidaridad. La madre confeccionó uniformes para el ejército y pantallas para lámparas de mesa. Tuvieron, asimismo, que despedir a la criada y tomar un pensionista. Ilse, la mayor, se ocupó de las pequeñas con solicitud maternal. Jugaban juntas a las muñecas y a veces interpretaban cuentos maravillosos, en los que Eva era la princesa encantada, y el gato, su príncipe encantado.

Como la mantequilla andaba escasa, la madre untaba el pan con tanto cuidado que no era fácil adivinar si las rebanadas estaban secas o no. Y cuando una de las hermanas se quejó de que no sabía si su pan tenía mantequilla, Eva le conminó en dialecto bávaro:

«Pon la rebanada contra la luz, y si ves que brilla, es que tiene manteca.»

Esta observación de verdadera niña prodigio, en la que hay que descubrir el notable humor que encierra, se convirtió en una frase clásica en el hogar de los Braun. Salía a relucir en las fiestas de familia, y hasta se la citó más tarde, en los salones de Berchtesgaden.

Debido a los problemas de la alimentación, Eva pasó a vivir, desde que estuvo en edad escolar, a casa de sus abuelos maternos, aprendiendo las primeras letras con las monjas de un convento cercano. De aquellos días ha quedado una fotografía. Las hermanas sólo recuerdan que Effie era muy glotona y que devoraba su postre y el de las compañeras. Cuando el padre volvió del frente, Eva regresó a Munich y comenzó a frecuentar la escuela elemental. Uno de sus maestros, que vive todavía, afirma que se acuerda de ella: «Era una chiquilla revoltosa —manifiesta—, siempre distraída en clase y que jamás se sabía las lecciones; destacaba en gimnasia, en la que ocupaba el primer lugar de la clase. En las restantes disciplinas era una medianía, y aunque perezosa, como no carecía de inteligencia, se desenvolvía satisfactoriamente.»

Pero Eva era también una niña caprichosa. En una ocasión, su madre, para castigarla por su tozudez, le sumergió la cabeza en una palangana llena de agua fría. Todo fue inútil; tuvo que dejarla, pues la pequeña no habría cedido ni de aquel modo. El padre era aún más rígido, y Eva recibió más de una azotaina por hacer novillos. Pero los castigos no surtían efecto y volvía a las andadas sin la menor vacilación. Nunca hacía los deberes, y sólo por la mañana, mientras se componía, echaba un vistazo a las lecciones. Su hermana recuerda todavía cómo Eva, arrodillada ante una silla, escribía con una mano su composición de inglés mientras se peinaba con la otra los rubios cabellos.

Sin embargo, no todo eran reprimendas, y economizando de donde podía, la madre compraba juguetes para sus hijas, las llevaba a ver operetas, al teatro y, más tarde, al cine. El padre, a pesar de su aire inflexible y de sus teorías pedagógicas, adoraba a las niñas, sobre todo a su «Evamierl», y en una ocasión construyó para ella toda una casa de muñecas en miniatura, con sus muebles e inclusive los utensilios de cocina. Esto le supuso seis meses de trabajo, aproximadamente.

Cuando Eva tenía miedo de que descubrieran alguna de sus travesuras, trataba de evitar una azotaina o pretendía salvarse de alguno de los potingues de aquellos días de guerra, como el puré de rábanos o la sopa de avena, fingía sentir un gran dolor de vientre. Como el truco le dio resultado desde la edad de cuatro años, lo repitió luego indefinidamente, por lo que la veremos quejarse siempre de su estómago delicado. En

vano el doctor Morell trató de diagnosticar la enfermedad. Hitler se sentía aterrorizado cuando Eva padecía una de estas crisis gástricas, y hasta ella misma llegó a creer en su dolencia. En realidad, Eva poseía una salud a toda prueba y ni siquiera sufría las jaquecas que con tanta frecuencia suelen aquejar a las mujeres.

La situación financiera del matrimonio Braun mejoró sensiblemente, y hacia 1925 se trasladaron a un amplio piso situado en la segunda planta del 93 de la Hohenzollernstrasse. A pesar de las bombas, la casa, convenientemente reparada, sigue todavía en pie. En la actualidad, la que fuera morada de los Braun, da la sensación, tanto por sus dimensiones como por la situación, de ser una buena vivienda burguesa.

Las tres chiquillas se transformaron en tres adolescentes dedicadas a sus estudios de música y pintura. Tomaban, asimismo, lecciones de baile y asistían al liceo de la calle Tang. También comenzaban a interesarse por los muchachos. La familia pudo tener de nuevo una criada, y habiéndose marchado el pensionista, les fue posible recibir visitas. Campea la alegría, menudean las diversiones, las charlas en las escaleras, y en todo el barrio se habla de la *drei Mäderln Haus* —la casa de las tres muchachas—, una expresión tomada de las composiciones de Franz Schubert.

Ilse, que sentía verdadera pasión por la danza, estaba siempre tratando de organizar bailes; pero los muchachos, algunos de los cuales andaban todavía con pantalones cortos, se mostraban tímidos en su mayoría y preferían asistir a las representaciones teatrales que Eva ponía en escena, con la ayuda de discos y de viejas telas que obtenía en el desván, con las que confeccionaba fantásticos decorados. El precio de la entrada era un «brasileño», especie de rosquilla rellena de chocolate, que gustaba sobremanera a Eva. «Siempre quería que le llevaran golosinas», declara Hans, un amigo de la infancia que aparece en una foto de un álbum de Eva, con la mención: «Mi primer galán.» Hans es hoy director de una acería.

«Eva era lo que los americanos llaman un *tomboy*, un chico frustrado —me confía el actual propietario de un garaje de la Hohenzollernplatz, que fue compañero suyo en los días del colegio secundario—. Celebrábamos encuentros de *deutschball* en la misma plaza⁵. Eva no cesaba de moverse y se revolcaba entre el polvo lanzando gritos desaforados. Cuando al llegar la hora de la comida su madre la llamaba desde el balcón que daba a la plaza, la mujer difícilmente podía reconocer a su hija en aquella figura recubierta de tierra. Se pregunta uno si Eva comenzaría ya a tener pequeños romances. Nada de eso. Estaba demasiado ocupada con sus juegos y sus breves representaciones teatrales para pensar en otra cosa... Además, era demasiado redondita, al menos para mi gusto.»

«Una vez —agrega Hans, su antiguo y juvenil galán— me disponía a estrenar una motocicleta que me habían regalado. Conmigo se hallaban Inge —una amiga—, Eva y Herta Ostermeyer. Guardo incluso una fotografía de aquella ocasión —añadió, al tiempo que me enseñaba la foto que Eva tenía en su álbum—. Pero he aquí que, mientras estaba hablando, la loca de Eva se aprovechó de mi descuido, puso en marcha la moto y salió a escape por la avenida arriba, mientras yo corría detrás de ella. Eva no sabía conducir, pero no era ella, ciertamente, la que me inquietaba, sino mi moto nueva... No obstante, volvió sin daño alguno, lo mismo que la moto, y como si nada hubiera pasado, aseguró: "La motocicleta no es una cosa elegante. Prefiero los coches de lujo".»

Sus padres habían hecho de ella una buena esquiadora, pero en lo que más sobresalía era patinando. Una vez anunció incluso que tenía intención de participar en los Juegos Olímpicos, sobre todo cuando se enteró de que los atletas viajaban por cuenta del Comité. Nadaba horas y horas y, a pesar de las prohibiciones paternas, no vacilaba en alejarse a considerable distancia de la orilla del lago de Starnberg.

⁵ El *deutschball* es un deporte muy en boga entre los escolares alemanes, y que consiste en darle a una pelota de cuero con pesadas paletas de madera, cuando los jugadores no están de acuerdo, se golpean con las paletas, lo que explica la popularidad del juego.

Los archivos del colegio secundario demuestran que Eva Braun obtuvo su diploma con profusión de buenas notas. «Era una chica tremenda, que andaba siempre mezclada en cualquier desorden que se formaba en clase; pero era inteligente, rápida de comprensión y tenía iniciativa», me dijo su antigua profesora, fraulein Heidenaber.

Cuando no tenía más remedio que quedarse quieta, Eva leía las novelas del Oeste de Karl May, escritor alemán especializado en el género. No sentía ningún interés por las novelas rosas, y un profesor le había inculcado una fuerte afición por las obras de Oscar Wilde. Siempre tenía con ella un volumen de este autor, e incluso lo llevó más tarde al Obersalzberg, a pesar de que Hitler había prohibido la difusión en Alemania de los libros de Wilde. A diferencia del entusiasmo de su madre por la ópera, Eva prefería la música de jazz y las operetas americanas. Su actor cinematográfico preferido era John Gilbert. El cine hablado aún estaba en los albores, y Eva sentía una admiración sin límites por Brigitte Helm, la estrella de *Metrópolis*, sobre todo después de que su padre le dijera una vez, medio en broma, que se le parecía un poco.

Los Braun habían tomado por costumbre enviar a sus hijas al convento para que completasen allí su educación. En Baviera, ninguna chica se convierte verdaderamente en una dama, si antes no pasa por una de esas instituciones especializadas donde las jóvenes aprenden una profesión, además de ciertos convencionalismos sociales, tales como la forma de comportarse en la mesa o de hacer una reverencia, todo lo cual les permite más tarde jactarse de haber sido educadas en un *kloster* (convento). Las Damas Inglesas, orden católica fundada por una prófuga de las persecuciones británicas, se dedicaban a la educación de las chicas de familia burguesa que deseaban a un tiempo adquirir buenos modales y ganarse provechosamente la vida, pues no hay que olvidar que en 1928 imperaban en Alemania el paro y la miseria, por lo que resultaba esencial que incluso una joven de buena familia se preparase para ganarse la vida.

El convento se hallaba emplazado en las márgenes del río Inn, a dos pasos de la frontera austriaca y a la entrada de la pequeña población de Simbach. Eva se sintió allí incómoda desde el primer momento, pues para su gusto había demasiadas muchachas y un exceso de disciplina, y eso a pesar de que las monjas preparaban excelentes postres y platos muy apetitosos, lo que hizo que Eva engordase media docena de kilos en doce meses. Los cursos tenían una duración normal de dos años, pero Eva se negó a permanecer allí tanto tiempo, amenazando, incluso, a su madre con escaparse e ir a probar suerte a Viena o a Berlín.

Las monjas conservan un libro de clases donde figura su nombre encabezando una ficha médica. El examen ginecológico confirmaba que la alumna Braun conservaba su virtud. Una de las monjas, la hermana María Magdalena, consintió en proporcionarme algunos datos, y declaró:

«Eva era ambiciosa, inteligente y tenía una hermosa voz. Destacaba como intérprete de pequeñas obras teatrales que se representaban en el convento... No tenía amigas muy allegadas y frecuentaba regularmente los servicios religiosos.»

Hasta aquí no he dado detalles sobre la formación católica de la adolescente, pues hubieran resultado superfluos. Educada en Baviera por una madre muy devota y según una tradición inmovible, Eva fue confirmada e hizo su primera comunión con todo esplendor, siendo su vestido blanco el más bonito del barrio. Había recibido de su abuelo, como regalo, un pequeño reloj de pulsera, y todos los domingos asistía a misa y cumplía con sus obligaciones de católica. En el convento estaba obligada a confesarse dos veces por semana. Formaba parte de la congregación de Hijas de María, y a veces se le concedía el privilegio de decorar el altar, aunque esto quizá, representase para ella una pequeña imposición.

Cuando acudí a visitar a la superiora del convento —el establecimiento es hoy muy próspero; cuenta con cuatrocientas alumnas y acaban de agregarse dos alas al edificio principal—, temí que las religiosas fueran a negarme cualquier informe, prefiriendo ignorar

a una alumna que había adquirido tanta notoriedad. Pero ocurrió lo contrario, y no sólo las monjas me rodearon, interesadas por el tema, sino que me hicieron mil preguntas al respecto: «¿La quería él?», «¿Habría muerto Eva en realidad?», «¿Cómo se conocieron?» Creo recordar, incluso, que me encargaron por anticipado el envío de tres ejemplares de este libro, que entonces era sólo un proyecto.

«Cuando en 1940 el Partido Nacional Socialista decidió ocupar nuestro convento, para instalar en él una escuela de propaganda política —me explicó la superiora—. yo hice todo lo posible para evitar semejante desgracia. Enterada, no sé cómo, de que Eva Braun se hallaba en Berchtesgaden, la llamé por teléfono lo cual me costó grandes esfuerzos.

»Después que me hubo escuchado, Eva repuso con tono seco: "Hablaré con el *Parteigenosse*⁶ Bormann, que está conmigo en este salón." Dejó el auricular y escuché una conversación, luego carcajadas de hombres y una risa femenina, que supllse de Eva Braun. Después tomó de nuevo el teléfono y me dijo con voz tranquilizadora: "No se inquiete, todo irá bien. Me ocuparé del asunto."

»Sin embargo, pocas semanas más tarde nos quitaron el convento, que no nos fue devuelto hasta después de la liberación por los aliados.»

Algo más tarde, en el curso de una conversación, tuve la audacia de" preguntar a las monjas si aún hoy no sentían cierto disgusto o remordimiento al saber que una de sus antiguas alumnas, que se había beneficiado de su educación, hubiera caído bajo aquella influencia demoníaca. La superiora, Teresa Inmaculada, me miró un tanto sorprendida; luego, sonriendo, contestó:

«Si a veces esperamos y confiamos en la santidad, no es a causa de nuestras plegarías y nuestros afanes, sino porque sabemos que estas señoritas, que, según puede usted ver, tienen todas el aspecto de inocentes corderillos, se transforman automáticamente, una vez salvada la puerta exterior, en otras tantas Manón a la caza del primer caballero Des Grieux que encuentren a la vuelta de la esquina...»

Y fue así como, al término del mes de julio de 1929, Eva Braun abandonó el convento. Allí, en la pequeña estación de Simbach, ataviada con su vestido de algodón de cuadritos azules y blancos —un poco estrecho a la altura de las caderas, quizá demasiado voluminosas—, la falda casi por encima de las rodillas y los gruesos calcetines de lana traicionando las bien formadas piernas, un gran sombrero redondo que contribuía a engordarle todavía más el semblante, un amplio saco de viaje y una caja llena de cuadernos, allí, decíamos, esperó Eva el tren, con su diploma en el bolsillo, pero sin experiencia alguna de la vida. Un tren que la conduciría a Munich y que, según esperaba, había de llevarla hacia el torbellino, hacia lo que estaba por descubrir, en pos de una apasionante y hermosa aventura...

CAPÍTULO III

EL ADOLESCENTE QUÉ JUGABA CON EL SOL

Cuando se disipa la bruma que asciende del río Inn, puede verse desde las ventanas del dormitorio del pensionado de Simbach la vasta y antigua plaza de Braunau. En un extremo de esta plaza, a la derecha de una calleja que la prolonga como un cuello de botella, se encuentra una fonda llamada Pommer, cuyo primer piso estuvo habitado a fines del siglo pasado por el jefe de Aduanas del lugar, ya que entonces la frontera dividía

⁶ Camarada del partido.

en dos partes el puente que unía las poblaciones de Simbach y Braunau. En ese piso nació Adolf Hitler.

Es posible que algún día se escriba una novela que nos hable del pequeño Hitler, tendido perezosamente en una orilla del Inn, arrojando migas de pan a los cisnes, jugando al escondite entre los cañaverales, o tal vez arrojando piedras contra el edificio de sombríos muros donde vivía, como cautiva en un castillo, esa Eva Braun de la que un día iba a convertirse en amo y señor.

Pero la vida no es precisamente una novela. Hitler abandonó Braunau cuando sólo contaba tres años de edad, y no regresaría al lugar más que para dispensar una visita espectacular, destinada a impresionar a las masas, cuando ocupó Austria con sus ejércitos. A pesar de lo que nos cuenta en *Mein Kampf*, el Führer sentía horror por su ciudad natal. Tampoco parece interesar a Hitler el hecho de que Martin Bormann comprase la casa que le vio nacer, ni que éste hiciera grabar en la reja las iniciales M. B., que aún pueden verse en nuestros días. Bormann, dicho sea de paso, explotaba el lugar cobrando una entrada a los adeptos nazis llegados en masa para contemplar y tocar el lecho donde había nacido su Führer.

En la actualidad, el vendedor de periódicos de la esquina posee una buena existencia de tarjetas postales de antaño en las que puede verse la casa de Hitler, y que ostentan unas cruces gamadas al dorso. Asimismo, en la vecina iglesia parroquial, el bedel muestra la pila donde fue bautizado el futuro dictador.

Nada notable ocurría en el mundo aquel sábado, 20 de abril de 1889, cuando Klara Hitler, apellidada Poezl de soltera e hija de unos campesinos, trajo al mundo a las seis y media de la tarde, con la ayuda de la comadrona Franziska Pointecker un varón que pesaba poco más de tres kilos. El padre se hallaba ausente, y la madre, aquejada de intensos dolores, estaba poseída por el miedo. El lunes siguiente, a las tres de la tarde y en presencia del padre, Alois, de la tía, la jorobada Johanna y de los padrinos Johann y Johanna Prinz, de Viena, Ignaz Probst bautizó al niño con el nombre de Adolf, según la religión tradicional de los padres y de la monarquía austrohúngara. A decir verdad, el nombre no era verdaderamente católico, sino que se trataba de un nombre esencialmente germánico y pagano, formado por la contracción de Edel Wolf, es decir, Lobo Noble. Más tarde Hitler utilizaría con frecuencia este nombre, Wolf, como seudónimo, o en los mensajes secretos, y su hermana Paula lo adoptará hacia el fin de su vida.

No es mi intención convertir esta obra en una biografía de Hitler. Sólo deseo poner de relieve aquellos episodios de su juventud que influyeron directamente en su vida sentimental y en sus relaciones con Eva Braun. Las complicaciones que precedieron a su nacimiento, por ejemplo, explican, al menos parcialmente, su decisión de casarse *in extremis* con aquella.

Estas complicaciones empiezan mucho antes, en el segundo año del reinado de Su Muy Católica Majestad, el emperador y rey Francisco José de Habsburgo.

Aquel año de 1837, la criada Marianne Schickelgruber trajo al mundo un hijo ilegítimo, Alois, que fue criado en una granja y se hizo cuidador de gansos. Durante cuarenta años este Alois, que sería padre del futuro Adolf Hitler llevaría el nombre de su madre, Schickelgruber. Marianne, por su parte, era uno de los once hijos habidos por Johann Schickelgruber, que se había casado en 1793. Este campesino, como era tradicional, legó su granja al hijo mayor mientras que las hijas, entre ellas Ann y Marianne, marchaban a trabajar a Viena.

Schickelgruber es un nombre de origen bávaro, derivado sin duda de Zaungruber, o colocador de cercas, y nada tiene de notable entre los millares de patronímicos germanos similares. No soy de aquellos que lo encuentran ridículo. Mucho se ha escrito sobre la broma del fotógrafo Hoffmann, quien incluso en la cárcel quería conservar su reputación como «el gracioso de Berchtesgaden», y que declaró: «Si el Führer hubiera seguido con el nombre de Schickelgruber, jamás habría llegado al poder, pues nadie se

hubiese atrevido a gritar: *Heil Schickelgruber!*». En realidad, no existe ningún nombre ridículo. El de Mussolini pudo haber ocasionado tantas risas como Schickelgruber, y para el oído latino, nombres tales como Shakespeare, Eisenhower o Wellington, resultan tan singulares, las primeras veces que se oyen, como para los anglosajones pueden serlo Bonaparte o Fouquet, pongamos por caso.

No era su apellido lo que molestaba a Hitler, sino lo referente al nacimiento de su padre, que indirectamente pesaba sobre él. Cuando su abuela, Marianne Schickelgruber, regresó encinta de Viena en 1837, se produjo un pequeño escándalo en el pueblecito de la baja Austria que era Doellersheim. Su padre no quiso recibirla, y la mujer —que contaba ya unos cuarenta años— tuvo que refugiarse en casa de un campesino compasivo.

Hans Franck, ministro de Justicia del régimen de Hitler y más tarde gobernador general de Polonia, reveló en sus *Memorias*, escritas en la prisión de Nuremberg, que Hitler había recibido en 1930 una carta de su sobrino Patrick William Hitler, en la que se hablaba del «misterioso amante de Marianne Schickelgruber». Marianne había servido en Gratz, en casa de unos judíos llamados Frankenberger, y según dichas *Memorias* aquélla parece que fue seducida por el hijo del amo, un joven de diecinueve años. Según la versión aludida, la familia echó de la casa a Marianne, aunque ayudándola económicamente durante más de quince años, e incluso pudo haber intercambio de correspondencia entre ambas partes. Así pues, y según Hans Franck, Hitler tenía sangre judía, lo que explica su feroz antisemitismo como una especie de venganza, algo así como la del sultán Abdul Hamid, que mandó dar muerte a todos los armenios de su imperio porque su propia nariz tenía el perfil característico de la raza armenia.

Es indudable que en Nuremberg, bajo la sombra del patíbulo, Franck se hallaba al borde de la locura y sus interpretaciones del pasado pecan de excesiva fantasía.

El autor de *Juventud de Hitler*, Franz Jetzinger, que estuvo encarcelado en Viena en 1944, poseía todos los documentos relativos a los orígenes de Hitler y, aunque de mala gana, destruyó semejantes tesis. Los detalles facilitados por Franck no corresponden a la realidad. Además, el nombre de la presunta familia judía, Frankenberger, no es judío sino típicamente austriaco.

Si no resulta fácil imaginar a un muchacho de diecinueve años padre de un hijo habido con una cocinera de cuarenta —que era la edad de Marianne cuando tuvo su vástago—, parece todavía más difícil admitir que cinco años más tarde, cuando Marianne encuentra marido, éste se prestara a prohijar, y luego a reconocer como suyo, al hijo ilegítimo de la esposa.

Porque el 10 de mayo de 1842, Marianne contrae matrimonio con un tal Johann Georg Hiedler. El uso de este nombre, Hiedler, se remonta al año 1435, según atestiguan los documentos, y fue pronunciándose sucesivamente Hydler, Hytler, Hidler, Hietler, Huetler, Huettler, Hiedler, Hiettler, Hueedler y Hitler (así en 1702 por primera vez). El nombre podría significar Hutte, o también sombrerero, del vocablo alemán «Hut»; o bien, como pretendían los nazis, tendría su raíz en «Hirt», pastor. Parece ser que los Hitler provenían de Bohemia, y el nombre tal vez sea de origen checo. Todos los miembros de la familia eran campesinos, y característica común fue la abundancia de hijos que trajeron al mundo. El referido Johann Georg, por su parte, era el cuarto vástago del granjero Martin Hiedler. Se ganaba la vida como molinero, y ya había estado casado con una tal María Bauer, que murió tres años después de la boda. Vivía en casa de los Schickelgruber, lo que explica su idea de casarse con Marianne. El hermano del casado, Johann Nepomuk Hiedler, quince años más joven que el mayor, parece que acogió entonces al pequeño Alois, quien creció así en la granja de su tío adoptivo. La madre murió en 1847, y el marido de ésta, Johann Georg Hiedler, en 1857.

Alois no pudo asistir a los funerales de su padre adoptivo, pues para entonces había ido a buscar fortuna a Viena, recorriendo a pie el trayecto hasta la capital. Bien

puede decirse que la suerte le sonrió, ya que se hizo funcionario de Aduanas, con derecho a uniforme, a una pensión y al respeto de sus conciudadanos.

Alois se convirtió en «alguien», pues jerárquicamente iba por delante del comisario de policía, del maestro de escuela y del preceptor de contribuciones. Su apellido, sin embargo, seguía siendo Schickelgruber. Hasta que en 1877 dejó estupefactos a sus subordinados de Braunau al anunciar que desde aquel día se apellidaría Hitler.

No voy a citar aquí la extensa lista de documentos auténticos que he revisado escrupulosamente. Pasando sobre detalles superfluos, me contentaré con decir que en 1876 el tío adoptivo, Johann Nepomuk se presentó acompañado de tres testigos en casa del cura de Dollersheim y declaró que siendo el niño hijo natural de su hermano George Johann, exigía la legitimación del pequeño, convertido en hombre maduro con el paso del tiempo y en respetado servidor de su real e imperial Majestad. Los deseos de Johann Nepomuk se vieron cumplidos.

Pero cabe preguntarse si aquellos testigos decían la verdad y si Johann Georg Hiedler era realmente el padre de Alois, y había contraído matrimonio con la madre del niño para reparar su falta. En tal caso, ¿por qué no legitimó en seguida al niño? Este misterio nunca podrá ser desvelado.

Alois, hijo del amor, se reveló ya desde temprana edad como un galanteador consumado. Fue padre de una niña, Theresa, habida con cierta vienesa llamada Thekla. Theresa tuvo más tarde un hijo, Fritz, que en la calle asombraba a todo el mundo por su semejanza con Adolf Hitler. Parece ser que en alguna ocasión fue utilizado como doble de este último.

En 1873, Alois contrae legítimas nupcias con una tal Arma Glasl, hija de un comerciante en tabacos. La mujer tiene cincuenta años por aquel entonces, pero posee una dote respetable. Poco después, Alois desea sentir un poco de juventud a su alrededor y tiene la idea de hacer venir a Klara, la hija de su tía adoptiva, Johanna Hiedler (hermana de Johann Georg y de Johann Nepomuk). La prima tiene diecisiete años, edad que parece fatídica en la familia y, naturalmente, su presencia no causa mucha alegría a la dueña de la casa. Al fin, el 7 de noviembre de 1880 ésta pide la separación de bienes. En el intervalo, Alois, que cuenta entonces cuarenta y tres años, se hace con otra amante, la campesina Franziska Matzelberger, que tiene también diecisiete años. Franziska, llamada Fanny, consiente en vivir con Alois a condición de que se marche Klara. Esta nueva relación da que hablar a los habitantes del lugar, tanto más cuanto que el 15 de enero de 1882 Fanny da a luz otro hijo ilegítimo, al que bautizan Alois, como a su padre. Pero la esposa legítima, Anna, fallece en 1883, y el jefe de Aduanas puede de este modo casarse con Franziska y legitimar al pequeño Alois. Digamos desde ahora que éste se convertirá, con el correr del tiempo, en el propietario de una cervecería de Berlín situada en la Wittenbergplatz, después de haber trabajado en París y en Londres. Su hijo Patrick sería el autor de la carta de que nos habla Hans Franck en sus *Memorias*.

Por su parte, el mencionado Alois Hitler, hijo (que tuvo en segundas nupcias un vástago, Heinz, muerto en el frente ruso), pretendió siempre haberse mantenido al margen del movimiento nacionalsocialista, sin tener nunca nada que ver con su hermanastro, el Führer. Esto no es exacto. En un testamento fechado en 1938, Hitler disponía la entrega de una suma de sesenta mil marcos a su hermano Alois. Esta suma era una fortuna, y no es probable que Alois Hitler pudiera comprar el bonito bar-restaurante de la Wittenbergplatz con sus ganancias como simple mozo de café...

Pero volvamos a la familia del funcionario de Aduanas. El día 28 de julio de 1894, la señora Franziska Hitler trae al mundo, en Viena, una niña que recibirá un nombre poco común en aquel lugar: Angela. Ella será la madre de Geli Raubal, la joven que se suicidó en el piso de la Prinzregentenplatz. Este parto debilita enormemente a Franziska, que fallece un año después a consecuencia de una enfermedad no determinada con claridad.

Klara, la hija de Johanna Hiedler y de su marido Johann Baptist Poelz, que había tenido que marcharse a la llegada de Franziska, vuelve al lado de su primo Alois. Durante la enfermedad de la esposa se había ocupado de los quehaceres domésticos; luego ayudó a criar a los niños y seguramente se dedicó a consolar al pobre Alois, cuya mujer se hallaba en el hospital. Sea como fuere, lo cierto es que, tras la muerte de la esposa, se convirtió en la amante de aquél; pero Klara exigió en seguida que se legalizase la situación matrimonial. Sin embargo, el sacerdote se encuentra en la imposibilidad de sancionar la unión, pues según los registros, Alois era hijo reconocido de Johann Georg Hiedler y Klara Poelz lo era de la hermana de este último, siendo por tanto primos hermanos ambos contrayentes. Para celebrar la boda se requería una dispensa especial, y el obispo se declaró incompetente. Se solicitó autorización al Vaticano y al fin pudo obtenerse el consentimiento. Así pues, el 7 de enero de 1885, Alois Hitler contrae matrimonio con su prima hermana, siempre que admitamos que Alois era hijo de Johann Georg Hiedler. Klara Poelz será la madre de Adolf.

Este no podía dejar de ignorar tales antecedentes, y así se explican, tal vez, sus prejuicios de pequeño burgués, su repugnancia de procrear un hijo ilegítimo, sus cruzadas en favor de las madres, y sobre todo, el miedo que sentía por determinadas enfermedades. Estaba convencido de que el incesto, del que se habían hecho culpables su padre y su madre, tendría consecuencias funestas sobre sus propios descendientes.

«Un genio puede traer al mundo un imbécil», parece que comentó Hitler en una ocasión ante sus invitados de Berchtesgaden mientras estaban sentados a la mesa. Semejante temor estaba bien fundado, ya que el primer hijo de la pareja Alois-Klara, nacido en 1885 y de nombre Gustav, era, si no idiota, sí al menos un ser tarado, que murió a los dos años de edad. Luego nació Ida, que dejó de existir a una edad también temprana. Otto, el tercero, apenas vivió unos pocos días. Adolf, el cuarto, fue el primero que resistió aquella maldición familiar. Cinco años después vino al mundo otro niño, Edmund, que, como los primeros, murió cuando contaba sólo seis años. El sexto y último vástago fue Paula, que vivió hasta 1963, sobreviviendo a su hermano. Pero ésta era una retrasada mental, secreto que fue celosamente guardado, hasta que en sus raras visitas a Berchtesgaden, las hermanas Braun advirtieron que la mujer no estaba en la plena posesión de sus facultades mentales. Contaba historias absurdas, afirmaba que era una reina que viajaba de incógnito y divagaba continuamente. Tal vez por ello y aunque le tenía afecto, Hitler no quiso que viniera a su lado, obligándola a permanecer en la sombra.

Se me ha hecho notar que la prueba más evidente sobre las desastrosas consecuencias del casamiento consanguíneo, fue el propio Hitler. Pero esto sería apartarnos del tema que estamos tratando⁷.

El pequeño Adolf Hitler no creció en la miseria y no tuvo que avergonzarse de la profesión de su padre, sino todo lo contrario. Cierto es que no quería a su progenitor, pues Alois era violento, egoísta, aterrorizaba a la familia y pasaba buena parte de su tiempo en las tabernas. Además, pegaba con frecuencia a su hijo Adolf y éste asoció los castigos corporales con el uniforme, que su padre se ponía cada vez que se disponía a castigarle. En compensación, la madre mimaba al pequeño Adi.

Todos los testimonios, los de sus ancianas vecinas, los del alcalde Mayrhofer, el de Kubizek, amigo de infancia de Hitler y los de las hermanas, están de acuerdo en afirmar que Klara Hitler era una mujer de carácter dulce, esclava del deber, que mimaba con ternura a sus hijos, sobre todo a Adi, y que jamás levantaba la voz ni perdía la sonrisa. Era una mujer hermosa, pero de salud endeble. En su obra *Mein Kampf*, Hitler mintió en

⁷ Hubo asimismo otros síntomas de taras mentales en la familia de Hitler: la abuela, Johanna, falleció después de sufrir un ataque de meningitis; ello le ocurrió a los setenta y seis años, pero ya tenía perturbadas las facultades mentales. En cuanto a su hija Johanna —hermana por consiguiente de Klara, la madre de Hitler—, no sólo era jorobada, sino que también sufría de esquizofrenia.

la mayor parte de los aspectos, pero no, ciertamente, cuando habla de su madre, a la que describe como una especie de hada, siempre preocupada por el bienestar de sus hijos. No cabe duda de que Hitler sintió un profundo cariño hacia su madre. y hasta es posible que ella fuera la única mujer a la que quiso en su vida. Es muy posible que en las mujeres que le rodearon buscara sólo un reflejo de esa madre que personificaba para él el ideal femenino.

A los seis años de edad, el día 2 de mayo de 1895, el pequeño Adi asiste por vez primera a la escuela de Fishalm ataviado con un traje de color azul marino, y de la mano de su hermana Angela. La familia había dejado Braunau para instalarse en Passau, en el lado alemán de la frontera, donde estuvieron dos años, trasladándose seguidamente a Linz. El padre, ya en situación de retiro, compró una pequeña granja agrícola en Lambach y el pequeño Hitler siguió los estudios en la escuela de una aldea vecina. Fue entonces cuando el niño tuvo su primer y precoz romance con una pequeña compañera de mejillas sonrosadas, llamada Therese, a la que llevaba frutas de la granja paterna. Pero el padre no pudo salir adelante en sus actividades agrícolas y tuvo que vender la granja, comprando luego una casa en Leonding, cerca de Linz.

A los ocho años, Adolf aprendió a tocar el piano, y estudió canto dos años con los benedictinos de Lambach, que regentaban una escuela dedicada a esta especialidad y en la que fue su profesor el padre Bernhard Gruener. El mismo Hitler manifiesta que se sintió muy impresionado por la liturgia de la iglesia católica y afirma que hasta soñó con llegar a ser abad. Mucho más tarde hablaría a menudo con Eva Braun acerca de las ceremonias religiosas, e incluso cantaría algunas estrofas de música sagrada. Hitler nunca prohibió a Eva Braun, que había sido educada en la fe católica, la asistencia a misa siempre que tuviera deseos de hacerlo.

Fue Hitler un estudiante muy mediocre, llegando incluso a repetir algunos cursos. Existen numerosos testimonios de profesores que se muestran entusiastas o que le critican, según la época en que formularon sus apreciaciones, o sea, si éstas fueron emitidas en pleno triunfo nazi o en días de evidente catástrofe.

«Hitler se portaba como cualquier otro muchacho de su edad; hacía novillos, participaba en excursiones junto con una banda de compañeros que actuaban como energúmenos, y se desinteresaba por completo de las muchachas», dicen algunas de las opiniones recogidas al respecto».

Una noche, hallándose en el Berghof de Berchtesgaden, Hitler evocó los años de su adolescencia y dijo que en numerosas ocasiones le habían castigado severamente porque durante la clase de religión se distraía utilizando un espejito con el que proyectaba los rayos del sol sobre los árboles y los bancos del patio de recreo. A la hermana de Eva, Ilse Braun, le llamó la atención este hecho, que encontraba revelador... Hitler, todavía niño, jugaba con el sol como aguardando los días en que podría jugar realmente con el universo...

Alois Hitler murió de un ataque de apoplejía a las diez de la mañana, hallándose en una taberna bebiendo, como de costumbre su litro de cerveza. Entonces el hijo mayor, Alois, emigró a Francia, donde se empleó en un café de la calle de las Pirámides. La otra hija, Angela, se casó con el preceptor Raubal, y Adi quedó sólo con su madre y la hermana menor, Paula, la retrasada mental.

Llegada la pubertad, Adolf es un muchacho exaltado, de modales bruscos, insumiso, pero que gusta a las mujeres. Tiene la tez pálida y los ojos brillantes. «Tu amigo tiene una mirada que quema», dirá un día la madre de Gustl, su íntimo amigo. Es ambicioso, visionario y desdeña cuanto le rodea».

Su madre vendió la casa de Leonding y fue a vivir a Linz. No tenía preocupaciones de índole financiera, ya que su marido le había dejado una apreciable herencia, y cobraba también la pensión de viudedad; pero quería vivir cerca de su hija Angela y hacer que Adolf asistiera a la escuela secundaria o *Realschule* sin necesidad de largos

desplazamientos. Así es como, poco después de su confirmación, recibida el 22 de mayo de 1904, día de Pentecostés, en el curso de una hermosa ceremonia en la que el joven Adolf se comportó ejemplarmente, éste conoció a Gustav Kubizek, al que llamaban Gustl, y a quien más tarde calificará en una carta como «el único amigo de su infancia».

El testimonio de Kubizek es el único realmente próximo que nos queda de aquella época y habría resultado inestimable de haber sido sincero. Por desgracia, y sin que se sepa el motivo, Kubizek dio libre curso a su imaginación y elaboró una historia novelesca que demostró no tener nada que ver con la realidad. Incluso ha llegado a ponerse en duda la afirmación de Hitler de que tuvo en él a su mejor amigo. Es posible que el Führer exagerara en estas afirmaciones sobre su «amigo de la infancia», lo cual constituía una política beneficiosa para un hombre al que se le reprochaba su falta de humanidad.

Gustl Kubizek tenía nueve meses más que Hitler. Su padre era tapicero, pero él, al tiempo que trabajaba en la tienda, se interesaba por la música. Se había vuelto a encontrar con Adolf en el teatro, en la época en que este último asistía todavía a la escuela de Steyr, ya que no había conseguido ingresar en el instituto de Linz, viéndose, por lo tanto, en la precisión de tener que proseguir sus estudios en otra institución. Los dos jóvenes sentían el mismo interés absorbente por el teatro, al que asistían casi todas las noches. Hitler dibujaba mucho y hablaba de convertirse un día en un gran arquitecto. En su imaginación había dado ya nueva forma a la ciudad de Linz. Las conversaciones de los dos muchachos solían consistir en prolongadas discusiones acerca de Wagner y de su obra.

Una localidad en la Opera resultaba muy cara, aunque fuera en el gallinero; pero Hitler no se conformaba con tan mezquina entrada, prefería un palco, lo que para un estudiante sin trabajo resultaba un verdadero problema. Tampoco quedaba dinero para salir con chicas, y el rumor de que Hitler tenía una amante en Linz es falso. Ciertamente es que las muchachas le miraban, pues atraía la atención cuando con su traje a cuadros, su gran sombrero de fieltro negro con el ala caída sobre los ojos y un pequeño bastón con puño de marfil, se paseaba en compañía de Gustl por la calle principal de Linz, con aquel aire inquietante y con la ardiente mirada que parecía desnudar a las mujeres en las que fijaba los ojos. Hitler refería mucho más tarde, durante una velada en el bunker de Berlín, el incidente amoroso habido con una campesina de Leonding. Ella estaba en el establo, ordeñando las vacas. Cuando ambos se hallaban uno junto al otro, alguien entró haciendo ruido-; ellos volcaron la lámpara inadvertidamente y sólo por milagro no se produjo un incendio.

Durante uno de los referidos paseos, Hitler sufre un flechazo ante la visión de una muchacha rubia, con el pelo sujeto sobre la nuca, alta, muy bien vestida, que acompañaba a su madre y que le sonríe al pasar. Luego, todas las noches, Hitler espera encontrarse con Stephanie. No llegará a hablar jamás con la chica, pero es su ideal, su *madonna*, la mujer por la que desea llegar a ser célebre, a convertirse en un nuevo Miguel Ángel; la mujer para la que deseará construir una espléndida mansión en las montañas, por la que querrá ir a la guerra, llegar a ser Papa, ministro, millonario. Esta Stephanie se apellida Jensten y es hija de un difunto juez; tiene diecisiete años, vive en Urfahr y su hermano estudia en Viena. Es el amigo de Hitler, Gustl, quien ha descubierto todo esto.

Adolf comprende de pronto que aborrece a los tenientillos que rondan en torno a Stephanie. «No soy más que Adi —afirma—; no soy nadie..., pero un día...» Empieza a odiar al ejército, a los oficiales que usan corsé y que se perfuman. Adolf escribe poesías para la muchacha, sueña con raptarla, o con quitarse la vida...

Este *liebele* (amorío) comenzó en la primavera de 1905. En el mes de mayo del año siguiente, Hitler hace un viaje a Viena, tal vez, entre otras cosas, para que Stephanie note su ausencia. Su propósito, al principio, fue marchar voluntario al Transvaal para luchar junto a los boers. Detalle éste de interés, ya que en tal caso se hubiese encontrado con Winston Churchill y quizá habría estudiado el sistema de campos de concentración,

que los ingleses habían inventado, pero que él, Hitler, llegó a perfeccionar asombrosamente.

A su regreso, da cuenta a su madre de una importante decisión: irá a estudiar a Viena, a la Academia de Arte, y se hará arquitecto. Klara está muy enferma; padece un cáncer de pecho (Hitler tendrá toda su vida gran temor al cáncer y hará que los médicos le examinen de continuo). La operan en Linz, y luego ella abandona la casa de la Humboldtstrasse para trasladarse a Urfahr —localidad donde vive también Stephanie—, al número nueve de la Blumenstrasse. Corre el mes de septiembre de 1907, y Hitler, que tiene entonces dieciocho años, alquila en Viena una habitación por diez coronas al mes en casa de la polaca Maria Zakrevs, en el 29 de la Stumpergasse. Su amigo Gustl le escribe dándole noticias de la hermosa Stephanie. Los jóvenes utilizan por razones de discreción un nombre en clave para ella, el de «Benkieser». Adolf parece haber solicitado a su amigo que informe a Stephanie de que regresará rico y célebre, transcurridos cuatro años, para casarse con ella.

Pero ¿hubo acaso una Stephanie? Sí. El historiador Jetzinger dio con ella. En la época en que Hitler la conoció, la joven tenía diecinueve años y acababa de salir de una escuela para señoritas de la buena sociedad en Ginebra. Dos años después de la marcha de Hitler a Viena, la muchacha se casó con un teniente del regimiento de Linz. Ella afirma recordar vagamente a un joven de aire impetuoso que la miraba con ardor. Incluso recibió un día una carta, cuya firma no recuerda, de un muchacho que anunciaba su marcha a Viena para estudiar en la Academia de Arte. Le pedía que le esperase, ya que volvería para casarse con ella. La madre de Stephanie leyó la carta y la rompió.

Todos hemos tenido en nuestra adolescencia esos amoríos de estudiantes, y tal vez sean aquellas muchachas a las que jamás nos atrevimos a rondar y que nos hicieron suspirar a distancia las que con mayor fuerza quedaron grabadas en nuestro recuerdo. Cabe preguntarse si Stephanie hubiera esperado de haber sabido... El caso es que el rápido regreso de Hitler se hizo problemático, ya que la Academia de Arte le negó el ingreso. Este contratiempo trastornará toda su vida y hará de él un resentido, un rebelde, y hasta un enemigo de su propio país. Adolf no reveló el hecho a su madre, que se hubiera sentido sumamente entristecida. Klara murió de cáncer el día 21 de diciembre de 1907, y Hitler regresó apresuradamente desde Viena.

Durante el entierro le pareció ver a Stephanie, que desde su balcón presenciaba el paso del cortejo y le sonreía.

Su hermana Angela llegó para asistir a las ceremonias, pero no fue al entierro, pues estaba encinta. Algunas semanas más tarde traería al mundo una niña, Geli, allí en Munich. Hitler volvió a Viena sin propósito definido. Su amigo Kubizek compartió aquella vida estudiando música en el conservatorio durante cinco años y medio. Asistían juntos al teatro, como hicieran antes, discutían de política en el café, iban a nadar, y en invierno practicaban a veces el esquí. Hitler escribía novelas, dibujaba y hasta llegó a componer una ópera inacabada. *La leyenda de Wieland*, obra muy complicada, romántica y germanófila. Kubizek habla raramente de las chicas en esa época; no obstante, admite que Hitler gustaba mucho a las mujeres. En la Opera, muchachas desconocidas revoloteaban en torno a él como mosquitos en el Wienerwald. En una ocasión, la patrona de una pensión trató de seducirle, apareciendo ante él con el camisón entreabierto y sin ropa alguna debajo. Hitler llevaba a su amigo al barrio «de los placeres», y se reveló como un experto en el drama social que encarnaban las prostitutas.

Un buen día al regresar Kubizek de un viaje a Linz, no encontró a Hitler en su casa. El futuro dictador se había marchado sin dejar su nueva dirección. Ya no volvería hasta 1938; Kubizek se hallaba entre la muchedumbre que aclamaba a Hitler el día que éste realizó su entrada triunfal en Linz.

Esta ruptura imprevista con «el único amigo», no ha dejado de aturdirme. Tal vez Hitler, que contaba con una reducida renta y que vivía ociosamente, se encontró sin

recursos e imposibilitado de pagar la habitación que compartía con Kubizek. Pero ¿por qué ocultar esa situación a su amigo, el cual sin duda le hubiese ayudado? ¿Por qué ya nunca volvió a ponerse en contacto con él? También resulta extraño que Kubizek, informado sin duda por los periódicos del período 1922-1933 de las andanzas de su antiguo amigo, no hubiese tratado de comunicarse con Hitler. Sólo cuando éste se convierte en canciller le escribe una carta a la que Hitler contesta con un retraso de seis o siete meses. Mucho más tarde aún, el Führer invita a su antiguo camarada a una función en el festival de Bayreuth. Nada más. Ningún otro favor u obsequio; ni siquiera un recuerdo personal por parte del que jamás olvidaba a un compañero de los días difíciles. Tampoco le invitó nunca a Berchtesgaden, adonde acudían numerosos visitantes, incluso amigos de sus amigos.

Debo, pues, imaginar que se produjo una separación dramática. Cuando Kubizek habla de Hitler, emplea siempre un estilo especial, como si estuviera celoso de él, como si la suya hubiera sido una «amistad particular». Insiste en el hecho de que las mujeres nunca turbaron la armonía entre ambos, cuenta cómo se cogían de la mano... ¿Acaso hizo a Hitler proposiciones que éste rechazó indignado? En todo caso, la violenta aversión de Hitler hacia todo lo que se refiere a los homosexuales, data de esta época aproximadamente. Hitler no lo fue en modo alguno. En ese aspecto era normal, y las historias dudosas que han circulado a este respecto fueron inventadas por sus adversarios políticos.

Otra leyenda que carece de toda base es la que nos presenta a Hitler como pintor de brocha gorda, como peón o como huelguista. Ciertamente, sus ingresos eran escasos, pues había tenido que renunciar a su pensión de orfandad en favor de su hermana Paula y en alguna ocasión llegó a buscar refugio en albergues para desamparados, comiendo a veces con las Hermanas de la Caridad en compañía de los indigentes. Realizó en vano una segunda tentativa para ingresar en la Academia de Arte; pasaba la mayor parte del tiempo en las bibliotecas, donde su prodigiosa memoria le permitía fotografiar literalmente el contenido de centenares de libros de todo género. Más tarde obtiene una habitación en el «Mannerheim», especie de institución para pobres, donde pinta acuarelas que luego un amigo vende para él. Así malvive Hitler, y uno a duras penas puede imaginar que tuviera tiempo o ganas de ocuparse de las muchachas.

El día 14 de mayo de 1913, Adolf Hitler abandona Viena para dirigirse a Munich, donde se aloja en casa de un sastre llamado Popp, en la Schleissheimerstrasse. Se gana penosamente la vida como pintor de acuarelas, especializándose en paisajes urbanos. Obtiene unos mil marcos anuales, pero las muchachas de Munich son menos exigentes que las de Viena y aceptan sonrientes la cuenta que él no puede pagar, o sacan las entradas del cine. Más tarde, ya en Berchtesgaden, Hitler hablará de sus veladas en Schwabing con las hermosas muniquestas; de una joven que le acompañó a la ópera, de otra con la que iba de excursión al campo, y de su éxtasis, un día en que al pasar por delante del Vierjahreszeiten Hotel, se cruzó con «una de las mujeres más hermosas que imaginarse pueda...»

Entretanto, la policía de Linz andaba en su busca, ya que no se había presentado en la oficina de reclutamiento y se le tenía, en consecuencia, por desertor. Ante la amenaza de extradición, Hitler regresa a Linz, donde, sometido a examen médico, es rechazado a causa de lo débil de sus pulmones. De vuelta a Munich, y según afirma una de sus posteriores secretarías en Berlín, mantiene relaciones con una mujer de vida un tanto equívoca, de la que adquiere una enfermedad venérea. En *Mein Kampf*, como es sabido, Hitler consagra todo un capítulo al flagelo de la sífilis.

Otro rumor que no tiene demasiado fundamento, si bien me fue contado por una persona que formaba parte del círculo de gentes más allegadas a Hitler, asegura que el futuro Führer tuvo amoríos con una mujer casada, esposa de un oficial del ejército. O la mujer se negó a continuar aquellas relaciones, o bien el marido echó de la casa a Hitler.

Corrían los días de los sucesos de Sarajevo. Baviera decidió entrar en guerra. De haberse encontrado en el Imperio austrohúngaro, Hitler hubiera sido movilizado. Sin embargo, tal vez por entusiasmo político o impulsado quizá por un desengaño amoroso, Hitler resolvió marchar como voluntario en una unidad bávara.

CAPÍTULO IV

EL PRIMER ENCUENTRO

Con un periódico matutino en la mano, en el que aparecían marcados con tinta roja ciertos avisos, Eva Braun se detuvo ante el número 50 de la Schellingstrasse. Aún en el Munich actual casi todo el mundo ignora el papel histórico de esta calle, que se hizo demasiado aburguesada para seguir perteneciendo al bohemio Schwabing. La joven postulante de diecisiete años, que había dejado el convento apenas unos meses antes, tampoco tenía la menor idea de que al traspasar el umbral de aquella casa, cuyo único ornato era la fronda de un castaño crecido como por milagro en el pequeño jardín adyacente, estaba enfrentándose con su destino.

Aquellos pocos meses habían cambiado considerablemente a Eva. Seguía siendo la muchacha rellenita de siempre, a excepción del busto, que resultaba poco exuberante para el gusto bávaro. Pero ahora llevaba una sombra de carmín en los labios, bastante polvo en las mejillas y se había deshecho de su viejo abrigo de cuadros y del bonete de estudiante. Tampoco tenía sueltas las largas trenzas, como el día en que esperaba en la estación de Simbach el tren para trasladarse a Munich, sino que aparecían cuidadosamente enrolladas a los lados de la cabeza. Algunos días más tarde se las cortaría, rubricando de ese modo su emancipación definitiva. Vestía un traje sastre de color castaño, y se tocaba con un sombrero del mismo color, todo lo cual le daba cierto aire de muchacho. No llevaba bolso de mano, pues aunque no carecía de él, lo cierto es que no era del mismo color que él vestido. Eva Braun sintió siempre una gran predilección por el color castaño y cuidaba excesivamente la armonía de colores, al punto que hubiera preferido ir descalza antes que llevar unos zapatos que no hicieran juego con el vestido.

Su hermana mayor, Ilse, era en gran parte responsable de aquella rápida transformación. Los primeros días después de su regreso del convento, Eva observó con disgusto a su hermana mientras ésta se maquillaba.

—¡Puaf! —exclamó indignada—. No sé cómo puedes embadurnarte de ese modo la cara...

Y a continuación le espetó un sermón que seguramente era una versión literal de los que predicaban las monjitas del convento. Pero un día, después del baño, se miró detenidamente al espejo, y cogiendo una cinta métrica midió primero la estatura de su hermana y luego el contorno de sus caderas. Tras esta comparación, llegó a la conclusión de que debía adelgazar. A partir de entonces sus padres volvieron a sentirse preocupados de que su hija Eva tuviera con frecuencia los mismos dolores de estómago que antaño.

Por razones prácticas, en la habitación de las chicas no había más que dos camas, ya que Gretl, la menor, había sido enviada a su vez al convento. Por consiguiente, Eva sufrió la influencia de su hermana mayor. Ilse era ayudante de un cirujano judío, el doctor Martin Marx, para quien trabajó durante ocho años hasta que el médico emigró a Estados Unidos; hoy el doctor Marx vive todavía en los alrededores de Nueva York (más tarde hablaremos de esta relación, que no siempre parece haber sido estrictamente

profesional). En consecuencia, Eva también quiso trabajar con un médico y consiguió un empleo con un tal doctor Gunther Hoffmann; pero al cabo de unas semanas sintió disminuir la afición por aquella actividad. No le gustaba permanecer sentada en la antesala con el blanco uniforme de enfermera, y las exigencias de los pacientes la irritaban. Además, la simple vista de la sangre la ponía enferma. Todo ello le disgustaba profundamente, lo que no impidió que años más tarde, ya al lado de Hitler, quien se tomaba muy en serio las cuestiones de salud; adoptase la actitud de una sesuda experta en asuntos médicos.

El caso es que Eva decidió buscarse otra ocupación, esta vez como mecanógrafa; pero su segundo intento de encontrar trabajo fue aún más desdichado, pues aborrecía tener que estar continuamente detrás de una máquina de escribir.

El padre de Eva había hecho un pequeño capital, dotó convenientemente a sus hijas y se compró un pequeño aunque sólido coche «BMW», en una época en que el automóvil todavía constituía un lujo. Por lo tanto, no era indispensable que Eva tuviera que ganarse la vida. Pero si ella insistía era por imitar a su hermana, por sus deseos de ser independiente, y de poder entrar y salir de su casa sin que la controlasen. Y es que Fritz Braun, profesor de rígidas costumbres, era tan estricto con sus hijas como con sus alumnos. Investigaba sus salidas, controlaba la correspondencia y las llamadas telefónicas, y hasta les cortaba la corriente eléctrica por las noches después de las diez. Para poder leer en la cama, las hijas tuvieron que comprar una pequeña lamparilla que encendían debajo de las sábanas. Pero lo que más contrariaba a Eva y a su hermana era que, pese a su prosperidad, el padre no estaba dispuesto a darles dinero para sus gastos personales. Era una situación sumamente incómoda, como lo demuestra lo que ocurrió en la primera salida de Eva con un muchacho. Su hermana Ilse había hallado un joven dispuesto a llevar a Eva al baile. (Ilse, la mayor, era una apasionada de la danza, tenía innumerables compañeros de baile, y más tarde llegó a ser campeona de Europa, no profesional, en danzas de salón.)

El joven fue a buscar a Eva, y ambos se dirigieron luego en tranvía hacia el hotel Regina, donde iba a celebrarse la reunión. La entrada costaba dos marcos y medio, y no olvidemos que en aquel entonces el poder adquisitivo del marco era similar al del dólar en la actualidad. Pero ocurrió que los organizadores de la fiesta tuvieron la ocurrencia de que fueran las mujeres quienes pagasen la entrada, idea absurda en nuestros días, pero bastante corriente en aquellos tiempos de depresión. Por otra parte, tanto en Alemania como en los países escandinavos y en Holanda, ocurre a menudo que una chica comparta los gastos de una comida o de una velada con el joven que la acompaña.

Pero Eva, recién llegada de Simbach, no había previsto semejante contingencia. No tenía un solo «pfennig», y llegado el momento de pagar se puso roja como una amapola. Su compañero desembolsó la suma, que no era muy crecida, al tiempo que se reía despreocupadamente. Eva sintióse tan humillada que se negó a bailar más de una pieza y volvió a casa llorando. Por consiguiente, decidió trabajar, aunque sólo fuese para evitar incidentes tan desdichados como el que le había ocurrido.

De aquí que, una vez más, se presentara para un empleo, ahora en el número 50 de la Schellingstrasse y en respuesta a un anuncio, aparecido en el periódico. La casa tenía aspecto modesto y en la fachada se veía un sencillito letrero que decía: «Heinrich Hoffmann, fotografía de arte». La joven no sabía nada acerca de las relaciones de Hoffmann con el partido nacionalsocialista, partido ya importante por aquel entonces, pero que no destacaba entre la multitud de facciones políticas existentes en la República de Weimar. Algo más allá, en la misma calle, se hallaba la imprenta del *Völkischer Beobachter*, órgano oficial de ese partido, y era lógico que en un restaurante italiano de la misma arteria, que ostentaba el híbrido nombre de Osteria Bavaria, se reuniesen los redactores del diario, entre los que se contaba, como miembro más conspicuo, Adolf Hitler.

La firma fotográfica Hoffmann era entonces insignificante y las relaciones del dueño con Hitler y el partido no convertirían a Hoffmann en una celebridad mundial y en millonario hasta la subida del Führer al poder. Nos hallamos ahora en plena recesión económica y en una época en que la profesión de fotógrafo era aún anodina y mal retribuida, por cuanto la prensa gráfica no había alcanzado el prodigioso desarrollo que lograría en la década siguiente. De todos modos, el siempre jovial y rollizo Hoffmann, tan dado a los placeres de la buena mesa, y sobre todo a los de la bebida, no era un cualquiera. La fotografía era un arte de raigambre familiar; él mismo se inició como fotógrafo en 1897, en la corte de Baviera, y se jactaba de haber fotografiado al kaiser, al rey Eduardo VII de Inglaterra y al tenor Caruso, ello sin mencionar el incidente internacional que por aquella época desencadenó una de las fotos del emperador alemán. Al mismo tiempo que las docenas de millares de fotografías de Hitler, propulsoras de una imagen del dictador que, según trataremos de demostrar en esta obra, estaban muy lejos de corresponder a la realidad, la gran hazaña profesional de Hoffmann consistió en registrar la infantil alegría de Stalin cuando éste asistió a la firma del pacto germano-soviético, que hacía del padre de Svetlana el cómplice y compinche de Hitler.

Hoffmann conoció a Hitler dos años después de haberse adherido aquél al partido nazi —su carnet ostentaba el número 427—, al pedirle una agencia que hiciera una fotografía del futuro dictador. Hitler actuaba entonces a lo Greta Garbo: se negaba a dejarse fotografiar, convencido de que de esta forma su figura resultaría más misteriosa e interesante. Si bien, al principio, Hoffmann no pudo hacerle cambiar de idea, sí en cambio se hicieron amigos. El fotógrafo era un hombre divertido, un compañero agradable al que más tarde Eva Braun calificó cariñosamente de «loco borrachín del Tercer Reich». En su casa tenía Adolf la posibilidad de descansar apaciblemente, lejos de la agitación cotidiana. Por otra parte, y como podrá verse, Hitler detestaba recibir en la intimidad a sus compañeros políticos. No obstante, Hoffmann, que supo siempre mantenerse al margen de las actividades oficiales, ejerció una función bien definida: la de discreto confidente. En verdad, todos los que estaban en torno a Hitler, desde su amante a sus perros, se hallaban allí para llevar a término un cometido preciso.

Después de la caída del nazismo, Hoffmann se lamentó amargamente del tratamiento que le habían dado los aliados, al tiempo que proclamaba haber sido una víctima en su trato con el antiguo Führer. ¡Cuánta hipocresía! Lo cierto es que con su actuación, Hoffmann justificaba sobradamente el calificativo de «maestro oportunista del Tercer Reich». Gracias a sus fotografías de Hitler, de los miembros del partido, y más tarde de las escenas del campo de batalla, en todo lo cual tenía preferencia o monopolio, pudo Hoffmann amasar muchos millones, y aun hubiera atesorado bastantes más de no haber sido por Martin Bormann, que le andaba siempre a la zaga «respirándole detrás del cuello». Lo más curioso de todo es que consiguió de los americanos que le devolvieran parte de sus colecciones de fotografías. El papel que desempeñó en la fabulosa ascensión de Hitler al poder, puede considerarse como de naturaleza primordial. Fue él quien supo introducir la fotografía como elemento fundamental de las campañas políticas alemanas, y gracias a él también, Hitler, en 1923, que era un desconocido, se convirtió en héroe, padre, marido y hasta en dios de los alemanes. Quizá el método era conocido ya en Estados Unidos y hasta en la Italia fascista; pero fue una novedad absoluta en el Reich. Aún hoy, en Alemania, tanto occidental como oriental, y también en Suiza, algunos periódicos que se cuentan entre los más prestigiosos, no publican fotografía alguna, al menos en primera página. Esta importante aportación técnica, junto al apoyo moral que Hoffmann proporcionaba a Hitler con su compañía y amistad, nos permiten afirmar que el fotógrafo jugó un papel decisivo en la historia del Tercer Reich. Tanto más cuanto que el irreverente Hoffmann, demasiado materialista para tener ideales, demasiado receloso para creer en promesas y demasiado

astuto para no adivinar lo que iba a ocurrir, sólo uniría su suerte a la de Hitler por simple amor al lucro.

Soy de aquellos que piensan que la responsabilidad en un crimen, sobre todo si es de guerra, no debe circunscribirse únicamente al jefe de Estado que da las órdenes, o a los que las ejecutan con las armas en la mano. Las gentes que desfilan por las avenidas exhibiendo carteles tales como «Muerte a nuestros enemigos», los que escriben a los periódicos para justificar e incluso alentar las matanzas de inocentes, los que confraternizan en la mesa con aquel jefe de Estado, y en fin, los que se muestran solidarios con él y sus palabras, todos ellos comparten plenamente su responsabilidad, y no me refiero únicamente a las responsabilidades de los vencidos.

Eva Braun fue contratada al momento por un salario mísero. Hoffmann daba preferencia a las muchachas muy jóvenes, en esos días en que Alemania no era más que una inmensa masa de parados porque de ese modo podía explotarlas económicamente. El cargo oficial de Eva era el de «contable», pues estaba en posesión del título correspondiente otorgado por el colegio del convento; pero Henriette, la hija de Hoffmann, sin duda por una cuestión de celos, pretende que la muchacha sólo estaba allí para vender películas fotográficas. En realidad, siendo el negocio bastante modesto, Eva tenía que hacer un poco de todo, y además de vender películas, copiaba cartas, hacía facturas y hasta revelaba fotografías, pues era un trabajo que le gustaba. Resulta curioso, aunque no guarde relación con lo que tratamos, que Jacqueline Kennedy también iniciara su carrera como ayudante de fotógrafo y que conociera también gracias a la fotografía a su esposo, lo mismo que Eva Braun trabó conocimiento con Hitler.

Esto se debió a que Heinrich Hoffmann, como hemos dicho, no sólo servía a Hitler en su calidad de especialista de la cámara, sino que conociendo sus gustos en materia femenina, «muchachas jóvenes, hermosas, inocentes», solía elegir a sus empleadas de acuerdo con esas preferencias.

Previamente había tratado de establecer un vínculo entre su amigo, el destacado político, y su hija Henriette, que al menos poseía dos cualidades de las requeridas: la juventud y la hermosura, ya que no la inocencia. Henriette había nacido el 3 de febrero de 1912, exactamente tres días antes que Eva Braun, y era bastante agraciada, aunque algo delgaducha para el gusto del Führer, que las prefería llenitas. La madre de la muchacha había actuado como «cantante» en los cabarets, o al menos así se afirma en la biografía que compilaron los Hoffmann. Henriette, llamada Henny por sus allegados, había crecido así en un ambiente «artístico»; sirvió de modelo a su padre y hasta llegó a interpretar algunos cortometrajes de los que no se quiso volver a hablar. En sus *Memorias* hace alusión a un encuentro algo escabroso que tuvo con Hitler:

«Venía a menudo a cenar a nuestra casa. Se daba aires de importancia, con su chaquetón de cuero oscuro, la fusta en la mano, y su "Mercedes", cuyo chófer le aguardaba siempre ante nuestra puerta.

»Después de la cena, Hitler, al que en esa época llamábamos aún herr Hitler, se sentó al piano y tocó piezas de Wagner y Verdi.

»—¿Conoces el estribillo de *La Forza del Destino*? —me preguntó tuteándome, pues yo tenía diecisiete años y él más de cuarenta. Luego resolvió marcharse y mi padre le acompañó, quedando yo sola en la casa. De pronto oí llamar a la puerta.

»—He olvidado mi fusta —dijo él.

»La fusta de Hitler era como un amuleto. La cogió, se colocó delante del tapiz de la antecámara y aguardó, con su gran sombrero de fieltro en una mano y la fusta en la otra. Finalmente, ante mi gran sorpresa, me preguntó muy serio:

»—¿Quiere usted besarme?

»Yo sólo presté atención a aquel *usted* del que se servía por primera vez para dirigirse a mí. Pero cuando acercó su rostro al mío, le dije que no. Hitler dio media vuelta y

cerró la puerta tras él. Cuando regresó mi padre a casa le relaté el incidente y él, poniéndose a reír, comentó:

»—Te imaginas unas cosas tontuela...»

Resulta difícil saber lo que pudo ocurrir en aquella ocasión realmente. Tal vez, como afirmó Hoffmann, todo fue producto de la imaginación de la muchacha, quien más tarde trataría de demostrar al mundo que de haberlo querido hubiera podido preceder a «la insignificante vendedora de películas a la que mi padre dio empleo por un salario mísero»; o bien la aventura fue mucho más seria, hubo beso y algo más, pero el Führer, galán inconstante, no habría encontrado a Henny de su gusto.

De todos modos y gracias a Hitler, Hoffmann halló un excelente partido para su hija, quien se convertiría andando el tiempo en la señora de Baldur von Schirach, aquel joven que «desembarcó una hermosa mañana procedente de Estados Unidos, silbando el *Yankee Doodle*», y que hizo de la voluble Henriette la «virreina» de Austria, donde Henny, cuando no dormía en el lecho de los Habsburgo o se paseaba por los jardines del príncipe Eugene, o por los que su marido había incautado a la familia Rothschild, podía ir a tomar el fresco a su propio castillo. Todo ello porque Baldur von Schirach era millonario y de noble abolengo. La madre de éste, Emma Middleton Lynah-Tillou, era americana, y bastante después del proceso de Nuremberg él heredó de su abuela materna un grueso paquete de acciones excelentemente cotizadas en la Bolsa de Wall Street. Las preferencias políticas de la familia quedan sobradamente aclaradas por el hecho de que la madre, nacida en Nueva York, fue a vivir a Alemania durante la guerra, pereciendo quemada viva en 1944, cuando un avión pilotado por uno de sus compatriotas —un americano, quiero decir— se abatió envuelto en llamas sobre su casa de Wiesbaden.

Sé bien que al igual que su mujer, su suegro, su suegra y otros muchos miembros de la familia, Baldur von Schirach escribió uno o dos volúmenes para explicar y justificar su papel. No admito la acusación hecha por los vencedores a los vencidos, y los últimos veinticinco años nos han demostrado que los principios enunciados en el proceso de Nuremberg han quedado sin aplicación práctica. No obstante, debo decir aquí que recuerdo muy bien la visita que hizo Baldur von Schirach en 1944 al campo de concentración de Mauthausen, en el que yo estaba internado. Nosotros llamábamos a ese recinto «la casa de la muerte», y sin duda era de entre los situados dentro de las fronteras del Gran Reich, aquel en el que reinaban las condiciones más ultrajantes y crueles. Incluso visto desde el exterior, Mauthausen helaba la sangre, y el «poeta» Baldur von Schirach no pudo ignorar aquel panorama dantesco. Yo estuve internado en otro campo y en cinco prisiones, todas situadas en Austria, y estoy convencido de que el régimen carcelario en las provincias austriacas era mucho más duro e inexorable que el de Alemania propiamente dicha. En consecuencia, Baldur von Schirach, en calidad de «virrey» de Austria y de *gauleiter* del partido, con plenos poderes del Führer, no podía ser ajeno a lo que ocurría en aquellas prisiones. Ya puede escribir libros hasta el fin de los siglos, justificándose, que ante mis ojos nunca será merecedor de disculpas.

Eva Braun no tuvo ocasión de encontrarse con Hitler durante las tres primeras semanas en su nuevo empleo. Se despreocupaba por completo de la política, ya que en el convento jamás habían tratado aquel tema, y prefería hablar de vestidos y de cine con sus compañeras de trabajo. Tampoco prestaba demasiada atención a los singulares personajes que llegaban al estudio a hacerse fotografiar por el dueño. Entre ellos se contaba aquel extraño personaje con impertinentes de preceptor, que se decía criador de conejos y que ostentaba el nombre de Heinrich Himmler; también el de cabello entrecano, siempre con un grueso manuscrito bajo el brazo, que se anunciaba como Rosemberg. Acudían, además de los antedichos, un perito agrícola con las botas llenas de fango: Martin Bormann; Rudolf Hess, que regularmente entraba en la farmacia de enfrente para

comprar un producto que aseguraba la longevidad¹ y, por último, Julius Streicher, que atemorizaba a las muchachas con un espantoso muñequito que llevaba colgado al cuello, y que representaba a un rabino ahorcado.

Por fin, uno de los primeros días de octubre, avanzada ya la tarde, llegó Adolf Hitler. Pero reproduzcamos el relato de aquel primer encuentro, tal como Eva Braun lo contó más tarde a su hermana Ilse:

«Me había quedado después de cerrar la tienda para ordenar algunos papeles, y estaba subida a una escalera de mano para llegar hasta los archivadores situados en lo alto de un armario. En ese momento entró el dueño acompañado de un señor de cierta edad, con un gracioso bigotillo, abrigo claro de género inglés y un gran sombrero de fieltro en la mano. Los dos van a sentarse al otro lado de la habitación, detrás de mí. Observo disimuladamente y advierto que el desconocido me está mirando las piernas. Aquel día, justamente, había acortado un poco mi falda y me sentía inquieta, pues no sabía si me había quedado bien el dobladillo. Ya sabes que no me gusta pedir a mamá que me ayude. Hoffmann nos presentó cuando descendí.

—Herr Wolf², nuestra pequeña y valiente fraulein Eva.

»Luego agregó:

»—Sea buena chica, fraulein Braun, y vaya a buscarnos cerveza y salchichas a la taberna de la esquina.»

Eva Braun, aún con el candor del convento, no supuso que aquello podía ser una artimaña. Hoffmann se había dado cuenta del interés de Hitler, el cual no quitaba los ojos de la muchacha, y parecía fascinado por sus hermosas piernas y su rostro redondo, que tan bien coincidían con sus gustos. Seguramente Hoffmann, con su lenguaje rabelesiano, había informado a su amigo de la pureza e ingenuidad de la nueva empleada. El pretexto de las salchichas y de la cerveza era bastante burdo, ya que Hitler era vegetariano y jamás hubiera comido salchichas. En cuanto a la cerveza, sólo la bebía en muy raras ocasiones. Lo que Hoffmann pretendía era organizar un pequeño ágape, sentando a Eva a la mesa con ellos, y crear así un ambiente de intimidad, ya que en aquella época el espíritu de clases estaba muy marcado y no era corriente que un patrono y su cliente se pusieran a charlar con una empleada, y más si ésta era nueva.

«Yo tenía hambre, devoré mi salchicha y bebí dos dedos de cerveza, por educación —continuó relatando Eva Braun a su hermana—. El señor aquel me hace algunos cumplidos. Hablamos de música, de una obra representada en el teatro del Estado, me parece, y él no hacía más que comerme con los ojos. Luego, como ya era tarde, me escapé, rechazando su oferta de llevarme a casa en su "Mercedes". ¿Te imaginas la cara que hubiera puesto papá? Antes de marcharme, sin embargo, Hoffmann me llevó a un rincón y me dijo:

»—¿No sabes quién es ese señor? ¿Acaso no prestas atención a nuestras propias fotos?

»—No —repuse yo, aturdida.

»—Es Hitler. Adolf Hitler.»

Eva Braun regresó corriendo a su casa. De improviso preguntó a su padre: «Papá, ¿quién es Adolf Hitler?» Fritz Braun repuso desdeñosamente: «Es un cualquiera que se cree un reformador del mundo.» Hasta dos años después no volvería a pronunciarse el nombre de Hitler en casa de los Braun.

¹ Detalle que la señora Ilse Hess, su esposa, niega obstinadamente en la actualidad.

² Como ya hemos explicado, Hitler usaba a menudo el seudónimo Wolf.

CAPÍTULO V

«TENGO UNA BUENA AMIGA EN MUNICH...»

Al día siguiente de su encuentro fortuito con herr Hitler, alias Wolf, Eva Braun no fue a casa a comer, como era su costumbre, sino que permaneció en la tienda y aprovechó el descanso del mediodía para examinar la colección de fotografías tomadas al visitante del día anterior, ya que por aquella época había innumerables imágenes del futuro dictador en los archivos de Hoffmann. La muchacha lo hacía para formarse una idea más completa acerca del hombre. Veíase al führer Hitler de uniforme, rodeado de sus fieles colaboradores y aclamado por una muchedumbre de mujeres que arrojaban flores a su paso ante un fondo de banderas multicolores. Allí parecía otra cosa, y no el hombrecillo vulgarmente vestido del día anterior. En la Baviera de aquella época, un uniforme y unas botas ejercían una atracción irresistible sobre las mujeres. Así pues, no es extraño que Eva comenzase a sentir cierta predilección por ese hombre, si bien no hasta el punto de hablar de él a sus hermanas.

Porque aquel bigote absurdo, el mechón sobre la frente, los ojos como bolas de billar y el semblante patibulario... ¿Cómo era posible que una muchacha de diecisiete años, que no carecía de buen gusto ni de aptitudes artísticas, no advirtiese el aspecto ridículo de tal personaje? Semejante pregunta habría que formularla a psiquiatras y aun así creo que ni ellos mismos podrían dar una respuesta lógica y satisfactoria. Pero tampoco hay lógica en que las muchachas de hoy en día admiren al actor Jean-Paul Belmondo, o encuentren irresistibles a los Beatles. No obstante, hay que reconocer que Hitler se mantenía todavía esbelto, y que habría salido bien parado de la confrontación con otros hombres de su medio ambiente y de su edad. En efecto, los bávaros de más de cuarenta años tenían en su mayor parte un enorme barrigón de bebedores de cerveza que les daba un aspecto grotesco.

«¿Hitler? Ese hombre cree haber mamado la sabiduría con su biberón. Más vale cambiar de acera si se le cruza a uno en el camino», había dicho papá Braun en una sobremesa. Mas ¿qué joven moderna acepta un veredicto semejante de su padre? La intransigencia de Fritz Braun no hizo más que estimular el espíritu de contradicción de Eva, la cual se puso a sondear a Hoffmann y a las compañeras de trabajo, quienes sin duda le pintaron un cuadro muy diferente acerca del movimiento nacionalsocialista y de su jefe. Eva era demasiado inexperta en materia de política para darse cuenta de que estaba rodeada de fanáticos, y hasta el fin de sus días se mantendrá al margen de dogmas y doctrinas, y no tolerará polémicas de naturaleza política en su presencia, ni siquiera estando el mismo Hitler delante. No les fue difícil convencerla de que Hitler era un hombre enormemente importante, un gran patriota, un idealista que iba a salvar el país. Debe advertirse, en honor a la verdad, que Eva no atribuía demasiada importancia al patriotismo, y que lo único que contaba para ella era lo que pudiera «salvar a Eva Braun».

Afines de 1929, el partido nazi, después de haber pasado por un período extremadamente difícil y desalentador, renació de las cenizas y entró en una fase de crecimiento arrollador, proceso que terminaría con la conquista de la Wilhelmstrasse. Las profecías de Hitler comenzaron a tenerse muy en cuenta, pues, había anunciado que se produciría en el mundo otra catástrofe económica y el derrumbe de Wall Street había venido a darle la razón. Sin querer hacer aquí una historia de los acontecimientos de la época, digamos brevemente que durante los meses que siguieron al primer encuentro entre Hitler y Eva Braun, la Prensa y la radio, resaltaron cada vez más la figura de ese hombre, a menudo con frases de verdadera admiración, aunque a veces lo hicieran

también con recelo y hostilidad; pero lo importante es que siempre le colocaron en un primer plano de la actualidad. Fue de este modo como a los pocos meses de salir de un convento de provincias, Eva se dio cuenta de que había logrado la hazaña de hacerse admirar por una «celebridad».

Hitler no volvió a ir más que en contadas ocasiones a casa de Hoffmann. Eran los años revolucionarios, y el futuro dictador viajaba incesantemente. Pero cuando volvió, informósese acerca de «la pequeña Eva Braun, tan divertida». Le besó la mano, se inclinó ante ella como lo habría hecho un príncipe real en la corte de Viena, elogió la frescura de su tez y pronto la llamó «mi hermosa sirena de la casa Hoffmann». Le llevaba flores y a veces bombones; Eva conservó religiosamente la primera orquídea amarilla —de la que aún quedan unos pocos pétalos, secos y ajados— entre las páginas de su álbum de fotografías. Junto a la flor puede verse una foto de Hitler ataviado de uniforme, con una simple firma y una fecha: «Navidad de 1929» Este fue el primer obsequio de Hitler a Eva. Más tarde se mostraría más generoso con ella, pero por aquel entonces no hacía sino participar de la ilusión que sienten los reyes, presidentes y estrellas de cine, de creer que una foto dedicada es el mejor regalo que pueden hacer. Este regalo, además, nos ofrece la prueba de que por aquella época las relaciones entre Hitler y la señorita Braun eran poco consistentes. De todos modos, en casa de Hoffmann no se concedió mayor importancia a esas atenciones, ya que Hitler se mostraba siempre galante con las muchachas del establecimiento, y distribuía a diestra y siniestra ramos de flores y besamanos.

Después de esas Navidades de 1929, la presencia de Hitler en el 50 de la Schellingstrasse se hizo mucho menos frecuente. Ello se debía a que un nuevo personaje había entrado en su vida: Geli Raubal, que llegó para instalarse a su lado en el cómodo piso que él acababa de alquilar, y que adquiriría años más tarde. De ese modo tenía el Führer una especie de hogar en el que pasar agradablemente sus veladas. Por otra parte, Geli acompañaba a menudo a su tío a los cafés y restaurantes preferidos por Hitler, y éste difícilmente habría soportado la presencia de otra muchacha en su mesa. No obstante, Geli se negó obstinadamente, sin que se sepa por qué —tal vez por instinto femenino—, a ir del brazo de Hitler al estudio de Hoffmann. Por ello Geli Raubal y Eva Braun no llegaron a encontrarse jamás.

En 1930, Adolf Hitler no era para Eva Braun más que un hombre que la hacía objeto de algunos galanteos ocasionales. La joven, en compañía de Henny Hoffmann, amiga de circunstancias, salía con diversos chicos, y osaba nadar con bañadores que habrían horrorizado a las buenas monjitas de Simbach. Gastaba su modesto sueldo en vestidos y adornos, y consagraba bastante tiempo a su maquillaje.

«Cuando esperaba una visita de Hitler —asegura Henriette Hoffmann—, Eva se rellenaba el sostén con pañuelos, para dar a su pecho la redondez que le faltaba y que parecía complacer a herr Hitler...»

Seguía siendo una dependienta, pero a veces posaba para fotografías de publicidad, adoptando entonces posturas de vampiresa. Le gustaba mucho disfrazarse. Una vez, durante una fiestecilla a la que habían sido invitadas su madre y su hermana, un cantante negro se puso a imitar la voz y los ademanes de Al Jolson, que triunfaba entonces en la primera película hablada, *El cantante de jazz*. Cual no sería la sorpresa de la madre de Eva cuando advierte que el negro se acerca a la mesa y le da un beso. El negro no era otro que su hija Eva. No cabe duda de que el hecho fue comentado, ya que más tarde Hitler pidió a Eva una fotografía de ella disfrazada del «negro» Al Jolson, cuyo origen era judío. Él, racista y antisemita furibundo, no encontró chocante el hecho, sino que pareció divertirse grandemente.

El baile se había convertido en una de las pasiones de Eva Braun, pero aún era mayor su preferencia por la gimnasia. Se inscribió en una asociación profesional, y pronto tomó parte en concursos de la especialidad. Destacaba, sobre todo, en las barras

paralelas. Bastante más tarde seguía conservando la costumbre de hacer ejercicio, que era para ella el mejor medio de conservar la línea.

Sólo a fines de 1930 pareció Hitler volver a interesarse por la «pequeña sirena» Eva. «¿Puedo permitirme, *gnädiges fraulein*, invitarla a la Opera esta noche?» le decía, o bien: «No me gusta comer solo. Quisiera lucirme en la Osteria cenando con una mujer hermosa». E iban a la Opera y al restaurante, acompañados por Bruckner o por otros dos ayudantes. Hay testigos que afirman que, en la mesa, Hitler tenía entre las suyas la pequeña mano de Eva, que acariciaba tiernamente. Pero la mayor parte de las veces eran relaciones como las de un padre con una hija. Hitler procuraba que ella estuviera en casa antes de la medianoche, y prohibía toda conversación subida de tono delante de Eva. En general, trataban de no prodigarse excesivamente en público, y preferían ir de incógnito al cine, siendo su sala preferida la Shauburg, situada en el barrio de Schwabing, o bien se sentaban en algún rincón discreto del café Carlton, menos frecuentado que los otros cafés por la camarilla nazi. En dos o tres ocasiones, Hitler invitó a Eva a meriendas campestres, pero nunca iban juntos en coche hasta el mismo sitio. Aquellos paseos de los domingos en el lujoso «Mercedes», con chófer y asistente, impresionaban mucho a Eva.

El secreto era la característica esencial de sus encuentros. En su calidad de jefe de un movimiento que aspiraba a reformar el mundo y a defender la moral familiar, Hitler era sumamente vulnerable. Por consiguiente, ni sus mismos allegados políticos, comprendidos Goering y Goebbels, debían enterarse de que aquella joven rubia era algo más que una de las innumerables admiradoras que revoloteaban en torno a él. Raras eran las veces que la llamaba por teléfono; le escribía muy poco y los únicos testigos de sus encuentros eran Hoffmann, complaciente y discreto, y los ayudantes de Hitler, que siempre fueron dignos de toda confianza. La misma Eva no tenía deseos de divulgar sus salidas, ya que si su padre se hubiese enterado de que salía con un hombre veintitrés años mayor que ella, la habría recluido inmediatamente en un convento.

Por otra parte, y sobre todo, estaba el asunto de Geli. Hitler cuidaba, incluso, más de su sobrina que el padre de Eva de su hija. El hecho de que el romance de Hitler con Eva siguiera un curso paralelo al que le atribuían sus allegados en relación con Geli Raubal, tiende a poner en duda el carácter equívoco de esas relaciones entre tío y sobrina. Si hubo «batalla de damas» por el corazón de Adolf Hitler entre Geli y Eva, el desarrollo de los hechos demuestra que fue Eva Braun la que salió triunfante.

En una ocasión ella misma se había jactado ante sus compañeras de trabajo: «Hitler dice ser un soltero empedernido, pero tiene su talón de Aquiles, y ya veréis como se casa conmigo». Las otras no tomaron en serio semejante fanfarronada.

Hitler tenía un método especial para cortejar a una mujer, y comenzaba por afirmar que un político no era un ser cualquiera: «Debo viajar continuamente, ¿cómo podría permitirme el lujo de tener un hogar...? Mi vida está siempre en peligro... Además, las mujeres ejercen una desastrosa influencia en la política. Véase el caso de Napoleón. La bailarina Lola Montes, por ejemplo, fue la ruina del rey Luis I de Baviera. Sin ella, él habría sido un excelente monarca. Y qué decir de esa ambiciosa, la mujer de Chiang Kai Chek, tan llena de odio que llegó a provocar al Japón, causando así la desgracia de su país...»

Al principio, después de cada conversación que sostenía con Hitler, Eva se apresuraba a consultar enciclopedias y anuarios, pero luego tomó la costumbre de escuchar y olvidar, silencio que Hitler interpretaba como una muestra de aprobación y sumisión. En realidad a Eva no le gustaba la Opera, pero asistía dócilmente con él a las representaciones de las óperas de Wagner y aseguraba a Hitler que el espectáculo le parecía maravilloso.

Eva escuchaba atentamente cuando Hitler hablaba de Grillparzer, elogiaba a Shakespeare, trataba durante horas y con toda seriedad el tema de la serpiente de mar, o prometía que el día en que subiese al poder respaldaría la producción de cohetes espaciales, con lo que gracias a él, el hombre podría llegar a la Luna.

Eva trataba de leer cuanto podía a fin de colocarse a la altura de su acompañante. «Pero el estudio la aburría enormemente —afirma Mitzi Joisten, una de sus amigas y más tarde nuera del general Kolle—. Prefería leer novelas de Pearl S. Buck, de Kathrin Holland y de Margaret Mitchell, así como revistas de cine y de modas.» Hitler, por su parte, jamás leía novelas.

«Las hermanas Braun no éramos demasiado locuaces en lo referente a los detalles de nuestra vida privada. Incluso entre hermanas y en la intimidad de nuestra alcoba, raramente hablábamos de nuestras relaciones con los hombres. Mostrábamos en eso un puritanismo que, sin duda, se debía a la educación recibida en el convento, o tal vez a conceptos muy victorianos de nuestros padres. Yo sabía que ella salía a veces con Hitler, pero ignoraba la naturaleza de aquellas relaciones», declara la hermana mayor.

La verdad es que por entonces comenzó a manifestarse cierto antagonismo entre Eva e Ilse, antagonismo que persistirá hasta el final. Sin embargo, Eva respetará en todo momento a su hermana, se ocupará de ella y no dejará que se aflojen los sólidos lazos afectivos que unieron siempre a los miembros de la familia Braun; pero también se sabe y se reconoce que Eva no quería dejarse dominar por la hermana mayor. Como la otra hermana estaba todavía en el convento, es lógico pensar que Ilse era la única a quien podía hacer objeto de sus confidencias. No obstante persistía entre ellas la reserva y hasta, según parece, ambas hermanas compraban por separado y a escondidas la una de la otra los productos para la higiene y belleza femeninas.

Las dos jóvenes solían discutir de vez en cuando acerca de la situación política. El padre no quería saber nada de ese aspecto; Eva y su madre se habían convertido en defensoras del nacionalsocialismo, mientras que Ilse defendía obstinadamente el punto de vista opuesto. Ilse estaba algo enamorada de su médico, el otorrinolaringólogo doctor Marx, de ascendencia judía, y replicaba con las tesis que mantenía su patrono. Así es como casi todas las noches se celebraba en la habitación de las hermanas Braun una especie de debate entre la portavoz del famoso Hitler y la del oscuro médico israelita, el cual vive hoy desahogadamente en Nueva York. Me pregunto si hubo muchas personas en Munich que al llamar al estudio de Hoffmann oyeron contestar: «Heil Hitler, al habla la señorita Braun», para luego, al tener que solicitar hora al médico, se asombraran al escuchar: «La paz sea con usted, habla la señorita Braun, ayudante del doctor Martin Levy Marx...»

Fue, tal vez, la relación de su hermana con un hombre de cierta edad, lo que impulsó a Eva a unirse a Hitler. Esta discutía con Ilse, pero la imitaba en casi todo. Es evidente que ambas padecieron una especie de complejo de Electra, pues Ilse contrajo matrimonio dos veces, y en ambas ocasiones con hombres de bastante más edad que ella. Gretl mostrará los mismos gustos hacia los hombres maduros. Cabe preguntar si ello se debía a la admiración que sentían hacia su padre o a la severidad de este último para con ellas.

Eva creía a pies juntillas en la predicción de una adivina que le había dicho: «Un día el mundo entero hablará de usted y de su gran amor». ¿Creyó ver ella en Hitler el hombre de su destino? Una vez más debemos insistir en aquella especie de fluido magnético que poseía Hitler, con el que influía de manera irresistible sobre la naturaleza femenina. A partir de 1931, habrían podido contarse con los dedos las muchachas alemanas que se hubieran negado a cualquier requerimiento por parte del jerarca nazi.

De todos modos, imagino que el factor decisivo que transformó el devaneo de Eva Braun en un amor sincero, fue el suicidio de Geli Raubal.

La prolongada ausencia de Hitler, que con tanto dolor guardó duelo por su sobrina, la revelación de que hubiera otra mujer en su vida, una muchacha que había llegado al extremo de quitarse la vida por él, los informes que indirectamente recibía Eva acerca del estado de depresión nerviosa de su amigo, todo ello contribuyó a crear en la joven un clima de confusión, decidiéndose al fin a entregar su amor a un hombre al que creía solo,

que aparecía ante sus ojos como un ser capaz de sentimientos elevados y que no resultaba ser un botarate, como afirmaban su hermana y su padre.

Eva volvió a ver a Hitler poco después de comenzar el año 1932. Hoffmann, con el fin de distraer a su amigo, creyó conveniente celebrar algunas cenas íntimas a las que invitaba a Hitler y a Eva Braun. Esta escuchaba al Führer lamentarse, diciendo: «Todos somos responsables de la muerte de mi querida Geli». Eva decidió entonces que había llegado el momento de reemplazar a la maravillosa Geli. Una vez, en el curso de una conversación con su hermana, Eva comentó: «La muerte de Geli fue para él una catástrofe; ella debió de ser una mujer excepcional». Así, poco a poco, con tacto y habilidad, Eva se puso a imitar a Geli, adoptando su peinado y su forma de vestir y tratando incluso de reproducir algunos de sus gestos y expresiones.

La joven Eva Braun se mantenía virgen. No era mujer capaz de entregarse a un hombre mientras alternaba con otro. Es imposible precisar con seguridad la fecha exacta de la seducción, pero existe absoluta certeza de que ésta sólo se produjo después de la muerte de Geli, debido en parte a que Hitler tampoco habría osado llevar una muchacha a su casa, viviendo en ella su sobrina.

La finca Haus Wachenfeld, de Berchtesgaden, que más tarde fue ampliada, convirtiéndose en el Berghof, resultaba poco indicada para aquel menester, pues Angela, la hermanastra del Führer, se encontraba allí la mayor parte del tiempo y, por otra parte, no resultaba fácil para Eva Braun trasladarse o regresar de allí, caso de tener que hacerlo en coche. Hitler no había construido aún sus famosas «autobahns», y el viaje en automóvil desde Berchtesgaden a Munich era muy largo, sobre todo para Eva, que no hubiera osado ausentarse toda una noche de su casa. Hitler, por su parte, jamás habría pensado en la solución de celebrar las entrevistas en la alcoba de un hotel.

Por consiguiente, sólo después del suicidio de Geli pudo Eva visitar a Hitler en su piso del 16 de la Prinzregentenplatz.

«Eva Braun venía a menudo cuando Hitler se hallaba en Munich —afirma Annie Winter—. Siempre andaba detrás de él y quería que se les dejara solos; era una mujer ansiosa. .»

He dicho ya que no hay que conceder excesiva atención a las manifestaciones de Annie Winter, por lo que debemos acoger con cierta reserva su afirmación de que «Eva se convirtió en la amante de Hitler en los primeros meses del año 1932». Los dictadores y presidentes, lo mismo que el ciudadano corriente, no suelen hacer el amor en los escaparates de los grandes almacenes. Por consiguiente, resulta evidente que cualquier detalle sobre hechos semejantes puede verse afectado en gran parte por una excesiva dosis de imaginación. La misma Eva, según ya he dicho, era muy discreta en tales aspectos. Además, ¿qué muchacha aludiría sin más a su primera noche de amor? De todo ello no nos queda más que una enigmática observación que Eva hizo una vez a su mejor amiga. Ambas se hallaban contemplando las fotografías tomadas durante la conferencia de Munich, en las que aparecían Chamberlain, Daladier y Mussolini, sentados en actitud meditabunda en el gran diván central situado en el salón del piso privado de Hitler, en el 16 de la Prinzregentenplatz. El mueble al que aludimos era bastante largo, de terciopelo rojo, con encajes recubriendo el respaldo. Al parecer, con aire festivo y guiñándole un ojo, Eva dijo a su amiga: «¡Ah, si Chamberlain conociera la historia de este sofá...!»

Preciso es hacer notar que no fue justamente aquella muchacha de veinte años la víctima seducida de un hombre de cuarenta y tres, sino que, más precisamente, fue Eva Braun la que, para retenerle, decidió entregarse a Adolf Hitler. Y no es que el Führer, como se ha pretendido erróneamente muchas veces, careciese de iniciativa en el aspecto sexual, sino que, pese a sus aires revolucionarios de Robespierre alemán, Hitler era un burgués empedernido, que no deseaba cargar con la responsabilidad de haber corrompido a una muchacha inocente. Eva se le entregó porque le amaba y porque era la

única prueba de amor que podía ofrecerle. No creo que ella hubiera puesto precio a su sacrificio, pues una mujer que ama jamás impone condiciones. En cuanto a las palabras de amor que debió escuchar de labios de Hitler, fueron, probablemente, tan sinceras como las suyas, viéndose, sin duda, correspondida en su sentimiento.

Los álbumes fotográficos de Eva que llevan la fecha de 1932 contienen al principio esas escenas habituales de reuniones familiares, excursiones al aire libre y antiguas amistades de la infancia; pero, repentinamente, al volver unas cuantas páginas, no se ven más que fotografías de Hitler, entre las que se encuentran las primeras que ella misma tomó de su amante. Asimismo puede verse una foto de Eva estrechando la mano de Hitler, tomada en el estudio de Hoffmann. La muchacha anotó debajo: «Si la gente supiera que ya me conoce *muy bien...*» También puede verse la primera foto que Eva se sacó en el Obersalzberg, lo que nos permite situar esta primera visita a principios de la primavera de 1932.

Pero o el amante se muestra a veces un poco inconsecuente, o bien la política le acapara con exceso. No tiene tiempo para volver a Munich, donde sabe que le espera un compromiso. Se contenta, por lo tanto, con enviar breves mensajes a Eva, y hasta esas misivas se van espaciando cada vez más. Henriette Hoffmann, que en ciertos momentos se daba cuenta de que Eva Braun había triunfado donde ella fracasara, siente una especial satisfacción enseñando a Eva fotografías de Hitler tomadas en Berlín, Hamburgo o Weimar, en compañía de mujeres muy hermosas. Ilse Braun alberga la sospecha de que cierto número de cartas o notas enviadas por Hitler a su hermana no le fueron entregadas, y ello, a consecuencia de intrigas personales o del partido. El jefe de los ayudantes de Hitler, teniente de las SA Wilhelm Brueckner, que servía como agente de enlace entre la pareja, era un individuo grosero que no ocultaba su hostilidad hacia Eva. Este Brueckner se vio comprometido más tarde en un singular escándalo. Enterada su mujer de que le era infiel, quiso quitarse la vida, pero sólo se hirió en los ojos Brueckner se casó entonces con su amante, que era hija de Quandt, el primer marido de la esposa de Goebbels. Al conocer los hechos, Hitler montó en cólera y pensó en deshacerse de Brueckner; pero al fin se contentó con prohibir la entrada en Berchtesgaden a la segunda esposa de su ayudante.

Cansada Eva de esperar el regreso de Hitler, que ya no daba siquiera señales de vida —es imposible saber si la muchacha esperaba un hijo—, se decidió por lo peor. Poco después de la medianoche del primero de noviembre de 1932, un año después del suicidio de la sobrina bienamada del Führer, y a la misma hora aproximadamente que Geli, Eva se disparó un tiro al corazón.

Aquella noche se encontraba sola en la casa, pues sus padres habían emprendido un corto viaje para honrar la tumba del abuelo Braun, ya que era el día de los difuntos. Una hermana seguía en el convento, y la otra estaba de guardia en el consultorio del médico. Ilse declaró: «Mi hermana estaba tendida a la derecha del lecho, pero había recuperado el conocimiento. Se veían manchas de sangre por todas partes: en las sábanas, en el cojín rosado —aún recuerdo el color— y en el suelo. La bala se había alojado muy cerca de la arteria carótida, por lo que el médico pudo extraerla con facilidad. Eva había utilizado la pequeña pistola calibre 6,35 de mi padre, que se hallaba habitualmente en el cajón de la mesilla de noche.»

Ilse Braun recuerda también un detalle sumamente curioso: «Hacía frío aquella noche, pero como nuestros padres no estaban en casa, no había calefacción. Encima de la mesilla de noche había un vaso roto y algunos trozos de vidrio manchados de sangre habían ido a caer sobre la almohada. Se creyó que la rotura del vaso se debía a una bala, y al ver que la pistola conservaba las cinco restantes, comenzaron a preguntarse, en la confusión del momento, si Eva no habría sido víctima de una agresión, disparando el arma para defenderse. Por fin observé que el frío había congelado el agua del vaso y que el hielo formado había hecho estallar el cristal.»

Después de su intento, la propia Eva Braun tuvo fuerzas para levantarse del lecho y llamar al médico Pero no llamó al doctor Marx, donde se hallaba su hermana Ilse, sino que telefoneó al doctor Píate, el cuñado de Hoffmann. ¿Por qué obró de ese modo? En mi opinión, para que así Hitler supiese lo antes posible de su suicidio o de la intentona. La familia, en cambio, tal vez hubiera tratado de ocultar el hecho, y el Führer quizá no se hubiese enterado.

Hitler, que justamente se hallaba en Munich y que había recibido una carta de Eva dándole explicaciones y diciéndole adiós, se presentó muy temprano en la clínica privada donde la muchacha estaba internada, con un ramo de flores en las manos. Exigió que se silenciara por completo el incidente, y quiso saber del médico si el gesto de la joven había sido sólo una comedia o si realmente trató de quitarse la vida después de lo ocurrido con Geli, se tomó muy en serio todo aquello del suicidio, lo que le afectaba profundamente.

«Apuntó al corazón —dijo el médico—, pero hemos intervenido a tiempo.»

«Hizo eso por mi amor y tengo que ocuparme de ella. Es necesario que no vuelva a ocurrir jamás», manifestó Hitler a su confidente, Hoffmann. Lo cierto es que el Führer había quedado sumamente halagado ante aquella ingente prueba de amor, él, siempre tan escéptico con las mujeres a ese respecto, humillado por ellas cuando no era más que un pintor sin recursos y que ahora sólo pretendían conseguirle por su posición, y no por él mismo. Eva le persuadía con su gesto de que no buscaba lucro alguno, pues había tratado de quitarse la vida. Por otra parte, la joven había dado numerosas pruebas de desinterés, sin pedirle nunca el menor favor, rogándole que le permitiese a ella pagar el taxi y enviándole un modesto regalo cada vez que recibía otro de Hitler. Este admiraba, además, la discreción de Eva, cualidad que consideraba esencial en una mujer. La muchacha jamás hablaba a nadie de sus relaciones, ni repetía lo conversado con Hitler, quien sintióse sumamente satisfecho de que Eva hubiera recurrido al cuñado de Hoffmann y no al médico judío de Ilse. Interpretó la elección como un deseo por parte de Eva de evitar que el israelita pudiera aprovechar el hecho para crear un escándalo que perjudicase al partido y a su jefe.

Por último, Hitler no podía por menos de pensar en la juventud de Eva, una juventud que ella le ofrecía sin condiciones y que, en realidad, él nunca había conocido.

Eva sólo permaneció unos días en la clínica, y pudo convencer a sus padres de que el arma se le había disparado sola al examinarla.

Así se iniciaron las verdaderas relaciones entre Eva Braun y Hitler. Fritz Weidemann, el oficial a cuyas órdenes sirvió Hitler en la Primera Guerra Mundial, recuerda que su antiguo subordinado no encontraba demasiado dura la vida de soltero. «Tiene sus ventajas —le dijo alegremente Hitler—, y por si fuera poco, tengo una "buena amiga" en Munich.»

CAPÍTULO VI

HITLER Y LAS MUJERES

Dos tentativas de suicidio en el espacio de un año. Dos mujeres que no han salido de su primera juventud y que desean poner fin a su vida por ese hombre o a causa del mismo. La lista de suicidios no se detendrá aquí. Pero aún hay más. El célebre cirujano profesor Ferdinand Sauerbruch contó que varias de sus pacientes pronunciaban el nombre de Hitler antes de dejarse operar. He sabido que algunas jóvenes madres decían suspirando «Heil Hitler» después del parto, manifestando un deseo de que se obsequiase a sus hijos con un retrato del Führer. Al parecer, las había que pronunciaban este «Heil

Hitler» en el momento de la satisfacción sexual, lo cual no me parece muy exagerado ¿No fue Balzac quien nos hablaba de aquella mujer que se santiguaba antes de entregarse a los brazos de su marido? Si se me permite evocar recuerdos de mi época de estudiante imberbe, puedo atestiguar que conocí a una muchacha que tenía entre sus sábanas el retrato de Hitler, inclusive durante sus transportes amorosos. Sé de otra que se había hecho tatuar la cruz gamada sobre el ombligo. El chófer del Führer me contó que con mucha frecuencia las muchachas de quince o dieciséis años se arrojaban al paso del coche de Hitler, con la esperanza de resultar heridas y de que él las socorriese. Otras se presentaban en Berchtesgaden sin apenas llevar nada debajo del abrigo o del uniforme de BDM (jóvenes nazis), diciendo que deseaban ofrecerle su virginidad. También las había que se arrancaban el corsé y se lo arrojaban cuando pasaba. En el momento del casamiento, las había que proponían con toda seriedad el derecho de señorío sobre su cuerpo. Resultaría inútil hablar de la enorme cantidad de cartas de amor que recibía Hitler, de los regalos eróticos, algunos de ellos de extremado mal gusto, y sobre todo, de aquellos cojines bordados que llegaban continuamente al Berghof.

¿Cómo explicar tal influencia sobre el sexo opuesto en una época en que Adolf Hitler aún no estaba aureolado por el prestigio de su cargo de canciller del Reich, y en cambio se le ridiculizaba, vilipendiaba e insultaba en la Prensa alemana, y la policía gubernativa se permitía encarcelarle como a un vulgar criminal? Su aspecto físico nada tenía de seductor sin que pudiera compararse con un John F. Kennedy, por ejemplo. Además, su atuendo solía ser un tanto circense. Me pregunto cómo puede una muchacha tomar en serio a un hombre que agita ante ella un pequeño látigo de piel de hipopótamo, y se hacía acompañar, cuando invitaba a una mujer a la mesa del Grossenwahn, de Schwabing, por dos brutos armados que le servían de guardaespaldas.

Cierto es que en privado Hitler no tenía los modales de un *rauberhauptman* (jefe de salteadores de caminos), como afirmaban sus enemigos y según le caracterizó Bertold Brecht en una sátira que dio la vuelta al mundo. Por lo contrario, era extremadamente galante con las damas: les cedía siempre el paso, no se sentaba nunca antes que ellas, hacía reverencias al uso antiguo y les besaba la mano al menor pretexto. Su voz se transformaba en presencia de las mujeres, dejaba de ser gutural y hablaba con dulzura, aunque con el calor que caracteriza al vienés en sociedad. Tenía también el acento y el vocabulario del hombre de mundo que tanto impresiona a los prusianos. Todas las mujeres a las que hablaba, recibían la sensación de que las colocaba a cada una en un pedestal. Sólo parecía tener un deseo: resultarles agradable. Muchas, que esperaban encontrarse con un patán, al ver a un hombre de trato tan exquisito, sentíanse asombradas primero y sumamente complacidas después.

También debe tenerse en cuenta aquella especie de poder hipnótico indefinible que obraba sobre todos aquellos que se acercaban a él, fueran generales, diplomáticos, políticos, simples domésticos o muchachos de la calle. «Sentía como si me deshiciera en su presencia», decía Ilse Braun. «Hubiera hecho cualquier cosa por él», afirma su secretaria, Traudl Junge. Pero eso fue entonces. Hoy, ambas le encuentran grotesco.

Las secretarias que tuvo Hitler están todas de acuerdo en manifestar que jamás les hizo objeto de un reproche, ni se mostró nunca impaciente. Aceptaba benévola y repetir una frase cuando dictaba, si no le habían entendido, y empleaba con ellas palabras como «hija mía» o «bonita». Tampoco comenzaba el trabajo diario sin antes hacer un cumplido referente al vestido o peinado que ellas lucían. Se interesaba por su vida privada y les hablaba con frecuencia igual que un padre, a la vez que como un jefe que les hiciera la corte afectuosamente.

«Jamás una mujer me ha dado un consejo político», aseguraba muy orgulloso. En otra ocasión afirmó: «La técnica femenina consiste en mostrarse primero muy dócil para

captar la confianza del hombre; luego, en tirar de las riendas, y por fin, en sostener esas riendas con tal fuerza que el hombre se vea obligado a complacer todos sus deseos.»

Aparentaba una timidez que las mujeres atribuían a su inexperiencia o quizá a su represión en el aspecto sexual. En realidad, «Hitler no era un tímido en el amor», asegura Gretl Braun, hermana de Eva, y que debió tener sus razones para hablar así. Luego agregó: «No hay que fiarse del agua mansa. .»

Esa imagen de un Hitler temeroso de las mujeres data de la Primera Guerra Mundial. Hitler, que siendo extranjero luchó como voluntario, fue destinado a un regimiento *ersatz*, formado en el último momento y que tomó el nombre de su comandante, el coronel List. El oficial que estaba a cargo de la unidad en que servía Hitler procedía de una excelente familia, de gran tradición militar. Se trataba de Fritz Wiedemann, quien me proporcionó una ayuda inestimable en mis investigaciones. El suboficial Max Ammán era el escribano del regimiento. Mucho más tarde, Hitler le haría *Reichleiter* del partido; es decir, una especie de ministro, a la vez que jefe de sus empresas editoriales. En cambio, Wiedemann se convirtió en su ayudante —poco menos que un criado—. En ello se advierte que Hitler era un advenedizo.

«Hitler no recibía cartas personales y no tenía amigas íntimas. Por ello propuse a algunas muchachas que le escribieran como madrinas de guerra. En Navidades no recibía ningún paquete, y sus amigos quisieron hacer una colecta para reunirle diez marcos de oro..., pero él se negó. No se quejaba de su soledad. Una vez escribió: "El regimiento es mi hogar".»

Algunos antiguos compañeros de armas afirman que, en Bruselas —Hitler combatió en Francia y en Bélgica—, visitaba a veces el burdel de los soldados, pero Wiedemann no pudo confirmar este extremo. Parece ser que existe una fotografía que muestra a Hitler encaminándose hacia una de estas casas de tolerancia.

En la guerra, Hitler mostrábase muy valiente. Cumplía las funciones de enlace y debía arriesgarse a llevar los mensajes, con frecuencia, bajo el fuego enemigo. Como es sabido, le hirieron en dos ocasiones, siendo propuesto para la Cruz de Hierro de primera clase, una de las más altas condecoraciones militares alemanas. Recibió dicha medalla, pero lo que no saben muchos es que la propuesta fue hecha por el capitán Gutman, un judío.

Ruego se me permita una digresión más. Hallándose el regimiento en Fournes (Francia), Wiedemann —que fue quien me contó la anécdota— opuso reparos al aspecto del comedor de oficiales. «¿No dispone de alguien que pueda darle una mano de pintura a estas paredes?», preguntó Wiedemann al *feldwebel* Ammán; éste propone al soldado Hitler. Llega el soldado, saluda y afirma que es conveniente aplicar un tono más suave, como el azul claro. Va a buscar la escalera de mano y los pinceles, y durante algunos días se dedica a pintar los muros. Esta es la única prueba fehaciente de la actividad de Adolf Hitler como pintor de brocha gorda.

A su regreso a Munich, y lanzado ya a la política, Hitler encontró en seguida aliados para la causa, sobre todo mujeres ricas de edad algo más que mediana y más o menos prendadas de él. Helene o Lotte Bechstein, esposa del conocido fabricante de pianos Cari Bechstein, no sólo introdujo a Hitler en sociedad y le defendió en más de una ocasión, sino que le ofreció, además, hospitalidad en su casa durante largos períodos. Viktoria von Dirksen actuó igualmente en tal sentido y con tanto entusiasmo que fue llamada «la madre de la revolución». La señora Bechstein, según confidencias hechas por Hitler, era extremadamente celosa, y bastaba que en alguna recepción el Führer charlase un momento a solas con una mujer hermosa para que Lotte le hiciera una escena de celos. También se contaba entre ellas Elsa, la mujer del editor y millonario Hugo Bruchmann. Otra viuda opulenta, Carola Hoffmann, cuyo marido había sido profesor de la Universidad de Munich, se dedicaba a prodigar por doquier entusiásticas alabanzas de herr Wolf, que era el nombre de batalla utilizado por Hitler generalmente. Se hablaba

también de la princesa rumana Cantacuzeno, no agraciada, pero aristocrática, y de la finlandesa frau Von Seydlitz. Un testigo pretende que Hitler hacía la corte a la señora Ludendorff, que de este modo habría influido en la desdichada relación entre el universalmente famoso general y el entonces anónimo político.

Estas y otras mujeres ayudaron financieramente a Hitler y a su movimiento desde el principio, al tiempo que la alta industria alemana parecía mostrarse un poco recelosa. De entre los americanos, parece que sólo el industrial Henry Ford prestó ayuda al nacionalsocialismo incipiente. Ford y Hitler entablaron contacto por intermedio de Ernst Hanfstaengl, al que llamaban Putzi, cuya madre era americana y que se había diplomado en la Universidad de Harvard. Resulta singular esta afinidad de Hitler con los grandes de la industria automovilística, que fueron sucesivamente Ford, Daimler-Benz y Volkswagen.

Ernst tenía una hermana llamada Erna, y a propósito de ella, Hitler comentó: «En una ocasión, un grupo de mujeres hermosas y cubiertas de joyas se hallaban reunidas en el hotel Bayerischen Hof. Pero he aquí que hizo su aparición una mujer tan maravillosa que todas las demás parecieron esfumarse en presencia suya, pese a no lucir ella ninguna alhaja. Era Erna Hanfstaengl.»

Hitler la cortejó seriamente por espacio de mucho tiempo, dando lugar incluso a que se hablara de boda. Pero Erna se mezclaba demasiado en política, y cuando cayó en desgracia su hermano, que llegó a ser jefe de Prensa extranjera, parece que Hitler —la gratitud de los grandes es desconcertante— pretendió que fuera arrojado desde un avión en vuelo.

Otra dama que ambicionó este papel de gran inspiradora política fue Stephanie, princesa de Hohenlohe, que se había divorciado del príncipe Friedrich Franz zu Hohenlohe Waldenburg Schilling. A tal efecto hizo que lord Rothermere, magnate de la Prensa inglesa, fuera invitado a Berchtesgaden, y alentó un encuentro entre Fritz Wiedemann, entonces ayudante de Hitler, y lord Halifax; pero Hitler permaneció inmune a su atractivo.

Cuando no se hallaba ocupado en la política, Hitler acogía a hermosas muniticas en su modesto apartamento de la Tiechstrasse. Su amigo y chófer Emil Maurice lo recuerda bien: «Siempre ofrecía ramilletes de flores, y solíamos ir al *ballet* para admirar a las danzarinas.» A Hitler le disgustaban los bailarines varones, mientras sentía manifiesta debilidad por las muchachas del cuerpo de baile. Más tarde pretendió, incluso, crear una especie de reglamento social para ellas, con salario mínimo garantizado y seguro de paro. Sentía la mayor admiración por la bailarina americana Myriam Verne, a la que llegó a invitar al Berghof. Le gustaba sobre todo en los vales, describiéndola así: «La Verne flotaba en el aire como una deidad.» Por el contrario Hitler mostraba antipatía por el baile moderno, como las representaciones de cabaret.

Su chófer recuerda que solían ir en ocasiones a la Academia para admirar a las modelos que posaban desnudas. Hitler se desenvolvía a sus anchas entre aquella desnudez. Ya en Viena había frecuentado los estudios de los pintorcillos bohemios.

Es mi intención ocuparme ahora de aquellos rumores de los que no me ha sido posible obtener confirmación documental. Pero un rumor no confirmado no quiere decir necesariamente que sea falso. Después de todo, durante largo tiempo sólo un pequeño rumor, casi ignorado de todos, fue la única indicación de la existencia de Eva Braun. Tal vez algún día otro investigador tenga más suerte que yo —espero que así sea— y pueda aclararnos algunas incógnitas a este respecto.

Según estos rumores, Jenny Haug, hermana de su chófer, fue su amiga hacia el año 1923. Al menos, eso es lo que pretende el biógrafo Heiden, y William Shirer lo copia fielmente. Mas no todo lo que está impreso en un libro es verdad, y no merecen mucho respeto esos chismes de criadas y de hermanas de chóferes. ¿Quién es el hombre que alguna vez en su vida no se ha acostado con la criada o con su secretaria...? Otro rumor nos habla de una vienesa, Suzi Liptauer, que residía en Munich allá por el año 1921, la

cual trató de ahorcarse en la habitación de un hotel porque Hitler no quería saber nada más de ella. Este informe lo conseguí en una docta institución: la British Library de Londres. El fotógrafo Hoffmann confirma el episodio y agrega que la muchacha en cuestión se casó más tarde y que Hitler le otorgó su protección. Pero Hoffmann no es un testigo muy digno de confianza. Otros nombres envueltos son los de la viuda del profesor Troost, la señora Bouhler, la actriz Pola Negri y una serie más que, si tuviéramos que mencionar, como hacen muchos biógrafos de Hitler, alargarían inútilmente esta obra.

Pero no debo pasar por alto a la monja Pía, cuyo nombre de pila era Eleonora Buer, que, como moderna amazona, tomaba parte en las expediciones punitivas del partido, y que en noviembre de 1923 participó en el *putsch* de la Feldherrenhalle. Parece ser que hasta dispararon sobre ella. También se dice que esta mujer tenía relaciones con Hitler y que dio a luz un hijo, el cual creció a expensas del partido y fue luego empleado en la redacción del *Volkischer Beobachter* a instancias de Christian Waber. De todo esto sólo una cosa parece segura: que aquella heroína del arroyo se acostaba con todo el mundo, de modo que habría resultado sumamente difícil establecer la paternidad del hijo.

Por el contrario, la historia relativa a Maria Reiter Kubish no pertenece al dominio de la fantasía. Esta mujer vive, y ella misma asegura que el hecho es auténtico. Su hermana, Anne Steger Hehl, se muestra más prudente, y en el curso de una conversación ha llegado a reconocer que tal vez sólo la mitad de lo que se dice sea cierto. Emil Maurice, por su parte, se acuerda muy bien de lo acontecido, y el suyo es un testimonio de peso. He hablado con muchas personas en Berchtesgaden, y todas confirman la historia; pero imagino que hay en ello algo de autosugestión. Tal vez lo hayan leído en alguna parte e insensiblemente lo asocien con sus recuerdos.

María Reiter, a la que llamaban Mitzi, era la más joven de cuatro hermanas, y había nacido el 23 de diciembre de 1909. Asistió al colegio de un convento y luego se empleó en la tienda de modas de su hermana Anne. En 1925, Hitler vivía en el Deutsche Hof, de Berchtesgaden, en espera de poder regresar al Obersalzberg; el hotel en cuestión estaba situado frente a la tienda de modas. Había allí un gran parque, el Kurpark, y Hitler paseaba por él a su perro pastor «Prinz», que comenzó a hacer la corte a la perra policía de Mitzi, llamada «Marko». Hitler dirigió algunos cumplidos a la joven, y luego, penetrando en la tienda de la hermana, invito a la pequeña Mitzi a un concierto.

«Pero si tiene usted treinta y seis años —protestó Anne— y mi hermana sólo dieciséis.»

Hitler sacude el látigo y se va, visiblemente disgustado. Más tarde vuelve, y por fin lleva a las dos hermanas a una reunión del partido. Después del discurso, se pone a cortejar abiertamente a la hermana menor, a la que llama tiernamente «Mizzerl», y lo hace con tal descaro que las dos hermanas Metke, hijas del propietario del hotel, que están enamoradas de Hitler, se ponen verdes de celos. (Me limito a exponer lo que me han contado.) Por lo visto, Hitler se sintió atraído por los hermosos ojos de Mitzi, que eran parecidos a los de su madre.

En el curso de otra velada, Hitler le pidió un beso, a lo que la joven se negó. Entonces aquél, con el semblante adusto, concluyó: «No debemos vernos más.»

Pero, al parecer, Mitzi le escribe una carta pidiéndole que vuelva y ambos van a pasear por las orillas del lago. Hitler le rodeó entonces el cuello con una mano y luego la besó en los labios. La resistencia de la muchacha cedió al momento.

«Me apretaba y decía: "Quiero destruirte." Era un torrente de pasión.»

Hitler se va de viaje, vuelve por las Navidades y hay un cambio de regalos, ya que ella había bordado unos almohadones en los que se veía la cruz gamada. (¡Cielos, hay que ver cómo gustan los almohadones a los alemanes!) Hitler, por su parte, le ofreció varios ejemplares dedicados de *Mein Kampf*, que, según parece, se agenciaron más tarde los soldados americanos.

María Reiter acude a visitar a Hitler en Munich; se hacen el amor y él habla de alquilarle un piso, para poder vivir juntos. Pero María sueña con el casamiento. Pasa el tiempo, y en julio de 1927, la joven, que ha vuelto a casa de su hermana, se entera de que Hitler se encuentra en Berchtesgaden, pero que hace la corte a otra. La muchacha, llena de desesperación y cegada por los celos, coge una cuerda, ata un extremo a la parte superior de una puerta y el otro extremo a su cuello. Cuando Gottfried Hehl, su cuñado, la descubre, se halla a dos dedos de la muerte.

Durante largo tiempo, María no oye hablar de Hitler, hasta que el funcionario del partido, Max Ammán, le pide que firme ante notario una declaración afirmando que jamás hubo nada entre ella y Hitler. El 10 de mayo de 1930, la Reiter se casa en Innsbruck con un hotelero; pero no congenian y ella le abandona.

Hitler vuelve a verla en 1932; en esta ocasión la hace sentar en el famoso diván de su apartamento de la Prinzregentenplatz. «Quédate esta noche conmigo», parece que pidió a la joven, a lo que ésta consintió dichosa.

Pasan los años, y María, ya divorciada de su anterior marido, se casa con el *hauptsturmführer* de las SS Kubish, que forma parte de la guardia personal de Goebbels. En 1936, María vuelve a casa de Hitler y consigue que su marido sea trasladado a Viena, ya que ella desea vivir en esa ciudad. Durante la campaña de Francia muere el SS Kubish, y Hitler envía a su viuda cien rosas rojas. Este es el último contacto que hay entre los dos antiguos amantes.

Yo he abreviado considerablemente el relato de María Reiter Kubish, la cual vive ahora en la zona de Hamburgo. La mujer me dio claramente la impresión de que no hacía otra cosa que repetir una historia elaborada para ella por el redactor de alguna revista de gran tirada, pues sé reconocer las características de un trabajo que es también el mío. Pero en todo ello hay, ciertamente, algo de verdad. Hitler y ella se conocieron y probablemente tuvieron un amorío. Para Hitler debió ser un suceso sin importancia. Todas las pruebas —libros, cartas y recuerdos— han desaparecido; María pretende que fueron destruidos o robados durante el saqueo de Berchtesgaden. Durante muchos años después del hundimiento del Tercer Reich, María Reiter Kubish vivió en casa de la hermana de Hitler, Paula, que, bajo el seudónimo de frau Wolf había alquilado un chalet en Waldsee, en los alrededores de Berchtesgaden. El que ambas mujeres vivieran juntas daría un peso considerable a las manifestaciones de María, pero ya he dicho que Paula Hitler nunca estuvo plenamente en posesión de sus facultades mentales, y probablemente no hizo más que creer ingenuamente o, en todo caso, tratar de sacar un provecho monetario de la historia, de la que no podía tener certeza alguna, ya que en la época de los hechos tratados, ella visitaba raramente a su hermano.

La rubia y chispeante Inge Ley fue siempre objeto de una viva admiración por parte de Hitler. Este dijo un día, a propósito de Ley, el marido de Inge: «¿Cómo no va a creerse ese hombre en el paraíso, viviendo junto a semejante mujer?» Inge había sido bailarina y era muy desgraciada con su marido, jefe del *Arbeitfront*, siempre entregado a la bebida, habiendo llegado incluso a refugiarse una vez en el Obersalzberg. Tanto las hermanas de Eva Braun como las secretarías de Hitler están todas de acuerdo en que jamás hubo nada entre él y la espléndida Inge Ley, la cual terminó arrojándose por la ventana de su casa de Berlín, en 1943. Antes había escrito una carta a Hitler, quien se mostró sumamente afectado después de haberla leído.

Otra tentativa de suicidio de la que no existe la menor prueba —aunque es posible que el hecho se silenciase, ya que se trataba de la hija de un embajador, y entre los diplomáticos existe una gran solidaridad—, ha sido atribuida a Martha Dodd Su padre, profesor William Dodd, decano de la Facultad de Historia de la Universidad de Chicago y discípulo de Wilsorf, era embajador de Estados Unidos en Berlín. El papel del diplomático fue un tanto borroso, ya que entendía mal el alemán, a pesar de haberlo estudiado un año en Leipzig. Su hija, en cambio, que era extremadamente hermosa, típicamente

americana, dinámica y coqueta, y se había diplomado en uno de los mejores colegios de Estados Unidos, escandalizaba a los asistentes a las recepciones con sus cortos vestidos y la audacia con que bailaba el charlestón. Los cronistas confeccionaban listas de los numerosos hombres con los que parece haber tenido amoríos. Hitler había advertido su presencia en Bayreuth, después de una representación en la que se ponía en escena *Parsifal*. Parece ser que la joven se asemejaba a Geli. No obstante, Hitler decía siempre que todas las mujeres que le gustaban se parecían a Geli. Le envió una invitación al Kaiserhof para que tomase el té con él, y luego se encontró con ella en algunas ocasiones.

Se hablaba ya de un acercamiento germano-americano, y Putzi Haefenstangl era un visitante asiduo de la Embajada de Estados Unidos. Martha se decía locamente enamorada de Hitler, no soñaba más que con encontrar de nuevo a su Führer y hablaba de hacerle invitar a una gira triunfal por Estados Unidos. Parece ser que el asunto no fue del agrado de Goering, quien, por intermedio del jefe de la Gestapo, Rudolf Diels (en aquella época, Goering aún tenía influencia en este organismo), logró algunos datos que le interesaban. Así, Goering presentó a Hitler una alarmante documentación sobre la joven americana: «Parece que fue detenido en Chicago tras una borrachera y que, además, se divorció a los pocos meses de matrimonio...» Pero Hitler no concedió importancia alguna a tales historias. Lo que le aterró, en cambio, fue la afirmación de que Martha Dodd era en realidad una agente del Servicio Secreto soviético.

Entonces se negó a volver a verla y la relegó al último plano en el curso de las grandes recepciones diplomáticas. Se dijo entonces que la joven se había cortado las venas, pero nadie ha creído tal aseveración.

¿Qué hay de cierto en cuanto a lo del espionaje en favor de Rusia? Martha Dodd se casó después de la guerra con el millonario Stern, y ambos fueron acusados, cuando las campañas de MacCarthy, de ser agentes comunistas. Ella abandonó entonces Estados Unidos, y ahora vive en Praga, como refugiada. Le ha sido retirado el pasaporte, y de vez en cuando, en los momentos en que a la Prensa americana le parece bien, se relaciona su nombre con cualquier misteriosa actividad del Servicio Secreto detrás del telón de acero.

Hitler, que de muchacho ni siquiera se atrevía a dirigir la palabra a la Dulcinea de sus sueños, y que nunca contó con una amiga que se ocupara de mandarle una simple carta de felicitación por Navidad, siendo soldado en el frente, encontraba esa adoración matizada de sentimentalismo a que hemos aludido como algo del todo natural.

«Las mujeres aman a los héroes —manifestaba él, con admirable modestia—. Sin el hombre, la mujer se encuentra totalmente perdida. El héroe proporciona a la mujer la sensación de que se halla protegida. La mujer admira al hombre heroico, y una vez que lo tiene, se muestra reacia a devolverle la libertad.»

Esta libertad, aunque fuera aparente, era esencial a los ojos de Hitler en razón a su situación política. Si las mujeres alemanas descubrían que tenía un lazo sentimental, o, peor aún, si se anunciaba su matrimonio habría perdido mucho del favor de ellas, quedando herido de muerte su prestigio. «En política —parece haber dicho Hitler—, debe contarse con el apoyo de las mujeres, ya que los hombres os siguen voluntariamente.» Por tal razón repetía siempre en público o en sociedad, cuando le preguntaban si tenía intención de casarse un día:

—Ya estoy casado. Mi esposa es Alemania.

CAPÍTULO VII

DIARIO INTIMO

Ilse y Eva Braun habían heredado de su padre esa obsesión típicamente germánica por el orden. Instintivamente, colocaban cada cosa en su lugar, no arrojaban nada al suelo, ni siquiera los billetes del tranvía; establecían de antemano todos los proyectos de Pascua y Año Nuevo, y, como no podía menos que suceder, llevaban un diario íntimo. Gretl, más desenvuelta, se comportaba de modo opuesto. No veía que hubiera necesidad alguna de poner en orden sus ideas ni pertenencias. Encontraba la vida bastante difícil como para complicársela aún más.

Pero los diarios de las dos hermanas mayores no contenían siempre confidencias íntimas, sino que ambas se contentaban con apuntar los hechos tal como sucedían. Notas de gastos, un comentario acerca de una pieza teatral, la dirección de un muchacho buen bailarín, etc. Eva nunca hizo alusión alguna a Hitler, pues ni quería correr el riesgo de que su padre viera ese nombre en el caso poco probable de que a Fritz Braun se le ocurriera leer el diario.

Mucho más tarde, en Berchtesgaden, Eva llevará otro diario de naturaleza íntima y más secreto. El volumen estaba encuadernado en piel verde y contenía más bien revelaciones y ensayos sentimentales, así como copias de documentos, de facturas, de cuentas bancarias, listas de fechas importantes y, sobre todo, un borrador de todas las cartas enviadas por Eva a Hitler, sin olvidar los breves mensajes personales que ella colocaba sobre su escritorio en ocasiones especiales, como en los aniversarios y parabienes por una victoria, y cosas por el estilo. Este diario fue encerrado en el cofre blindado del bunker, cuando Eva tuvo que abandonar el Berghof, y su paradero continúa envuelto en el misterio.

En 1947, el actor tirolés Luis Trenker, que se proclamaba sucesivamente alemán, austriaco, italiano y hasta suizo, según que la marcha de la contienda fuera en favor de uno u otro bando, y cuyo principal mérito consiste en haber interpretado varias películas exaltando el mito hitleriano —el Führer y Goebbels le tenían gran simpatía—, publicó un volumen de confidencias que atribuyó a Eva Braun. Trenker pretendía poseer el original, que le había sido entregado por la propia Eva, pero nunca pudo presentar ese documento. Este testimonio escrito, apócrifo, desde luego, conoció una vasta difusión, ya que en 1947 se aceptaba cualquier cosa. Una revista llegó a ofrecerle diez mil marcos en concepto de derechos, y, desgraciadamente, la publicación de dichas confidencias indujo al error a escritores serios.

Por más que la obra en cuestión haya sido retirada del catálogo de todas las grandes bibliotecas, contribuyó, sin embargo, a presentar ante el hombre de la calle una idea totalmente falsa de Eva Braun, a quien describe como una Pompadour de pacotilla, que vive en un clima de lujo oriental, se baña desnuda a la luz de la luna y se acuesta entre sábanas que llevan bordadas la cruz gamada. La existencia de esta portentosa fábula hizo que, durante mucho tiempo, casi todos los que sabían algo prefirieran mantenerse en silencio. He dicho falsificación, ya que el tribunal civil de Munich, en una ordenanza de 10-9-1948, y a requerimiento de la familia Braun, condenó a los editores del diario apócrifo a una fuerte multa y a seis meses de cárcel, al tiempo que ordenaba la retirada de los ejemplares publicados, al comprobarse la inexistencia de los documentos alegados. El tribunal, a causa del estado de ocupación por los ejércitos aliados, se

declaró incompetente para tomar medidas contra la edición francesa del diario, ya que en esta época los alemanes no podían entablar juicios contra los súbditos de los Estados vencedores.

Después del proceso y de la violenta polémica desencadenada en la Prensa alemana, se demostró ampliamente que casi todos los detalles revelados en el pretendido diario eran contrarios a los hechos. Eva no podía haberse equivocado de fechas hasta aquel punto, ni podía ignorar la verdadera dirección de su casa, ni confundir acontecimientos y personajes hasta el extremo de afirmar que había conocido a Hitler cinco años después de la fecha real de su primer encuentro. Pero si por mi parte decidiera ignorar esta polémica y no tener en cuenta los testimonios de parientes y amigos, la simple lectura de la correspondencia de Eva Braun que ha llegado a mis manos, así como una visita a los lugares donde vivió, la consulta de libretas de direcciones, de archivos municipales y hasta de guías telefónicas, demuestra una y mil veces la absoluta falsedad de esa publicación, cuyos autores ni siquiera poseían el mínimo de talento requerido para elaborar una falsedad, y, lo que es peor, carecían además de imaginación.

Una de las asistentes a las sesiones del tribunal, intrigada, se interesó en el asunto e hizo al fin un singular descubrimiento: la mayor parte de las *Memorias* habían sido tomadas de un libro de la condesa Larish-Wallersee, en el que se relataban los trágicos amores de Rodolfo de Habsburgo y María Vetsera. Los autores de la fábula habían copiado palabra por palabra y capítulo por capítulo, del ensayo histórico, y no hicieron más que cambiar los nombres de personajes y lugares. María Vetsera se había convertido así en Eva Braun; el archiduque Rodolfo, en Hitler; el príncipe Otto era Streicher, y el papel de Metternich lo desempeñaba Ribbentrop.

Con semejante descubrimiento, se disiparon las últimas dudas respecto al posible valor de aquellas *Memorias*. De todos modos, el padre de las hermanas Braun no pudo dejar de recordar que, a raíz del nacimiento de Eva, estuvo a punto de bautizarla con el nombre de María, en recuerdo a la desgraciada amante del episodio de Mayerling.

Por este tiempo, sin embargo, existía ya un diario íntimo y auténtico. Se trata de un conjunto de veintidós páginas escritas a mano entre el 6 de febrero de 1935 y el 28 de mayo del mismo año. Yo mismo dudé durante largo tiempo de su autenticidad, pues visto el precedente, cabía suponer que fuese otra tentativa de mal gusto. No había tenido yo en mis manos más que escasas muestras de la escritura de Eva Braun, y estaban lejos de parecerse, a su vez, al manuscrito en cuestión. Además, ¿por qué el texto se detenía en el mes de mayo de 1935, cuando la gran aventura de Eva no había hecho más que comenzar?

Sin embargo, la autenticidad del documento ha quedado hoy cumplidamente demostrada. La hermana de Eva, Ilse, me ha confirmado, y lo ha testimoniado incluso ante notario, que se trata, efectivamente, de la escritura de su hermana, y sabía de ese diario desde 1935, recordándose de la lectura que de él hizo en aquella época. Nada ha sido cambiado, omitido o enmendado. Los detalles, según veremos, coinciden con los hechos. Por fin, la familia Braun, al poner a mi disposición lo que queda de la correspondencia de Eva, me ha permitido comparar de nuevo las dos escrituras. Y es que los alemanes escriben de dos formas: con caracteres latinos y con caracteres góticos. Ambas modalidades son muy diferentes, y resulta muy difícil, aun para un experto, establecer si un escrito en caracteres latinos ha sido hecho por la misma mano que otro en *alt deutsch* (caracteres góticos).

Eva Braun, en ocasiones, se encontraba algo sola y aburrida. Parece ser que por esas fechas fue a ver una conocida película interpretada por Irene Dunne. Al salir del cine tenía el rostro cubierto de lágrimas y se hallaba tan afectada que tuvo que tomar un taxi para regresar a su piso, aunque la distancia entre éste y el cine era muy corta. Era para Eva difícil acomodarse a las imprevistas visitas y ausencias de Hitler, y a duras penas comprendía su forma de actuar: el encanto y la ternura de un día, la indiferencia del día

siguiente y las brusquedades del tercer día. Siendo mujer, no se sentía ya satisfecha con las pruebas de interés que le había dado Hitler después de su tentativa de suicidio y tras el nombramiento de aquél para el puesto de canciller. Lo que más la inquietaba era el miedo a perderle, y ese temor seguiría persiguiéndola como una sombra hasta el día de su muerte.

La lectura de este diario confirma tal estado de ánimo. También nos da una visión directa del género de vida que llevaba Eva en Munich, a la vez que nos permite medir la intensidad de su amor, ese primer amor de muchacha.

He traducido el texto respetando el estilo de Eva, que solía hablar siempre, como aún hoy lo hacen su madre y sus hermanas, en dialecto bávaro, y escribía tal como se expresaba, aunque de tiempo en tiempo ensayaba algún giro más estilizado. Y es que, a pesar de las buenas notas del instituto y de la educación aristocrática del convento de Simbach, Eva Braun no tenía ningún talento literario, hacía trizas la sintaxis y se mofaba de la ortografía. Los comentarios en cursiva son míos. Me he limitado a reseñar lo que resulta imprescindible para la comprensión de este documento.

6-II-35

«Hoy me parece el día adecuado para inaugurar esta "maravilla" Acabo de cumplir felizmente los veintitrés años; es decir, si es algo feliz, eso ya es otro asunto. Por el momento, verdaderamente, yo no lo soy.

»Me hago una idea sobre lo que debiera ser un día "importante". Si sólo tuviera un perrito, no me sentiría tan sola. Pero eso es demasiado pedir.

»La señora Schaub vino como "embajadora" a traerme flores y un telegrama.»

La señora de Julias Schaub era esposa del jefe de ayudantes de Hitler. En consecuencia, las flores y el telegrama provenían de Hitler.

«Mi despacho tiene el aspecto de una florería y huele como una capilla ardiente.»

Se advierte que Eva no hace misterio alguno acerca de su situación en casa de Hoffmann. Si no, cómo iba a explicar a sus compañeras que hubieran tantas flores... Por él contrario, las exhibía con cierta vanidad.

«A fin de cuentas, soy una ingrata. Pero he deseado tanto un basset y, sin embargo, nada aún. Tal vez el año que viene, o más tarde aún. Eso irá mejor con una que empieza a ser solterona.»

La hermana de Eva, Ilse, que me ayudó a comentar este diario, hace notar que Hitler era más pródigo que avaro cuando se trataba de hacer regalos. También manifiesta, asimismo, que su hermana, sin darse cuenta, antes que un perrito basset esperaba una proposición matrimonial...

«Sobre todo, no debo desesperar. Es hora de que aprenda a ser paciente.

»He comprado dos billetes de lotería, ya que estaba convencida de que sería hoy o nunca; pero fue "nieten".»

Esos billetes, que aún hoy pueden adquirirse por el precio equivalente de unas seis o siete pesetas en las calles de Munich, indican, en cuanto se desgarran, la suma que se ha gastado, o bien aparte la palabra «nieten» (nada).

«No seré nunca rica, no hay nada que hacer.

»Hoy tenía intención de ir con Herta, Gretl, Ilse y Mutti (*Herta Schneider es la mejor amiga de Eva; las otras son las dos hermanas y la madre de Eva*) al Zugspitze (*monte de Garmisch-Partenkirchen*) y habríamos pasado el día entre calor y luz, ya que se tienen las mayores alegrías cuando los demás se alegran contigo.

»Pero ha sido "no" para este viaje. Esta noche voy a cenar con Herta. ¿Qué más puede hacer una simple mujer de veintitrés años? Así pues, terminaré mi "fiesta de cuna" con una comilona.

»Creo que actuaré según su idea.»

(La idea de Hitler.)

12-11-35

«Ahora él estaba allí, pero ha sido no al perrito, no a los armarios atiborrados de ropa. Ni siquiera me preguntó si tenía algún deseo para el día de mi fiesta.

»De todos modos, me he comprado yo misma unas joyas. Un collar, unos pendientes y el anillo, por cincuenta marcos. Todo muy bonito. Esperemos que esto le guste.

»Si no, bien puede buscarme él mismo alguna cosa.»

15-11-35

«Lo de Berlín parece que va a ser verdad. Pero no me lo creeré hasta que me vea en la Cancillería del Reich. Esperemos que sea una ocasión agradable.

«Lástima que Herta no venga en lugar de Charly *{otra amiga, Charlotte}*. Habría sido garantía de pasar dos días alegres. Supongo que Brueckner no irá a mostrar, por excepción, su lado agradable a Charly.

»No me atrevo a alegrarme, verdaderamente, pero si todo saliese bien, sería algo maravilloso. Esperémoslo así.»

18-11-35

«Ayer llegó él de manera inesperada y pasamos una velada deliciosa. Pero lo mejor es que piensa hacerme dejar la tienda, y... —no quiero alegrarme por adelantado— regalarme una casita. Ni puedo pensar siquiera en ello; sería demasiado hermoso. No debiera seguir abriendo la puerta a nuestros "honorables clientes", ni trabajar de dependienta.»

La hermana hace notar aquí, que, poco a poco, la vida en la tienda de Hoffmann se le habla hecho a Eva insoportable y que, por otra parte, a ésta no le gustó nunca trabajar.

«Dios mío querido, haz que esto sea verdad y que se realice en un tiempo cercano. La pobre Charly está enferma y no puede venir a Berlín. No tiene suerte. Pero tal vez sea mejor así. Hay veces en que Él se porta de una manera grosera (*ese Él con mayúscula aparece también escrito por la mano de Eva Braun*) y ello la haría aún más desgraciada.

»Soy infinitamente feliz porque él me ame tanto, y ruego que esto siempre siga así. No quiero que sea por culpa mía, si un día dejase de amarme.»

4-III-35

«De nuevo me siento terriblemente desgraciada. Y como no tengo permiso de *Él* para escribirle, este libro debe estar aquí para recibir mi lamentación.

»Ha venido el sábado. El sábado por la noche se celebraba "El baile de la noche".

»La señora Schwarz (*esposa del tesorero del partido nazi*) me había regalado una invitación para un palco. Por lo tanto, iré sin falta, puesto que había prometido que lo haría.

«Estuve en casa de él hasta medianoche, pasando un par de horas maravillosamente hermosas, y luego, con su permiso, me marché al baile otras dos horas.»

Adviértase la doble personalidad de Hitler: es a la vez el amante de Eva —pasan juntos dos horas en el diván del gran salón de la Prinzregentenplatz— y el padre indulgente que autoriza a la joven a divertirse en el baile con gentes de su edad y de su medio.

«Me había prometido que le vería el domingo, pero, a pesar de que le llamé a la Osteria (*el restaurante preferido de Hitler, donde Eva, como lo prueba el texto, también iba a verle*) y le dejé un aviso, diciendo que esperaba sus noticias, tomó el avión hacia Feldafing (*el aeropuerto de Berchtesgaden*), y hasta ha rechazado la invitación de los Hoffmann para cenar y tomar café. Tal vez quería estar solo con el doctor G., que estuvo aquí, pero habría podido informarme. Yo estaba sentada en casa de Hoffmann como sobre ascuas, y a cada instante me imaginaba que llegaba él.

«Hemos ido hasta el tren, ya que él decidió regresar a Munich; pero llegamos a la estación sólo a tiempo de ver los faroles del último vagón. Una vez más, Hoffmann se retrasó al salir de la casa, no pude siquiera decirle adiós.

»Quizá aún lo veo todo demasiado negro. Esperemos que sea yo; pero él no regresará hasta dentro de catorce días, y hasta entonces me sentiré desgraciada. Y ya no tengo tranquilidad.

»No sé por qué está enfadado conmigo. Tal vez por culpa del baile. Pero fue él mismo quien me dio el permiso.

»Me rompo inútilmente la cabeza para hallar el motivo. ¿Por qué se marchó así, sin decir adiós?

«Los Hoffmann me han dado una invitación para "La noche veneciana", pero no voy a ir. Estoy demasiado triste para eso.»

11-III-35

«Sólo deseo una cosa: ponerme muy enferma y no saber nada más de él, al menos durante ocho días. ¿Por qué no me pasa nada? ¿Por qué debo soportar todo esto? Ah, si no le hubiese encontrado nunca. Estoy desesperada. Ahora compro de nuevo pastillas para dormir, ya que me encuentro en un estado casi de locura, y no tengo necesidad de pensar muy a fondo. ¿Por qué no me lleva el diablo de una vez? Donde él está debe encontrarse uno bastante mejor que aquí.»

La hermana de Eva hace notar que la soledad pesaba enormemente sobre Eva, la cuál estaba obligada a esperar a Hitler, que llegaba casi siempre sin hacerse anunciar. Su hermana Gretl salía con las amigas todas las noches, y llse trabajaba o participaba en concursos de baile. Esta situación explica por qué Eva consumía cada vez más somníferos.

«Esperé tres horas delante del Carlton (*hotel de Munich no alejado del barrio donde vivía Eva*), y tuve que soportar el ver cómo compraba flores a Anny Ondra (*actriz de cine de origen checo, esposa de Max Schmeling, ex campeón mundial de boxeo*) y la invitaba a cenar.»

(Visión de loca, escrito el 16-111.)

Esta nota fue insertada más tarde en el diario. Eva debió releerlo, y luego comentarlo y fecharlo.

«El me necesita por razones especiales. No sabría estar de otro modo. (Tonterías.)»

Una vez más, Eva comenta su propio diario.

«Cuando dice que me ama, piensa que no es más que por el momento. En cuanto a sus promesas, no las cumple jamás.»

La pequeña Eva, sin experiencia política y a los veintitrés años, ha hecho un descubrimiento que la mayoría de los estadistas europeos de entonces no advirtieron hasta mucho después... ¡y a qué precio...!

«¿Por qué me atormenta así y no termina conmigo?»

16-11-35

«El está de nuevo en Berlín. ¡Si no perdiera de este modo el norte cuando no le veo tan seguido! Evidentemente, es normal que en este momento no tenga mucho interés por mí, con todo lo que ocurre en política.»

El 16 de marzo es la fecha del rearme de Alemania, la primera decisión fatídica de Hitler y su primer triunfo.

«Hoy iré con Gretl al Zugspitze, e imagino que mi locura se calmará. Todo terminó siempre bien, y esta vez ocurrirá igual. Hay que saber esperar con paciencia...»

I-IV-35

«Ayer él nos invitó a cenar en el Vierjahreszeiten (*el hotel más elegante de Munich*). Tuve que estar sentada tres horas a su lado, y no pude decirle una sola palabra. A modo de adiós, me dio un sobre, como ya hizo antes una vez, con dinero dentro. ¡Qué hermoso si me hubiese escrito una línea como saludo o una palabra cariñosa, me habría sentido tan feliz! Pero él no piensa en nada semejante.

»¿Por qué no va él a cenar a casa de Hoffmann? Allí, al menos, podría tenerle algunos minutos para mí. Deseo que no vuelva antes de que su casa esté dispuesta.»

Hitler tenía el piso en reparación, y entretanto vivía en el hotel, donde Eva no podía reunirse con él. Pero advirtamos que en casa de los Hoffmann, éstos dejaban a solas a los «dos amantes»... Esta aclaración demuestra el papel de los señores Hoffmann, padre y madre de familia..., en casa de los cuales se concertaban tales citas.

29-IV-35

«Tengo paciencia. En todos los aspectos. Me digo siempre: "Todo irá bien, *madame la marquise*". pero no me vale de mucho. El apartamento está preparado, pero no puedo ir a verlo. El amor ha quedado fuera de su programa. Ahora que ha regresado a Berlín, me tranquilizo un poco. Pero hubo días, la semana última, en que lloraba todas las noches, al aceptar mi "deber". Vomité cuando me quedé sola en casa, en la fiesta de Pascua.

»Hago lo imposible por economizar, y molesto a todo el mundo, pues quiero venderles de todo. Comenzando por mi sastre, al que ofrecí desde la cámara fotográfica hasta los billetes para el teatro.

»Pero todo mejorará. Las deudas no son tan cuantiosas.»

10-V-35

«Según me dice la señora Hoffmann, cariñosamente pero con gran falta de tacto, él ha encontrado una sustituta para mí. Se llama Walküre (Valquiria) y tiene la apariencia de eso. Comprendidas las piernas. Pero así son las medidas que él prefiere. Mas si eso es verdad, bien pronto le hará perder treinta libras a fuerza de penas, a no ser que posea el talento de engordar en la desgracia, como le pasa a Charly.»

La Walküre en cuestión es muy probablemente Unity Wilford, «la Valquiria británica», como la apodaban en Munich. Más tarde hablaré de esta efímera rival de Eva. Pero Ilse Braun cree que también puede tratarse de Winifried Wagner, de la que trataremos también con detalle. Lo cierto es que tanto las hermanas como las amigas de Eva, al corriente de sus relaciones con Hitler, la pinchaban a veces hablándole de la rolliza Wagner, de la que Hitler habría dicho una vez: «La única persona que me puedo permitir desposar, como Führer, es la dama Wagner. En ello habría una razón de Estado.» Así fue como las hermanas de Eva, con la música de una canción de Tino Rossi entonces muy en boga, «Veni, veni, veni, o canta a me», cantaban para fastidiarla: «Wini, Wini, Winifried Wagner, contigo me casaré.» Eva aparentaba tomarlo a broma, pero luego volvía lloriqueando a casa de Hitler, quien reaccionó con la proverbial imprevisión que le caracterizaba, prohibiendo a Tino Rossi que prosiguiese la triunfal gira que estaba realizando por Alemania, así como la venta del disco correspondiente. Recuerdo haber acompañado al cantante a la estación del Zoo de Berlín. El atribuía aquella medida a una colosal fricción diplomática, y tal vez hoy sigue creyendo lo mismo...

«Si lo que me dice la señora Hoffmann es cierto, encuentro monstruoso de su parte que no me lo haya comunicado.

»Al fin y al cabo, él debiera conocerme lo bastante bien como para saber que yo no me pondría en su camino, si bruscamente descubriese su afecto hacia otra. Lo que a mí me pase debe tenerle sin cuidado.

«Esperaré hasta el 3 de junio, es decir, un cuarto de año después de nuestro último encuentro, y luego le pediré una explicación. Que nadie venga a decirme que no soy modesta.

»El tiempo es magnífico, y yo, la amante del hombre más grande de Alemania y de la tierra, sigo esperando; el sol puede burlarse de mí a través de los cristales.

»Que haya tan poca comprensión y que pueda permitir que se me humille ante extraños... Pero la voluntad de los hombres..., etc., etc.

»Al fin y al cabo, es por culpa mía, pero uno quiere acusar a los demás .. Esta cuaresma terminará un día, y entonces todo sabrá mejor.

«Pero es una pena que justamente ahora sea primavera.»

Eva Braun trata aquí de hacer filosofía sentimental, como en las novelas, y hasta cita algunos proverbios en dialecto bávaro, lo que contribuye a aumentar la confusión. Pero entre líneas puede adivinarse su apasionado amor y sus celos de muchacha.

28-V-35

«En este momento acabo de enviarle una carta decisiva para mí ¿La tomará en serio? »Bueno, vamos a verlo.

»Si no obtengo respuesta antes de las diez de esta noche, me tomaré, sencillamente, las 25 pastillas y me dormiré muy dulcemente. ¿Es ése el amor loco que él me prometió, ya que no me ha enviado una sola palabra de consuelo durante tres meses? De acuerdo con que haya tenido la cabeza llena de cosas en estos tiempos, con sus problemas de política, pero al menos debiera concederse un descanso. ¿Y el año pasado? ¿No era Roehm e Italia lo que le preocupaba? A pesar de ello, encontró tiempo para dedicarme.»

Eva, amante, valora los acontecimientos internacionales según su punto de vista. La ejecución del jefe de las SA, Ernst Roehm, el asesinato de Dollfuss, el encuentro de Hitler-Mussolini en Venecia, no tenían para ella más que un solo común denominador: eran pretextos de Hitler para alejarse de ella.

«Me resulta difícil juzgar si la situación actual es igualmente dura para él; no obstante, algunas palabras cariñosas en casa de Hoffmann, o en otra parte, no le habrían robado demasiado tiempo.

»Me temo que haya otra cosa detrás.

»Yo no he cometido ninguna falta. En absoluto.

»Quizá haya otra mujer y no la chica Walküre; eso sería, en cierto modo, imposible; pero hay tantas...

»¿Qué razones, si no, podría haber? No encuentro otras.»

28-V-35

«Dios mío, tengo miedo de que no haya respuesta hoy. Si alguien me ayudase. Todo es tan terriblemente desconsolador. Tal vez mi carta llegó a una hora inoportuna. Quizá no debí escribirle. Sea como sea, esta incertidumbre es más difícil de soportar que un brusco fin.

»Dios querido, ayúdame, es necesario que le hable hoy; mañana sería demasiado tarde.

»Me he decidido por 35 pastillas. Esta vez debe ser absolutamente "seguro como la muerte". Si sólo hiciera él que llamasen por teléfono.»

Ilse Braun regresaba bien avanzada ya la noche del 28 de mayo de 1935, o mejor, para ser exactos, después de la medianoche y, por consiguiente, en las primeras horas del 29 de mayo (es menester acordarse de esta fecha del 29 de mayo, ya que habrá otra igual y también de pesadilla). Ilse había participado en un concurso de baile, y al llegar a su casa encontró a su hermana Eva en estado de coma. Aprovechándose de su experiencia como enfermera, le proporcionó los primeros auxilios y luego llamó a su jefe, el doctor Marx, con cuya discreción podía contar.

Mientras el médico atendía a su hermana, Ilse encontró el diario de Eva donde había escrito las anteriores líneas. Entonces arrancó las hojas.

En efecto, Ilse había decidido no hablar de esta nueva tentativa de suicidio. Los padres, y sobre todo Fritz, difícilmente habrían soportado el golpe. Fritz Braun podía haber hecho alguna barbaridad. Además, la reputación de Eva habría sufrido considerablemente, las gentes hubieran comenzado a referirse a ella como a una loca y hasta el mismo Hitler hubiese dudado del equilibrio mental de su amante. Por otra parte, Ilse Braun sospechaba que su hermana había hecho un poco de comedia respecto al suicidio, pues tuvo cuidado de dejar el diario bien a la vista y tomó el somnífero en cantidad limitada (veinte pastillas de Fanodormo, y no de Veronal). Eva entendía un poco de medicina, y, por otra parte, sabía que era muy probable que su hermana viniera a verla, aparte el hecho de que Gretl debía llegar de un momento a otro.

Pero había también otra razón para mantener el secreto: Ilse no quería complicar en el asunto al doctor Marx, que por ser judío era muy vulnerable. Cierto es que las leyes de Nuremberg no habían sido promulgadas aún, y que las persecuciones no hacían más que comenzar; pero era difícil predecir cuál hubiera sido la reacción de Hitler al conocer el hecho.

En consecuencia, se decidió hablar de un excesivo agotamiento por parte de Eva, la cual habría abusado un poco de los somníferos. Bastaron algunos días de descanso para que se recobrase.

Tiempo después, Ilse devolvió aquellas hojas del diario íntimo de Eva, la cual las conservó cuidadosamente. Poco antes de su muerte pidió que se destruyeran; pero Gretl consideró conveniente ponerlas a buen recaudo en los montes austriacos, en casa de la madre de un oficial de las SS, perteneciente a la guardia personal del Führer. Ya hemos explicado en el prefacio de este libro que estos documentos, así como los álbumes privados de Eva Braun, fueron requisados por los Servicios Secretos de Información del ejército americano.

Es muy probable, aunque las hermanas supervivientes lo ignoren, que Hitler tuviera conocimiento de este diario. Parece ser que aceptó sin más la versión que se le dio de la enfermedad de su amante, aunque Ilse Braun cree que llegó a intuir la verdad, pues la tentativa de suicidio, fingida o no, dio el resultado esperado. Pocos meses más tarde, Hitler cumplió por una vez sus promesas y compró a Eva una finca en Bogenhallsen, una hermosa casa situada en las afueras de la ciudad. De este modo Eva no tuvo necesidad de volver a trabajar en casa de Hoffmann. Y después, aun en los momentos más dramáticos de la campaña de Rusia, rara era la noche en que Hitler no llamase o enviara un cariñoso mensaje telegráfico a su amante.

CAPÍTULO VIII

LA CARTA

Una hermana de la Caridad, con la cesta de mimbre colgando del brazo, fue a llamar a la puerta del piso de los Braun en la Hohenzollernstrasse, y como todos los meses, solicitó algunas provisiones y unas pocas monedas. Pero esta vez la religiosa no se contentó con dar las gracias, manifestando que rezaría por sus benefactores, sino que agregó:

—¡Qué suerte que el gentil señor Hitler haya subido al poder! ¡Alabado sea el Señor!

Alegremente, Franziska Braun acudió a despertar a Eva, que en aquella tarde del 30 de enero de 1933 descansaba de sus actividades de la víspera. Eva no había ido a festejarlo con Hitler, sino que tuvo que trabajar en la tienda, ya que Hoffmann había recibido innumerables pedidos de fotografías. Eva quiso oír en persona tan extraordinaria novedad por boca de la monjita, a la que hizo repetir la noticia. Así pues, su amante, aquel al que el padre de Eva había calificado de «vagabundo austriaco», se había convertido en el sucesor de Bismarck.

La primera reacción de Eva fue decir: «He ganado mi apuesta.» En efecto, había jugado veinte marcos a que se formaría un Gobierno encabezado por Hitler, suma que Ilse, siempre escasa de dinero, nunca le entregó, alegando que «la buena amiga» del canciller del Reich podía darse el lujo de renunciar a las ganancias obtenidas en el juego.

Eva conoció de este modo su hora de apoteosis, y su madre se alegró con ella celebrando la sabiduría de una hija que habla sabido elegir «las amistades adecuadas», mientras que Ilse reconocía con mortificación que había perdido su batalla y que, por una vez, su hermana menor lograba la victoria. En cuanto al padre, murmuró algo así como «hemos tenido tantos cancilleres, que uno más no cambiará nada»; pero, indudablemente, estaba impresionado, él, que fue siempre un oficial fiel a la tradición militar y a la monarquía, y que se había enrolado como voluntario inmediatamente

después de su desmovilización, en 1919, en la brigada partisana «Oberland», que liberó a Munich de la ocupación de los «comuneros bolcheviques»; él, que luego pasó a formar parte de la organización paramilitar «Stahlhelm», los conocidos «cascos de acero». Su asombro y admiración crecieron cuando supo que el grande, heroico y venerable anciano que era el *feld-marschall* Von Hindenburg, había estrechado la mano de aquel señor Hitler.

No habían en aquella época aparatos de televisión, pero en los días siguientes, en casa de Hoffmann, Eva se sintió obligada a seleccionar las innumerables fotografías del monstruoso desfile de cien mil berlineses que, con antorchas en la mano, desfilaron de noche por la Unter Den Linden. Jamás había asistido el mundo a un espectáculo semejante, y ni la reina Victoria ni el kaiser se habían visto nunca aclamados por una tal multitud.

—Mira, papá, todo Berlín está en la calle; Berlín, la capital del Imperio, y no una ciudad de provincias, como la nuestra —comentó Eva.

Su familia interpretó tal exaltación como algo parecido a la alegría de una muchacha cuyo equipo de baloncesto acababa de ganar el campeonato intercolegial. Ellos ya sabían entonces —indirectamente, puesto que Eva no había hablado a sus padres del asunto— que la joven conocía a Hitler y que éste la invitaba en algunas ocasiones; pero pensaban, o preferían pensar, que las relaciones eran únicamente de carácter profesional, por haberse hecho cargo Eva del archivo fotográfico de Hitler en casa de los Hoffmann y ser, además, una especie de «enlace» entre la oficina y el mencionado político.

No obstante, y según lo recuerdan su madre y su hermana mayor, tras los primeros momentos de euforia, Eva pasó varias horas sumida en la tristeza. Su hermana dice haberla sorprendido llorando, pese a que Eva Braun detestaba el llanto. Y es que comprendía que la nueva dignidad de su amigo le alejaría en parte de ella. De momento, Hitler tendría que vivir en Berlín, primero en el hotel Kaiserhof y luego en la misma Cancillería, y sólo ocasionalmente visitaría Munich. Luego estaban los imperativos del cargo, que limitarían excesivamente su tiempo.

Pero Hitler, ya canciller, no interrumpió los contactos, y aceptó hablar con ella por teléfono la misma noche de su nombramiento. El hecho de que Eva pudiese establecer comunicación con él, cuando eran innumerables las llamadas y telegramas que llegaban de todas partes del Reich y del extranjero (sólo de Estados Unidos hubo aquella noche ochenta y siete conferencias radiotelefónicas), demuestra que Eva no era para Hitler una muchacha más. El volvió a Munich en cuanto pudo, invitó a Eva a su piso y ambos se dirigieron a la Osteria y al Carlton, como de costumbre. Las invitaciones para ir a Berchtesgaden llegaban cada vez con mayor frecuencia.

Eva, dando a su familia el pretexto de tener que solucionar asuntos relacionados con su trabajo en el estudio de Hoffmann, tomaba su pequeña maleta verde y subía al «Mercedes» negro y plata. La gran fábrica de automóviles había puesto un mayor número de sus unidades a disposición del nuevo canciller. Hitler, por su parte, contribuiría notablemente, no sólo a la prosperidad de dicha firma, sino que personalmente participaría en el perfeccionamiento del diseño de varios chasis. El director general de la empresa era invitado a menudo a Berchtesgaden, hasta el punto de poder decirse que formaba parte del corrillo íntimo de Hitler. Sin embargo, el coche no se detenía nunca delante de la casa de los Braun, pues eso hubiera hecho murmurar a los vecinos, sino en la esquina de la Turkenstrasse.

Hitler, como canciller, tenía relativamente más ocasiones de interesarse por los problemas personales de Eva que cuando era sólo un político. La lucha activa había concluido, y no tenía que ocuparse tanto de ciertos asuntos, ya que disponía de miles y miles de personas a sus órdenes, además de todo el aparato administrativo del Estado. La policía, fuera o no secreta, estaba allí para hacer respetar la inviolabilidad de su vida

privada, en lugar de perseguirle, como acontecía antes. Ahora, para viajar, disponía de trenes especiales, en los que llegó a pedir la inclusión de tres o cuatro vagones destinados sólo a su séquito e invitados, pues es sabido que utilizaba el automóvil con ciertos reparos. Poseía también un avión personal, en el que viajaba de vez en cuando, aunque también sentía cierta aversión hacia esta forma de transporte. Más tarde prohibiría a Eva que volase; pero ésta haría caso omiso de la orden, como hiciera con otras también emanadas de Hitler.

No había transcurrido aún una semana desde su ascenso al poder cuando Hitler, con ocasión del cumpleaños de Eva —ésta alcanzó justamente la mayoría de edad aquel 6 de febrero de 1933— le regaló las primeras joyas: un juego compuesto por anillo, pendientes y pulsera con incrustaciones de turmalinas. Las alhajas, aparte de estar compuestas por piedras preciosas de inferior calidad, eran de tamaño más bien pequeño, pues Hitler era bastante tacaño; pero el metal se hallaba finamente trabajado y en conjunto las joyas parecían realmente antiguas. Cuando volvió a su casa, Eva tuvo que esconder esas alhajas, que fueron siempre sus preferidas.

Para que Eva no se hiciera ilusiones con el matrimonio, Hitler comenzó por decirle que su nueva jerarquía le impedía pensar aún en el casamiento. Dijo que todavía precisaba del voto femenino, ya que sólo unas segundas elecciones podrían consolidar su régimen. Además, él no era un hombre de Estado como los demás, sino que tenía vocación, y su actividad era semejante a un sacerdocio. Debía seguir tratando de persuadir al pueblo alemán de que se consagraba noche y día a su servicio, sin que nada ni nadie le distrajera de ese cometido, fuesen amores, un hogar, hijos, diversiones o temporadas de descanso. Su posición era como la del Papa, como la de los curas, que no podían casarse.

De todas las alegaciones expresadas por Hitler, tal vez fuera esta última en la que creía más seriamente. Aún quedaban en él residuos de su educación católica, de los tiempos en que admiraba el misticismo de los sacerdotes con los que se había educado, y hasta parece, según se advierte en *Mein Kampf*, que tuvo intenciones de tomar los hábitos.

Eva, por su parte, no parecía preocuparse demasiado por formalizar la situación; trataba tan sólo de solucionar su presente y éste consistía en conservar el afecto de Hitler, consolidar su conquista, poder seguir viéndole y estar cerca de él durante el mayor tiempo posible.

Y es que hasta el 30 de enero de 1933, pese a sus gabanes a la inglesa, a las botas y el látigo, a sus guardaespaldas y automóviles, a sus extravagancias y a sus discursos de agorero, Hitler seguía aún perteneciendo al mundo de Eva; continuaba frecuentando los cafés del barrio, y aunque vivía en un piso amplio, se trataba, en definitiva, de un piso. Pero he aquí que, de pronto, pasa a residir en un palacio; las gentes le tratan de «excelencia» y los soldados le presentan armas. Hitler se ha convertido en un «grande del mundo». No debemos olvidar que Eva, pese a la situación, acomodada de su familia y a la buena educación recibida, no conocía mundo ni había salido de Munich más que para visitar otras pequeñas ciudades; no se había comprado un vestido verdaderamente elegante —pues ella misma confeccionaba su ropa— ni había nunca asistido a fiestas de la alta sociedad; tampoco poseía alhajas. Era como la pobre muchacha de la fábula, que, habiéndose hecho amiga de un extraño, descubre más tarde que éste es el rey o el califa.

Los periódicos, así como el dueño del estudio fotográfico, Hoffmann, hablaban de las fiestas de Berlín en las que aparecía Hitler en traje de etiqueta —el Führer aborrecía aquel atuendo, pero deseaba probar que él, una vez en el poder, podía, si así lo quería, ser tan elegante como un *junker*—, rodeado de espléndidas mujeres. Abundaban, sobre todo, las estrellas de cine y teatro, por las que Hitler demostraba una gran predilección, hasta el punto de que llegó a concebir la idea de reemplazar a las esposas de ministros y

embajadores, a menudo feos y ajadas, por artistas seductoras como Olga Tschechowa o Lil Dagover. Se prometía así una atmósfera propicia que facilitaría las relaciones políticas con sus interlocutores.

Después de su viaje a Italia, Hitler se lamentaría amargamente de haber tenido que estar durante toda la cena al lado de la reina Helena, que se le antojó más ruda que los mismos coraceros de la guardia real, y junto a la cual se aburrió terriblemente. Quiso que en Berlín el ambiente de las recepciones fuera distinto, y ofrecía el brazo a Olga Tschechowa, la más famosa de las estrellas del momento y una de las más fulgurantes de la pantalla europea. Luego, en la mesa, la hacía colocar a su derecha, mientras situaba a su izquierda a otra belleza. Hitler comía poco y se dedicaba casi exclusivamente a galantear a su dama acompañante, a la que cogía la mano y se la besaba, para después hacer lo propio con la que estaba a su otro lado.

Así pues, en las redacciones de los periódicos extranjeros, y más aún en el estudio de Hoffmann, se bromeaba y rumoreaba acerca de las pasiones del Führer: Hilde Krahl, Paula Wessely, la Tschechowa, Henny Porten y, más tarde, Leni Riefenstahl.

Hitler alentaba estos chismes y habladurías, pues contribuían a aumentar su prestigio, satisfacían su vanidad y, al mismo tiempo, le permitían ocultar a los ojos de los periodistas sus verdaderos intereses femeninos. Los especialistas del cotilleo periodístico estaban tan convencidos de que la nueva Lola Montes tenía que ser una mujer fatal del gran mundo, que nunca prestaron atención alguna a la discreta colaboradora que estuvo siempre allí, delante de sus narices.

La leyenda de los amores de Hitler con Leni Riefenstahl no tiene el menor fundamento. La aludida, después de haber sacado provecho de esa leyenda durante largo tiempo, debió optar por destruirla. En realidad, sí fue recibida una o dos veces en Berchtesgaden, y siempre en el marco de una audiencia profesional. No existe la menor prueba de un testimonio serio que sugiera la posibilidad de un encuentro privado, aunque fuera fortuito, o bien la existencia de correspondencia íntima. Eva Braun, que estaba celosa de todas, y hasta de su sombra, no se preocupó demasiado por Leni Riefenstahl.

En cuanto a Olga Tschechowa, es probable que la extremada galantería de Hitler para con ella fuera sólo el reflejo de una admiración pasajera. Olga Tschechowa era demasiado astuta e independiente para dejarse atrapar en las redes de Hitler, pero estoy seguro de que ejerció cierta influencia sobre él. Cuando después de publicar un artículo muy audaz acerca del monstruoso trato que se daba a los judíos en el *ghetto* de Varsovia, tuvo la desdicha —o tal vez la suerte— de caer en desgracia ante Hitler. Ella, entonces, intervino en mi favor, y es probable que gracias a su intervención escapara a una deportación inmediata.

Pocas semanas después de la caída del Tercer Reich —que Olga me perdone por revelar aquí este episodio, demostrando con ello mi ingratitud—, volví a encontrarla en la mansión ocupada por el general soviético que había conquistado Berlín. La naturaleza de sus relaciones con el militar ruso me parecieron tan indefinibles como las que había tenido con Hitler. Pero, *Honni scit qui mal y pense...*, ¿por qué reprochar a una mujer el que haya sido muy amada? Olga Tschechowa era —y lo es aún, ya que el tiempo parece detenerse en ella como el sol ante Josué— una mujer extremadamente seductora.

También Eva quiso convertirse en actriz de cine. Se jactaba continuamente de los éxitos que había obtenido en las representaciones de aficionados, y hasta pensó una vez en tomar lecciones de canto y declamación. Pero su padre ponía el grito en el cielo. «¿Dónde vamos a encontrar dinero para semejante locura?», decía, pues no estaba dispuesto a estimular a sus hijas para que abandonasen las actividades que consideraba honrosas y se convirtieran en saltimbanquis. ¿Cómo podían pensar en arrastrar así por el fango el antiguo y honorable nombre de los Braun? ¿Qué pensarían sus colegas del cuerpo docente?

Y por una vez, Fritz Braun encontró en Hitler un aliado. Este consideró execrable la idea de que Eva se hiciese bailarina, cantante o actriz. Era demasiado egoísta para que aceptase compartir «su» Eva, y tampoco le hubiera permitido aparecer en público. Por el contrario, consideraba que ella debía hacerse notar lo menos posible.

Sin embargo, Eva no renunció por entero a este sueño, del que hablará de cuando en cuando. Una vez, en Berchtesgaden, llegó a manifestar: «Cuando el jefe haya ganado la guerra (solía llamar "el jefe" a Hitler), iré a Hollywood, según él me prometió, a rodar yo misma la película sobre la historia de nuestras vidas.»

Mientras tanto, Eva se consolaba ejerciendo en nombre de su amante una especie de censura suprema sobre las piezas teatrales y las películas producidas en Alemania. Redactaba sinopsis para Hitler, quien no disponía de mucho tiempo para ver cine y que, además, prefería las operetas intrascendentes y las películas de acción. Eva se interesaba sobre todo por el cine americano y organizaba proyecciones privadas de estas cintas, aunque estuvieran prohibidas por razones políticas o económicas, como a veces ocurría en Alemania con las películas de Estados Unidos. A Eva le parecían casi todas excelentes, pero se guardaba muy bien de pedir a Hitler que levantase las prohibiciones establecidas por Goebbels. Por el contrario, sentía como una especie de satisfacción al darse cuenta de que era una privilegiada, y que el resto de Alemania no tenía derecho a compartir su placer. Además, sus escasas intervenciones en aquel sentido tuvieron un efecto contrario. Así, por ejemplo, le gustaba enormemente la película *Lo que el viento se llevó*, y se creía una especie de Escarlett O'Hara, cortejada por un Rhett Butler-Hitler.

Incluso se vistió una vez de dama sudista y representó una escena de la cinta. El Führer, por su parte, impresionado sin duda por las escenas de la guerra civil, y hallando allí un mensaje racista, decidió permitir la representación en todas las salas cinematográficas alemanas. Pero he aquí que Eva no hacía más que hablar de Clark Gable, alabando su apostura, su hombría y su aire majestuoso. Tenía fotos del actor en su habitación, imitaba su voz y en ocasiones hablaba inglés en la mesa. Exigía que se proyectara la película al menos una vez por mes. Entonces Hitler, hastiado y celoso, dio una contraorden y, con el pretexto de economizar divisas, devolvió la película a la Metro Goldwin Mayer. Esta empresa jamás logró explicarse el motivo de tal decisión.

Pero volvamos a 1933.

Convertida Eva en la amante del canciller, decidió que tenía derecho a un teléfono privado para poder llamarle a Berlín, y también para que la advirtiesen rápidamente de la llegada, casi siempre repentina, del Führer a Munich. Eva se sobrepuso a las objeciones de sus padres, que no consideraban necesario el artefacto y alegó el pretexto de que lo necesitaba como ayuda para su trabajo en el estudio de Hoffmann. El padre no acertaba a comprender por qué razón el teléfono debía estar cerca de la cama de Eva, ni por qué nadie podía contestar a las llamadas, o que ella cerrase con pasador la puerta durante ciertas conversaciones, o se escondiera bajo las mantas. No podía ser de otro modo, pues aunque Hitler se hubiera servido de su nombre de guerra, Wolf, o del de Schneider, habrían reconocido su voz, y sus padres debían seguir ignorando el estado real de sus relaciones con Eva.

El mismo Hitler, aun siendo canciller, tenía dificultades para comunicarse telefónicamente con ella. En ocasiones llamaba desde las cabinas públicas, para evitar que oídos curiosos escuchasen sus conversaciones privadas; pero ello le resultaba complicado, pues nunca llevaba encima dinero suelto. Por otra parte, los componentes de su séquito hacían conjeturas, llenos de ansiedad, sobre la identidad de la persona con la que celebraba tan misteriosas conversaciones ¿Estaría hablando, se preguntaban, con Henry Ford, Mussolini o el mismo príncipe de Gales?

La irregularidad en los horarios de Eva exasperaba a sus padres. La madre se lamentaba continuamente:

—Pero ¿dónde está tu hermana? ¿No te ha dicho con quién salía?

Y agregaba el padre, dando un puñetazo sobre la mesa:

—Siempre en el cine, a semejantes horas. Una chica debe estar en casa antes de las diez de la noche. ¿Dónde pasa la noche? ¿En casa de su amiga? ¿La conoces tú?

Después de sus ausencias nocturnas, los pretextos utilizados variaban según las ocasiones. A veces Eva iba a Berchtesgaden, y entonces, Hitler, siempre preocupado por las apariencias, no la alojaba en su finca de Haus Wachenfeld, sino en los hoteles de la población, en el Post o el Berchtesgadener Hof, según el testimonio de la directora de uno de estos hoteles. Más tarde Eva residirá en el Platterhof, aquel amplio caserón situado en las inmediaciones de la finca de Hitler, y que los americanos han transformado hoy en un centro de descanso para los miembros de su ejército. Los militares americanos, instalados también en el antiguo cuartel de las SS del campo de concentración de Dachau, poseen, como puede verse, un gran apego por los lugares históricos.

A pesar de todas las explicaciones, papá Braun protestaba violentamente cuando regresaba su hija, y más aún cuando ésta se ausentaba los fines de semana, pues una de las cosas que exigía era la presencia de sus hijas en la misa del domingo.

Gretl, a la que Eva dio el sobrenombre de «Mogerl» porque se enfadaba a menudo, había regresado del convento, con lo que las tres hermanas estaban muy incómodas en una sola habitación. Tanto más cuanto que al hablar por teléfono, Eva echaba a todo el mundo de la alcoba. Ciertamente, los motivos de roce no faltaban. Pero una noche, durante la cena, Eva asombró a todo el mundo al anunciar:

—Voy a tener mi propio piso; soy mayor de edad, y poseo medios suficientes. Ilse y Gretl pueden venir conmigo.

Ilse, que comenzaba a saber lo que ocurría, no quiso hacerse cómplice, pero Gretl, más aventurera y despreocupada, aceptó llena de entusiasmo. La idea de que Eva viviera con una o dos de sus hermanas procedía del mismo Hitler, quien con su mentalidad burguesa exigía siempre que se guardaran las apariencias.

El alquiler del piso lo pagaba Hitler, empleando a Hoffmann como intermediario. El apartamento se hallaba en la Wiedenmeistrasse, una calle de buen tono situada en el barrio de Bogenhallsen, muy cerca de la vivienda de Hitler. Constaba el piso de tres piezas, con habitación de servicio, calefacción central y ascensor. El mobiliario era de segunda mano, con lo que Hitler acreditaba la tacañería de que le acusaban. No había un solo cuadro en las paredes, y Eva tuvo que pedir prestada a su madre la vajilla y ropa de cama. Contrató asimismo a una doncella húngara, cuya principal ocupación, cuando no estaba jugando al ping-pong en la antecámara, era la de lavar y tender en el balcón del piso la ropa de su amante, un sargento del ejército regular. Aquellas prendas masculinas, flotando allí a impulsos del viento, resultaban una curiosa enseña en la morada de dos muchachas...

Hitler, con gran decepción de su joven amante, que contaba con visitas frecuentes, no se aventuró más que en muy contadas ocasiones a visitar el piso. Sólo podía entrar a últimas horas de la noche, a fin de que no le viesan la criada o los vecinos. Y aun entonces, como le era imposible desembarazarse de su escolta, había policía montando guardia en el inmueble y en la escalera. Su sola presencia creaba tanta confusión, que prefería abstenerse de ir. De este modo proseguía la espera para Eva, incluso en su nueva casa. Estaba siempre pendiente del teléfono, sin atreverse a desatender una sola llamada. Era aquélla una espera monótona, dolorosa y deprimente; una espera que se prolongaría hasta el fin de su vida y que simboliza la esencia misma de su amor.

Aunque de vez en cuando Ilse visitaba a Eva en su piso, la hermana mayor no había tenido todavía ocasión de conocer a Hitler, y hasta el momento sólo la hermana menor había trabado conocimiento con él. Eva prefería mantener alejada a su hermana, pues conocía su impertinencia. Por otra parte, Eva deseaba presentar a Hitler a sus padres; pero el señor Braun, como todos los progenitores de muchachas casaderas, no tenía el menor deseo de conocer a un personaje, por muy canciller que fuera, cuyo papel

hacia su hija le parecía un tanto dudoso. El padre de Eva, en efecto, veía que Hitler no se comportaba como un pretendiente y que Eva no hablaba de él sólo en términos de interés estrictamente profesional. Pero he aquí que una tarde, durante una excursión dominical a Lambach, cerca de la frontera austriaca, los esposos Braun ven a Eva atravesar la gran plaza de aquel lugar y encaminarse hacia ellos.

—Qué sorpresa —les dice la joven—; formo parte del acompañamiento del Führer para ayudar a tomarle fotos. Es necesario que os presente...

Un juez americano, autor de un libro donde trata en parte de la vida de Eva Braun, y que, para demostrar sin duda lo mal que puede escribir un juez, transformó este incidente en una especie de tragedia griega, cuenta que la madre de Eva se había sentido avergonzada, mientras que el padre, una vez sobrepuesto de la natural sorpresa, presentó a Hitler un ultimátum: «¿Se va a casar con mi hija, sí o no?»

Fritz Braun ha negado categóricamente tal anécdota, y su mujer en persona me aseguró que era una ridiculez. Si la señora Braun sentíase intimidada, era sólo por el excesivo respeto que le inspiraba el «gran hombre» y por el temor de que su peinado y su vestido no estuviesen a la altura de las circunstancias. En cuanto a papá Braun, no habiendo reconocido nunca que su hija tuviera relaciones con Hitler, mal podía colocarse en la ridícula situación de abordarle aludiendo a semejante tema. Por otra parte, Fritz Braun no sacaba nunca a relucir en público las interioridades de la familia, y siendo como era un funcionario y un oficial de la reserva, jamás habría osado faltar al respeto al canciller del Reich alemán.

La sorpresa debió de ser relativa, puesto que Eva les había dicho que iría el domingo a Lambach, donde trataría de presentarles a Hitler, dándoles instrucciones precisas acerca del modo en que debían comportarse. La entrevista fue breve y placentera. Hitler habló del hermoso tiempo que hacía, hizo un cumplido a la gentileza de Eva, y besó la mano de mamá Braun, que estaba demasiado emocionada para poder hablar.

Pero Fritz Braun, lejos de dejarse intimidar por aquel encuentro, no quiso renunciar a sus derechos paternos. Habiendo sido presentado a Hitler, se consideró autorizado para escribirle, y esta carta tiene cierto significado histórico, no sólo porque expresa el estado de ánimo de un padre, sino porque es tal vez uno de los pocos documentos que prueban que un alemán osó oponerse al Führer, al menos por escrito.

«Munich, 7 de septiembre de 1934

»Señor canciller del Reich:

«Resulta sumamente desagradable para mí tener que importunarle con un problema de naturaleza privada, pero es mi deber expresarle mi dolor como padre de familia. Usted, el Führer de la nación alemana, se ha enfrentado con más graves preocupaciones. Pero puesto que la familia es la más pequeña, aunque la más firme de las células sociales, que permite desarrollarse a un estado honesto y bien organizado, considero que mi acto está un poco justificado, y por ello le pido su colaboración.

»Mi familia se encuentra actualmente dividida, ya que mis dos hijas, Eva y Gretl, se han instalado en un piso que usted ha puesto a su disposición, y yo, como jefe de familia, me veo ante un hecho consumado. Como es lógico, siempre hice reproches a Eva cuando regresaba a casa bastante más tarde que las horas normales del cierre de oficinas. Creo que una joven que trabaja intensamente durante ocho horas al día tiene necesidad de una velada que le permita descansar en el seno de su familia, a fin de conservar el buen estado de salud. Es posible que en eso defienda un punto de vista que, lamentablemente, parezca pasado de moda. La supervisión de los padres sobre los hijos

y la obligación que éstos tienen de permanecer en el hogar paterno hasta el momento en que se casen, sigue siendo, de todos modos, un principio inviolable. Ese es mi código del honor. Aparte de esto, echo en falta a mis hijas enormemente.

»Yo le quedaría muy agradecido, señor canciller del Reich, si usted me otorgase su comprensión y su ayuda, por lo que concluyo esta carta rogándole que no aliente esa sed de libertad de mi hija Eva, que es mayor de edad, ciertamente. Yo le ruego que la aconseje para que vuelva al seno de su familia.

»Con mi más alta consideración,

»FRITZ BRAUN.»

Papá Braun, que no sólo era un excelente diplomático, como lo prueba esta carta, sino también un hombre prudente, no envió la carta directamente a Hitler, evitando de ese modo que fuera interceptada por sus subalternos, o impidiendo así quizá una reacción demasiado brusca del Führer —puesto que se había comenzado a enviar ya gente a los campos de concentración por la menor falta—, sino que pidió a Heinrich Hoffmann que entregase personalmente la misiva al canciller. El fotógrafo, igual de prudente y no queriendo perder la gallina de los huevos de oro, entregó la carta a Eva, quien después de haberla leído, la rompió en mil pedazos, si bien dejó entrever a su padre que el mensaje había llegado a su destino, a pesar de no haberse obtenido ninguna respuesta.

Eso es probablemente lo que Fritz Braun había supuesto que acontecería¹. Pero como hombre ordenado que era, conservó una copia que enseñó a quien juzgó oportuno, y que más tarde presentó ante el tribunal de desnazificación y retuvo para la posteridad.

CAPÍTULO IX

LA MONTAÑA DE SAL

En cierta ocasión, durante su adolescencia en Linz, Hitler compró un billete de lotería y, seguro de obtener el premio mayor, en las semanas que precedieron al sorteo se puso a elaborar planes en torno a la lujosa mansión que pensaba construir con el dinero que obtuviera. Como era de esperar, su número no salió premiado, y Hitler regañó con todo el mundo durante varios días de acuerdo con un hábito que continuaría practicando más tarde, cuando le anunciaran que había perdido una batalla.

El historiador de su juventud, Franz Jetzinger, que me contó este episodio (conocí a Jetzinger cuando compartíamos la misma celda en la prisión de Viena), duda de la autenticidad del mismo, aunque a mí me parece razonable. ¿Quién no ha hecho alguna vez castillos en el aire...?

Hitler pudo al fin ver realizado su sueño, y de ese modo se instaló en Berchtesgaden, su Versalles de pacotilla. Debo hacer notar al respecto, para aquellos que no hayan tenido ocasión de recorrer esa zona, que la pequeña población de Berchtesgaden —cuya antigua prosperidad se debió al hecho de que servía a los

¹ Habiendo leído las galeradas de este libro, la señora Braun recordó haber escrito también a Hitler en términos análogos. Pero ella envió su misiva directamente al Führer. El resultado fue el mismo: jamás recibió respuesta alguna.

soberanos bávaros como base para sus partidas de caza, y que estaba estratégicamente situada en las proximidades de la frontera austriaca, con lo que sus habitantes se enriquecían con el contrabando—, se cita equivocadamente como la localidad donde Hitler había establecido su residencia. La población de Berchtesgaden fue ignorada casi totalmente por el Führer y su estado mayor, y sólo Eva Braun acudía al pueblo contadas veces para hacer sus compras, o aún más raramente, para acompañar a su amiga María Schonemann a la misa del domingo. Hitler, tras su ascenso al poder, jamás se dejó ver. No obstante, su séquito y los SS de la guardia, ante la perspectiva de morir de aburrimiento, frecuentaban los hoteles y bares de la población, que conocieron gracias a ellos una prosperidad fabulosa.

La residencia de Hitler se hallaba en la vertiente nororiental de un monte, el Hoher Gell, situado inmediatamente al sur de Berchtesgaden. Siguiendo la vertiente de esta montaña y a una decena de kilómetros por carretera desde Berchtesgaden, se levantaba un pequeño promontorio llamado Obersalzberg. El nombre quiere decir «alta montaña de sal», y sin duda se refería a la mina de sal explotada en Berchtesgaden, mina en la que durante la guerra encontraron una muerte lenta muchos deportados pertenecientes a la jurisdicción del campo de concentración de Dachau, detalle que aún hoy día las gentes de Berchtesgaden mantienen discretamente en silencio. Hitler vivía en las lindes del Obersalzberg, y gustaba llamar a su vasta mansión el Berghof, pero los que frecuentaban el lugar preferían denominarla el Berg.

Si yo mismo me sirvo a menudo del nombre de Berchtesgaden, es porque como ciudad tiene ese derecho, en la concepción popular, y porque no deseo crear confusiones utilizando demasiados nombres alemanes.

Durante muchos siglos la montaña no hizo más que albergar a míseros granjeros que durante el invierno se veían forzados a trabajar bien en la mina de sal, o bien como leñadores, cazadores furtivos y más tarde como contrabandistas, enfrentándose a la acción de la justicia. En 1877, una dama llamada Mauritia Mayer, a la que el pueblo denominaba Moritz, compró una granja, el Steinhauslehnen por 13.500 marcos. Se trataba de una mujer enérgica que amplió sus propiedades y abrió un restaurante al que denominó el Platterhof. Los excursionistas oyeron hablar del albergue, y pronto los funcionarios pudientes hicieron construir sus fincas en los parajes inmediatos, hasta que en 1911 Karl Schuster alzó allí un hotel, el Türkenhof, en el mismo lugar donde un veterano de las guerras contra los turcos había poseído una cabaña.

La leyenda local asegura que aquella Mauritia Mayer fue la inspiradora de una novela rosa, en la que una tal Judith Platter mantiene relaciones ilícitas con un noble de la localidad destinado a tomar los hábitos. Jüdit no quiere, a pesar de todas las amenazas de maldición divina, renunciar a su culpable amor, y se niega también a devolver el anillo de esponsales que recibió a cambio de una noche de amor. Al fin tiene que huir del Obersalzberg y refugiarse en los Dolomitas, donde termina por arrojarse desde un risco. Fue necesario amputar el dedo a la muerta para poder recobrar el anillo.

Eva Braun, sin duda, debió oír hablar de esta leyenda, y es probable que leyera la novela de Richard Voss... Pero, ¿pudo presentir que en cierto modo ésa sería también su propia historia?

A pocas decenas de metros del albergue Türkenhof, y en la vertiente desde la que se ofrece a la vista un panorama admirable sobre Salzburgo y los incomparables Alpes austriacos, un tal Winter, consejero comercial, hizo construir entre 1916 y 1917 una gran finca que designó con el nombre de Haus Wachenfeld. En 1925, Hitler convence al partido y a sus mecenas para que le alquilen la residencia, a fin de convertirla en «su

ermita». Apenas salido de la cárcel de Landsberg y habiendo sido retirada la interdicción que pesaba sobre el partido nacionalsocialista, el jerarca nazi organizó el primer congreso justamente en la población de Berchtesgaden.

Hitler estaba familiarizado con el lugar desde la época de sus correrías de anteguerra. Por allí paseaba los domingos, pues desde ese sitio podía verse el territorio austriaco, y le era posible charlar con las gentes de Salzburgo, llegadas de excursión por aquellos parajes. Su amigo el poeta Dietrich-Eckhardt, a quien debe la designación con la palabra Führer, le llevó a menudo junto con Antón Drexler, uno de los fundadores del partido, y con Hermann Esser, otro fiel compañero de los primeros momentos, por aquellos parajes. Al salir de prisión, Hitler trató de esconder su notoriedad en el hotel Purtscheller Haus, donde también procuró terminar algunos capítulos de *Mein Kampf*. La señora Bechstein, cuyo marido poseía una finca no muy lejos de allí, le pagaba el alojamiento, y de ese modo podía tenerle cerca.

Los derechos de autor de *Mein Kampf*, que suponían una media de un millón de marcos por año —ya que el libro fue un éxito de venta en una época en que Hitler era aún relativamente desconocido y se le ridiculizaba en muchas partes—, le permitieron comprar, junto con los recursos económicos del partido, que adquiría cada vez más importancia, Haus Wachenfeld, donde hizo algunas reformas transitorias, mejorando el interior de la residencia. Su hermanastra, Angela Raubal, se convirtió en el ama del lugar, y después de la muerte de su hija Geli, se instaló allí permanentemente. Hitler iba con frecuencia y tenía la costumbre de invitar con regularidad a los integrantes de su círculo íntimo. De tiempo en tiempo se veía también a Eva Braun, pero no con la asiduidad suficiente como para dar lugar a rumores y habladurías. Angela Raubal odiaba a Eva, y pretendía que Hitler se mantuviese fiel al recuerdo de su hija, fallecida en tan dramáticas circunstancias. Uno llega incluso a preguntarse si no sería la madre quien creó el mito de los amores de Geli con el Führer. Muchos de los que entonces frecuentaron Haus Wachenfeld piensan de ese modo.

La madre de Geli veía en Eva Braun una mosquita muerta que arteramente trataba de atrapar en sus redes a su pobre hermanastro, tan ingenuo e inexperto cuando se trataba de mujeres emprendedoras. Llamaba a Eva Braun «die Bloede Kuh» (la vaca cretina). Sin embargo, ésta era una expresión que no había inventado ella, ya que los conocidos de las hermanas Braun hablaban en términos igualmente irrespetuosos de aquella muchacha que perseguía a un inaccesible político cuarentón y que trataba periódicamente de suicidarse. De hecho, durante las confidencias que me hizo una amiga íntima de Ilse Braun, a los veintidós años de la muerte de Eva, aludió, tal vez sin quererlo, a la «Bloede Kuh», pues Eva e Ilse se peleaban continuamente y no vacilaban en utilizar términos provocadores, hostilidad que, como es lógico, se reflejaba en las respectivas amistades de ambas.

Por su parte, Angela Raubal incitaba constantemente a su hermanastro contra Eva, y trataba de mortificar a ésta cuando se hallaba invitada en Haus Wachenfeld. Daba la casualidad de que entonces todas las habitaciones estaban ocupadas, y Eva tenía que dormir en el Platterhof o en otro hotel alejado de la casa, ya que desde 1933, el Türkenhof, que se hallaba detrás de la finca de Hitler, fue expropiado y en él se instalaron la Gestapo y los servicios de seguridad.

Angela evitaba ostensiblemente el dar la mano a Eva. La saludaba con un simple «fraulein» y no con el más respetuoso «gnadiges fraulein», e ignoraba la mayor parte del tiempo su presencia, salvo cuando se encontraban ellas solas con Hitler, en cuyo caso la hermanastra trataba con uno u otro pretexto de echar a perder la reunión.

Angela, por otro lado, se preocupaba mucho menos de la moralidad cuando Hitler invitaba a la finca a las muchachas que paseaban por el lugar y que atraían el interés del político o de sus ayudantes. Las jóvenes llegaban a tomar una taza de té o a saborear los pasteles que Angela Raubal hacía preparar, y el Führer les acariciaba la mano. Cuando

volvían a sus casas, las jóvenes iban como flotando entre nubes, igual que si hubieran tenido un encuentro con Sigfrido en persona.

Debe hacerse notar que más de cinco mil visitantes acudían diariamente en peregrinaje hasta el lugar con la esperanza de poder ver al Führer en su morada, convertida por obra y gracia del fervor popular en la «Montaña Sagrada». Aquellas gentes esperaban horas y horas, bajo un sol ardiente, o con los pies helados entre la nieve, según la estación, con paciencia similar a la de los fieles que los domingos aguardan la bendición del Papa en la plaza de San Pedro, en el Vaticano.

Las mujeres eran las más obstinadas, y no se iban hasta bien entrada la noche. Todas tenían la esperanza de ser invitadas por Hitler, y más de una estaba dispuesta a ofrecerle otras cosas que su admiración y la seguridad de su ardiente fe nacionalsocialista, pero Hitler se contentaba con la breve compañía de las más hermosas y jóvenes, firmaba algunos autógrafos y nunca se comportaba impropriamente con tan fugaces admiradoras. Esto, por otra parte, hubiera sido imposible, ya que comenzaba a vivir en una casa de cristal, y tampoco le convenía proceder de otro modo. Sin embargo, algunos de sus ayudantes y otros miembros de su séquito anotaban a veces el nombre y la dirección de algunas visitantes, con las que al parecer mantuvieron después relaciones galantes.

Los ingenuos alemanes de aquellos días admiraban sobre todo la sencillez de la vida campestre de su Führer. En efecto, Haus Wachenfeld no era más que una modesta casa de campo, un gran chalet muy al estilo bávaro ante el que cualquier tendero enriquecido de nuestros días se hubiera sonreído desdeñosamente. La planta baja era de piedra, y el primer piso de madera, con una especie de pasillo en derredor, como era característico en los Alpes. Más tarde se construyó una terraza delante de la casa. Sobre el techo había gruesas piedras, sin duda para impedir que el viento se llevara las tejas. La cocina se encontraba en los sótanos. Detrás de la casa había un granero y una perrera. Por consiguiente, la morada no tenía nada de suntuosa. Sin embargo, el panorama que se veía desde allí era magnífico. Hitler había elegido aquella vertiente nordeste de la montaña porque le permitía contemplar la llanura de Salzburgo encuadrada por altas montañas de nevadas cimas, lo que constituía un espectáculo maravilloso. La vertiente se hallaba relativamente desierta, y un ambiente de absoluta calma envolvía a la finca. Bastaba con dar unos pocos pasos para divisar el pico del Kehlstein con sus águilas y buitres planeando sobre los precipicios. Desde el Kehlstein se veían a veces las cumbres de los Dolomitas y sus gigantescos compañeros, los Alpes bávaros. Al pie de la montaña se hallaba Berchtesgaden, sobre colinas ondulantes, y al otro lado del monte, la plateada extensión del Koenigsee, adonde uno podía ir a bañarse o, a veces, a practicar los deportes de vela. No obstante, aquel sitio tenía una desventaja. La sombra de la montaña caía muy rápida en el crepúsculo, y hacía la casa terriblemente fría. Las damas gustaban de arrebujarse cerca del fuego de la chimenea. «Tenemos el trasero permanentemente tostado», hacía notar Eva Braun.

Hitler, que se proclamaba un admirador de la Naturaleza, prohibió que se talaran árboles, incluso para construcciones importantes, y hasta hizo demoler algunas casas que echaban a perder el panorama. Con objeto de proteger la vida animal del lugar, mandó a Bormann que dictara una ordenanza prohibiendo a los habitantes de aquellos parajes el tener perros o gatos. Incluso cambió la denominación de algunos lugares. Así, un monte cuyo contorno le recordaba el perfil del mariscal Moltke, pasó a llamarse Moltkeberg. Denominó «Mausoleo» a una vertiente situada frente al Kehlstein, debido a que era allí donde pensaba erigir su tumba. Eva Braun llamó a una colina «Schokolade Hügel», sólo porque durante sus paseos Hitler tenía la costumbre de descansar allí y de repartir chocolate a las damas acompañantes.

Es menester, por otra parte, emplear un lenguaje circunspeto al referirse a los nombres de Berchtesgaden. Así, por ejemplo, durante muchos años observé intrigado

una foto del álbum de Eva, en la que se mostraba una estancia denominada la «Türkenzimmer». Llegué a pensar en noches de harén, con odaliscas que bailaban en la habitación envueltas en humo de incienso. Pero al fin me aclararon que el nombre se debía tan sólo a que las ventanas daban al hotel Türkenhof.

A principios de 1936, Hitler decidió transformar su modesta propiedad. Disponía ya de amplios recursos financieros, y se había dado cuenta de que, como jefe de Gobierno que lleva a cabo negociaciones diplomáticas de naturaleza muy personal, tenía necesidad de una residencia a la altura de las circunstancias. Por otra parte, quería ofrecer a sus invitados las mayores comodidades posibles, a fin de asegurarse su presencia, ya que Hitler sentía verdadero terror a la soledad. Así al menos lo expresó a Hess y a Bormann. En realidad, no hacía sino llevar a término sus ambiciones de adolescente. El suyo no sería el castillo de hadas de Neuschwanstein, aquel sueño de Luis II, ni tampoco el exquisito «Sans Souci» de Federico el Grande, sino la simple materialización de sus sueños de burgués.

Ya en Linz había querido construir un palacio para que en él reinase Stephanie. En 1936 tenía otra mujer a su alcance, más dócil, pero igualmente atractiva: Eva Braun. Por consiguiente y sin darle apenas tiempo para prepararse, Hitler ordenó a su hermanastra Angela que se marchase de Berchtesgaden. Angela partió en tren, llevando consigo un menguado equipaje, y tuvo que contentarse con una modesta pensión.

Angela se declaró víctima de pérfidas intrigas; pero, en realidad, su hermanastro, que no había olvidado las humillaciones que le infligieran la hermanastra y el marido en los aciagos días transcurridos en Linz y en Viena, no hacía sino desembarazarse de un peso muerto. Angela Raubal contrajo matrimonio en segundas nupcias con un arquitecto de Dresde, el profesor Hamitsch, que más tarde murió durante la ofensiva rusa. Angela, que sólo en contadas ocasiones volvió a ver a su hermanastro, se instaló en Viena casi hasta el fin de su vida, ya que fue a morir a un pueblecito de los alrededores de Munich.

Habiéndose desembarazado así de una testigo molesta, Hitler diseñó él mismo los planos de un dormitorio, un tocador y un cuarto de baño contiguos a su propia habitación y a su despacho, y cuando todo estuvo dispuesto, hizo de Eva Braun la dueña y señora del Obersalzberg, convirtiéndola en su amante oficial.

Lo cierto es que Eva no tenía las llaves, se ocupaba raramente de lo que ocurría en las cocinas, jamás intervenía ante la servidumbre y odiaba cualquier responsabilidad concerniente al hogar. Para tales menesteres contaba con una gobernanta llamada Margaret Mittelstrasse, quien se hacía cargo de todo y era muy fiel a Eva. Un tal Doering y su mujer se encargaban del aspecto administrativo. Una de las cocineras, Lilly, provenía de la Osteria. Hitler la había contratado un día en que saboreó un plato de tallarines con queso. La otra cocinera, la señora Schafnitz, sabía hacer extrañas y apetitosas combinaciones gastronómicas en su horno eléctrico. Por todo ello, Eva no se inmiscuía en el recinto de las cocinas.

Pese a ser Eva la señora de todos aquellos lugares, se veía obligada a desaparecer durante las visitas de personalidades importantes, y no podía mostrarse siquiera cuando Hitler celebraba un consejo de guerra o presidía una reunión con sus lugartenientes del partido, a pesar de lo cual era muy respetada, y el mismo Bormann no osaba disgustarla. Entre 1936 y 1945, Eva pasó el setenta por ciento de su tiempo en el Berghof, y consiguió que su íntima amiga Herta dispusiera también allí de un apartamento. Su hermana Gretl iba también muy a menudo, y en épocas sucesivas Eva llegó a invitar a casi todas sus amistades.

En lugar de demoler la Haus Wachenfeld, Hitler, que había hecho venir expresamente a un arquitecto de Munich, el profesor Roderick Fick, para que dirigiese los trabajos, ordenó se iniciaran las obras en torno al antiguo edificio, al modo que se construye una catedral alrededor de una capilla. Se amplió la planta, se agregó un piso al cuerpo del edificio y se agrandaron las monumentales escaleras, que los noticiarios

filmados llegarían a hacer famosas. Se utilizaron los materiales más caros: mármoles de Carrara, piedra de Bohemia y ricas maderas que costaron gran cantidad de divisas.

Son muchas las *Memorias* de personajes famosos que contienen descripciones más o menos detalladas de los salones y vestíbulos oficiales del Berghof, y aún conservamos en la memoria la imagen de dos guardianes de las SS con casco e inmóviles como estatuas, apostados en la parte inferior de la escalera. Pero, ¿cómo veía una mujer el Berghof? La secretaria particular de Hitler, Traudl Junge, que tenía entonces la edad y el encanto de Eva Braun, me confió sus impresiones de la primera visita al Berghof:

«Desde mi habitación, situada en lo que antes era el techo de la Haus Wachenfeld, descendía por una escalera y llegaba a la antecámara de vidrieras que daba sobre el patio, a un lado, y sobre una gran sala con una magnífica chimenea de azulejos verdes. Luego atravesaba el inmenso salón que aparece en los millones de postales distribuidas, con su gigantesco ventanal frente al monte Untersberg. Me encontraba entonces en el comedor, largo y espacioso, con una mesa para veinticuatro personas, y sillones, en lugar de sillas, a su alrededor. Las paredes estaban revestidas de madera de pino y los muebles eran también del mismo material. Había lámparas de hierro forjado, con notable aspecto medieval un gran armario empotrado en la pared y algunos jarrones de ricos materiales que daban color al ambiente un tanto mortecino.

»El vestíbulo principal era impresionante. Yo admiraba los tapices de las paredes, y Eva Braun, que deseaba dar la impresión de persona culta, aseguraba que eran auténticos "gobelinos de Aubusson". Cuando se quería proyectar una película, los tapices se alzaban automáticamente, al tiempo que descendía una pantalla, mientras por el otro lado quedaban al descubierto los orificios para los proyectores. El estilo del vestíbulo era gótico, y me impresionaban sobre todo los mosaicos de la chimenea, que según Eva eran un regalo de Mussolini.

»En el primer piso había otras habitaciones, comprendidas una cocina con dependencia, un vestuario y una habitación para los guardias. Pero yo sentía curiosidad por ver el segundo piso, al que se subía por una ancha escalera alfombrada de terciopelo. Allí tenía sus habitaciones el Führer. Había un inmenso corredor tan imponente como el gran salón del primer piso. En lugar de ventanas, las paredes ostentaban grandes cuadros. Por todas partes se veían jarrones y estatuillas de porcelana, pero todo resultaba algo incongruente, adivinándose que eran regalos llegados un poco de todas partes, de gran valor, ciertamente, pero a veces mal elegidos.

»En el gran pasillo reinaba un silencio de tumba. Cuando subí me pidieron que me quitara los zapatos. Delante de una puerta vi a dos terriers escoceses que parecían petrificados, pues ni siquiera alzaron la cabeza al vernos llegar. Eran "Stasi" y "Negus" que montaban guardia delante de la alcoba de su ama, Eva Braun. Contigua a esta habitación se hallaba la de Hitler. Entre las dos estancias había un enorme cuarto de baño, cuya bañera era de mármol de los Dolomitas y tenía los grifos dorados. Este recinto no comunicaba directamente con el corredor. Luego se hallaba el gran despacho de Hitler. Al otro lado del pasillo había un pequeño apartamento con dos habitaciones y baño que ocupaban el ayuda de cámara y el chófer del Führer. El pequeño cuarto destinado a la doncella de Eva se encontraba junto a la escalera que conducía al piso superior.»

Existen fotografías de la alcoba de Eva Braun, tal y como estaba entonces; en ellas puede advertirse que se hallaba amueblada pesadamente, con un diván detrás del cual se veía un cuadro con una mujer desnuda, para el que, según afirmaban algunos, ella había posado. Las paredes estaban forradas de seda, y todo hacía pensar en una de esas «alcobas separadas de las operetas de Franz Leñar. En la pared opuesta a la del desnudo, colgaba un horrendo retrato de Hitler, que habría causado pesadillas a cualquiera que no fuese Eva Braun. Anotemos un detalle: el número del teléfono de marfil

que aparecía sobre la mesilla de noche de Eva era el 417, mientras que el de la alcoba de Hitler era el 600.

Esta habitación del Führer, en la que sólo muy pocos entraron alguna vez, era muy sencilla. Constaba de un armario de estilo bávaro, unos veladores, libros esparcidos aquí y allá, y una cama corriente, pues Hitler quería dar la sensación de que, a semejanza de los invictos caudillos de antaño, dormía espartanamente. Su habitación daba al enorme balcón, en el que nadie excepto Eva podía poner el pie. Según parece, a Hitler le gustaba contemplar las estrellas a horas avanzadas de la noche.

Traudl Junge me dijo que nunca pudo acostumbrarse al Berghof.

«Había allí algo extraño —afirma—, algo que le ponía a una en guardia y que provocaba singulares presentimientos. La única habitación cómoda era la biblioteca, en el primer piso, la que antes, en la antigua casa, había sido el salón privado de Hitler. Los muebles eran de estilo rústico; había jarros de cerveza por todas partes, como motivo de decoración. Los libros, que estaban a disposición de todo el mundo, no ofrecían especial interés. Eran obras maestras de la literatura mundial que nadie parecía leer, libros de viajes, un gran diccionario, álbumes de dibujos, y, como es natural, varios ejemplares de *Mein Kampf* encuadernados en tafete y con cantos de oro. También me gustaba mucho el pequeño jardín de invierno, donde había una mata de orquídeas. Pero lo más hermoso de todo el Berghof era la terraza, inmensa, agradable y llena de colorido.»

Haría falta todo un volumen para describir con detalle el Berghof y hablar de sus sótanos, de las oficinas de la cancillería, de los pabellones para los ayudantes, y del consultorio de los dentistas, el doctor Platschke y su auxiliar, el doctor Richter, que acudían especialmente de Munich para tratar la dentadura de Hitler y de Eva Braun. (Recordemos este detalle, que será de gran interés más adelante.) Había también incontables armarios atiborrados de pergaminos que proclamaban a Hitler ciudadano de honor de más de cinco mil poblaciones alemanas y extranjeras, así como buhardillas donde se acumulaban los regalos venidos de todos los rincones del mundo — comprendidos medio centenar de almohadones con la inscripción «Ich Liebe Sie» (Le amo a usted)—, y de los que el más singular era la espada del verdugo de Landshut.

Hitler sólo era propietario del terreno del Berghof, las tierras contiguas a la casa, el parque adyacente y la «Casa de Té», a la que aludiremos más adelante. Con el fin de proteger su intimidad, Hitler pidió a Rudolf Hess que se asegurase de que las tierras contiguas no se verían invadidas por importunos. Hess compró entonces esos terrenos con fondos del partido. Pero cuando Martin Bormann tomó el asunto en sus manos, se entregó a una curiosa especulación. Había conseguido los terrenos a un precio barato, ya que al principio la vecindad de Hitler era para la mayoría de los propietarios más bien molesta. Pero cuando Hitler fue nombrado canciller, la situación se modificó, los precios subieron por las nubes, y Bormann forzó la venta de solares y propiedades restantes, amenazando con una requisita judicial. En ese momento tenía la ley de su parte, pero rara vez se servía de jueces y alguaciles. Las SS se encargaban de atemorizar a los propietarios recalcitrantes, les impedían entrar en sus casas o un buen día los cables de la luz aparecían misteriosamente cortados, con lo que aquellos terminaban por capitular.

Bormann vendía en seguida esos terrenos ventajosamente a los personajes importantes del régimen. Del mismo modo que los cortesanos de Luis XVI ofrecían una fortuna por el alquiler de un alojamiento lo más cercano posible a las habitaciones de los soberanos, así los Goering, Speer, Hess y también Bormann, se hicieron construir residencias, o modificaron las ya existentes para su uso en las proximidades de la mansión de Hitler.

La de Goering era impresionante, pero el mariscal del Reich iba por allí raramente. Bormann había elegido un chalet de modesto aspecto exterior, pero amueblado con gusto exquisito y dotado de todas las comodidades posibles. También adquirió una granja —el único edificio que existe hoy—, que al principio proveía al Berghof de leche, mantequilla y

verduras. Contaba con un invernadero para el cultivo de champiñones que había costado una fortuna. El pretexto era que el profesor Morell había sugerido una dieta de dicha clase de setas a Hitler, pero éste se guardaba muy bien de probarlas, pues temía morir envenenado. Es fácil imaginar los beneficios que Bormann obtuvo con las ventas de los terrenos, y sobre todo, con la construcción de nuevos edificios, ya que también eso formaba parte de sus atribuciones.

Goebbels, por el contrario, prefería jugar al pariente pobre y se contentaba con vivir en la casa Bechstein, de la que Bormann, insensible a la amistad que antiguamente uniera a Helene Bechstein con el entonces desconocido Hitler, se había apoderado. Los Bechstein tuvieron que contentarse con un pabellón en las vecindades del lugar, en tanto que su residencia era reacondicionada para el alojamiento de huéspedes importantes. En ella se alojaba Mussolini cuando iba a Berchtesgaden.

Por último, el propio Hitler, a pesar de que estaba aislando herméticamente el Berghof, decidió que los admiradores que llegaban a verle desde todas partes, debían tener la posibilidad de pasar la noche en un albergue cómodo, y para ello hizo construir el Platterhof, donde pensaba proporcionar a los visitantes una habitación por el precio de un marco. Bormann se ocupó de los gigantescos trabajos, que se prolongaron hasta bien entrada la guerra. Como la empresa tenía prioridad, le era fácil obtener incluso los más solicitados materiales de construcción. Este hotel, destinado al pueblo, sirvió finalmente para albergar a ciertos capostotes del partido y a las amistades de Eva Braun. Al terminar la guerra se transformó el edificio en hospital militar. Como no resultó destruido en la contienda, los americanos lo convirtieron en un albergue de descanso donde pasan las vacaciones los miembros de su ejército; poseen un gran terreno de golf perfectamente visible desde las ventanas de la antigua residencia de Hitler. También han optado por alojar allí a oficiales de alta graduación y a políticos importantes en tránsito. La rueda gira, pero nada cambia...

Poco antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial, era casi imposible llegar al Obersalzberg sin poseer un pase especial. En torno a la residencia de Hitler y a los edificios vecinos se había erigido una valla de alambre de espino. Era la «zona de soberanía». Otra valla rodeaba una zona más vasta, donde se hallaba incluida la anterior. La policía local vigilaba esta última, mientras que la protección interna se confiaba a funcionarios de la policía criminal y a brigadas de la *Reichssicherheitsdienst*, bajo la dirección del comisario Rattenhuber. Más tarde se construyeron espaciosos cuarteles para las SS. Las tropas llegaban de Berlín y eran relevadas regularmente. Se trataba de una guardia de honor, principalmente, aunque con ello se trataba de evitar también un posible lanzamiento de paracaidistas angloamericanos, o, en el caso de un golpe de Estado, la intervención del ejército alemán.

El personal de la guardia se reclutaba entre los SS que tenían determinada antigüedad en este servicio de seguridad y cuyo fanatismo había quedado debidamente probado. Todos ellos llevaban la inscripción «Adolf Hitler» bordada en la manga derecha de su uniforme. Estaban divididos en varias secciones: los guardias de las puertas, el personal de la central telefónica y el parque de automóviles a cargo de Kempka, el chófer personal de Hitler. Del personal doméstico se decía que eran los «schatten» (las sombras), y estaba constituido, entre otros, por los ayudas de cámara Linge, Krallse, Schneider y Junge.

Por la noche, en los alrededores de las residencias, patrullaban soldados armados con fusiles ametralladores, los cuales tenían la orden de disparar al menor indicio sospechoso. «Un uniforme de ministro no basta», había dicho Bormann. Era necesario además presentar el correspondiente salvoconducto. El de Eva Braun era permanente, y en él se la presentaba como secretaria. Los pases de las amigas y las hermanas de Eva las calificaban de «invitadas del Führer».

Estas medidas de precaución se hicieron más drásticas a medida que la situación se volvía más crítica. Un año antes del famoso atentado del 20 de julio de 1944, hubo otro intento de acabar con la vida, de Hitler en los parajes de Berchtesgaden, junto al castillo de Klessheim. Una bomba fue hallada en la mochila de un soldado durante unas maniobras militares en presencia del Führer. El soldado tenía intención de arrojársela. Según informó el doctor Henry Piqker en *Hitlers Tischgespräche*¹, Hitler relató durante una conversación que un suizo estuvo acechando por las inmediaciones de Berchtesgaden, dispuesto a asesinarlo, si bien pretextó que deseaba hacerle una petición.

Para poder realizar adecuadamente la inmensa tarea que había asumido, Bormann convirtió el Obersalzberg en una fábrica gigantesca, en la que trabajaban obreros extranjeros, voluntarios o no. Hubo un momento en que más de cinco mil operarios se encontraban allí, casi siempre en condiciones lamentables y por un salario de miseria. Abundaban sobre todo checos, polacos, más tarde ucranianos, y, hacia el fin de la contienda, italianos. Estos obreros no podían alejarse de la zona, pero podían circular libremente por el lugar después de las horas de trabajo. Les estaba prohibido acercarse a la casa de Hitler, pues éste no gustaba de ver rostros desconocidos desde sus ventanas.

Se me había informado que jamás hubo prisioneros de campos de concentración entre aquellos trabajadores. Pero el azar quiso que tras evadirme de una localidad vecina a Berchtesgaden —donde había ido a parar después de un bombardeo, mientras me trasladaban de Viena a Dachau—, hiciera amistad en el tren con una viajera. Tuvimos que atravesar la ciudad de Munich en llamas, con las calles llenas de cadáveres. Aquello avivó la locuacidad de mi acompañante, quien me confesó que era esposa de uno de los SS de guardia en el Obersalzberg.

«Sí, había prisioneros de campos de concentración —me dijo ella—. Se les empleaba para barrenar las rocas con dinamita y para trabajos de cimentación. Pero, sobre todo, se hallaban allí para impresionar a los trabajadores extranjeros, ya que las SS no toleraban un retraso, una ausencia o una demora en el trabajo. Por una minucia se encerraba a los extranjeros y eso significaba la tortura. Por la noche, en sus cuarteles, las SS se jactaban de tales proezas, realizadas sobre los deportados y los obreros. Los guardias vendían innumerables objetos confiscados a los extranjeros. De hecho, cada una de las esposas de los SS tenía derecho a una prisionera procedente del Este, para que le sirviera de criada, sin retribución alguna, claro está.»

Mi compañera de viaje me contó haberse encontrado frecuentemente con Eva Braun.

«Vestía como una gran señora y eso resultaba un poco ridículo estando en la montaña. Sonreía a los niños y siempre quería sacarles fotografías. Pero rara vez nos dirigía la palabra. Tenía un aire altanero, y nosotros la llamábamos "la viuda alegre".»

La vida en el Obersalzberg era sumamente agradable para los SS, que en todo caso la preferían a la del frente. La comida, la bebida y el tabaco no estaban racionados más que en teoría. Vivían cómodamente tenían salones de reunión, campos de deportes y hasta una guardería infantil. Por otra parte, los SS resultaban irresistibles para las campesinas de la región. En algunos casos se casaban con ellas, como ocurrió con mi acompañante, pero casi siempre los miembros de las SS se contentaban con contribuir al mejoramiento de la raza aria. Parece ser que semejantes actividades eran alentadas por el mando y a tal efecto se les distribuían unas vitaminas especiales. Pero algunos SS de la guardia no se conformaban con las campesinas del lugar, y a veces se referían jocosas historias sobre ciertas aventuras con las damas que vivían en el Berghof, o que se hallaban allí de visita.

¹ Conversaciones de sobremesa en el cuartel general del Führer (título de la edición española).

Sin embargo, lo que me pareció entonces increíble —el encuentro mencionado tuvo lugar en diciembre de 1944, y más tarde pude comprobar que todo era rigurosamente cierto—, es la revelación de mi compañera de viaje, según la cual en el Obersalzberg jamás hubo una sección del partido nacionalsocialista. Hitler había pensado en todo, pero no en eso.

CAPÍTULO X

UN DÍA EN EL GRAN HOTEL

«"Espera en la biblioteca, voy a presentarte al Führer", me había dicho Eva, mientras yo enrojecía al observar mi vestido de noche con encajes color ciclamen, que me parecía demasiado corto; no sabiendo qué hacer con las manos, sentía unos deseos locos de fumar un cigarrillo, aunque tuve que contenerme porque Eva me lo había prohibido expresamente.»

Ilse Braun me contó así su primera velada en el Obersalzberg. Era la noche de Fin de Año, la única fecha que se festejaba oficialmente en el Berghof y que daba de este modo ocasión a las damas para acicalarse, permitiendo a Eva triunfar, siquiera una vez al año, con su elegantísimo vestido de noche, que tantas preocupaciones, pruebas y marcos había costado. Tanto Ilse como Eva sabían que aquel Fin de Año sería el último de los tiempos de paz. En cuanto a la Navidad, Hitler no la festejaba nunca, pues generalmente estaba de viaje con sus camaradas políticos, o bien recluso en su piso de Munich..

«Hitler vestía de frac —prosigue diciendo Ilse—. De ese modo quería señalar el acontecimiento. Mi hermana Eva había hecho todo lo posible para que se vistiera con un mínimo de gusto. "Mira a Mussolini, lleva uniforme nuevo —decía Eva—, y tú, siempre con tus gorras de cartero." También le pedía que abandonase sus corbatas oscuras y sus zapatos negros. Insistía para que los ayudados de cámara del Führer le planchasen todos los días los trajes. En el Obersalzberg y hasta el comienzo de la guerra, Hitler iba siempre vestido de civil. Eva le reprendía continuamente por llevar mal peinado el pelo —su flequillo no le gustaba nada—, o porque se había cortado al afeitarse. Hitler contestaba: "Se ha vertido más sangre al afeitarme, que en los campos de batalla de todas las guerras"

«Hitler vino hacia mí, me tomó la mano y se la llevó a los labios, después de lo cual me hizo un cumplido.

»Los ojos del Führer eran de tono azul oscuro, grandes, miraban con intensidad y causaban impresión. Yo me decepcioné un poco, pues había imaginado un hombre más imponente, más de acuerdo con los retratos que se veían por todas partes. Hacía continuamente ademanes teatrales con las manos. Descubrí sus manos, que eran muy blancas, nerviosas como las de un músico, no muy viriles, aunque sí hermosas.

»Su cumplido fue: "Pero si las hermanas Braun son todas unas bellezas..." Luego me pidió que le disculpase porque la alcoba que había puesto a mi disposición no era de las mejores. "Hay en casa demasiada gente y nos falta sitio." Después añadió que debía considerarme como si estuviera en mi propio hogar. Cuando me miraba, sentía como si me deshiciera en sudor, y ni siquiera osaba darle las gracias, pese a que tenía proyectado soltar un largo discurso.

»Los invitados, con algunas excepciones, pertenecían al grupo preferido de Hitler. Eran alrededor de una treintena, y los únicos conocidos públicamente eran la pareja

Schmeling (el ex campeón mundial de boxeo y su mujer, la actriz de cine checa Anny Ondra). Vi también al doctor Morell y al doctor Brandt —ambos con sus esposas—; al jefe de Prensa, Dietrich; a su ayudante, Lorenz; a Von Hasselbach —otro médico—; a los dentistas Platschke y Richter; y a Martin Bormann, su esposa Gerda, y su hermano Albert, del que hemos hablado muy poco. Albert Bormann era ayudante de Hitler, pero no se llevaba bien con su hermano Martin, que de hecho le trataba públicamente con desdén, como si fuera un criado por haberse casado sin su consentimiento. Pero Hitler, fiel a su política de "divide y vencerás", le conservaba sin embargo a su lado. Entre los restantes ayudantes se encontraban allí Brueckner, Schaub, Von Puttkammer, Albrecht, Engel, Von Below, Schmundt y Hoffmann, el fotógrafo; la señora Macdonald, amiga del antiguo chófer fallecido de Hitler, Schreck, y algunas esposas de altos personajes, así como las secretarías Wolf, Schroeder, Daranowsky y las amigas de Eva, Marión Theissen y Herta Oster-meyer, el director de la Daimler-Benz en Berlín y mi propia hermana, Gretl.

»Lo que más me llamó la atención —continúa siempre Ilse— fue la abundancia de caviar, que gustaba mucho a Hitler. Pero el champaña, no obstante, era de marca alemana. Los platos llevaban grabadas en oro las iniciales A. H., y los cubiertos eran de oro macizo. Al terminar la cena, recuerdo los fuegos artificiales que el intendente Willy Kannenberg había traído especialmente de Berlín para aquella festividad. Él me reveló que dichos fuegos habían costado 94,50 marcos, lo cual aún me pareció excesivo, pues no hubo más que algunos míseros cohetes que fueron lanzados desde la terraza. No hubo baile, pues Hitler aborrecía la danza y no permitía tal distracción. (Eva intentaba vanamente bailar con él un vals cuando estaban solos.)

«Luego, Hitler se dirigió a la antecámara y se colocó entre dos candelabros para recibir las felicitaciones de los invitados primero, y después las del personal. Tomó parte en la ceremonia llamada "del plomo", tradición familiar muy antigua. Se hace fundir plomo, que se vierte en un recipiente con agua, y según las formas que aparecen se interpreta el futuro. Hitler pareció satisfecho con las figuras que le correspondieron, ya que después de ese acto se sentó en un diván, fijó la mirada en el fuego de la chimenea y no contestó más que con monosílabos durante el resto de la velada. Eva mostróse sumamente inquieta.

»Otra tradición montañesa consistía en una descarga de fusilería en honor de los invitados. A tal efecto llegaron los reservistas y los guías de Berchtesgaden con sus carabinas y arcabuces. Las detonaciones se perdían en el valle, el cual devolvía su eco amenazador. Hitler había financiado la fusilería con 300 marcos. En el lado austriaco ardían las antorchas que anunciaban el Año Nuevo. Luego, por la mañana, la banda municipal interpretó las marchas favoritas de Hitler y algunas tonadas de Franz Lehar.

»Cuando Hitler y Eva se retiraron, el ambiente se hizo más íntimo; sirvióse aún más champaña y coñac, Kannenberg tocó el acordeón —ni siquiera había una orquesta para la fiesta de Fin de Año en el Obersalzberg— y yo descendí al sótano, donde se había instalado un juego de bolos. A mi hermana le gustaba mucho ese juego; pero Hitler, después de haber probado una vez y fallado todos los tiros, no quiso volver a jugar.»

Sin embargo, no todos los días eran tan apacibles en el «Gran Hotel», como a Eva le gustaba llamar al Berghof. (El nombre procedía, como era de esperar, de una de sus películas americanas favoritas, que había visto pese a la expresa prohibición de Goebbels.)

Intentaré dar aquí una descripción de la forma en que se desarrollaba una jornada ordinaria en aquella mansión, sirviéndome únicamente de las confidencias que me hicieron las hermanas de Eva, Ilse y Gretl, y las dos secretarías particulares del Führer, Gerda Daranowsky —a quien llamaban «La Darán» o «Dará»— y Traudl Junge. Más tarde Gerda Daranowsky contraería matrimonio con el general Christian, posteriormente

enlace de la Luftwaffe con el Führer. La belleza de Gerda era excepcional. Hitler se lamentaba al respecto: «En cuanto tengo una muchacha bonita trabajando para mí y conoce un poco el trabajo, me la quitan en seguida. Si quiero conservar una secretaria durante un tiempo, debo contentarme con una gorda horrorosa.» En realidad y según su costumbre, Hitler había respaldado aquella boda, ascendiendo de grado además a Christian.

Con el fin de evitar repeticiones fastidiosas y para permitir una visión de conjunto, he incorporado en este capítulo más de un detalle que cronológicamente debe situarse en el período posterior a 1939. He procedido así porque Traudl Junge me pareció el testimonio más sincero, además de tener notables dotes de observación, y ella sólo visitó el Berghof durante la guerra. Ruego se me disculpe, por consiguiente, este pequeño cambio en el orden de las fechas.

Por la mañana un denso silencio envolvía al Berghof. En realidad el lugar parecía estar desierto. «Mi hermana Eva me había recomendado que no me bañara, ya que la casa estaba hecha de hormigón, y el agua que salía en el baño importunaba el sueño de Hitler», me dijo Ilse Braun. El desayuno se tomaba según el capricho del Führer o las exigencias del servicio. Servían jugo de naranja, café, té y cacao. Bastante pan negro, mermelada y mantequilla. Durante la guerra la mantequilla estuvo racionada, pero podía repetirse de desearlo así. El pan blanco estaba reservado a Hitler, el cual pretextaba dolencias gástricas. El Führer bajaba contadas veces a tomar el desayuno, y cuando lo hacía, Eva no estaba lejos de él. Hitler tomaba dos tazas de leche con cacao amargo y bizcochos Leibniz. Eva pedía café fuerte y tomaba mucha mantequilla.

Sólo hacia el mediodía, cuando el sol estaba ya bien alto sobre el Kehlstein, comenzaba el «Gran Hotel» de Eva Braun a desperezarse. Los «Mercedes» negros como locomotoras, se detenían en medio de un chirriar de frenos, y las botas altivas resonaban sobre el camino asfaltado, ante la imponente escalera. Los SS de opereta presentaban armas, y los dignatarios y funcionarios entraban en el vestíbulo. Más tarde, durante la guerra, los visitantes eran en su mayor parte generales de las diversas armas, los cuales preferían esperar en la terraza, fumando un cigarrillo, el comienzo de la reunión.

Ninguno de los componentes del círculo íntimo, y menos Eva Braun, tenía derecho a permanecer en el gran vestíbulo o en el salón durante aquellas reuniones políticas o militares. La duración de éstas era indefinible, y si bien la puntualidad es virtud de reyes, no era ciertamente una de las cualidades de Hitler.

«Aquel hombre jamás tenía apetito —hace notar Traudl Junge, al referirse al Führer—. Con frecuencia no nos sentábamos a la mesa hasta las cuatro de la tarde.»

Por fin y cuando la servidumbre se desperezaba, oíanse una serie de gruñidos. Eran «Negus» y «Stasi», los dos perros negros de Eva, que precedían a su ama. Ello era señal de que Hitler no estaba lejos. En efecto, he aquí que llega, se dirige hacia Eva y le besa la mano ceremoniosamente, al igual que los señores de aquellos innumerables pequeños principados alemanes existentes después de la guerra de los Treinta Años. Luego besa la mano a las demás señoras, saluda a los recién llegados y todos charlan amigablemente. Pero no se sirve un solo aperitivo. Eva habla con su amiga, con la esposa del doctor Brandt y con la señora de Von Below. Los hombres se dirigen a Eva inclinándose y llamándola *gnädiges fräulein*, en tanto que las mujeres, con excepción de su amiga íntima, dicen: *fräulein* Braun.

Hitler la importuna y se burla de sus perros (Eva tiene licencia para llevarlos a la mesa), cuyas orejas él compara con «abanicos». «Tu perro "Bbndie" —replica Eva, a la que disgusta que se burlen de ella en público, aunque sea afectuosamente— parece un ternero.» Eva se refiere al perro pastor favorito de Hitler. Lo cierto es que los terriers escoceses de Eva tienen un aspecto ridículo. Hitler ha prohibido la distribución de fotografías en las que aparece con los dos canes, que son además feroces y no pueden soportar la presencia de «Blondie». Por ello no se permite al perro lobo entrar en el salón,

y debe permanecer en el dormitorio de Hitler o en la perrera. A veces, cuando por la noche el ambiente es particularmente *gemütlich* (placentero) y Hitler ha conseguido ablandar a Eva con el regalo de una joya o la promesa de otro viaje a Italia, él dice:

—Effie, ¿permities que el pobre «Blondie» venga con nosotros media hora?

Eva, complaciente, sonrío y hace un gesto al ayuda de cámara, el cual coge por las correas a los terribles «Stasi» y «Negus», y va a encerrarlos en la habitación de su ama, volviendo luego con «Blondie», que al fin podrá tumbarse a los pies de su amo...

Esa imagen del tirano de Europa pidiendo a una muchacha que le permita tener junto a él a su perro, tal vez después de ordenar la invasión de una región o el envío de varios millares de personas a la muerte, parece realmente absurda. Pero es que el absurdo era uno de los factores omnipotentes en el «Gran Hotel».

Heinz Linge, a la vez maestresala y ayuda de cámara, se acerca a una de las invitadas y le informa de que el Führer le va a ofrecer el brazo para ir a la mesa.

Otro criado lee el orden que guardarán los comensales en la mesa; Linge dice una vez más el «Mi Führer está servido».

Hitler era sumamente puntilloso en lo concerniente al servicio de mesa. Así, inspeccionaba hasta los menores detalles, y pobres de los criados si un tenedor estaba fuera de su sitio. Por lo general, se utilizaba la porcelana de Rosenthal, dorada a mano, y la platería con las iniciales de Hitler. Eva dirigía el arreglo de las flores, al tiempo que las servilletas se doblaban e introducían en fundas con el nombre del invitado. A uno y otro extremo de la inmensa mesa se hallaban dispuestos saleros y vinagreras de cristal de Bohemia.

Hitler exigía que se sirviera la sopa muy caliente, al extremo que una vez la princesa heredera de Italia, María José, se quemó la lengua al tomar una cucharada. También quería el Führer que los invitados terminasen sus platos, y los criados no podían retirarlos a menos que estuvieran vacíos.

En los primeros tiempos, los modales de los invitados eran detestables, pero, paulatinamente, fueron ganando en distinción. Hitler llegó a enviar a uno de sus ayudantes a Inglaterra para que estudiase la etiqueta imperante en las comidas de la corte.

Martin Bormann daba siempre el brazo a Eva Braun, gesto que señalaba el carácter de dueña de la casa que ostentaba Eva. Ella se sentaba a la derecha de Hitler, que ocupaba el centro de la gran mesa, ante el ventanal. El huésped de honor tomaba asiento frente a él. Inmediatamente traían los criados la ensalada, que se consideraba como entrada, y luego los demás platos. Otro criado se informaba sobre las bebidas .que deseaban tomar los invitados. Hitler toleraba, frunciendo el ceño, que los comensales bebiesen cerveza o vino del Rin. pero él se contentaba, al igual que Eva Braun, con agua mineral o sidra. A veces pedía una cerveza, especialmente elaborada para él en Holzkirch y que sólo tenía un dos por ciento de contenido alcohólico. Cuando decía hallarse resfriado, echaba un poco de coñac en el té, y tomaba con bastante frecuencia, después de las comidas, una copa de Fernet-Branca o un «Boonenkamp».

Otra de las exigencias del Führer era que las minutas estuvieran escritas en alemán y utilizando términos muy sencillos. De todos modos, las comidas eran detestables, y se comía mucho mejor en cualquier taberna de la Alexanderplatz. No obstante, en el Berghof la cantidad era ilimitada, y la calidad de las materias primas, irreprochables. Así, por ejemplo, las verduras eran cultivadas en un huerto especial donde las plantas se regaban con agua procedente de las montañas. También había una segunda minuta para los vegetarianos. Por lo general, el único vegetariano era Hitler, cuya obsesión respecto a la carne era bien notoria. Decía que los hombres que consumían carne eran tan crueles e implacables como bestias feroces. Sólo admitía comer carne en el *leberknödel*, su plato bávaro favorito. Tampoco quería comer pescado.

Los demás comensales, sin embargo, podían tomar cuantos *bistecs* quisieran. De todos modos, y cuando un invitado comía allí por primera vez, Hitler nunca dejaba de sermonearle acerca de la «carroña» que iba a consumir, contando también que en una ocasión había visitado un matadero en Polonia, viendo cómo degollaban a las vacas mientras mugían los terneros y la sangre lo manchaba todo. Muchos eran los que después de esas explicaciones no tenían ganas de salchichas ni de filetes...

Con excepción de los deliciosos pasteles vieneses, los platos que colocaban delante de Hitler eran espantosos. Eva se reía del Führer, el cual hacía preparar sus comidas por una cocinera de la clínica del profesor Zabel, quien a su vez se inspiraba en los métodos del suizo Bicher-Benner. Para dar una idea de aquellos comistrajos, diremos que Hitler se regodeaba con un plato de patatas asadas condimentadas con queso blanco, todo ello copiosamente regado con aceite de lino.

Eva también seguía un régimen, pero era para no perder la línea. Hitler la provocaba diciendo: «Cuando te conocí estabas redondita, mientras que ahora eres lisa como una sardina seca. Las mujeres siempre dicen que quieren estar hermosas para los hombres y luego hacen todo lo contrario de lo que le gusta al hombre. Ponen cuanto pueden para conquistarlo, y después se hacen esclavas de la moda. Sólo piensan en dar celos a sus amigas.»

En la mesa nunca se hablaba de política. La conversación era anodina; Hitler hacía cumplidos a las mujeres, evocaba episodios divertidos de su juventud, provocaba al embajador Hewel, al que quería casar a toda costa con la hermana de Eva, y más tarde con Ilsebill Todt. «Ilsebill es hermosa como un amanecer», decía él. Hitler se complacía sobre todo hablando de mujeres hermosas. Contaba a Eva que la duquesa de Windsor casi no se maquillaba (no le gustaban las mujeres que usaban muchos afeites, y decía de ellas que «se arreglaban para la guerra»; pero Eva no le hacía caso y usaba profusamente el carmín y los polvos), aseguraba que sus joyas eran sencillas, describía sus vestidos y su modo de ofrecer la mano. Se maravillaba con el escote de Zarah Leander, se extasiaba hablando de las piernas de Anny Oadra, o hacía comentarios sobre la reina de Bulgaria o sobre la esposa de un ministro. Eva cambiaba de conversación, hablando de películas o de una obra de teatro que se representaba en aquel momento.

A Hitler, según es sabido, no le gustaba que le contradijeran, pero lo soportaba si lo hacía una hermosa invitada. Ilse Braun, y a veces Gretl, trataban de demostrarle que el tabaco estaba lejos de ser nocivo; pero era sobre todo la amiga de Eva, Marión Theissen de Schoenemann, una vienesa, quien hacía gala de una audacia inaudita. Un domingo, volviendo ella de misa, se desarrolló la siguiente conversación:

—¿Había mucha gente para admirar su sombrerito? —preguntó Hitler, bromeando.

—Estaba atestado —replicó Marión—. Cada vez son más numerosos los que van a misa desde que el partido dice a la gente que no acudan a la iglesia.

Y agregó:

—La gente no está contenta; ya no queda nada en las tiendas. ¿Y por qué echa usted a las pobres hermanas de sus conventos?... Vamos, señor Bormann, ¿ha terminado de pisarme el pie? Me hace daño... Pues sí, mi Führer —proseguía Marión, con su irresistible acento vienes—, esas pobres hermanitas no tienen quien las defienda, y el partido les quita lo que les queda... Bueno, señor Bormann, ¿acabará de una vez? Llevo puestos mis zapatos nuevos, y me los está dejando perdidos con sus botas...

Hitler se reía, a pesar de todo, y Marión volvía a ser invitada al «Gran Hotel».

La comida solía durar normalmente sesenta minutos, y luego se preparaban para dar un paseo. Hitler se enfundaba su chaquetón gris de tela embreada, se encasquetaba su ridículo sombrero de fieltro, cogía el bastón y mandaba que le trajeran a «Blondie», al que sujetaba por la correa. Hitler caminaba despacio, mientras que «Blondie» iba como sobre ascuas, ya que los prados estaban llenos de conejos y ardillas que no mostraban temor alguno y tomaban tranquilamente el sol.

El paseo terminaba en la Casa de Té que no debe confundirse con el imponente pabellón que más tarde Bormann haría construir en la cima del Kehlstein, y que la división francesa que liberó Berchtesgaden denominó «El nido de águila».

La Casa de Té era un pequeño pabellón construido sobre un promontorio, el Mosslahnerkopf, justo frente al Berghof. Constaba sólo de dos habitaciones, un hogar, antecámara y un cuarto tocador. Pero desde las ventanas situadas en la parte trasera de la casa se disfrutaba de una vista maravillosa: el Ach, un riachuelo, cruzaba por entre casitas que no semejaban más grandes que cajas de cerillas. A lo lejos se veían las torres barrocas de Salzburgo. Cuando hacía buen tiempo, los paseantes se tendían sobre la hierba y Eva comenzaba a tomar las fotografías una tras otra. Pedía a Hitler que se quitara el sombrero, a lo que él se negaba por causa del sol. También le reprochaba que no se quitase las gafas oscuras, o que estuviera indebidamente sentado. Hitler le consentía todo a Eva, pero no quería molestarla cuando ella tomaba fotografías.

Durante el invierno, todos se reunían en torno al fuego que ardía en el hogar del pabellón. Desde un punto de vista arquitectónico, el pequeño edificio era un verdadero adefesio, pero los muebles resultaban cómodos y el ambiente amable, mientras los criados servían café, pasteles y licores. Hitler bebía té. No le gustaba, en cambio, el pastel de manzana. Eva notó en una ocasión la presencia de unas mantas de montaña colocadas en un rincón, y propuso a sus acompañantes llevárselas para hacerse chaquetones de esquiar. Bormann hablaba de las preocupaciones que le daba su granja. Quería producir miel para todo Berchtesgaden, pero las abejas se le marchaban de la colmena. Mientras tanto Hitler comentaba sus proyectos futuros, y con frecuencia se servía de platos, tazas y cucharillas para hacer más gráficos sus discursos. Cuando contaba algo y olvidaba un hecho o detalle importante, Eva le soplabá al oído lo que faltaba, y Hitler, al recordar la palabra clave, cogía otra taza. Luego, a pesar de que aseguraba padecer de insomnio y que necesitaba una calma absoluta para conciliar el sueño, se dormía en el diván. Entonces, Eva bajaba la voz, pero proseguía la conversación. Todo el mundo, por tacto y por complacerla, hacía como si Hitler no estuviera dormitando.

Fue justamente durante una de esas siestas a lo burgués en la Casa de Té, cuando la escena se vio interrumpida por la presencia de un ayudante del Führer, que irrumpió con la novedad de que Rudolph Hess había huido en avión a Gran Bretaña. Hitler se puso furioso y mandó llamar al ayudante de Hess, Karl-Heinz Piritsch, que se hallaba en el Obersalzberg, para que informase al respecto. Luego le amenazó con hacerle fusilar allí mismo. El Führer quiso también hacer detener e internar en un campo de concentración a la esposa de Hess, Ilse, y a su hijo, Rolf-Rudiger; pero entonces intervino Eva y, emocionada, pidió clemencia para la joven esposa, cuyo marido «le causaba una impresión extraña». Gracias a ella, la mujer de Hess fue tratada siempre con consideración.

Pero las relaciones de Eva Braun con las demás esposas de los poderosos lugartenientes de Hitler no eran tan amistosas. Anneliese Ribbentrop, heredera del rey del champaña, la ignoraba olímpicamente. Elsa Himmler no iba casi nunca al Berghof. «He ahí una mujer nacida para ser desgraciada», había dicho de ella Eva Braun. Emma Goering, que se proclamaba a sí misma la «Primera Dama del Tercer Reich», fue, indudablemente, la que presidió el grupo de advenedizas del régimen agrupadas bajo la consigna: «Dejemos de lado a Eva Braun.» En sus *Memorias*, la esposa de Goering afirma que todas las tentativas de acercamiento social por parte de Eva habían sido rechazadas por orden de Hitler. Emma Goering; especulaba con la verdad del mismo modo que lo hacía su marido, el inefable mariscal, que prometió hacerse llamar *Meier*¹ si un solo aparato enemigo llegaba a sobrevolar un metro cuadrado de territorio alemán. He

¹ En alemán y en sentido despectivo: payés o campesino

aquí la verdadera versión de los hechos: Hitler había rogado a Goering que Eva fuera tratada respetuosamente por los compañeros del mariscal. «Soy el jefe —dijo—, pero Eva es demasiado joven e inexperta para ser una *primera dama*. Sin embargo, es la única mujer de mi vida, y después de la guerra, cuando me retire a Linz, se convertirá en mi esposa.»

Emma Goering no entendía así las cosas, y un día, en Berchtesgaden, invitó a las damas que estaban en el Berghof a tomar el té en su finca. Pero también invitó a las subalternas: secretarias, ayudantes y hasta a la peluquera Milli Schellmore. La lista de las invitaciones fue redactada por orden alfabético y la «señorita Braun» aparecía en la letra B. La afrenta era evidente, y Hitler reaccionó con energía. Llamó por teléfono a Goering y le dijo que en lo sucesivo prohibiera a su mujer ocuparse de *fräulein Braun*. Emma Goering no volvió al Berghof, y nada tenía de extraño que Eva pusiera mala cara cada vez que delante de ella se aludía a la señora Goering.

Respecto a Magda Goebbels, se trataba más bien de una rivalidad amorosa. Magda era hermosa, y Hitler se sentía atraído hacia ella. Cuando la mujer de Goebbels iba de visita al Berghof, coqueteaba descaradamente con el Führer.

Eva nunca perdonó a su amante que la hubiera alejado del Obersalzberg durante el período en que Magda Goebbels, fuera de sí a causa del escándalo que produjo el amorío de su marido con la actriz checa Lida Baarova, fue a refugiarse en casa de Hitler, reclamando a grandes gritos el divorcio. Hitler consiguió calmarla, y probablemente por discreción alejó de allí a su clan habitual. Pero a juicio de Eva, Magda se mostraba altanera. Una vez, por ejemplo, Magda se jactó de haber aprendido algunas frases en francés «en el pensionado de lujo donde yo me eduqué»...

—Sin embargo, en mi convento, querida señora —replicó Eva, interrumpiéndola—, hablábamos corrientemente el francés...

Y he aquí que prosiguió hablando en ese idioma durante un cuarto de hora, con gran consternación de la Goebbels, mientras el Führer, divertido y muy orgulloso de su Eva, escuchaba atentamente, aunque tampoco él comprendiese gran cosa de lo que ella decía.

En una carta de Eva puede leerse: «La señora Goebbels me ha dado las gracias por las flores a través de su secretaria. Encuentro el detalle poco cortés por su parte.»

Esta frase da aún más relieve al incidente que relata Ilse Braun:

«Una noche, antes de la cena, Eva charlaba con Magda Goebbels en la habitación de la última. La esposa de Goebbels se hallaba encinta, lo cual era ya bastante visible, y volviéndose a Eva, manifestó: "Fräulein Eva, ¿quiere usted atarme los zapatos? Se lo ruego, yo no puedo agacharme." Eva no contestó, pero se acercó al timbre y llamó. Se presentó entonces una doncella, Liesl, a la que dijo: "Tenga la bondad de atar el cordón de los zapatos a la señora del ministro"; y tras decir estas palabras suavemente, Eva salió de la habitación.»

Con la mujer de Speer, por el contrario, las relaciones eran muy amistosas, y Eva también profesaba gran simpatía a la esposa de Bormann, a la que consideraba una buena amiga. Por desgracia, Gerda Bormann estaba casi siempre encinta; madre de diez hijos, apenas tenía tiempo para distraerse. Eva se veía en apuros para conseguir fotografiar a su amiga con una silueta normal. Eva reprochaba a Bormann que se comportase como un bruto con su mujer y sus hijos, y una vez fue a quejarse a Hitler, iracunda, al saber que Bormann había azotado públicamente a uno de sus hijos. Pero, sobre todo, no le perdonaba que corriera detrás de todas las faldas de Berchtesgaden y de bastante más lejos. Bormann, en efecto, se tenía por un don Juan y no respetaba a ninguna mujer, salvo a Eva, que era para todos «intocable». Las hermanas y las amigas de Eva Braun me contaron que ella odiaba a Bormann, y que una sorda rivalidad presidía sus relaciones. Yo creo, sin embargo, que todas esas mujeres oraban al monstruo en miniatura que era Bormann, y reflejaban en Eva su propia aversión. Y lo cierto es que

nadie quería a Bormann. por lo que Eva no podía ser una excepción; pero tenía suficiente inteligencia para darse cuenta de que Bormann era el brazo derecho de Hitler, y podía crearle serias dificultades, e incluso arruinar su suerte a fuerza de intrigas.

Eva sólo tuvo en la vida un objetivo: la conquista de Adolf Hitler. Caso de haberlo creído necesario, no hubiera vacilado en correr el riesgo de enfrentarse con Bormann, por más que esto le repugnase. «De habérselo propuesto, ella hubiese podido eliminarle», afirman las hermanas Braun. Yo tengo bastantes dudas al respecto.

Hitler volvía siempre en coche desde la Casa de Té. Tenía un «Wolkswagen» esperándole para este fin y en él se acomodaba con su perro «Blondie». Eva prefería regresar a pie con el resto de la comitiva.

Una vez que el Führer se marchaba a descansar a su habitación, Eva organizaba partidas de naipes. Se contentaba con un juego que era una especie de tómbola, ya que Hitler no gustaba de los juegos de azar. Otras veces mostraba sus álbumes de fotografías o proyectaba películas que ella misma había filmado. Pero en las horas libres, casi todos aprovechaban para ocuparse de su correspondencia personal o, sencillamente, salían a fumar al exterior.

La cena se anunciaba por teléfono a las distintas estancias. Los invitados se reunían en el salón hacia las ocho. Los hombres acudían con traje corriente, pero las señoras se componían y aparecían con vestidos confeccionados por las mejores modistas. Eva pretendía ser la más elegante; cambiaba de atuendo seis o siete veces por día, o hacía venir a la peluquera para que le arreglase algún detalle de último momento en el peinado. Siempre llevaba encima un juego de alhajas compuesto por collar, broche, pulsera y un reloj de brillantes. Prefería los vestidos de tono oscuro, sobre todo el negro. Se hacía traer los zapatos de la casa Ferragamo, de Florencia.

A Hitler no le complacían demasiado estas bruscas metamorfosis: «No te conozco con ese nuevo peinado», solía decirle, o bien: «Cuando tienes un vestido bonito, en lugar de ponértelo todas las noches, vas y te lo quitas...»

El Führer era muy observador y apreciaba todo lo que llevaban las mujeres, fuera un bolso nuevo, un peinado original o la calidad de las medias. Durante la velada se pasaba casi un cuarto de hora prodigando cumplidos y besamanos.

La etiqueta durante la cena era la misma que en la comida. Por la noche se servían casi siempre carnes frías. Traudl Junge recuerda un plato que Hitler solía pedir mucho: *Hoppelpoppel*, es decir, huevos con patatas fritas, o bien tallarines con tomate. Las frutas provenían de los huertos de Bormann. Eran excelentes, y había variedad de ellas en todas las estaciones.

Igual de anodina era la conversación:

—Tienes la servilleta manchada de carmín —decía el Führer a Eva—. ¿Con qué te pintarrajeas?

—Mi carmín viene de París —protestaba Eva.

—Ah, señoras, si supieran que el carmín francés se fabrica con la grasa sobrante de las cocinas...

Pero las damas se reían y seguían acudiendo a la mesa con los labios pintados, exceptuando la esposa de Bormann, cuando estaba en el Berghof, pues su marido le había prohibido pintarse.

Después de la cena, Hitler sostenía una conferencia política y luego otra militar. Se separaba de sus acompañantes prometiendo que aquello no duraría mucho tiempo. Pero una vez franqueaba la puerta del comedor, sufría una mutación total; dejaba de ser un afable hidalgo montañés para convertirse en el feroz e implacable señor de la guerra.

Cuando regresaba en la misma velada, cosa que sólo sucedió mientras hubo paz, se proyectaba alguna película. Eva Braun elegía los programas, a pesar de que Hitler reclamaba siempre cintas de aventuras o del Oeste. El Führer se sentaba en primera fila, con Eva a su lado, en otro sillón. Los demás espectadores se situaban detrás. Todo el

mundo estaba invitado a esas funciones privadas, incluso los criados y el personal de las cocinas. Cuando se ofrecía una película americana prohibida, la sala aparecía colmada de espectadores. Con las cintas alemanas, en cambio, muchos pretextaban otras ocupaciones.

Hacia la medianoche, Hitler y las hermanas Braun iban a sentarse en torno a la gran chimenea del salón. Se apagaban las luces eléctricas y sólo permanecían encendidos algunos candelabros en las mesas. Las llamas danzaban en la chimenea, rivalizando con los pálidos destellos de la luna que se reflejaban en las nieves de las montañas. Hitler bebía su té, pero Eva pedía champaña. También traían coñac y *schnaps*. Más tarde serían pasteles para el Führer y unos panecillos especiales para los demás invitados.

Se hablaba a media voz, cada uno con su vecino, pero a veces Hitler, que había escuchado una palabra o una frase interesante, se perdía en uno de sus interminables monólogos, con riesgo de que se prolongara hasta el amanecer. Entonces Eva le cogía por un brazo y trataba de llamarle la atención. En una ocasión, Eva y su amiga Herta discutían con el fotógrafo Walter Fratz, que estaba siempre en el Berghof, acerca de una pieza musical. Hitler les oyó y se puso a silbar la *Donkeyserenade*.

—No es eso —dice Eva.

—Claro que sí —responde Hitler.

Todos discuten, y al fin Eva va a buscar el disco, que coloca en el gramófono.

—¿Ves cómo te has equivocado? —dice Eva, triunfante.

—No, sirena —responde el Führer—. Es el compositor el que se ha equivocado.

Todos se ríen, pero él sigue serio.

A menudo se ponían discos en el gramófono. Los discos estaban alineados en una caja negra, y el propio Hitler los había numerado. Era Bormann quien los elegía y se ocupaba de hacer funcionar el aparato. El repertorio era monótono: Strauss, Franz Lehar, Richard Wagner y Hugo Wolf. De vez en cuando, Eva ponía un disco moderno americano, logrando así que todo el mundo saliera de su sopor.

—Es bonito, eso que has puesto —hacía notar el Führer a Eva.

—Sí, y tu amigo Goebbels acaba de prohibirlo en todo el Reich —respondía Eva Braun, agresiva.

La reunión duraba hasta muy tarde, y los invitados se hacían servir enormes tazas de café, que tomaban con cierto aire de fantasmas. Por fin Hitler se ponía en pie, saludaba a sus fieles y subía al primer piso. Pocos minutos después se retiraba Eva Braun, que entraba en su alcoba y cerraba la puerta con llave. Hitler también corría el pasador de su estudio. Las luces se apagaban una detrás de otra; la que señalaba la ventana del Führer era una de las últimas en extinguirse. El silencio envolvía entonces el Berghof hasta el mediodía siguiente.

CAPÍTULO XI

EL NIDO DE AMOR DE LA WASSERBURGERSTRASSE

Los archivos de la policía de Munich revelan que con fecha 30 de marzo de 1936, *fräulein* Eva Braun y su hermana Gretl se trasladaron a una casita situada en el número 12 de la Wasserburgerstrasse, en el barrio de Bogenhallsen. La casa continúa hoy en pie y su aspecto externo apenas si ha cambiado; sólo le ha sido agregada una galería-garaje, en tanto que los arbustos plantados por Eva se han convertido en grandes árboles,

algunos de los cuales producen frutos. Pero el nombre de la calle ha sufrido un cambio notable: ahora se llama Delphastrasse¹. Un cartero, Georg Otter, es el único que recuerda aquellos tiempos pasados; los demás han desaparecido o han muerto.

«Eran dos encantadoras damitas —dice el cartero—. Me daban buenas propinas, y de vez en cuando también un cigarro. No, no les entregaba correo oficial con el sello del águila y la cruz gamada, sino un montón de cartas, también de Berlín. La más joven salía a esperarme a la puerta, ya que las señoritas tenían unos perrillos que ladraban continuamente como demonios. A veces la mayor echaba un vistazo a las cartas de Berlín y decía suspirando: "Siempre facturas". Con frecuencia me daban también correspondencia para que la despachase, y me acuerdo muy bien de los sobres, que eran de color azul y llevaban detrás las iniciales E. B.»

Aquella casa, construida en 1925, había sido comprada a través de un anuncio en el periódico. Bauer, el director comercial de la casa Hoffmann, acudió a verla y al día siguiente regresó con su patrono y Eva Braun. Esta se mostró encantada. El lugar era tranquilo y estaba aislado. La Wasserburgerstrasse se hallaba entonces en las afueras de la ciudad, pese a lo cual estaba considerada como elegante. Después de la guerra se dijo que había en ella cafés y hasta una sala de fiestas. Todo eso son ridiculeces, y aún hoy es necesario andar un buen trecho para dar con un simple vendedor de periódicos.

La casa estaba situada en la orilla opuesta del Isar, y en el mismo barrio que el piso de Hitler. Pero se trataba de una vecindad relativa, pues se empleaba una media hora en recorrer el camino entre una y otra residencia. Ciertamente es que con el chalet, Hitler había puesto a disposición de Eva un «Mercedes» matrícula II-A-52.500; pero el coche se guardaba en el garaje de la fábrica Mercedes Benz, en la Dachauerstrasse.

Hoffmann fue quien firmó el contrato de compra y el que pagó con un cheque de su cuenta particular treinta mil reichsmarks, que calculo equivalen a la misma suma en dólares de hoy. Sólo en 1938 la propiedad fue transferida ante notario a nombre de fräulein Eva Braun. En la guía de teléfonos ésta figuraba como secretaria.

El sueldo de Eva, que permaneció invariable hasta el final de la guerra, era de 450 reichsmarks por mes. Con ello no habría podido pagar ni la contribución territorial.

Sus hermanas aseguran que las fotos del Führer tomadas por ella, y mucho más humanas que las de Hoffmann o las del fotógrafo profesional acreditado permanentemente en el Berghof, fueron explotadas, y lo son aún, por la firma Hoffmann, y que la compra de la casa no era sino una retribución por los servicios prestados al Führer. Esto sólo es cierto en parte. A veces se daba el caso de que Hitler admirase alguna fotografía hecha por su amante. La mostraba a Hoffmann y decía: «Esto es formidable; la foto bien vale veinte mil marcos». Para Hoffmann, que ganaba millones gracias a su amigo, aquella insinuación era como una orden.

Si Hitler hubiera querido comprar él mismo un nido a su bienamada, no habría tenido que recurrir a los buenos oficios de Hoffmann, pues su tesorero, Schwarz, o el mismo Bormann, se habrían ocupado del asunto y cabía confiar en su discreción. Nunca contó con que los archivos del partido serían un día confiscados por sus enemigos victoriosos. Pero insisto en ello una vez más: A Hitler sólo le gustaba mostrarse generoso con el dinero de los demás.

En todo caso, el nido de amor que el Führer ofrecía a su joven sirena no era precisamente un Trianón, ni grande ni pequeño. De hecho su apariencia actual es la de un chalet del extrarradio que ningún director de empresa americano osaría ofrecer a su mecanógrafa Nadie en aquella época, ni hoy tampoco, podría imaginar que esa casita de dos pisos, sin ningún valor arquitectónico, más bien fea, era la morada romántica de la amante del hombre más poderoso de Europa.

¹ En honor de un padre jesuita ejecutado por los nazis.

«...La casa, con capacidad para una familia —dice el acta notarial de la época— se encuentra ubicada en un jardín de 798 metros cuadrados, con 20 metros sobre la calle, y las dimensiones de la vivienda son de 8,20 por 10 metros, con un volumen de 697 metros cúbicos.»

Un muro bastante alto garantizaba una completa intimidad. Se entraba por un lado —he visitado varias veces el lugar—, se accedía a un sencillo vestíbulo que tenía a la izquierda una minúscula cocina en la que apenas cabían dos personas. La cocinilla de gas sólo permitía calentar dos recipientes a la vez.

Desde la cocina, una puerta daba al jardín. A la derecha de la escalera había dos alcobas, el salón con una chimenea, y una puerta por donde se salía a una terraza pequeña. La otra sección de la planta estaba separada del salón por una cortina y servía de comedor, a condición de que el número de invitados fuera estrictamente limitado. En el primer piso, frente a la escalera, se hallaba la alcoba de Eva, a su lado la de Gretl. Entre las dos hay una sala de baño de mosaico azul. Encima de la cocina había una pequeña pieza para la criada, y en los altillos, una pequeñísima buhardilla en la que apenas quedaba sitio para una cama, y que servía como habitación de emergencia. Las hermanas Braun la llamaban «el fumador» porque en las raras visitas de Hitler a la casa, ambas iban allí a esconderse para poder fumar un cigarrillo.

Como ya hemos indicado, las visitas de Hitler al lugar podían contarse con los dedos. Cuando llegaba, lo hacía rodeado de toda clase de precauciones, al punto que los vecinos ni siquiera se daban cuenta de su presencia. Llevaba a veces un cuadro o una estatuilla, y Eva le preparaba unas tazas de té. Se quedaba solo con ella, pues la hermana era discreta y se marchaba. De todos modos, las visitas de Hitler no se prolongaban hasta altas horas de la noche, razón por la cual no puede decirse que la casa fuera un verdadero nido de amor.

Si Eva había anhelado tanto aquella casa era sobre todo para poder afirmar su independencia con respecto a su familia, para tener su propio mundo y poder sentirse realmente en su hogar. Por ello solía llamarla, a la vez con cariño y orgullo, «Mi querida casita»

Quisiera consignar aquí el testimonio de su mejor amiga, Herta, quien me reveló, casi sin pretenderlo, que desde su salida del colegio, Eva no se sentía a gusto con su familia. Los suyos la hostigaban continuamente a causa de su amistad con Hitler, y aun sin eso su vida habría resultado difícil. El padre pretendía tenerla casi recluida en la alcoba, y manifestaba hacia ella bastante indiferencia. Nunca le había hecho un regalo, ni le ofreció pagarle un viaje por las vacaciones, y la contradecía continuamente. La hermana mayor, Ilse, había mostrado mala disposición hacia ella, burlándose de Eva en ocasiones y desdeñándola. Quizá esto sirva para explicar por qué las amigas de Ilse llamaban a Eva «die Bloede Kuh» Su madre la atormentaba continuamente diciéndole: «¿Qué pretende de ti ese hombre? Te trata como a una cualquiera. ¿Cuándo se va a casar contigo? Tienes aspecto de estar encinta. Estás malgastando tu juventud.» Eva la había amenazado más de una vez: «Mamá, si no dejas de atormentarme, terminaremos por separarnos».

Herta, la mejor amiga de Eva, sentíase tan extrañada por todo esto que la invitaba a pasar en su casa buena parte del tiempo, ya que la familia de Herta poseía fuertes recursos económicos. Desde aquella casa solía Eva llamar con frecuencia a Hitler, o recibía en ella sus mensajes y sus cartas, pues si bien Eva disponía de teléfono en su alcoba, en casa de sus padres, éstos escuchaban a través de la puerta y le controlaban la correspondencia.

En 1936 Herta contrajo matrimonio con un oficial, pero continuó sintiéndose preocupada por las relaciones de su amiga con un hombre que podía ser su padre, y con el que tan pocas probabilidades tenía de casarse Entonces trató de que Eva se distrajera y le presentó a numerosos jóvenes, militares compañeros de su marido. La llevó a bailar y

de viaje con ella, y organizó pequeñas fiestas. Pero todo fue en vano. Eva prefería la soledad, desgraciadamente, mientras en su fuero interno esperaba una palabra de Hitler.

Sólo en una ocasión, según reveló Herta (luego pude comprobar la autenticidad del episodio), se interesó Eva por otro hombre. Ello ocurrió después de su segunda tentativa de suicidio, cuando, todavía convaleciente, se trasladó con su hermana menor y su madre a Bad Schachen, un hotel encantador instalado en un castillo junto al Lago de Constanza, cerca de Lindau. Un hombre llamado Peter Schilling, comerciante y más joven, que Hitler, si bien pasaba de los treinta, se interesó por Eva: «Fue algo fulminante —cuenta Herta—. Se hicieron inmediatamente grandes e inseparables amigos, y formaban una buena pareja.» Al parecer Eva confió a su amiga que Schilling le gustaba mucho, que le hallaba perfecto y que pudo haberle amado. «Pero ya hay un hombre en mi vida, y nunca podrá haber otro. Ya es demasiado tarde.» No quiso volver a ver a Schilling y hasta se negó a hablarle por teléfono. Resulta imposible saber si Eva puso a Hitler al corriente de aquel hecho.

Una vez en su propia casa, Eva cambió radicalmente. Su nido era un regalo de amor del Führer, pero también la consolidación de su nuevo estado. Como el Berghof para Hitler, aquel hogar era la realización de sus sueños de colegiala. En él recibía con frecuencia a sus amistades, y se bailaba y reía hasta bien entrada la noche. «Estoy casi siempre con Liserl, Georges, Pepo, Toni y Roeschen», escribe ella en una carta, en la primavera de 1937. En otra, Eva habla de los profesores que invita a su casa. Más tarde, cuando se reconcilie con sus padres, organizará atractivas fiestas familiares.

Hitler le proporcionó un compañero asiduo: «Basko», un perro pastor del mismo linaje que sus propios canes. Anteriormente, en el piso de la Wiedermeyerstrasse, le había regalado un perrillo «de piel de oso», y ahora ambos animales no cesaban de ladrar un solo instante. Para poder estar tranquila, Eva hizo reemplazar la tapia de madera que rodeaba la casa por el actual muro de ladrillos. Más tarde, Eva recibió de Hitler, como regalo de aniversario, a «Stasi» y a «Negus», que ladraban detrás del muro, constantemente. «Negus» murió en Berlín al estallar una granada soviética, y «Stasi», que se encontraba en el Obersalzberg cuando el desmoronamiento del Reich, escapó aprovechando la confusión, y sin que se supiera cómo, recorrió el centenar de kilómetros (o más tal vez, puesto que no debió hacerlo en línea recta) que separaban el Berghof de la casa de la Wasserburgerstrasse, en Munich. Es probable que el can sólo encontrara allí soldados americanos o gentes entregadas al pillaje; lo cierto es que el perro fue rechazado a pedradas por los intrusos. Un vecino compasivo le dio agua y un hueso. Luego «Stasi» desapareció en la oscuridad de la noche.

Si el exterior de la casa era sencillo, por dentro se hallaba amueblada con gusto y no carecía de nada. Tanto la vajilla como las ropas de cama ostentaban las iniciales E. B., y yo recuerdo que inmediatamente después de terminada la guerra encontré aún, durante una visita a la casa, algunos libros en la biblioteca del salón en los que aparecía cuidadosamente escrito el nombre «Eva Braun». Su familia debe guardar algunos de los muebles, que seguramente tenían gran valor. Así, por ejemplo, el mobiliario del comedor había sido diseñado por el profesor Trost, cumpliendo instrucciones de Hitler, y estaba construido con ricas maderas. En el testamento de Eva Braun se encuentra una lista bastante considerable (según el gusto de la época) de cuadros de pintores famosos. Figuran en ella paisajes de Fischbach, Rickelt, Baskon, Midgard y Wax; un gran retablo de Gradl, otro de Francke, así como retratos de Rosl, Popp y Hugo Kauffmann y Gallegos. Los preferidos de Eva eran una acuarela de Hitler, *La iglesia de Asam*, un retrato del Führer hecho por Bohnenberger, un paisaje de la Alta Italia pintado por Bamberser y una tela representando la cabeza de una muchacha, que Martin Bormann le había regalado en uno de sus aniversarios.

También se contaba un cuadro de gran valor atribuido a Tiziano, regalo de Mussolini a Hitler; otro retrato del Führer obra de Knirr, y un Reinhardt. Por fin, varios

Bohnenberger, entre los cuales figuraba un retrato de Eva, un paisaje de Rimini, acuarelas antiguas de Venecia, y para terminar esta colección, varias telas de Tiedgen, Hoberg, Krauss y Hengeler Hilbakt. A esta lista, que puede parecer inútil, pero que resulta necesaria para dar una idea exacta de lo que había en el interior de la casa, hay que agregar algunos preciosos tapices entre los cuales se contaban uno de Samarcanda y un Gobelino (aunque supongo que éste era una imitación).

Algunas veces, aunque muy raramente, desconocidos que sin saberse cómo habían descubierto la identidad de la propietaria de la torre sita en el número 12 de Wasserburgerstrasse, se presentaban ante la puerta y enfrentándose con los ladridos de los perros, introducían peticiones en el buzón. Eran súplicas de ayuda, solicitudes de trabajo, y a veces ruegos de tonos más dramáticos.

El reverendo padre Barnabas Liebisch O.S.B., de Kitzingen, Baviera, afirma que un día de diciembre de 1943, poco antes de las Navidades, se presentó en la puerta de la pequeña casa. Gretl Braun atendió la llamada del timbre. El padre acudía a pedir ayuda a Eva Braun por sugerencia de la señora Palmiera, de la Orden Terciaria franciscana, directora del Instituto Dillinger, de Maria-Medingen, centro en el que se había educado Gretl Braun. Un pariente de la directora, el doctor Hans Woelfel, había sido detenido por la Gestapo acusado de derrotista, encontrándose en una situación muy delicada. Gretl contestó fríamente que «trataría de hacer algo...».

El 10 de mayo de 1944 el doctor Hans Woelfel fue condenado a muerte, y el 3 de julio siguiente moría bajo el hacha en el patio de la cárcel de Branden-burgo.

Gretl Braun, que me confirmó este triste episodio, declara, sin embargo, que envió la petición de gracia a Bormann, con la recomendación de su hermana Eva...

La casa, como ya he dicho, no tenía nada de especial, a excepción del aparato de televisión, uno de los primeros utilizados en Alemania y regalo, involuntario sin duda, de la casa Telefunken, y del que Eva estaba sumamente orgullosa, lo mismo que del sótano de la finca. En efecto, el sótano en cuestión era un refugio antiaéreo de primer orden, y aún hoy impresiona al visitante por su solidez. El mismo Hitler había confeccionado los planos del refugio. Contaba con un ventilador y una bomba de aire, y también con una puerta blindada que daba acceso a un pasillo subterráneo de hormigón, que habría permitido salir de allí aunque la casa hubiera resultado destruida por completo (o también para huir, caso de que la policía o el ejército intentasen detener a los ocupantes). Disponía, asimismo, de teléfono y hasta de un generador de electricidad. Contaba, en fin, con un bunker en miniatura que ofrecía una protección total. Los grandes armarios adosados a las paredes, estaban atestados de provisiones y medicamentos.

Lo más curioso del caso es que este refugio se comenzó a instalar hacia el verano de 1938, cuando el Führer había persuadido al pueblo alemán de sus intenciones pacíficas y prometía al mundo que el territorio de los Sudetes sería su última exigencia territorial. Es probable que también prometiera a su bienamada Effie unos días eternamente felices y tranquilos en el pequeño nido de amor que él le había ofrecido.

CAPÍTULO XII

¿ATENTADO EN NAPÓLES?

Aun sin ser de índole belicosa, Eva, después de la crisis de Munich, tuvo que ajustar una pequeña cuenta con Checoslovaquia.

Me explicaré: una noche de septiembre, el padre se presentó de improviso en casa de Eva. Hasta entonces sus visitas a la nueva finca de la Wasserburgerstrasse habían sido muy raras —una o dos a lo sumo—. Estaba ciego de rabia, pues sus amigos de la «stammtisch», para provocarle, le habían mostrado una revista checoslovaca editada en Praga que uno de ellos había comprado en Viena con ocasión de un viaje de negocios. La revista publicaba una fotografía de Eva en Berchtesgaden con el siguiente pie: «La Pompadour de Hitler»¹.

Fritz Braun hizo ásperos reproches a su hija, la cual, por su parte, estaba de pésimo humor, pues acababa de regresar del *Parteitag* de Nuremberg o concentración del partido nazi en esta ciudad, donde había esperado en vano la presencia de sus padres, a los que quería ganar para la causa mostrándoles el grandioso espectáculo de las manifestaciones. Se ha conservado una postal en la que Eva indica lo mucho que le ha costado procurarse invitaciones para ellos. Es curioso que la fotografía de la tarjeta postal muestra a Hitler vistiendo uniforme. Este detalle de una muchacha enviando a sus padres una misiva con la fotografía de su amante nos da una idea de hasta qué punto Eva habla perdido el sentido de las proporciones, y con ella toda Alemania. Se vivía en una atmósfera artificial, y resultaba imposible señalar los límites entre lo ridículo y lo sublime;

Fue un cambio de reproches virulentos. El padre preguntó que cómo se atrevía ella a ensuciar así el honor de la familia. Una Braun, convertida en la amante de un hombre ya maduro, que vivía con él sin estar casada. ¡Qué vergüenza!

Eva replicó que el Führer no era un cualquiera y que tenía grandes responsabilidades ante su nación. Había que mostrarse paciente, y el sagrado deber de todo buen patriota y alemán era aceptar algunos sacrificios. Eva no sólo aseveró los hechos, sino que proclamó que sólo la muerte le separaría de su amante.

Fritz Braun salió dando un portazo, no sin antes prohibir a su hija que volviera a poner los pies en su casa. Durante muchos meses, en efecto, la mantuvo severamente alejada. Debemos consignar aquí que Fritz Braun se había negado hasta entonces obstinadamente a inscribirse en el partido nazi. Su carrera se había resentido con ello, y Eva, en una de sus cartas, hace notar hasta qué punto su padre se hallaba amargado por haber sido relegado al olvido en ocasión del ascenso anual. Después de la escena en casa de Eva, Fritz Braun fue a ver al director de su colegio, y habiéndole informado de la foto publicada en la revista checa, le ofreció su dimisión, ya que «un hombre no puede educar a sus alumnos cuando ha perdido la autoridad sobre sus propios hijos». El director registró este incidente en un documento oficial y consultó a sus superiores, quienes, como era de esperar, restituyeron la confianza a herr Braun, afirmando que «su probidad profesional no estaba empañada». Todo ello se me antoja un poco infantil, ya que el mismo Fritz Braun no podía desconocer el hecho de que en la Alemania nazi nadie hubiera osado despedir a un profesor porque tenía una hija que era la amante del Führer.

¹ El artículo fue reproducido en seguida por una revista americana de gran tiraje, el Saturday Evening Post.

Sin embargo, el incidente sirve para demostrar que en 1937 había gentes que se hallaban al corriente del asunto Braun.

Informado Hitler por teléfono del altercado producido entre padre e hija, aconsejó a Eva que se mostrase conciliadora con su progenitor y reprendió severamente a Hoffmann. «No quiero que se distribuya una sola fotografía más de la señorita Braun.» También dio órdenes severas a su personal subalterno prohibiéndoles que hablasen en público de lo que pasaba en su casa. La menor indiscreción sería castigada drásticamente.

La sensacionalista foto de la revista checoslovaca pasó inadvertida en el resto del país. El nombre de Eva Braun quedó desde entonces eliminado totalmente de los informes diplomáticos y de los despachos de los corresponsales de Prensa. Esta determinación explica —y yo soy el primero en culparme de ineficacia profesional— la actitud de ciertos periodistas que se metieron luego a historiadores, y que para justificar su carencia de datos, trataron de hacer de Eva Braun un personaje anodino e insignificante. Pero en el exterior su existencia no fue ignorada por completo. Existe, por ejemplo, en el Museo Británico de Londres, un documento donde se cita el nombre de Eva Braun entre las que se suponía concubinas de Hitler. En este documento se reproducía una indiscreción del Intelligence Service. También me han asegurado que el Deuxième Bureau francés estaba al corriente del asunto, y que más tarde el OSS americano poseería un legajo sobre Eva Braun. Parece ser que esta misma organización llegó a elaborar un plan para raptarla. Los archivos del OSS están en su mayor parte vedados al público, y por el momento resulta imposible confirmar esta aseveración. Allen W. Dulles, que fue durante la Segunda Guerra Mundial representante del OSS en Europa, y al que formulé esa pregunta, me contestó con una sonrisa evasiva.

Por otra parte, el canciller Kurt von Schuschnigg —y hemos de creer que los austriacos tenían que ser los primeros en estar bien informados sobre la vida privada de un antiguo compatriota—, me aseguró que en la Ballhausplatz (residencia del primer ministro, en Viena) nunca se tuvo el menor indicio de la existencia de Eva Braun. Él sabrá, si me hace el honor de leer esta obra, que Eva Braun desempeñó sin embargo un notable papel en la vida de Hitler. Durante la última y tempestuosa reunión que Schuschnigg sostuvo con el Führer en Berchtesgaden, este último había dado orden, para intimidarle, de que en el curso de la entrevista no se le sirviesen comidas ni bebidas. Por aquellas fechas Eva se encontraba en el Berghof, pero, como de costumbre, había recibido la orden de mantenerse alejada de los visitantes. No obstante, insistió ante los criados para que se sirviera a los políticos unos fiambres cuya confección había supervisado ella misma. «El Führer debe comer, y es necesario ser cortés con un invitado, sea quien sea», adujo ella. Como puede verse, de vez en cuando Eva se arriesgaba a dar una lección de buenos modales, aprendidos en el convento, a su irascible amante.

Mucho más tarde, cuando Schuschnigg, prisionero y condenado a cadena perpetua, pidió a sus carceleros autorización para contraer matrimonio con la condesa Vera Czernin, Eva, que oyó hablar del asunto a través de Goering, intervino ante Hitler para que fuera concedida la petición, terminando con estas palabras: «Yo también te seguiría a la cárcel, a un campo, o la muerte. Eso no puede negarse a nadie.»

Hitler dio pues su autorización, y Schuschnigg se rompió la cabeza pensando si la gracia le habría llegado merced a la intervención del Papa, o a la de su amigo Mussolini.

El *Anschluss* había supuesto mucho para Eva, en ocasión de su primer viaje con Hitler, y es posible que sintiera cierta simpatía por el canciller austriaco, del mismo modo que aborrecía a las autoridades de Praga por haber tolerado una publicación que había sido causa de graves fricciones con su padre.

Hitler marchó con cierta aprensión a Austria, e incluso amenazó a Schuschnigg con aniquilar al ejército austriaco y reducir Viena a cenizas; pero se vio agradablemente sorprendido ante la acogida delirante que le tributó Linz, la ciudad de su juventud. Según Fritz Wiedemann, su ayudante, el Führer no había decidido aún anexionarse Austria,

pretendiendo sólo crear una especie de unión federal con el Reich alemán. Pero la alegría desbordante de los austriacos le hizo cambiar de idea, al comprender que tenía al pueblo con él. De todos modos, su inesperado triunfo le habría parecido incompleto sin la presencia de la mujer amada.

Llamó entonces Hitler a Eva desde Linz, y le pidió que se reuniera con él en Viena. He leído una versión totalmente errónea de este viaje, según la cual Eva habría marchado sin permiso y sin equipaje, para importunar al Führer. No era ésa su forma de actuar, y por otra parte resultaba imposible para un ciudadano privado franquear la frontera sin una autorización muy especial, pues no debemos olvidar que Austria se hallaba en estado de sitio.

Por el contrario, el viaje fue preparado con toda calma. Eva se hizo acompañar por su madre y por su amiga Herta, y se alojó en el hotel Imperial. La comitiva fue considerada como formando parte del séquito oficial de Hitler, y en la confusión del momento nadie prestó gran atención a Eva.

«No puede uno imaginar espectáculo igual a éste», escribió mamá Braun a su hija Ilse, en la postal que ha quedado hasta nuestros días; a continuación se extendían en comentarios sobre el histórico acontecimiento. Eva escribió sólo tres palabras: «*Ich bin verrückt*» (estoy enloquecida).

Enloquecida de alegría, de orgullo, de satisfacción. Enloquecida porque era delirante el mundo de su amante. La ciudad donde Hitler sufriera tantas humillaciones, donde padeciera hambre, le acogía ahora triunfalmente, como jamás había acogido en el pasado a ningún emperador. Aquellos cientos de miles de vieneses que permanecieron cantando toda la noche delante de su hotel, no habían llegado por imposición ajena. No se puede obligar a las gentes a cantar y a reír alegremente. Por entonces los nazis recién acababan de acceder al poder, y la Gestapo aún no había tenido tiempo de organizarse. El padre y la hermana de Eva, Ilse, habían dicho en varias ocasiones que los alemanes se habían arrepentido de dar el poder a Hitler, y que la Prensa, severamente fiscalizada, impedía a la gente decir lo que en realidad pensaba. Tampoco admitían justificación las persecuciones antisemitas ni los campos de concentración, y era evidente que en el extranjero se odiaba a Hitler... Pero he aquí que cuando el Führer se dirige como conquistador a un país extranjero, donde por lógica debía ser tratado con hostilidad, un país con una Prensa libre, que no tenía motivo alguno para simpatizar con él, ya que había desertado de allí y ahora había encarcelado a su canciller, he aquí, decíamos, que en esa su primera salida al exterior se le acoge como a un dios del Olimpo...

En Viena Eva estaba, pues, rodeada de acompañantes, pero la alojaron en una habitación alejada de las que ocupaban su madre y su amiga. Un pasillo separaba esa alcoba de la de Hitler. El Führer, según es notorio, permaneció largo tiempo en el balcón, con el brazo en alto, mientras la muchedumbre repetía una y otra vez: «No volveremos a casa mientras el Führer siga ahí». Pero al fin Hitler se retiró a descansar.

Sin duda, aquella vigilia transcurrida en el hotel Imperial, compartiendo con Eva el enorme lecho rococó de las habitaciones reales, fue para Hitler la más hermosa noche de amor.

Pero ni aun en el caso de que Hitler y Eva se hubieran encontrado furtivamente por la noche, al amparo de pasajes subterráneos entre sus residencias, parece posible en nuestros días que un personaje de su categoría pudiera frecuentar a su favorita durante casi dieciséis años, sin que su pueblo ni el mundo cayeran en la cuenta de ello.

La ignorancia total del alemán medio se explica fácilmente en un régimen en el que la Prensa y la radio estaban estrictamente controladas, en el que las informaciones concernientes a la vida privada de Hitler tenían que someterse previamente a una fuerte censura; un régimen donde toda especulación a ese respecto se castigaba severamente, a la vez que se volcaba sobre el país un alud de propaganda destinada a perfilar la imagen ideal de un Führer que vivía exclusivamente para el Reich. No podía ocurrir de

otro modo. Lo cierto es que al alemán de la calle no le preocupaba demasiado saber si su jefe de Gobierno teñía o no una amante.

El aislamiento cada vez mayor de Hitler, quien salvo en las grandes ocasiones y previa una cuidada escenificación apenas si mantenía contacto directo con el público, hizo que su residencia de Berchtesgaden, perdida en los Alpes bávaros y prácticamente inaccesible —sobre todo en tiempos de guerra, cuando sus relaciones con Eva fueron más intensas—, facilitase grandemente la persistencia del secreto.

Cierto es que trascendían rumores, inevitables en un régimen totalitario y muy abundantes en el Tercer Reich. Circulaban una serie de suposiciones, confidencias y revelaciones, así como grandes y pequeñas historias; pero aquella voz del pueblo, lejos de satisfacer nuestra curiosidad, la excitaba todavía más. ¿Cómo elegir, entre tantas seudoversiones? Si en esa época hubieran pronunciado ante mí el nombre de Eva Braun, como posible favorita, seguramente lo habría desechado del mismo modo que deseché otros centenares de nombres femeninos.

No olvidemos que los que hubieran osado poner en circulación la versión más a tono con la realidad, habrían sido enviados discretamente a un campo de concentración, método de gran eficacia para poner fin a un rumor.

Imagino que el despecho femenino tenía bastante que ver en ello. Todas aquellas mujeres del gran mundo; actrices, esposas de industriales, generales y académicos, y hasta princesas, que ambicionaban convertirse en la primera dama del régimen, habrían aceptado muy a disgusto la idea de verse postergadas a causa de una simple secretaria de oscura procedencia a la que nadie parecía tener en cuenta. Su vanidad no habría soportado el golpe, y es probable que la que tuviera sospechas del papel jugado por Eva Braun, prefiriese mantenerlo en silencio y mencionar el nombre de otra rival más prestigiosa.

La vida amorosa de un jefe de Estado, cuando éste es extremadamente popular y posee ciertos medios, sean brigadas SS o millones de dólares, constituye siempre un tema sumamente delicado. Se comprenderá lo que ocurría entonces, si se reflexiona sobre el hecho de que en el Washington mundano circularon durante mucho tiempo innumerables rumores acerca de la vida sentimental de John F. Kennedy, sobre sus galanteos, infidelidades y casamientos misteriosos; sobre un pretendido divorcio, e incluso en torno a ciertas amistades femeninas, una de las cuales se habría presentado en el escenario de Dallas. Y no obstante, en plena época de la televisión, de las comunicaciones vía satélite, y de la mayor libertad de Prensa de la historia, el gran público americano se halla totalmente en la ignorancia de tales rumores, sean ciertos o falsos. Hasta el momento no hubo un solo periódico, de primera o de segunda fila, dispuesto a publicar una línea acerca de ese tema, o a desmentir al menos lo que se publicó en el extranjero. (Dudo mucho que este párrafo aparezca en la versión americana del presente libro.)

Como es sabido, Hitler había dictado una orden estricta: en Alemania nadie debía ser informado de lo que no le concerniese. Él mismo, por ejemplo, jamás revelaba a Eva su destino, cuando emprendía algún viaje. Sólo por los periódicos se enteró ella de que había salido hacia el Norte, al producirse el ataque contra Noruega, y no supo de la presencia de Hitler en su cuartel general, cerca de la frontera soviética, hasta que así lo anunció la radio. Debió resultar sumamente duro, para una mujer, recibir de este modo la noticia de que el hombre al que amaba había marchado a la guerra sin decirle una palabra al respecto.

Al mismo tiempo, sólo el número estrictamente necesario de componentes del séquito de Hitler tenía ocasión de entrar en contacto con Eva. Al Führer no le gustaba ver caras nuevas, y procuraba que sus allegados formasen siempre un círculo cerrado. Entre éstos se contaban el doctor Morell, el doctor Brandt, Bormann, los ayudantes del Führer, Hoffmann, otros amigos, y como es natural, Eva Braun, así como sus amigas y hermanas.

Esta camarilla se mostraba extremadamente solidaria entre sí, y comprendía que la mayor indiscreción hubiera significado la inmediata expulsión de semejante «corte», y es sabido que no hay mayor castigo para un cortesano consciente que verse alejado de su «soberano».

Por lo que se refiere al personal subalterno, Hitler lo había elegido con sumo cuidado. Gran parte de ellos pertenecían a las SS, y eran en realidad fanáticos que no tenían la menor intención de esparcir rumores acerca de su bienamado Führer.

A pesar de todo lo que se ha escrito respecto al Tercer Reich, uno no llega a comprender que los grandes del régimen como Goering, Himmler, Goebbels, Streicher y Von Keitel sólo penetrasen raramente en el círculo íntimo de Hitler. Lo cierto es que cuando iban a Berchtesgaden sus visitas tenían un carácter más o menos Oficial. Es verdad que Goering poseía una finca lindante con la de Hitler; pero sus visitas eran sometidas al mismo ceremonial que las de los demás extraños. Emma Goering, como ya se ha dicho, no se reunía jamás con Eva Braun, y dijo a los que la interrogaron en Nuremberg que le había sido prohibido todo contacto con ella. Himmler casi nunca fue invitado al Berghof, «siento un escalofrío en el espinazo, cuando le veo», decía de él Eva Braun. Hess acudía también muy pocas veces, y en cuanto a Rosenberg, Streicher, Todt, Ribbentrop, Von Neurath, Von Papen, los «gauleiter» y el resto de las jerarquías nazis estaban prácticamente excluidos de las reuniones íntimas —o familiares, si se prefiere— del Berghof. A Hitler le gustaba verse rodeado, en sus períodos de descanso, de un ambiente femenino. «Qué agradable resulta descansar un poco —decía—. En todo el día no hago más que oír a mi alrededor voces masculinas pesadas, molestas y ruidosas.»

Ciertamente, habría sido muy difícil reducir al silencio a sus epígonos. Goebbels y Goering no podían verse el uno al otro. Cuando Goebbels entraba en una estancia, Goering salía inmediatamente de allí, lo cual no resultaba sorprendente si se tiene en cuenta que el «Pequeño Doctor» había dicho del rollizo Hermann: «Es un soldado con alma de chiquillo». Por otra parte, Goering mostraba hacia Ribbentrop un desdén enorme, y en numerosas ocasiones, hallándose presente el propio Ribbentrop, le había reprochado su incompetencia. Himmler era temido de todos y nadie le estimaba. Hitler, lejos de atenuar tales desavenencias, parecía complacerse atizando el fuego. Era su política para mantener el equilibrio, y ello tal vez explica el que pudiera dominar las riendas del poder hasta el final. Lo que resultaba indudable es que Goering, Goebbels y los demás se hallaban al corriente de las relaciones de su jefe con Eva Braun, pero sabían callarse, pues tanto Goebbels, que corría tras las faldas de cada figurante de cine que conocía, o bien Goering, que coleccionaba cuadros y objetos artísticos fraudulentamente adquiridos, no estaban en condiciones de formular reproches.

Es probable que Himmler llevara un expediente especial sobre Eva Braun, pues su representante en el Berghof le tenía al corriente del menor detalle, pero seguramente aguardaba su hora. Por curioso que parezca, Hitler no le confió la tarea de investigar sobre el origen ario de Eva. Fue Bormann quien con toda discreción se dedicó a esta labor. Y es que, en este aspecto, Hitler era irreductible, y tanto Eva como sus hermanas, padres y amigas, fueron objeto de cuidadosas indagaciones. No quería correr el riesgo de tener una amante, y menos aún posibles hijos, manchados con sangre judía.

Himmler, para vengarse de esa intrusión en sus prerrogativas, abrió un expediente para demostrar que la hermana mayor de Eva, Ilse, estaba complicada en un artero plan de espionaje.

La propia Ilse me contó así su aventura:

«A raíz de mi participación en los campeonatos de baile de Europa, viajé a Italia, Austria y Yugoslavia. Era el año 1935, y por azar me encontré en Spezia con un oficial de la marina italiana. (Siempre sentí debilidad por los oficiales italianos.) Fue un devaneo sin consecuencias, pero al regresar a Munich advertí que me seguían, y que mi correspondencia me llegaba con exagerado retraso. Según supe más tarde, sacaban

fotocopias de todas mis cartas. Fui a quejarme a Eva, y ella me contestó: "Estás loca, muchacha". Pero he aquí que Brueckner, aquel bruto, me mandó llamar y me hizo un largo e insidioso interrogatorio. Por fin, satisfecho, me dijo lo que ocurría. Himmler me había acusado de espionaje a favor de los italianos. Cuando Himmler se enteró del resultado del interrogatorio, se excusó diciendo: "Si hubiera estado al corriente de la situación de la señorita Braun, se habría evitado este malentendido".»

Hitler, que actuaba siempre por intermedio de Bormann, el cual a su vez era casi totalmente desconocido por el público en general, había dispuesto que ningún documento oficial traicionase la especialísima posición de Eva. El documento de identidad de ésta, que le permitía franquear los accesos a la Cancillería del Reich y a Berchtesgaden, indicaba sencillamente que era una «secretaria», y de este modo la anunciaban cuando las circunstancias exigían una presentación. Eva poseía un documento que le permitía viajar con toda libertad por los ferrocarriles, pero también había millares de funcionarios del partido que gozaban del mismo derecho. Tengo ante mí el pasaporte de Eva, fechado en 1942. Se trata de un pasaporte privado que podría haber sido extendido a favor de otro ciudadano alemán cualquiera, salvo que en 1942 un ciudadano cualquiera no podía obtener un pasaporte.

El dinero de que disponía Eva le llegaba indirectamente de Hoffmann o bien de alguna tesorería del partido. Privilegios, favores, invitaciones, excepciones a la regla como la adquisición de máquinas fotográficas, que escaseaban en tiempo de guerra, eran el resultado de un esfuerzo de los ayudantes de Hitler, o de favores de personajes influyentes o de miembros del partido, pero siempre se hacían con pretextos diversos. Así, por ejemplo, Wiedemann me contó que se procuraba a título personal numerosos perfumes de París, que luego ofrecía a Eva. Para ella consiguió en Hungría, gracias a su amistad con la princesa Hohenlohe, unos zorros azules que Eva conservó hasta en las sombrías horas del bunker, en Berlín.

Hitler y Eva hacían una permanente comedia a fin de dar la impresión, ante los invitados y personal de servicio, de que sólo eran buenos amigos. Incluso después de haber pasado juntos la noche, se saludaban por la mañana como dos extraños que se encuentran en el vagón restaurante de un tren. Jamás se permitían en público la menor demostración de afecto. Eva se dirigía a él como todo el mundo, llamándole «mein Führer». Con anterioridad le llamaba «jefe» o «herr Hitler», pero fue su propio amante quien insistió especialmente en que debía llamarle Führer. Con el fin de no correr el riesgo de equivocarse ante los demás, tomó la costumbre de referirse a Hitler de ese modo, con el título oficial, aun en las conversaciones más familiares.

Heinz Linge, el criado de Hitler, afirma en sus *Memorias* haber sorprendido a su amo y a Eva Braun en un abrazo que habría hecho las delicias de un cineasta de la nueva ola, y ello en el lecho del Führer. Esto no tendría nada de sorprendente, si no fuera por el hecho de que Linge sólo pudo presenciar semejante escena una vez. Pero como me repugna servirme únicamente del testimonio de un ayuda de cámara, permítaseme citar el recuerdo del capitán Fritz Weidemann: «Aquella mañana, por razones de servicio, tuve que llamar a la puerta de Hitler, para entregarle un despacho sumamente urgente, aunque sin entrar en la habitación. Cuál no sería mi sorpresa cuando veo ante la puerta, como si se tratara de un hotel, los pequeños zapatos vieneses de Eva Braun y las altas botas del Führer. Después de tanta comedia, dejaban juntos los zapatos ante la puerta. A pesar mío recordé una fábula de La Fontaine, y volví a bajar la escalera...»

Cuando un personaje de categoría acudía a Berchtesgaden, la norma prescribía que Eva permaneciese en su alcoba, del mismo modo que en el convento se encerraba a las pensionistas cuando había visitantes varones. Una sola vez, y ello ocurrió en Berlín, pudo Eva entrevistarse con Charles Lindbergh y su esposa, a la cual encontró encantadora. Eva sufría enormemente al negársele la alegría de ser presentada a visitantes de tan alta categoría como el presidente americano Hoover, el almirante Horthy,

regente de Hungría; Chamberlain, el rey de Bulgaria, sir Anthony Edén, lord Rothermere, el Aga Khan, el cardenal Pacelli (que en 1939 ascendería al papado), Lloyd George, el rey Carol, el príncipe Pablo de Yugoslavia, el rey de Suecia, el general Guillermin y tantos otros, pues la lista de los visitantes, con anterioridad a 1939, resulta interminable. Para Eva, aquellas visitas constituían otros tantos triunfos personales de Hitler, tras haber tenido que escuchar a menudo que su amante era un usurpador desdeñado en el extranjero. Y los que hoy se sienten inclinados a condenar la ceguera política de la joven Eva, deben reconocer que cualquier mujer se habría sentido impresionada por el desfile de celebridades que pasaba por la «corte» de Berchtesgaden.

Eva había suplicado encarecidamente a Adolf Hitler que le permitiera ser presentada a la duquesa de Windsor, con motivo de la famosa visita que la distinguida pareja hizo a Berchtesgaden. El deseo era comprensible, y Eva abrumó a su amante con entusiastas comentarios acerca del ex monarca que «había renunciado a un imperio por el amor de una mujer». Eva nunca abordaba un problema directamente, sino que empleaba la técnica de la sugerencia. En aquel caso concreto insinuó que la Simpson era también un poco Eva Braun y que un amante sincero bien podía aceptar el pequeño sacrificio, no ya de perder una corona, como Eduardo, sino tan sólo algo de prestigio, al casarse con la mujer que decía amar. Hitler pretendía no comprender, y para no agravar las cosas manifestó que la tiranía del protocolo prohibía el encuentro.

Fue igualmente inexorable cuando las visitas de Galeazzo Ciano, en razón sobre todo a la falta de discreción de los diplomáticos italianos, y también porque estaba celoso del prestigioso yerno de Mussolini. al que Eva no dudaba en calificar como de sencillamente adorable. Eva coleccionaba sus fotos, enrojecía evocando su encanto, su juventud, y reprochaba a Hitler que no vistiese con su elegancia. Por otra parte, Eva consideraba a Italia, país por el que realizó un viaje del que regresó encantada, como su segunda patria. En dicho viaje la habían acompañado su madre, su hermana y su amiga Herta, y los gastos corrieron a cargo, como regalo de cumpleaños, de Hitler, el cual puso a disposición de las viajeras un «Mercedes» de su parque de automóviles.

Eva, llena de despecho, permaneció en su ventana para fotografiar con teleobjetivo todas las fases de la visita de Ciano. Incluso consiguió una hermosa foto de los dos hombres de Estado en la ventana del gran salón. Habiendo notado Ciano la figura de la muchacha, tuvo la impertinencia de preguntar su nombre a Ribbentrop. La respuesta del colega, como cabía esperar fue evasiva, y Hitler envió inmediatamente a un guardia de las SS para que ordenase a Eva cerrar la ventana. Eva plasmó gráficamente el episodio en su álbum de fotografías.

Así pues, se consiguió encañar a Ciano, ya que en su célebre diario no hace alusión alguna a la Braun, y sí en cambio, a una tal *fräulein* Siegrid von Lessert. Esta omisión resulta para mí desconcertante si se considera el episodio siguiente:

Adolf Hitler visitó oficialmente Italia en mayo de 1938, devolviendo una visita de Mussolini. Fue su único viaje al extranjero como jefe de Estado, y la reproducción taquigráfica de las conversaciones celebradas nos indica que aquella visita al país italiano le había complacido en extremo, a pesar de que la familia real de Saboya le hubiese aburrido enormemente, y que considerase insoportables ciertos absurdos del protocolo.

Impresionó especialmente al Führer la inmensa sala del Mapamundi, en el Palazzo Venezia, donde tenía su despacho Mussolini, y, a su vez, él mandó construir su propio despacho con parecidas dimensiones. También quiso adoptar el método de los batallones de asalto italianos, que durante las maniobras disparaban con balas de verdad, y no con balas de fogueo, como hacían los alemanes.

Eva exigió ser de la partida, pues se consideraba una entendida en lo que a Italia se refería, y no podía privarse de participar en el *trionfo* de su amante. Hitler, halagado, accedió a este deseo, con la condición de que Eva acudiera con una adecuada compañía. Como papá Braun se oponía a un nuevo viaje de su esposa, -se eligió a una tal señora

Dreesen, propietaria del gran hotel Rhein, de Godesberg, pues la familia Dreesen había ayudado a Hitler en los comienzos, y éste quería tener alguna atención para con ellos. Así pues, Eva Braun, la señora Dreesen y el hijo de ésta, Fritz, formaron un grupo junto con el doctor Morell y el doctor Brandt —entonces médicos personales de Hitler—, y sus esposas respectivas. Bajo diversos pretextos, el grupo en cuestión quedó integrado en la numerosa comitiva oficial de Hitler. Digamos que durante este viaje, los contactos personales entre Eva y Hitler, fueron extremadamente raros. Ella no asistió a ninguna de las recepciones oficiales, y debió contentarse con asistir de lejos al espectáculo.

En la víspera del gran desfile de la flota italiana, espectáculo que Hitler apreciaría considerablemente, Eva Braun recibió la visita de un funcionario de la policía de seguridad italiana. El incidente nos ha sido contado por Fritz Dreesen, que no asistió a la entrevista. Esta se celebró en la habitación del hotel Excelsior, de Roma, donde Eva Braun se hallaba alojada, y la madre de Fritz fue quien le relató lo sucedido. El funcionario había solicitado a Eva y a su grupo que se abstuvieran de asistir al desfile naval, o de trasladarse a Nápoles, ya que según informes de la policía, ciertos elementos trataban de perturbar aquel acto de amistad germanoitaliana atentando contra la vida de los acompañantes del Führer, entre los que figuraba Eva Braun, puesto que nada podían hacer contra Hitler, demasiado bien vigilado. El funcionario agregó que se trataba de una advertencia de orden general, y pidió que no se hablase de ello al Führer, para no inquietarle.

No parece haber quedado constancia de tal actuación en los ficheros de la policía italiana, y tampoco podría decirse si el funcionario sabía realmente con quién estaba hablando.

Al día siguiente, Eva y sus amigos subieron a bordo de una embarcación auxiliar para asistir al desfile naval. Hitler, como era lógico, se hallaba en compañía del rey y de Mussolini en la nave almirante. Para llegar a la pasarela, Eva y su grupo debieron cruzar entre una densa multitud, ya que los napolitanos gustan mucho de tales espectáculos y habían acudido en masa. Se produjo un movimiento entre la muchedumbre, y de pronto, la señora Dreesen lanzó un grito de espanto. La subieron a bordo, y al reconocerla el doctor Brandt, descubrió que había sido herida en un hombro. Con objeto de no suscitar ninguna alarma, se decidió permanecer a bordo durante el desfile, una vez el doctor Brandt hubo vendado la herida, con la ayuda del médico del navío italiano.

De regreso al Excelsior de Nápoles, el doctor Brandt comunicó lo ocurrido a Hitler. el cual, visiblemente impresionado, fue a visitar a la paciente, asegurándose, a la vez, de que nada le había sucedido a Eva. El incidente no tuvo repercusiones diplomáticas.

Pero ¿es realmente cierta la historia? Para Gretl Braun se trata sólo del producto de la imaginación de un muchacho que interpretó mal la efusión y la indisciplina de las multitudes italianas. Hubo ciertamente un pequeño tumulto, y al ser empujada la señora Dreesen sufrió una contusión en el hombro. Seguramente lo de la herida lo inventó ella más tarde.

Una tarjeta postal enviada por Eva a sus padres, decía lo siguiente: «Hemos asistido al desfile de la flota. Ha sido muy hermoso. Por desgracia, cogí un resfriado y tengo inflamada la garganta. Salimos mañana hacia Taormina y no hacia Capri.»

¿Por qué no iba Eva con el séquito oficial y, sobre todo, por qué Brandt y Morell se quedaron con ella? ¿Simples deseos de continuar las vacaciones, o necesidad de cuidar de la señora Dreesen?

En otra tarjeta postal, una de las que ofrecen como propaganda los hoteles (Eva había adoptado las ahorrativas costumbres de Hitler y prefería obtener gratuitamente incluso las tarjetas postales) y que envió desde el hotel Quisisana, de Capri, escribió: «Por fin hemos venido a Capri, pues el viaje a Taormina habría sido demasiado agotador para mí. He adelgazado mucho, estoy muy débil.»

Este malestar no quedó debidamente explicado, y se desmiente por las fotos del álbum de Eva, que nos la muestran con un excelente aspecto, acariciando las orejas de un asno en una de las callejas de Capri, o bien trepando por las laderas del Vesubio.

Los registros del hotel Quisisana demuestran, en efecto, que Eva Braun estuvo allí, pero nadie del personal recuerda si alguno de sus acompañantes necesitó una atención especial.

Atentado, accidente o simple pánico, lo ocurrido a la señora Dreesen no pareció inquietar excesivamente a Eva Braun, que en su álbum anota: «Hemos sacado una impresión formidable de los italianos; me hacen la corte, y al hablar de mí dicen siempre *la bella bionda*.

CAPÍTULO XIII

LA SEÑORITA «SIN VIDA PRIVADA»

Su excelencia el embajador Herbert von Dirksen llevaba en el bolsillo un mensaje escrito a mano por el primer ministro británico Chamberlain, mientras que el conde Johannes de Welczek había llegado de París para entregar una comunicación de Daladier. Al propio tiempo, también el embajador Hans Dieckhoff pretendía entregar una misiva de Washington, de parte del propio Roosevelt. Pero Hitler no parecía mostrarse especialmente inclinado a leer las cartas ni a ver a sus embajadores.

La crisis de los Sudetes, que debía terminar en Munich, acumulaba nubes cargadísimas de electricidad en el horizonte político, y los embajadores acreditados en Alemania se hallaban esperando en la antecámara; ni el mismo Ribbentrop osaba intervenir en su favor. Eva Braun asistía, como los años precedentes, a la feria de bayonetas y cruces gamadas que se celebraba en Nuremberg, y como estaba alojada en el Gran Hotel, la residencia de los embajadores, se dirigió a su amante en los siguientes términos:

—Jefe, no debes hacer esperar de esa forma a tus gentes, que vienen de tan lejos para verte. De tal amo, tales servidores.

(Eva se servía a menudo de proverbios para ilustrar sus razonamientos.)

Hitler, que aquel día se sentía con ganas de concederle cualquier cosa, hizo venir a su ayudante, el capitán Wiedemann, y después de asegurarse de que su Effie no le oía, dijo:

—Wiedemann, haga subir a esos zoquetes.

Relato este incidente, no para tratar de demostrar que Eva Braun se mezclaba en política y que jugó un papel, aunque fuera difuso, en las conversaciones que precedieron a Munich. Nada de eso; Eva no fue una Du Barry, ni una reina Luisa de Prusia y mucho menos una María Antonieta.

¿Debe uno sacar la conclusión, como hizo quizá un poco apresuradamente Trevor-Roper, que Eva Braun constituyó una gran decepción de la historia? El referido historiador, así como los que repitieron neciamente tal ocurrencia, parecen no haber calado hondo en el carácter de Hitler. Aquel hombre no era un libertino, como Luis XV, ni tenía el carácter endeble de Luis XVI, y, ciertamente, no se sentía inclinado a esconderse detrás de unas faldas, como Federico Guillermo III. Adolf Hitler no se dejaba guiar por nadie, y por eso ya desde el principio, tanto Goering como Hess, Goebbels y los demás, no tuvieron sobre él más que escasa influencia. Los resúmenes de las conversaciones celebradas en el cuartel general demuestran hasta qué punto el Führer se oponía e incluso ridiculizaba las ideas y sugerencias de Himmler y otros jefes del partido. Hasta

el mismo Bormann sólo se hallaba a su lado para ejecutar órdenes, y son muy pocos los que oyeran alguna vez a Bormann hacer una sugerencia de índole política. En cuanto a la influencia de Eva Braun, se ejercía en otros dominios, aunque su papel fundamental consistía en confortar a Hitler con su presencia física, con la seguridad constante de sus desvelos, por el simple hecho de que el Führer podía confiar en ella, sin que se fiara nunca de los demás.

«¿Cómo crees que me he comportado, señorita Braun, con los diplomáticos?», habría preguntado Hitler a Eva, y el «magnífico» con que la joven le contestó fue para él una recompensa tal vez mayor que las firmas que aparecían rematando el pacto de Munich. Y es que estos detalles de la vida íntima —y ello tal vez constituye la única justificación válida de este libro— nos revelan un aspecto de la historia muy distinto del contenido en una colección de documentos. Para Hitler, Munich no fue jamás una victoria, y hasta aseguraba entre sus íntimos que casi fue una derrota.

«Espero —declaró la víspera de la invasión de Polonia— que esta vez no habrá ningún patán que se entrometa en mis planes.»

No quisiera perderme en una digresión que me lleve lejos del objeto de esta obra, pero permítaseme decir que no hay mito diplomático más legendario que el de Munich. Escribo esto, pues, pensando en que los hombres responsables en nuestros días de los destinos del mundo libre —y hago alusión, sobre todo, a los funcionarios del Departamento de Estado norteamericano, y en especial a su jefe, Dean Rusk¹—, fundan toda su política, tan inconsistente, por otra parte, en aquella obsesión de Munich. Aquel Munich cuyos detalles se conocen principalmente por las historietas ilustradas de los periódicos dominicales y por los seriales de la televisión. Ciertamente es que tienen a su disposición los vastos archivos secretos de la Wilhelmstrasse, aunque personalmente tengo mis dudas acerca de la capacidad del señor Dean Rusk para leer un texto en alemán. Pero ¿qué valor puede uno asignar a un documento si éste no ha sido nunca leído por la persona a la que iba destinado? Hitler no tomaba en serio a sus embajadores, y en realidad sentía una aversión profunda hacia la carrera diplomática.

«Nuestros embajadores son unos incapaces; no saben nada, no entienden nada y se niegan a mezclarse con la gente del país en que residen», repetía con frecuencia Hitler a Eva, sentado en torno a la mesa del comedor de Berchtesgaden, en el curso de sus interminables divagaciones sobre el extranjero.

El capitán Wiedemann nos revela que justamente en la época de Munich, Ribbentrop tuvo que esperar varias semanas antes de poder ponerse en contacto con Hitler, el cual decía a su ayudante que inventase pretextos para no ponerse al teléfono cuando Ribbentrop quería hablarle. En tales condiciones, ¿debe concederse demasiada importancia a las anotaciones de Von Ribbentrop en los documentos referidos? Es lógico que un compromiso diplomático como el de Munich constituyera para él un triunfo, el primero que conseguía como ministro.

Pero Hitler debió de pensar de otra forma, pues tras la ocupación de los Sudetes, el general Von Reichenau dijo lamentándose: «Mi Führer, nuestros soldados aceptan un duro sacrificio, al obedeceros y ocupar estas provincias sin disparar un solo tiro». Otro general insistió: «Hemos llorado, mi Führer, cuando usted nos prohibió atacar el *blockhaus* checo».

¿Habría ganado Hitler la guerra si hubiese atacado, en lugar de pactar en Munich? Nadie puede pronunciarse a este respecto, pero yo mantengo algunas ideas especiales en ese sentido.

Volviendo a los diplomáticos, diré que un día en que Eva mencionaba su visita al Papa en Castelgandolfo Hitler relató una anécdota. (Debe aclararse que Eva viajaba a Italia todos los años y que había participado, sin que Hitler opusiera la menor objeción, en

¹ Dean Rusk era secretario de Estado cuando Nerin E. Gun escribió el presente libro (N. del T.)

una audiencia concedida a un grupo de peregrinos, haciéndose fotografiar con la tradicional mantilla negra. Cuando se aprende a conocer a Eva Braun, puede uno imaginar que para ella la audiencia fue, sobre todo, un pretexto para poder lucir la mantilla.) La historia me fue contada por Ilse, la hermana de Eva, presente durante la charla, y es del todo auténtica, ya que también se cita en *Conversaciones de sobremesa*. Hitler contó que un consejero de Embajada amigo de Hewel (Hewel formaba parte, en calidad de enlace del Ministerio de Relaciones Exteriores con el Cuartel General, del círculo íntimo del Führer, quien durante mucho tiempo había tratado de casar a Hewel, del que era muy amigo, con la hermana de Eva, Gretl, llegando a prometer a ésta que nombraría a su esposo embajador en Roma al día siguiente de la boda) se hallaba en la cúpula de la basílica de San Pedro en compañía de una americana, esposa de un funcionario de la Casa Blanca.

La dama aludida, después de haber comprado varias postales en el tenderete instalado en la cúpula, se decidió por fin a contemplar el paisaje. «*Good grief* —habría dicho la americana, y Hitler, que cuando quería hablaba algo el inglés, utilizó con aire burlón la expresión original—. ¡Qué sucias son las calles de Roma! ¡Qué estrechas y tortuosas, comparadas con nuestras magníficas avenidas de Washington!» El diplomático alemán, al oír aquello, parece que dejó plantada a la dama, sin despedirse de ella siquiera, descendiendo luego por la escalera, ya que ese día no funcionaba el ascensor.

—Aquel diplomático era un mal educado —exclamó Hitler— y merecía que se le enviase a un rincón de China. Nuestros diplomáticos deberían asistir a una escuela de buenos modales, antes de aprender las ciencias políticas. Una mujer hermosa tiene derecho a decir lo que piensa y lo que le parece bien. No espera que los hombres participen seriamente en una conversación con ella, y más bien cree que arden en deseos de complacerla...

Eva respondió entonces:

—Probablemente, mi Führer, fue eso lo que ocurrió. Tal vez vuestro ministro hacía una corte demasiado ardiente a la americana..., ya se sabe lo que es el sol y el vino italianos..., y ella le dio un bofetón, en realidad. Así es como se portan las americanas en las películas ante todo el mundo...

—Entonces, peor que peor —concluyó Hitler, riéndose—, pues un buen diplomático jamás demuestra en público sus sentimientos, y nunca debe emprender una conquista sin estar seguro de que va a conseguir un triunfo.

Ello es una prueba indiscutible de que Hitler se preparaba en 1938 para un conflicto armado con Checoslovaquia. En cuanto a su primer testamento privado —que no hay que confundir con los que redactó más tarde, en vísperas de su suicidio—, debe advertirse que dicho documento es poco conocido. Fue escrito a mano y fechado el 8 de mayo de 1938, es decir, un día después de haber decidido obtener una solución por la fuerza al problema de los Sudetes. Ese testamento fue depositado en casa del ministro Lammer, de la Cancillería del Reich. Hitler legaba su fortuna, sin que precisara la cifra, al partido nacionalsocialista, con la condición de que éste ejecutase cierto número de legados. La primera y más importante disposición concernía a Eva Braun. Hitler ordenaba que le fuera pagada una pensión vitalicia de mil marcos mensuales. Esta suma de mil marcos, incluso estimando que su equivalente actual fuera de mil dólares, resulta irrisoria. Cualquier divorciada de Reno recibe tres veces más. Pero era la más elevada del testamento. Hitler, que era un tacaño y que sólo contaba por céntimos, carecía en absoluto del sentido de la realidad cuando se trataba de dinero. Para él, mil marcos resultaba una cifra fabulosa. Si bien dejaba sumas parecidas a sus hermanas, a su hermano Alois y a unos pocos colaboradores, Eva era la que aparecía citada en primer lugar. Por lo tanto, puede afirmarse aquí, con certeza absoluta, que en mayo de 1938 sólo había una mujer en la vida de Hitler, y que esta mujer era Eva Braun.

El referido testamento que, digámoslo de pasada, es el primer documento de naturaleza oficial en que aparece el nombre de Eva Braun, no hace alusión alguna a un hijo o a otro beneficiario que pudiera haber sido considerado como hijo de Hitler. Debe suponerse, por consiguiente, que en 1938 el Führer no tenía ningún hijo o hija, pues en tal caso él, que había tenido una infancia tan difícil, no se habría desinteresado por su suerte. Hitler se ocupaba en este testamento de gentes que sin duda le interesaban menos de lo que le habría interesado un vástago suyo, fueren cuales fuesen sus puntos de vista acerca de la herencia biológica. En cuanto a la necesidad de mantener en secreto tal nacimiento, ello no tiene objeto, tratándose de un testamento destinado a no ser nunca divulgado.

La misma Eva ignoraba, si no su existencia, al menos la de una disposición que la afectaba en primer término y que confirmaba la certeza del amor que Hitler le profesaba. Saber de tal párrafo hubiese sido para ella un triunfo cien veces más precioso que todos los Munich del mundo.

De todos modos, con el correr del tiempo las atenciones iban acumulándose sobre ella, y después de la compra de la casita de Bogenhallsen y de su entronización como «secretaria» en Berchtesgaden, Hitler hizo amueblar para ella un apartamento en el edificio reconstruido de la cancillería de Berlín. También debe señalarse el viaje que Eva realizó a Praga, inmediatamente después de la anexión de Checoslovaquia. ¿Durmió Eva en la Hradschin, la conocida fortaleza de la Ciudad de Oro?

«Nunca me habló de eso —afirma su hermana—. Por otra parte, Hitler no consentía que Eva fuese a un territorio militarmente ocupado, pues no quería exponerla al menor peligro.»

Esta afirmación no tiene mucha validez, ya que Eva había acompañado al Führer a Viena. De todos modos, el palacio Hradschin no estaba en condiciones de alojar a mucha gente, y la mitad del séquito tuvo que dormir en lechos de campaña e improvisados. En tal situación, una mujer como Eva se habría sentido desplazada. Pero se conserva la fotografía tomada por ella y que muestra a Hitler mirando hacia la gran plaza de Praga desde una ventana del castillo. Por lo tanto, Eva tuvo sin duda que haber estado en la capital.

La pequeña historia nos cuenta que a raíz de la tumultuosa entrevista entre Hitler y el presidente checo Emil Hacha, éste se habría sentido indispuerto, y el doctor Morell le habría inyectado una de las drogas de su creación que habrían entorpecido aún más las facultades del pobre hombre, ya medio aterrorizado por las amenazas de Hitler y por el chasquido de los sables de los generales, que se mostraban ostensiblemente y en todo momento.

Theo Morell se convirtió, después de 1938, en uno de los médicos personales de Hitler, y ello —nadie lo había dicho hasta ahora— gracias a Eva Braun, que era amiga íntima de Hanni, la mujer del doctor Morell. Este, un hombre grueso y bonachón, gozaba de cierta reputación en Berlín y en Munich, principalmente por haberse especializado en el tratamiento de enfermos millonarios. Por ello le llamaban el *Kurfürstendamm doctor*². Había tenido como paciente al Kronprinz, y sirvió en las Indias como médico a bordo de un buque de cabotaje. Pero según Hitler, la mayor gloria del médico era la de haber preparado unos polvos que libraban a los soldados alemanes de pulgas y demás parásitos. Eva conoció a los Morell por intermedio de los Hoffmann, y parece ser que la madre, Franziska Braun, consideraba al médico como un verdadero mago, pues la trató con todo éxito, al igual que a Hoffmann, a quien curó de una enfermedad infecciosa. Así pues, fue probablemente Eva la que presentó el médico a Hitler, durante un fin de semana en Berchtesgaden.

² El Kurfürstendamm, calle elegante de Berlín

Hitler sufría entonces de una dolencia intestinal, y Morell le prescribió una cura especial de polvos e inyecciones, que eliminó las causas de la enfermedad³.

La correspondencia de Eva Braun nos revela que la pareja Morell la acompañó durante su viaje a Italia y que también estuvieron con ella en las *Reichparteitags* de Nuremberg. Eva escribió a su hermana proponiéndole trabajar para el médico milagroso, ya que Ilse había tenido que separarse del doctor Marx a petición expresa de éste. El médico judío, comprendiendo que la asociación de la hermana de la amante del Führer con un judío sólo podía acarrear complicaciones a los Braun, al tiempo que él corría el riesgo de ir a un campo de concentración, había terminado por sugerir él mismo dicho alejamiento.

Ilse insiste en que sus relaciones con el doctor Marx no eran íntimas, y afirma haber tenido gran amistad con la esposa del médico, por lo que lamentó profundamente aquella decisión. La nostálgica admiración con que aún hoy habla del laringólogo judío, hace que su interlocutor se pregunte si todo fue tan platónico como ella pretende hacer creer. El buen médico emigró a Nueva York y no traicionó el secreto de los Braun. Permaneció con la boca cerrada.

A causa de él —ya que Ilse lo hubiese considerado como una traición—, la hermana de Eva no quiso trabajar para el doctor Morell, decisión ésta que probablemente le salvó la vida. Además, la perspectiva de tres hermanas mariposeando en torno a Hitler no habría dejado de intrigar a más de un visitante ocasional, ya que Gretl estaba casi permanentemente con su hermana. A punto siempre de casarse —o al menos dando la impresión de que se disponía a hacerlo— con cada uno de los varones solteros del clan de Berchtesgaden⁴, Gretl terminó por contraer matrimonio con Fegelein, «el brazo derecho de Himmler». Si Ilse se hubiese convertido en la ayudante de Morell, habría podido hablarse de una «invasión del movimiento Braun»⁵, como dijo maliciosamente Goering en una ocasión. Advirtamos que semejante frase disgustó enormemente a Hitler, el cual advirtió a su paladín que metiera la nariz en sus asuntos, y no en los de los demás.

En una carta fechada a fines de agosto de 1937, Eva recuerda que «Morell debe estarme eternamente agradecido, si viene al Berg», es decir, al Berghof, en Berchtesgaden. Más adelante agrega: «Si el doctor Morell desea tratar al Führer, debe darse prisa, pues más tarde tiene que pronunciar sus discursos, y no dispondrá de tiempo.»

Así pues, gracias al apoyo de Eva —siempre servicial con sus amistades—, pero también a fuerza de intrigas, Morell consiguió reemplazar al doctor Brandt, el otro médico personal de Hitler. Por un curioso giro de los acontecimientos, Eva profesó hacia el final una gran admiración por el doctor Brandt, y trató vanamente de evitar su expulsión de Berchtesgaden, o al menos de atenuar su caída en desgracia. Es posible que Hitler estuviera celoso de las atenciones que a Eva Braun prodigaba el doctor Brandt, el cual, por su parte, se había casado con una encantadora campeona olímpica de natación, Anni Rehorn, a quien antes de cortejarla operó de la nariz.

Por el contrario, Eva perdió paulatinamente la confianza en el doctor Morell, al que acusaba de estar envenenando a su amante con sus potingues. Se sabe que Morell, víctima de una parálisis, murió en un campo de prisioneros americano, mientras que el

³ La familia Braun niega todo esto, pero aún hoy niegan muchas cosas que pueden comprometerles demostrando su participación voluntaria en aquellos acontecimientos

⁴ En las colecciones fotográficas de Eva existen al menos un centenar de fotos de su hermana, apareciendo siempre con un hombre diferente.

⁵ Juego de palabras. El vocablo «Braun», aparte de ser el apellido de Eva, significa también «pardo», color de las camisas nazis y símbolo del partido.

doctor Karl Brandt, juzgado en Nuremberg, fue ahorcado en la prisión de Landsberg, en circunstancias dramáticas.

Una vez en Berlín, Eva no pudo instalarse en su propio apartamento de la Cancillería más que a principios de 1939. Hitler le había reservado la antigua alcoba de Hindenburg, en la que destacaba una chimenea enorme dominada por un polvoriento retrato de Bismarck, y unos pesados cortinones en las ventanas, que los criados no podían descorder. Esta habitación, así como un tocador, comunicaban con la biblioteca de Hitler, pero no formaban parte realmente de las nuevas e imponentes construcciones de la Vosstrasse. Eva subía a su piso por la entrada de servicio —oficialmente era una más entre las numerosas secretarías que prestaban allí sus servicios—, y debía tomar la comida en sus habitaciones, sin poder circular libremente por el ala derecha a las dependencias oficiales. Raras eran las veces en que se la veía con Hitler, aunque es probable que se reuniera con él por la noche, ya que cuando Eva estaba en Berlín, el Führer se encerraba siempre con llave en su habitación.

En una ocasión, el Führer confesó a su secretaria: «Me aterra quedarme solo por las noches». Este temor infantil explica por qué Hitler insistía tanto, cuando estaba separado de Eva, para que las veladas se prolongasen indefinidamente, o la razón de que trabajase a menudo hasta el alba.

Cuando tomaba sus comidas con Eva, Hitler, inmerso en aquel ambiente mundano de noble austriaco, no lo hacía ante una gran mesa como la de Berchtesgaden, sino en su biblioteca, hallándose siempre presentes dos secretarías. Si Eva le pedía que le permitiese asistir a una de las aparatosas recepciones organizadas por él o por los altos dignatarios del partido, o bien a los fastuosos bailes de la temporada —y nada había en Europa tan espléndido como la vida social de Berlín, en vísperas del comienzo de la guerra mundial—, Hitler solía responder invariablemente:

—Effie, tú no estás hecha para esta vida mundana. Eres demasiado preciosa para mí. Debo proteger tu pureza... Berlín es una ciudad corrompida. Eres como una flor, y el mundo exterior un estercolero.

Eva obedecía, aunque a regañadientes. Se ponía furiosa al ver a Emma Goering aparecer fotografiada por todas partes como «Primera dama del Reich», y no perdonó jamás esta usurpación. Cuando Goebbels, en un discurso, proclamó que «Hitler estaba totalmente entregado a la nación y que no tenía vida privada», Eva dijo a todos los que encontraba, aun delante de Hitler, que de mala gana la dejó hablar:

—*Ich bin kein Privatleben.* (Soy la señorita «sin vida privada».)

En compensación, Eva se desquitaba visitando los mejores comercios de Berlín, comprando todo lo más caro y exigiendo una entrega inmediata. Su hermana cuenta que una mañana, vestida sencillamente como una mecanógrafa que aprovecha para hacer algunas compras durante la media hora de la comida, Eva se presentó en la casa Lederer, un comercio muy conocido en toda Europa especializado en artículos de cuero. Pidió que le enseñaran algunos bolsos, y la vendedora le sacó unos cuantos modelos baratos. Eva los apartó desdeñosamente, y señaló un espléndido juego que había en el escaparate compuesto de bolso, paraguas, neceser y otros accesorios.

—Señorita, eso es de cocodrilo legítimo de Madagascar —dijo la empleada—. Es un juego irremplazable a causa de la escasez de divisas y cuesta un ojo de la cara. En realidad, está en el escaparate como adorno, ya que nadie puede pagar lo que vale.

Eva le contestó, con tono glacial:

—No le he preguntado el precio. Quiero ese juego inmediatamente.

Como la vendedora vacilase perpleja, Eva agregó:

—Diga al gerente que venga.

Por fin, y con aire de duquesa, Eva ordenó:

—Que me envíen todo, este mismo mediodía, a la Cancillería del Reich, y que manden la factura a la secretaría particular del Führer.

Gerente y vendedora comenzaron a temblar, tanto más cuanto que al salir Eva del comercio subió a un gran «Mercedes» negro conducido por un chófer rubio de elevada estatura, con el uniforme de las SS. El mismo gerente acudió personalmente a entregar el paquete a la Cancillería, y agregó un magnífico ramo de flores que pagó de su bolsillo. Eva Braun contó llena de satisfacción lo ocurrido, y durante algún tiempo, al referirse a ella, todos la llamaban «señorita Cocodrilo».

El automóvil «Mercedes», un *cabriolet* de 3,2 litros, había sido ofrecido por el director general de la Daimler-Benz a Hitler, quien lo puso a disposición de Eva. Esta, sin embargo, recibió, al cumplir veintisiete años, otro coche, más pequeño, pero cuyo valor era inestimable desde el punto de vista sentimental, pues se trataba de uno de los primeros «Volkswagen». Hoy trata de pasarse por alto este detalle.

Adolf Hitler no sólo ordenó la producción masiva de coches utilitarios, sino que quiso demostrar a los americanos que era capaz de igualar a Ford, aquel Henry Ford que tanto le había alentado —moral y quizá financieramente— en sus inicios. Todos los alemanes, comenzando por los miembros del partido, podrían ser dueños de un «Volkswagen». Bastaba con pegar todas las semanas, en un carnet, unos sellos que valían uno o dos marcos —no lo recuerdo bien— para asegurarse su entrega. Eva no tuvo que pegar nada, claro está, y fue el mismo constructor del coche el que le regaló uno de los prototipos.

Los obsequios de Hitler eran siempre reflejo de la generosidad ajena. De todos modos, Hitler bien merecía aquel regalo, ya que la idea del «Volkswagen» fue suya, y participo activamente en los esfuerzos de producción, diseñando él mismo determinadas partes del coche. Pero la guerra impidió a Eva circular en el automóvil, que resultaba muy llamativo. El «Volkswagen» estuvo la mayor parte del tiempo encerrado en un garaje de Berchtesgaden, y en su testamento Eva lo cedió a su hermana Ilse. El «Mercedes» fue legado a su padre.

Eva Braun no era ya la chiquilla que esperaba en el andén de la estación con un abrigo a cuadros, sombrerito de colegiala y guantes de lana comprados en unos almacenes de saldos. Ahora se vestía en casa de una de las modistas más distinguidas de Berlín, la señorita Heise; sus zapatos venían de Ferragamo, en Florencia; la ropa interior le llegaba de París y los conjuntos deportivos procedían de las mejores casas de Viena. Cuando iba a Berlín, compraba sus modelos por docenas, y era terriblemente exigente durante las pruebas. Su elegancia tal vez hubiera hecho sonreír al «todo París», pero indudablemente maravillaba a la jerarquía nazi. No debemos olvidar que todos los grandes del régimen eran de origen modesto, y que las mujeres con las que se habían casado carecían de delicadeza, tenían gustos vulgares, modales deplorables, y, como suele acontecer a menudo, parecían aún más zafias cuando vestían atuendos de nuevas ricas. Eva las eclipsaba a todas, y Hitler se mostraba inmensamente orgulloso de que así fuera.

«Mirad qué elegante está la señorita Braun», solía decir. De todos modos, no podía evitar fruncir el ceño cuando Eva se pavoneaba con un modelo llegado de París.

«¿Lo has comprado de contrabando? —decía—. No tenemos divisas para esas tonterías. Las mujeres siempre quieren vestirse en el extranjero, y se niegan a reconocer que puede hacerse lo mismo en Alemania. Siempre queréis perfumes franceses; pero, veamos, ¿quién inventó el agua de Colonia? Nosotros.»

Eva se mostraba sorda a tales reproches, y cuando se trataba de modas, no hacía más que su capricho. Hitler pagaba las facturas, y hubieran sido necesarios diez años de sueldo en casa del fotógrafo Hoffmann para abonar algunas de ellas. Eva enviaba siempre las cuentas a Schaub o a Bormann. Aparte de ello, Hitler le daba también dinero, pues siempre llevaba encima sumas importantes. Cuando se le antojaba, sin más, sacaba

del bolsillo un fajo de billetes de cien marcos y lo introducía en el bolso de Eva. Esta jamás le pedía dinero directamente. En más de una ocasión, con el fin de no molestar a Hitler, o bien para no darle la impresión de que era una despilfarradora, retiraba dinero de su cartilla de ahorros para pagar a la costurera, esperando sin duda que Hitler le pagara la cuenta más tarde.

Antes de su traslado a la nueva Cancillería del Reich, siempre que Eva se hallaba de paso en Berlín solía alojarse en el hotel Adlon. La elección había sido hecha por Hitler en persona, pues no quería que ella fuese al Kaiserhof. Hitler solía ir a este hotel por las tardes a tomar el té y a escuchar un poco de música ligera. Como era de esperar, había un numeroso grupo de mujeres hermosas mirándole llenas de arrobos desde lejos. Parece ser que el jefe del comedor del hotel hizo una fortuna con las propinas que le daban las admiradoras para que las colocasen lo más cerca posible de la mesa del Führer. Algunas llegaban al extremo de acercarse a él para ofrecerle flores o tocarle una mano. En consecuencia, Hitler consideraba que no era aquél un lugar adecuado para Eva Braun, celosa como una tigresa de cualquier mujer que se acercase a su Führer.

En la primavera de 1967, logré convencer a Gretl Braun, después de mucho insistir, para que me acompañase al Berlín oriental con objeto de visitar la habitación que Eva ocupaba en el hotel Adlon. El hotel está parcialmente habitado pero sigue funcionando como tal. Se encuentra en la esquina de la Wilhelmstrasse y de la Unter den Linden y es la única construcción de los alrededores ya que el resto de la Wilhelmstrasse está prácticamente arrasado. La habitación donde se alojaba Eva Braun ha sido transformada en dependencia anexa de un salón de té, si bien resulta muy difícil determinar, a pesar de los testimonios, si se trataba precisamente de esa alcoba, ya que se efectuaron numerosas reformas.

Pero ¡qué desolación! Las paredes están desconchadas y no parecen haber sido pintadas desde hace una eternidad; las mesas oscilan en sus patas defectuosas, el suelo está lleno de grietas; no parece que la escoba sea utilizada allí más que en las conmemoraciones del nacimiento de Lenin, mientras que el té se sirve en unas tazas percutidas. No creo que el Gobierno de Berlín Oriental lo haga expresamente, sino que ése es el modo que tienen de administrar un hotel de lujo. Sentí deseos de escribir sobre la pared, que tal vez fue rozada por los rubios cabellos de Eva Braun: «*Sic transit gloria mundi*»...

Durante las comidas íntimas con Eva y las secretarías en la biblioteca de la Wilhelmstrasse, Hitler abordaba a menudo asuntos un tanto triviales. Hablaba de Churchill, al que llamaba «el eterno borracho», y de Roosevelt, que para él no era más que «un criminal». Sus juicios acerca de los restantes hombres de Estado eran igualmente fantásticos. Aseguraba que Kemal Atatürk poseía sangre germánica, y que era un kurdo de ojos azules. Como es lógico, nadie se atrevía a decirle que Atatürk había nacido en Salónica y que hizo, además, aniquilar a cierto número de tribus kurdas. Según parece, Hitler nunca llegó a enterarse de que el dictador turco era, al igual que él, hijo de un oficial de Aduanas. El Führer solía discutir acerca de su tesis relativa a las excelencias del método publicitario de la reiteración (Hitler habría hecho un gran papel entre los presidentes de las compañías publicitarias de Madison Avenue), e inquiría:

—Fräulein Braun, ¿por qué usa ese dentífrico?

—Porque me gusta —respondía Eva.

—*Falsch* —aseguraba triunfalmente Hitler—. Lo hace así porque ve por todas partes ese nombre en los anuncios, en los programas de teatro, en las páginas de las revistas. Para comprender, el público debe conocer. He ahí por qué en política es menester que repitamos las mismas cosas; el pueblo comprenderá entonces que lo que decimos debe de ser cierto, puesto que lo afirmamos una y otra vez.

También en la mesa, el Führer repetía incansablemente sus ideas acerca de los judíos. Eva Braun había crecido en una familia donde el prejuicio racial era un pecado. De

no ser así, Fritz Braun no habría tolerado que una de sus hijas trabajase durante tanto tiempo —y sobre todo después del advenimiento al poder de los nazis— en casa de un médico judío.

El doctor Marx, llegado el momento, consiguió emigrar siguiendo el proceso normal y sin valerse de la influencia de los Braun. Debe consignarse que Eva, en el curso de los dieciséis años que estuvo en relación con Hitler y aun en los momentos más sombríos de la persecución antisemita, no llegó a intervenir jamás para solicitar la conmutación de una pena.

«Eso no habría servido de nada —se defiende Ilse Braun—. Una vez pedí a Bormann que hiciera liberar a Arthur Ernst Rutra, un escritor judío al que yo admiraba, del campo de concentración de Sachsenhallsen, creo que era. Bormann me prometió, en presencia de mi hermana Eva, que se ocuparía de hacer lo necesario. Quince días más tarde me anunció hipócritamente: "Lo siento, pero su protegido ha muerto. Trató de huir, y loa centinelas dispararon contra él". Comprendí que cualquier actuación por mi parte habría obtenido el mismo resultado, y me abstuve en lo sucesivo, pues mi ayuda, en lugar de beneficiar a los judíos, habría acelerado su destrucción.»

Pero no olvidemos que Hitler no inventó el antisemitismo, sino que éste estaba ya arraigado, sobre todo entre la burguesía alemana. A este respecto, no puedo resistir la tentación de hacer notar que este asunto del racismo demuestra que la inteligencia humana —y nadie puede negar que Hitler era extraordinariamente inteligente— se niega a funcionar, lo mismo que una calculadora electrónica sin corriente eléctrica, cuando se enfrenta con determinado problema. Hitler ha muerto, pero el racismo prospera y en la actualidad es profesado inclusive por una mayoría de las víctimas de antaño. La condición esencial de toda teoría racista es la certidumbre de su propia filiación. Para considerarse descendientes de germánicos, judíos, romanos, árabes, dacios o hititas, debe tenerse la seguridad de que durante los últimos mil o dos mil años nuestras madres, abuelas, bisabuelas y demás antepasados, han tenido descendencia legítima. Lo cierto es que queremos creer, por el honor familiar, en esa ilusión monumental de que nuestras madres, hermanas y esposas han sido toda su vida unos modelos de virtud y fidelidad.

Hitler, que no deseaba tener un vástago, pues aseguraba que ningún hijo puede heredar las cualidades de su padre, sabía muy bien que su propia filiación era dudosa. Todos los hombres, y Hitler no constituía una excepción, reconocen en el fondo que por cada mujer virtuosa o fiel que han conocido, hubo un centenar que se dejaron seducir —o que hicieron lo posible para ello— fuera de los lazos matrimoniales, y que esas mujeres eran hermanas, esposas y madres de otros hombres. Es decir, un centenar o más de relaciones ilegítimas contra una sola honesta. Multiplíquese este factor por dos o tres mil años, y comprenderán que les pida que no me hablen de razas, o correrán el riesgo de que me eche a reír en sus propias barbas.

Volviendo a Eva, diré que constituía una excepción y que no se dejaba atraer por la dialéctica racista⁶. Incluso leía autores judíos, y poco le importaba si sus tonadas favoritas habían sido compuestas por músicos de sangre impura. Para atraerla a su causa, Hitler no hacía más que repetirle:

—Los judíos no son alemanes, ni pueden serlo. Son mis enemigos y, por consiguiente, debes considerarlos como tales.

¿Se hablaba de campos de concentración o de deportaciones en Berchtesgaden o en la Cancillería? Eso es lo mismo que preguntar si los Nixon hablan de lo que pasa en Sing-Sing o en Leavenworth mientras toman el desayuno en una terraza de la Casa Blanca. Eva Braun se mostraba tan indiferente hacia la suerte de los «enemigos» de Hitler, como un ama de casa respecto a la de los refugiados palestinos que malviven en

⁶ Esto no resulta extraño, si se tiene en cuenta que Eva Braun se educó en un convento católico (N. del T.)

tiendas de campaña desde hace unos veinte años en algunas zonas desérticas de Oriente Medio.

Eva viajó mucho durante el año 1939. Hizo un crucero con su madre y su hermana —su padre rechazó la invitación— a bordo de uno de esos buques de placer que iban a los fiordos noruegos. Estos cruceros ostentaban el lema de *Kraft durch Freude*, es decir, «la fuerza por la alegría» —aunque algunos irrespetuosos aseguraban que se trataba más bien de «la alegría por la fuerza»—, y estaban organizados por obreros, bajo los auspicios de una sección del partido. No era, ciertamente, un ambiente indicado para unos invitados del Führer, pero éste no reparaba en tales minucias, y lo importante es que esos cruceros no le costaban un solo pfennig.

También fue invitada Eva —siempre por cuenta ajena— al Festival Cinematográfico de Venecia. Pero su permanencia en el Excelsior, del Lido, fue de corta duración. Un telegrama la requirió con urgencia. Estaban entonces a fines de agosto, y corrían rumores de una guerra inminente con Polonia. Eva viajó en un coche cama de primera clase, pero pudo apreciar que el resto del tren estaba atestado de viajeros, que se producían unos retrasos inexplicables, que la gente llenaba los andenes de las estaciones. Eva observó también que su tren se cruzaba con otros llenos de soldados. Eran los primeros síntomas de una movilización en la que ella, como casi todos los alemanes, se había negado a creer.

Cierto es que Eva quería un Danzig alemán, y así lo prueba el hecho de que para el cumpleaños del Führer le hubiese regalado unos gemelos de oro con diamantes, en los que se veía la cruz gamada impresa sobre el escudo de la ciudad de Danzig. (Más adelante, Hitler usó siempre estos gemelos.) De todos modos, Eva había asegurado a su hermana que todo se conseguiría pacíficamente y que el asunto terminaría con tratados y canciones.

Ilse acompañó a su hermana a Berlín, pues Albert Speer, como capitoste supremo del Ministerio de Armamento, había ofrecido, a petición de Eva, un puesto de ayudante a la hija mayor de los Braun. Speer llevó a las dos muchachas a cenar a la Cancillería, ya que Hitler no hizo valer su prohibición debido a una excusa de Speer. Se celebraba una cena importante, a la que asistían Goebbels, Ribbentrop, Keitel y otros. A los postres, Hitler se volvió hacia Ribbentrop, al tiempo que inquiría:

—¿Lo digo?

Ribbentrop, vanidoso como un pavo real, sonrió y alzó el brazo. Entonces, Hitler agregó:

—No habrá guerra. Esta noche, Ribbentrop sale hacia Moscú. Vamos a firmar un pacto con los rusos.

En las horas fatídicas que precedieron a la guerra más devastadora de los tiempos modernos, Eva estuvo casi todo el tiempo cerca de Hitler. En su álbum pueden verse unas fotografías estremecedoras, tomadas con su pequeña cámara de aficionada, y cuyos comentarios, escritos de su propia mano, son aún más impresionantes. En una de ellas aparece Hitler al teléfono, escuchando a Ribbentrop, quien le comunica, desde Moscú, que el pacto ha sido firmado. En otra se ve a Hitler abrazando a Goebbels y a Bormann, y bailando lleno de alegría. Siguen luego las fotos de las reuniones y la pequeña nota de Eva: «A pesar de todo, Polonia no quiere negociar». Hitler, en efecto, hacía creer a Eva que eran los polacos quienes deseaban la guerra, y que el intratable embajador Lipski iba asegurando, por todas las Embajadas de la Tiergartenstrasse, que los tanques alemanes eran de papel y que la caballería polaca estaría en Berlín al término de la semana. Siguen unas fotos de Hitler y de sus lugartenientes, escuchando estupefactos por la radio la insólita noticia: ¡Inglaterra entraba en guerra!

Eva Braun y su hermana se hallaban en la Kroll Opera cuando, el primero de septiembre, Hitler anunció al Reichstag y a la nación que había invadido Polonia.

«Esto es la guerra, Ilse —había dicho Eva—, y él va a abandonarme. ¿Qué será de mí?»

Y cuando Hitler anunció que vestiría el uniforme gris verdusco «hasta la muerte», Eva se cubrió el rostro con las manos. En la excitación del momento —la Kroll Opera estaba llena de fanáticos—, sólo su hermana se dio cuenta de que Eva estaba llorando.

«Si le pasa algo, yo moriré también», dijo por fin a Ilse.

El rugido de los *Sieg-Heil!* y de las marchas militares parecía inacabable, y los altavoces multiplicaban aún más el coro de los clamores contra Polonia. Pero en el exterior, los berlineses se hallaban silenciosos como en un funeral. Los rostros aparecían sombríos y las mujeres apretaban el paso en dirección a sus casas, empujando a sus hijos delante de ellas.

Al salir de la Kroll Opera, el doctor Brandt manifestó:

—No se preocupe, *fräulein Braun*, el Führer ha dicho que habrá paz dentro de tres semanas.

—Sí —habría contestado Eva, como una persona a la que se acaba de ofrecer una aspirina.

«La guerra terminará dentro de tres semanas», parece que dijo Hitler. Lo que hizo asomar una sonrisa en el rostro de Eva. Pero aquella noche, en la Cancillería, ella mandó llamar al intendente de la casa, el grueso y bonachón Kannenberg y le dijo:

—He sabido por Goering —ya hemos advertido que en Berlín Eva no desempeñó más que un papel borroso— que hay en el puerto de Hamburgo unos barcos de carga llenos de conservas chocolate, café, vino y cosas parecidas. Envíe sin tardanza a alguien para que haga provisiones y las mande transportar al Berg, en Berchtesgaden. Hay que tener cantidad de todo en abundancia, pues lo necesitaremos durante largo tiempo.

Kannenberg cumplió esos deseos. Las provisiones fueron abundantes y duraron mucho tiempo. Las turbas bávaras, que en abril de 1945 saquearon el Obersalzberg en vísperas de la llegada de las tropas aliadas, aún encontraron gran cantidad de alimentos de excelente calidad en las bodegas y despensas de la casa de Hitler y Eva.

CAPÍTULO XIV

«VALKYRIE»

La Osteria Bavaria de Munich, aún sigue siendo un restaurante muy agradable, si bien su antiguo propietario no se encuentra allí. Ahora el establecimiento se llama Osteria Italiana. El pequeño jardín con un templete en el que se ve una estatuilla del dios Baco continúa siendo sumamente acogedor y todavía es posible sentarse en torno a la que fue la mesa de Hitler, en una estancia adyacente a las cocinas. Allí tenía él su tertulia, invitaba a sus hermosas amigas, y decidía los destinos de Europa mientras engullía un plato de fideos sin salsa o de ensalada azucarada, o un enorme vaso de «zabaione» sin Marsala.

En la primavera de 1935, una joven estudiante inglesa que apenas contaría veinte años, de elevada estatura —más de un metro ochenta—, rubia, mejillas sonrosadas y mirada triste como una miniatura de María Estuardo, solía tomar allí sus comidas. El objeto de sus estudios resultaba bastante vago para los demás, puesto que la muchacha

no hablaba ni tres palabras de alemán. Pero la camarera sólo advertía las propinas principescas que recibía de la inglesa, y con toda deferencia la colocaba ante la mesa situada frente a la que Hitler había designado como suya.

La estudiante inglesa visitaba a veces la casa de la princesa Hohenlohe, y por ésta había sabido que Hitler, al que deseaba ardientemente conocer, solía comer en la Osteria, único sitio en el que podía abordarle. Semejante persistencia se vio al fin recompensada, y un mediodía, Hitler, a quien sólo acompañaban sus ayudantes, sintióse intrigado por el gesto soñador de aquella muchacha que no hacía más que mirarle.

«Es una inglesa», le dijo su ayudante Schaub, quien barruntando la curiosidad de su jefe se había informado al respecto ante el propietario del restaurante. Fue la hija de éste quien me puso al corriente de estos detalles. Dicha señora, que durante mucho tiempo trabajó en el comercio, es hoy pediatra, y de tal modo se ve acaparada por sus criaturas, que sólo debido a mi insistencia consintió en hablar de un pasado que considera irreverente. También aludió a la criada que más tarde se llevó Hitler a Berchtesgaden como cocinera y a la que dotó espléndidamente una vez que aceptó casarse con el hombre que él le propuso. Como puede advertirse, Hitler hacía de casamentero hasta en las cocinas.

El Führer invitó a la muchacha a su mesa. La conversación se desarrolló trabajosamente, ya que Hitler no conocía muy bien el inglés, y la joven, como queda dicho, ignoraba totalmente el alemán. Más tarde ella realizaría grandes progresos, logrando hacerse entender en esta lengua con un ligero acento bávaro. El Führer sintióse conquistado por la joven desde el primer momento: se extasió con la finura de sus formas, la delicadeza de sus rasgos, la dorada cabellera y la dulzura angélica de su tez que traslucía la pálida luminosidad del coral claro que se extrae del golfo de Nápoles.

—Sólo las inglesas poseen un cutis semejante; es la lluvia inglesa, son los paseos bajo esa lluvia lo que crea ese cutis... —aseguró Hitler.

La estudiante, cuyo jersey de color azul formaba grandes pliegues sobre su liso pecho de amazona, enrojeció agradecida. Era ella la antítesis del tipo de mujer preferido por Hitler, lo que no impidió que la erigiera inmediatamente ante sus seguidores como el símbolo de la belleza germánica, una obra maestra racial que confirmaba su ambiciosa teoría de que la raza británica no era más que una derivación de la alemana.

El ayudante Brueckner, más práctico, objetó un día con aire de fastidio a propósito de la inglesa:

—¿Y si fuera un agente del servicio secreto que nos ponen por delante? Hay que desconfiar...

Hitler se echó a reír ocultando los oídos con una mano, ademán peculiar en él, al tiempo que respondía:

—Mi instinto me lo habría dicho. Jamás estrecharía la mano de un espía, aunque fuera uno de los nuestros y hubiese salvado al país... No, esa muchacha es de oro puro...

Así fue como Adolf Hitler conoció a Unity Valkyrie Mitford, aquella «Walküre» (Valquiria) de la que hablaba en términos tan desdeñosos y suspicaces Eva Braun en el diario íntimo que escribió antes de su segunda tentativa de suicidio. Eva tenía muchas razones para desconfiar, pues de todas las rivales que le hablan asignado, con razón o sin ella, Unity fue ciertamente la que estuvo más cerca de sustituirla. En efecto, después de aquel primer encuentro un tanto anodino de la Osteria, Unity Mitford entró a formar parte de la vida del Führer, y se la vio por todas partes, en Bayreuth, Berlín, Munich y hasta en Berchtesgaden.

Así, cuando Fritz Wiedemann regresó de Londres, donde se había entrevistado con lord Halifax en cumplimiento de una misión diplomática de especial alcance, y se dirigió apresuradamente al Berghof, en Berchtesgaden, le comunicaron que el Führer se hallaba demasiado ocupado para recibirle. Lo cierto es que Hitler estaba paseando por los prados

con la señorita Mitford. También existe una fotografía única del *Parteitag* de Nuremberg, mostrando a Eva Braun y a Unity Mitford, la una junto a la otra, en la tribuna de los invitados personales de Hitler.

No sólo Eva se encontró varias veces con tan aborrecida rival, sino que además y por indicación de Hitler, tuvo que hacerle los honores en las visitas que la inglesa realizó a Berchtesgaden. Eva se mostró siempre sumamente cortés con lady Mitford, como no podía ser de otro modo, pues había sido demasiado bien educada para permitirse la menor grosería.

Uno no puede menos de compadecer a Eva, cuándo iba a Berlín y debía permanecer recluida en sus habitaciones, emplazadas justamente sobre las cocinas de la Cancillería del Reich, pues, al no poder soportar el olor a comida, se veía forzada a tener siempre cerradas las ventanas, incluso en los días de más calor. Y también es digna de compasión a causa de sus amigas, de las secretarias —en especial la espléndida Gerda, de la que tan celosa estaba— y de todas las mujeres que mariposeaban en torno a su Führer, o de las que experimentaban una magnífica satisfacción contándole cómo el propio Hitler había intervenido personalmente para ocultar un escándalo en el que había tomado parte Brigitte Helm, la estrella de cine, o bien comentando cómo el Führer parecía mirar con buenos ojos a María Müller, o haciendo notar que se había mostrado particularmente galante en el curso de una fiesta organizada por los artistas en la Viktoriastrasse —fiesta a la que Eva no fue invitada jamás— primero con Jenny Hugo, y en la ocasión siguiente con Marika Roekk.

Se hablaba igualmente de los amores de Hitler con Marguerite Slezak, hija del famoso cantante Leo Slezak, colega de Caruso. Marguerite debió de sentirse atraída por Hitler durante bastante tiempo, y éste, a su vez, tuvo que interesarse por ella, ya que aún se conservan documentos en los que se deduce su intervención para procurar papeles cinematográficos a ella y a su padre. En 1940, en las oficinas de la Tobis-Filmkunst, adonde yo solía ir con frecuencia, se contaba que Marguerite Slezak intentó suicidarse porque el Führer desdeñaba su amor, y que sólo la salvaron en el último momento. Se comprende que Walter Slezak, hermano de la desdichada, que ha conseguido notable prestigio en Hollywood, pase discretamente por alto tales detalles, en el voluminoso libro de memorias consagradas a su familia.

Por su parte, Ciano habla en su *Diario* de Sigrid o Sigi von Laffert como la favorita del Führer en aquel momento. ¡Qué mal informados estuvieron los servicios secretos italianos! Sigi era en realidad una aristócrata de Mecklenburgo, nacida en Damaletz (Greifswald) cuyos padres habían perdido su fortuna, y a los que Hitler ayudó financieramente más tarde. Conoció ella al Führer en una playa del Norte, Heiligendamm, donde Putzi Hafstaengl, del que hemos hablado, poseía una finca. Hitler, a decir verdad, sintióse realmente interesado por Sigi. La baronesa Von Laffert tenía entonces diecisiete años y unos ojos de color azul oscuro, como el Báltico en una mañana de septiembre. Victoria o Tory von Dirksen, de la que Sigi era parienta lejana, oyó hablar del efecto, tal vez pasajero, que la joven había producido en Hitler, y tuvo la idea de llevarla a Berlín para introducirla en sociedad. Tal vez se sirviera de Sigi para congraciarse aún más con el Führer; así se producían las cosas en el Berlín de aquellos días.

No tardó la joven baronesa en hacerse notar en los salones del mundo diplomático. «Su busto era delicioso —recuerda el embajador Alfieri—; sus piernas eran largas y tenía la boca más pequeña del mundo, que jamás pintaba con carmín. Peinaba su cabello rubio claro en trenzas que disponía formando una corona.» Weidemann revela que, hallándose la joven internada en un sanatorio, recibió él de Hitler el encargo de llevarle veinticuatro rosas rojas. Este, bien por su eterna inclinación de casamentero, o porque quisiera devolver la tranquilidad a Eva Braun, trató antes de la guerra de hacerla casar con el embajador Von Hewel. No alcanzo a comprender en qué podría haber apaciguado aquella

boda los ánimos de Eva, ya que al formar Hewel parte del círculo íntimo del Führer, Sigi habría acudido más a menudo a Berchtesgaden.

Pero la baronesa prefirió irse a vivir a París, donde contrajo matrimonio con el hijo del conde Johannes von Welczek. Este último era titular en la Embajada de la calle de Lille, y en noviembre de 1938 fue objeto de un atentado por parte del judío Herschel Grynszpan, desatando así las terribles represalias antisemitas de la llamada «noche de los cristales».

En algún sitio que no recuerdo se me afirmó vagamente que una tal señora Von Laffert penetró en el bunker de Berlín durante la agonía final de 1945, en calidad de enlace de un SS destacado en la guarnición berlinesa; pero me ha sido imposible establecer si se trataba de esta misma Sigi, convertida en condesa Welczek, que de este modo habría querido compartir la suerte postrera del hombre al que un día había amado.

El escritor americano Musmanno afirma en su obra que «Sigi, mucho después del hundimiento nazi, protestó afirmando que jamás se habría casado con aquel déspota...» Claro está que esas cosas se dicen cuando «el déspota» ha perdido la guerra en lugar de ganarla.

Pero qué se tranquilice Sigi von Laffert, pues no presto ningún crédito a las afirmaciones de Musmanno. En cambio, sí me fío del capitán Wiedemann, testigo de la escena que paso a relatar y cuyo significado no escapará a nadie. Habiendo Hitler invitado a Sigi von Laffert a tomar el té en su casa de Berlín, le preguntó que «por qué no se había casado aún...» Sigi, alzando hacia él una mirada que era como un ardiente beso, dijo suspirando:

—Mi Führer, usted lo sabe bien... Usted sabe bien por qué...

En la Wilhelmstrasse se pensó durante algún tiempo —¿fue ésa otra de las absurdas ideas de Ciano?— en la boda de Hitler con María de Saboya, hija menor del rey de Italia. Puedo muy bien imaginar el semblante del pequeño rey Emmanuel la primera vez que le hablaron del asunto. Lo cierto es que no escaparon a la atención de Hitler las lánguidas miradas que le lanzaba la princesa, en ocasión de la visita al Quirinal, ni el hecho de que María le consideraba la viva encarnación de Lohengrin. De todos modos, y sólo con el ánimo de hacer especulaciones, resulta interesante relacionar este rumor con el pretendido atentado contra la vida de Eva Braun, en el puerto de Nápoles... ¿Acaso se pensó en deshacerse de la amante del Führer para ofrecer así el lecho vacante a la princesa real?

En sus confidencias a los íntimos, Hitler repitió varias veces que en el caso de que se decidiese a celebrar una boda de conveniencia, contraería enlace con la dama Winifried Wagner. Pensaba él, seguramente, que la unión de los nombres de Hitler y Wagner —para él no había nada más excepcional en el mundo—, debía asegurar la adoración de las muchedumbres germánicas durante los mil años que estaban por venir.

En realidad, Winifried sólo tenía derecho al apellido Wagner por haberse casado con Siegfried Wagner en 1915 (Siegfried era hijo único del compositor). Nacida en Hastings, el 23 de junio de 1897, Winifried era hija de un inglés, el periodista John Williams, y de una alemana, Emily Karop. Enfermiza desde su niñez, Winifried se trasladó a Alemania, viviendo en casa del matrimonio Lindworth, que fueron quienes la familiarizaron con la música de Wagner. A partir de 1923, Winifried se declara partidaria de Hitler, y éste, que consideraba a Wagner como a un dios y hasta trató de componer una gran ópera cuando contaba diecisiete años, visitaba con asiduidad a la familia. Los niños le llamaban tío y le tuteaban. Esos niños eran Wieland, Wolfgang, Friedelind y Veneras. Friedelind se refugió más tarde en Inglaterra, donde hizo juicios bastante severos acerca de su «tío»...

Con el fin de no alterar la celebración del festival de Bayreuth, Hitler acudía de incógnito a la pequeña ciudad, y se dice que ya entonces Siegfried Wagner no veía con buenos ojos las visitas de Hitler a su casa. Pero después de su subida al poder, el Führer

se convirtió en el mecenas oficial de la organización, y gracias a él la señora Winifried, cuyo marido había muerto en 1930, conoció repentinamente la prosperidad financiera y la gloria.

Bayreuth se convirtió en la capital musical de Europa, tal como había soñado Richard Wagner. Hitler pasó allí los días más dichosos de su vida de canciller y, hecho notable, renunció a sus actividades políticas mientras permaneció en Bayreuth, invitando a personajes ilustres, diplomáticos, periodistas, miembros de la alta sociedad, e incluso a Eva Braun, que vino varias veces a instancias de su anfitrión, lo mismo que Unity Mitford. Hitler no se alojaba en casa de Winifried, sino en un pabellón aislado, «Haus Wahnfried», pero solía ir por las noches, a pie y en traje de calle, a visitar a la familia amiga.

Por expreso deseo de Hitler, el festival siguió celebrándose durante la guerra. Anotemos aquí el detalle significativo de que Wieland, el hijo de Winifried, fue dispensado del servicio militar. Diremos de paso que la postrer visita de Hitler a Bayreuth tuvo lugar en el verano de 1940 y que la última ópera que presenció fue *El crepúsculo de los dioses*.

Unity Valkyrie Mitford¹ formaba parte de lo que de manera un tanto ambigua se ha dado en llamar el *estáblishment* británico. Su padre, el conde Redesdale, era par de Inglaterra y general en situación de retiro. Raras eran las veces en que acudía a la Cámara de los Lores, pero cuando lo hacía era para defender contra viento y marea sus privilegios feudales. ¿Acaso su escudo nobiliario no ostentaba el lema **God careth for us** («Dios cuida de nosotros»)? ¿No pretendía ser descendiente directo de Carlomagno? Tildaba de «hunos» a los alemanes, pero su actitud cambió por completo cuando por intermedio de su hija Unity trabó conocimiento con Hitler, en ocasión del festival de Bayreuth en 1936. Lo cierto es que este encuentro deleitó sobremanera a lord y lady Redesdale.

No puede decirse que este cambio de posición asombrara a los ingleses, ya que la noble pareja que formaba el matrimonio Redesdale pasaba por ser «espléndidamente excéntrica». Lady Redesdale, de soltera Sidney Bowles, llevaba a cabo una incesante cruzada contra los revolucionarios de todas las épocas y bautizaba a sus hijos según la inspiración romántica del momento. En efecto, el hecho de que su hija naciese cuatro días después de haberse iniciado la Primera Gran Guerra, la impulsó a llamarla simbólicamente Unity Valkyrie.

La mayor parte de sus siete hijos llevaron una turbulenta existencia. La primera hija, Nancy, se convertiría andando el tiempo en una reputada escritora de resonancia universal. En la actualidad reside en París. Pamela, la menos notoria, está casada con un profesor de la Universidad de Oxford y lleva una intensa vida social. Diane contrajo matrimonio con Brvan Guinness, uno de los miembros de la conocida familia del rey de la cerveza; su excepcional belleza hizo que se convirtiera en el personaje preferido de las revistas femeninas. En 1934 se divorció de Guinness, lo que motivó que su padre la expulsara temporalmente del hogar familiar. También Thomas dio pruebas de la misma rebeldía que sus hermanas. Deborah se casó con el duque de Devonshire, pues desde los tres años había venido alegando que un día se convertiría en duquesa. Lo curioso del caso es que el hermano mayor del duque era el marqués de Hartington, el mismo que contrajo luego matrimonio con Kathleen Kennedy, hermana del difunto presidente John Kennedy. El marqués encontró la muerte en Normandía, durante la Segunda Guerra Mundial. Su esposa, Kathleen Kennedy, pereció en 1948, en un accidente de aviación ocurrido en el sur de Francia. Uno no puede menos que imaginar que en el supuesto de que Hitler hubiera pensado seriamente en contraer matrimonio con Unity Mitford, ello le habría convertido en pariente de los Kennedy.

¹ Hitler le daba el tratamiento de «lady Mitford», pero en realidad la aludida jamás ha tenido derecho a ostentar este título.

Por su parte, Unity y la hermana menor, Jessica, adoptaron posturas revolucionarias desde la adolescencia. Cuando la primera entonaba a todo pulmón, desde una ventana de la residencia solariega de los Redesdale, el *Horst Wessel Leed* y el *Deutschland über alles*, Jessica se desgañitaba a los acordes de la *Internacional*. Y cuando Unity trazaba sobre los cristales la cruz gamada valiéndose de un diamante, a Jessica le faltaba tiempo para ornar con cortinas de color rojo los cristales de otra ventana. Unity había atestado la biblioteca familiar de retratos de Hitler y ejemplares de *Mein Kampf*, al tiempo que la hermana menor exponía los semblantes de Lenin y Trotsky y un ejemplar del Manifiesto del Partido Comunista.

Unity, a la que llamaban «Bobo» y también «Boud», había expresado desde los diez años su admiración por Alemania, negándose a estudiar el francés y a completar su educación en Francia, como era entonces habitual en el seno de las familias más distinguidas. Asimismo. Unity había sido expulsada del colegio y de una institución privada para señoritas de la alta sociedad. Pero sus padres imputaban tales incidentes a la «edad difícil» Incluso cuando Unity, después de ser presentada al rey, trató de transformar el baile de la corte en un mitin pro-Hitler, nadie concedió demasiada importancia a esa salida de tono de una adolescente.

«Lo que (Unity) quiere hacer es *épater la galerie*», argumentaba la madre de la muchacha. Para calmar sus instintos se convino en autorizar el viaje de Unity a Alemania. Pero cuando regresó a Gran Bretaña proclamando que no sólo había conocido a Hitler, sino también a Goering, Himmler y toda la plana mayor nazi, el asombro de su familia no conoció límites. No obstante, tanto lord como lady Redesdale se sintieron en el fondo halagados. (Ya he relatado en otra parte el encuentro de ambos con el Führer.)

En cambio, los habitantes de Swinbrook, lugar de residencia de los Redesdale, se mostraron menos complacidos y expresaron fervientes protestas cuando Unity empezó a saludar a todo el mundo con el brazo en alto y el *Heil Hitler* de rigor. La muchacha ostentaba también en la blusa la insignia del partido nazi, y a este respecto, su hermana Jessica cuenta que, en ocasión de un crucero que realizaron, el buque que las conducía hizo escala en Barcelona (a la sazón España era republicana) y poco faltó para que Unity fuera linchada por los exasperados transeúntes que se cruzaron en su camino.

En cuanto a Diane, la otra hermana, participaba también de los exaltados sentimientos de Unity, a la que acompañó en el viaje a la Alemania hitleriana, adhiriéndose asimismo al partido fascista británico de sir Oswald Mosley. A título de ejemplo diremos que Diane definía de este modo a Julius Streicher, el monstruo que fue colgado en Nuremberg: «Es un gatito adorable». Unity, por su parte, mandó una carta al semanario *Sturmer* —que la publicó— dirigida a Streicher, director del mismo, en la que alardeaba de sus sentimientos antisemitas diciendo: «Odio a todos los judíos».

Nancy desaprobaba cordialmente estas manifestaciones y, para eliminar toda posibilidad de matrimonio entre su hermana y Hitler inventó la figura de un antepasado de los Redesdale con sangre judía en las venas. Jessica alimentó por algún tiempo el proyecto de ir con su hermana a Alemania, hacerse presentar al Führer y entonces disparar a quemarropa contra el dictador con una pistola previamente escondida en el bolso. Pero al fin le faltó valor para tal iniciativa.

Jessica, a la que llamaban Dekka, era tres años menor que Unity, lo que ciertamente no sirve para explicar su adscripción a la ideología comunista. Se enamoró, sin participar a nadie su sentimiento, de Esmond Romilly, un sobrino de Winston Churchill, debido a que éste se había enrolado como voluntario en el bando republicano al estallar la guerra civil en España. Herido, Romilly regresó a Londres, donde Jessica logró trabar conocimiento con él, persuadiéndole al mismo tiempo de que retornara con ella a España. Pero no fue para combatir por la causa revolucionaria, sino para contraer matrimonio. La fuga de la muchacha causó enorme sensación en Inglaterra e incluso la hermana mayor, Nancy, se presentó en Bermeo, un puerto de la costa vasca, a bordo de un destructor de

Su Majestad británica, para exigir la entrega de Jessica. Por fin se celebró la boda y la joven pareja regresó a Inglaterra, emigrando luego a Estados Unidos. Esmond Romilly se alistó como voluntario durante la Segunda Guerra Mundial, encontrando entonces la muerte.

Jessica reside hoy en California y es autora de un *best-seller* titulado *The American Way of Death*, que alcanzó amplia resonancia.

En algunas obras históricas consideradas serias se alude a una dramática petición de lord Redesdale a Hitler para que sirviera de intermediario con el general Franco, pues según esta versión Jessica había caído prisionera de las tropas nacionales. Pero el hecho es producto de la imaginación. Lo único realmente cierto es que Unity Mitford anunció un día al Führer que su hermana había sido dejada de lado por la familia, pues «Dekka ha huido a España (y está) con los bolcheviques». Al parecer, Hitler hundió la cabeza entre las manos y dijo con un suspiro: «*Armes Kind*». (Pobre chica.)

Diane, divorciada ahora, decidió contraer matrimonio nada menos que con sir Oswald Mosley, el jefe de los fascistas ingleses. Por una de esas cosas que no presentan el menor atisbo de lógica, los nazis alemanes nunca trataron de establecer contactos con sus camaradas ingleses. Será Unity quien sirva de enlace. Ella organiza la boda de su hermana con sir Oswald en Munich; no, como se ha dicho, en la residencia de Hitler, sino en casa de uno de los amigos de éste. Hitler no actuó como testigo en la ceremonia, pero sí invitó a los recién casados a cenar a su domicilio. Después de haber sostenido una conversación con Mosley, el Führer comentaría:

—Es un tipo lleno de buena voluntad.

A lo que Unity respondió sin el menor recato:

—Mi cuñado, *mein Führer*, debe aprender de usted.

Y es que Unity no trataba de ocultar su intención de convertirse en la musa inspiradora del Tercer Reich. Recibió solemnemente la insignia del Partido Nacional Socialista —era excepcional que un extranjero se contase en las filas de una organización tan fanática— y Hitler le regaló un retrato dedicado y con marco de plata, que ella mostraba a todo el mundo y que colocaba sobre su mesilla de noche incluso cuando viajaba en coche cama. Su automóvil estaba adornado con banderas de la cruz gamada y de la Union Jack, y como una Juana de Arco de los tiempos modernos, proclamaba que iba a establecer una unión indestructible entre el «Lord de los mares» y el «Lord de las tierras», es decir, entre el rey de Inglaterra y el Führer alemán. Aseguraba que triunfaría, pues su nombre, Unity (Unidad), era todo un presagio.

A despecho de sus recelosos consejeros, Hitler tomaba muy en serio a la inglesita. Esta le hablaba de Inglaterra, país que él no conocía y sobre el que apenas había leído nada. El único libro inglés que le interesaba era el almanaque británico de las flotas de guerra.

Unity había tratado a Churchill, Edén, Chamberlain y lord Rothermere. Fue presentada en la corte, y contó al Führer precisamente lo que éste quería oír, que el Gobierno no representaba al país, que había un fuerte movimiento nacionalista, que la juventud admiraba al Führer, que los judíos eran los únicos que deseaban la guerra contra Alemania, que ellos habían comprado a los políticos, comprendido Churchill —al que Unity calificaba de «Enterrador del Imperio»—, y que Inglaterra y Alemania, si actuaban de acuerdo, podían gobernar el mundo. Era todo lo que los embajadores se negaban a decirle. De ese modo Hitler veía en Unity la prueba irrefutable de que él y su instinto tenían razón.

¿Pensaba acaso contraer matrimonio con ella un día, para consolidar aquella futura unión de imperios, o se contentaba con dejar que Unity alentase esa esperanza ilusoria? Adolf Hitler amaba a Eva Braun, o lo fingía, pero ese amor o ese afecto estaba subordinado a una razón de Estado, y del mismo modo que Napoleón amó a Josefina y se casó con María Luisa, hija del emperador de Austria, habría sido perfectamente

posible, si con ello Hitler se hubiese asegurado la buena voluntad británica, que contrajera matrimonio con Unity Mitford. Hitler siempre trató de imitar a Napoleón, salvo en sus derrotas. Unity Mitford, por su parte, se jactaba de haber triunfado en Munich, de haber inspirado el acuerdo que limitaba el armamento naval, y también de haber auspiciado la entrevista entre Hitler y Chamberlain. Trataba de dar confianza a los berlineses jurando que su país, Inglaterra, nunca entraría en guerra contra Alemania. Hitler fue uno de los que la creyó.

Pero llegó el 3 de septiembre de 1939, y el mundo de Unity Valkyrie Mitford se vino abajo como una choza bajo los efectos de un tifón del Pacífico. Una hora después de la declaración de guerra, difundida por radio, Unity fue a ver al *gauleiter* de Munich, Adolf Wagner, y le entregó un grueso sobre lacrado dirigido al Führer.

Wagner tenía muchas preocupaciones por delante, y sólo abrió el sobre después de haber telefonado a Hitler, que se encontraba en el frente de Polonia. Dentro del envoltorio se hallaba la insignia del partido, la foto dedicada del Führer, y una melodramática carta de amor. Este no se mencionaba en todo el escrito, pero se traslucía en cada frase: «Me siento destrozada entre mi lealtad hacia usted, mi Führer, y mi deber de inglesa... Nuestras dos naciones se han lanzado al abismo; la una arrastrará a la otra... Mi vida ya no cuenta...»

Hitler, que a esas alturas ya poseía cierta experiencia sobre las reacciones de las jóvenes dominadas por la desesperación, sobre todo si era él la causa principal, pidió a Wagner que fuera en su busca y tratara de apaciguarla; pero ya no fue posible hallar a Unity².

Sólo en la tarde del 4 de septiembre la policía recibe un informe del departamento de cirugía de la clínica de la Nussbaumstrasse en el que se especifica que una desconocida había sido recogida la víspera, sobre un banco del Englischen Garten (el gran parque situado en el centro de Munich), gravemente herida en la sien. La joven, a la que no se encontró documento alguno, se había disparado dos balas. Una estaba aún alojada en el cráneo y le había paralizado todo el sistema nervioso. El estado de la joven era desesperado.

Advertido Hitler, abandonó a sus generales para acercarse a) teléfono y ordenar que la muchacha, cuya identidad había establecido Wagner entretanto —se trataba en efecto de Unity— fuera atendida por los mejores médicos en la habitación más confortable de la clínica. Los gastos serían pagados por el Gobierno. Luego mandó decir a su representante diplomático en Berna que advirtiera discretamente a los padres de Unity acerca de lo ocurrido.

El famoso profesor Magnus trata a la distinguida paciente. Por el momento ésta se halla fuera de peligro, pero es necesario operarla con "objeto de extraer la segunda bala, que aún continúa alojada en la sien. Con motivo del súbito regreso de Hitler procedente de Polonia, el 10 de septiembre de 1939, el Führer visita a Unity, la cual parece no reconocerle. Exige al cirujano que la opere, pero éste vacila.

Durante varios meses Unity vive en un estado de inconsciencia. No habla y no parece reconocer a nadie. Hitler vuelve a verla y reitera sus órdenes de que la joven, que en teoría es ciudadana de un país enemigo, sea tratada principescamente. Eva Braun, a petición de Hitler y tal vez algo recelosa, hace enviar flores y se ocupa de comprar lo indispensable para el arreglo de la paciente. También interviene ante Morell para que éste participe en las consultas médicas con los doctores de la clínica.

Todo esto crea una atmósfera de misterio en torno a esa habitación 202, donde Unity Mitford parece querer refugiarse huyendo de la realidad. Las órdenes de Hitler son

² En ocasión de su último viaje a Inglaterra, Unity confesó a sus hermanas que en el caso de estallar la guerra se daría muerte. La joven se llevó consigo un revolver que había pertenecido a su padre.

estrictas. No debe trascender una sola palabra de lo ocurrido. Por fortuna, las enfermeras del hospital pertenecen a una orden religiosa, y las monjas saben respetar los secretos.

Hasta la primavera de 1940, Unity no da la impresión de haber recuperado un poco su estado normal. No doy mucho crédito a la anécdota relatada por la señora Schaub, esposa del ayudante de Hitler, que por encargo de éste debía visitar muy a menudo a la convaleciente. Dice ella que entregó a Unity la fotografía dedicada del Führer, así como la insignia del partido, y que la muchacha pretendió desgarrar la foto y tragarse luego la insignia. Más tarde fue salvada casi milagrosamente por el profesor Magnus, pero éste sigue negándose a operarle la cabeza, donde aún continúa la bala. Persiste el peligro, y si Unity Mitford muere, es posible que en Inglaterra se diga que Hitler ha hecho «ejecutar a su amante» para mantener oculto algún siniestro secreto.

En consecuencia, deciden mandarla de vuelta con sus padres. Se dispone una sección de un coche cama del tren Munich-Zurich, de forma que pueda instalarse a la enferma, y para que el doctor Reiser, que la acompañará con una enfermera, pueda operarla en caso de absoluta necesidad, durante el viaje. Un médico inglés se hallaba esperando en la estación de Zurich. Desde allí la enferma llegó a Inglaterra por el puerto de Calais. Más tarde fue operada, pero se guardó un silencio absoluto en torno a ella hasta el término de las hostilidades. Sólo en 1946 aparecen algunas fotos de Unity en las revistas de sociedad. Por fin, el 20 de mayo de 1948, el *Times* de Londres, dando prueba de una concisión poco habitual en esos casos, anuncia la muerte de Unity sin especificar ningún detalle.

Pero lo cierto es que Unity Valkyrie Mitford había dejado ya de existir para Eva en el mismo momento en que el tren de las seis salió de la estación de Munich el 16 de abril de 1940. Eva Braun, con el pretexto de acompañar a los Morell —el doctor supervisaba la asistencia médica— fue a la estación para asegurarse de que Unity ocupaba su compartimiento. Aquel alejamiento furtivo constituyó para Eva una victoria casi tan decisiva como lo fue para Hitler la toma de Varsovia.

APÉNDICE A LA EDICIÓN DE 1974

Diane Mosley fue la hermana favorita de Unity Mitford y su inseparable compañera en sus tumultuosos días en Alemania. Pero yo obtuve el privilegio de conocerla sólo después de que este libro se publicara en Gran Bretaña.

En 1929, ella conoció a sir Oswald Mosley, miembro entonces del gabinete británico, durante un baile que tuvo lugar en Londres; se casó con él en octubre de 1936, en Berlín, en la casa de Joseph Goebbels. Diane fue amiga de Martha Goebbels y Hitler estuvo presente en la boda, si bien no como padrino. Lady Diane siempre compartió, con gracia y valor, los momentos buenos o malos de la vida de su esposo y actualmente vive con él en París, en un magnífico *château* que fue, en tiempos, propiedad de uno de los mariscales de Napoleón.

Estoy convencido de que alguno de los detalles de este capítulo, tales como el supuesto antisemitismo de Diane y Unity, son totalmente contrarios a la verdad y me fueron confiados por un miembro de la familia demasiado imaginativo y poco escrupuloso. Pido disculpas por ello, aunque sea tardíamente.

Pamela Mitford se casó con el comandante de ala Jackson, un experto estratega. Winston Churchill escribe mucho sobre él en sus *Memorias*. Nancy Mitford se casó con el honorable Rodd. No sería correcto escribir simplemente que su hermano, Thomas Freeman-Mitford, fue un *play-boy*. El mayor Mitford, hombre encantador y muy competente, murió como un héroe en Birmania.

Unity Mitford no presentó Mosley a Hitler. La verdad es que algún tiempo después de estar casados Diane y Mosley, Hitler presentó Mosley a Unity, sin saber que ya se conocían y el parentesco que les unía. También es una realidad que los lazos entre Hitler y Mosley no fueron nunca muy serios. Este era, y es, un inglés muy leal y le creí cuando me declaró: «Yo hubiera luchado contra Hitler con todas mis fuerzas, si me lo hubieran pedido.»

La revelación de sir Mosley de que Hitler intentó presentarle a Unity durante una recepción nos muestra cuan importante era la posición de Unity Mitford cerca de Hitler. Según su cuñado, Mosley, el suicidio de Unity tenía una explicación política: «Ella amaba a Gran Bretaña, su patria, pero a la vez había desarrollado un gran amor por Alemania. La guerra entre estos dos países fue para Unity un desastre insuperable.» Hoy día muchos historiadores estarán de acuerdo. La bala en la cabeza no le fue extraída. Por ello, se recuperó parcialmente, pero nunca volvió a ser la misma persona, según me contó su hermana. Nueve años más tarde, en 1948, la bala se movió y ella abandonó la vida.

CAPÍTULO XV

«TSCHAPPERL»

Eva Braun arrojó atemorizada su cigarrillo, apenas encendido, por la ventanilla del tren especial, gesto imprudente, ya que el viento pudo haberlo devuelto al interior de uno de los treinta vagones que componían el convoy. Hitler acababa de entrar subrepticamente, como era su costumbre, en el vagón restaurante donde Eva estaba tomando una bebida en compañía de su amiga Herta Ostermeyer. Pero el Führer se hallaba demasiado excitado para advertir aquella infracción a sus órdenes, y vociferó:

—Fräulein Eva, de buena me he librado. Acaban de avisarme que un artefacto ha estallado en la cervecería de Munich donde he pronunciado el discurso.

Hitler, tradicionalmente, celebraba cada año con sus compañeros el aniversario del *putsch* abortado de 1923. En aquella víspera del 7 de noviembre de 1939, y pese a la importancia de la conmemoración, ya que era la primera celebrada en período de guerra, el Führer fue mucho más breve que de costumbre, sin que se haya sabido nunca la razón de ello, y abandonó la cervecería con gran adelanto sobre el horario previsto, hasta el punto de que Eva y Herta casi llegaron a perder el tren por presentarse a la hora anunciada. La noticia del atentado sólo llegó a conocimiento de Hitler cuando el convoy pasaba por Augsburg.

—Los dioses me protegen —aseguró Hitler—, y yo me burlo de esos insectos que tratan de hostigarme. Pero creo que hubo muertos y heridos. Es lamentable.

Eva, aterrada ante la idea del peligro que había corrido su amante, quiso permanecer con él en su departamento, y no prestó le menor atención a la frase relativa a los heridos y muertos. Hubo siete dignatarios nazis muertos y otros sesenta y tres fueron alcanzados por las esquirlas de la bomba de relojería. Sólo a la mañana siguiente,

cuando Eva llamó por teléfono a su hermana desde Berlín, se enteró de que su padre se hallaba entre las víctimas, y estaba en observación en un hospital de Munich.

Esto se debía a que Fritz Braun había cambiado repentinamente de bando, sin tomarse siquiera la molestia de informar a los suyos. El primero de mayo de 1937, es decir, apenas uno o dos meses después del altercado sostenido con su hija Eva por reprocharle ser la amante de Hitler, como anunciaba en la fotografía la revista checa, Fritz Braun se hizo inscribir en las filas del partido nazi, otorgándosele el carnet número 5.021.670, cifra que sin duda resultaba humillante, por lo elevada, para un futuro suegro del Führer. Pero también recibió —seguramente a sugerencia de Eva, con la que debió de reconciliarse— otro carnet verde, especial, con el número 1.488, que le asimilaba a los veteranos de la revolución. Gracias a este documento fue admitido en la *Bürgerbraukeller*¹, entre los fieles de la primera hora.

Así pues, cubierto de sangre y de polvo, con el uniforme hecho jirones, Fritz Braun fue socorrido por los equipos de las ambulancias. Eva lamentó mucho, evidentemente, la desgracia que había sufrido su padre, pero al mismo tiempo mostróse muy orgullosa de que éste hubiera dado, por fin, su sangre por el hombre al que ella amaba. Eva nunca supo que el autor del atentado, Georg Elser —llamado también Eller por el servicio de Inteligencia británico— fue tratado con toda deferencia en el campo de concentración de Sachsenhausen y en el de Dachau, donde yo le encontré. Elser pretendía haber sido pagado por la Gestapo para colocar aquella bomba que debía estallar justamente después de la marcha de Hitler, creando así el mito de la invulnerabilidad del Führer, y permitiendo de ese modo a Himmler deshacerse de algunos miembros del partido.

Más adelante, en abril de 1945, la Gestapo asesinó a Elser.

Volviendo a Fritz Braun, diremos que tiempo después explicó aquel cambio político por la necesidad de mantener la armonía en su familia y debido a las presiones que sufría por parte de las autoridades docentes, que no podían tolerar a un profesor que no estuviera adherido al partido. Esto no resulta convincente, pues su actitud hacia su hija Eva no denotó jamás una extremada solicitud, y en cuanto a sus superiores, ¿acaso anteriormente no había pensado en renunciar de sus tareas pedagógicas porque consideró que el honor familiar se hallaba en entredicho? No, el verdadero motivo era que Fritz Braun había llegado a la conclusión de que Hitler, después de todo, era un gran hombre, una especie de arcángel llegado de los cielos para salvar y guiar a la poderosa Alemania. Braun tendrá que admitir más tarde: «¿Cómo podía yo pensar de otro modo, viendo a Hitler liberar a Austria, Checoslovaquia y Memel, y conquistando París, Varsovia y Oslo?»

Durante los procesos que siguieron a la caída del Tercer Reich, Fritz Braun negó haber recibido atenciones especiales por parte del Führer. Afirmó no haber aceptado más que un reloj de oro, un perro, y, al cumplir los sesenta y cinco años, un descanso de catorce días en el Obersalzberg. Olvidó señalar que su esposa vivió allí a menudo, y que las fotografías de sus hijas demuestran que volvió a Berchtesgaden varias veces. Por otra parte, algunas cartas y el testamento de Eva hacen pensar que recibió bastante más que un perro y un reloj.

Pero la benevolencia que el Führer le dispensaba, se manifiesta, sobre todo, por su nombramiento como jefe del hospital militar de Ruhpolding —en eso se transformó el «Kurhaus» o casino—, con el grado de comandante de la reserva. Era éste un puesto estimable en una época en que por una minucia se enviaba a los alemanes al infierno blanco de Rusia, y donde la vida en las grandes ciudades suponía un riesgo continuo. En cambio, Ruhpolding sólo fue bombardeado una vez y por un aviador inglés que equivocó su blanco. Parece ser que papá Braun tenía bastante temor a los bombardeos, por lo que,

¹ Cervecería de Munich

gracias al Führer, pudo vivir la mayor parte de la contienda en uno de los últimos paraísos que quedaban en Europa.

La desaparición de la actitud contraria paterna reforzaba considerablemente la postura de Eva, que por aquel entonces figuraba ya como favorita indiscutible. Nadie más tenía el privilegio de poder invitar permanentemente a sus padres o hermanas al Obersalzberg, donde Gretl poseía ya su apartamento privado. Además, con la marcha de Unity Mitford, Eva se había librado prácticamente de todas sus rivales.

A partir del verano de 1940, Hitler dejó de acudir a los Festivales de Bayreuth, con lo que rompió sus contactos con la señora Wagner. Por otra parte, y a causa del clima de austeridad que había impuesto, decidió renunciar, asimismo, a las reuniones con las hermosas actrices de teatro y cine. Sus relaciones con Eva se hicieron más familiares aún, más tiernas y conyugales, podría decirse. La guerra, en lugar de separarlos, les unió mucho más, pues las permanencias de Hitler en el Obersalzberg se hacían ahora más prolongadas y frecuentes. Puede afirmarse, incluso, que cuanto peor marchaba la guerra, más se refugiaba Hitler en el Berghof, aunque evitase pasar allí los períodos invernales, sobre todo después del desastre de Stalingrado. La nieve le recordaba demasiado dolorosamente los acontecimientos en el frente ruso.

El personal de servicio en el Berghof se iba dando cuenta de que Eva no era allí una invitada cualquiera, por lo que comenzaron a referirse a ella como la «chefin», la mujer del jefe. Con el fin de evitar indiscreciones, nunca se hacía alusión en público a Eva, a la que entonces se contentaban con designar como «E. B.» Ella misma había compuesto un monograma que se encuentra en casi todas sus pertenencias, y en el que sus iniciales, E. B., aparecían formando un trébol de cuatro hojas. De vez en cuando, siempre que querían hacerla rabiar un poco, le cantaban *Landes mütter* (La madre del país).

Eva seguía diciendo «jefe» o «Führer» al referirse a: Hitler, aunque en ocasiones le designaba como A. H. En público nunca se dirigía a él por su nombre o título, pero generalmente le tuteaba. También Hitler la tuteaba, y se servía cada vez más de un diminutivo vienés, «Tschapperl», que quería decir «cosita». También la llamaba «Veverl» o «Feferl», variaciones austriacas de Eva, y «Effie», asimismo. Pero Eva no toleraba que los demás hicieran ensayos con su nombre, y había prohibido a Martin Bormann que la llamase «Ewe», como había intentado algunas veces con mala idea, pues Ewe venía a ser una variación hebraica del nombre.

Seguía Hitler acariciándole la mano a Eva, pero evitaba cualquier otra manifestación externa de afecto. Por las mañanas, cuando se encontraban en la planta baja; continuaban desempeñando la comedia de siempre. Hitler la saludaba ceremoniosamente y le besaba la mano. Cuando llamaba a la puerta de la alcoba de Eva, Hitler, que podía comunicarse directamente por su despacho, decía siempre: «Fräulein Effie, ¿estás vestida? ¿Puedo verte?»

¿Cuál era la naturaleza de sus relaciones sexuales? Hitler jamás habló de este tema con los demás, y Eva Braun era de una timidez extremada que resultaba incluso un tanto misteriosa, y abordaba muy raramente el asunto con sus hermanas o su madre. A los Braun, y ello provenía del ambiente en que se habían formado, no les gustaba hablar de esas cosas. Las pruebas tipográficas de este capítulo estaban ya en la imprenta cuando me llegó de una persona, la única calificada para expresarse en tan delicado asunto, un testimonio escrito que me permite proporcionar informes irrefutables. Mi informador se había decidido a hablar después de veintidós años de silencio; los tres años de esfuerzos continuados por parte de los interrogadores americanos, en las prisiones de Nuremberg y Landsberg, no consiguieron hacerle revelar los datos que voluntariamente me proporcionaba ahora.

Las relaciones sexuales entre Hitler y Eva Braun eran perfectamente normales. Sin duda no tenían la intensidad propia de las efusiones de los amantes latinos, pero podían

definirse como naturales, comparadas con las de cualquier pareja alemana. No olvidemos, sin embargo, que Hitler rondaba los cincuenta años, que se hallaba la mayor parte del tiempo ausente, es decir, separado de Eva, y que trabajaba hasta muy tarde por la noche, llegando a menudo a su alcoba agotado después de un consejo militar o de cualquier reunión de Gobierno. Tampoco el ambiente en que vivían era precisamente el de una luna de miel. Eva era una mujer sumisa y amante, pero no poseía un temperamento ardiente. Las mujeres de la familia Braun dan la impresión de ser muy sobrias y reservadas acerca de dicho punto. Cuando Eva se confiaba a su amiga, hablaba siempre de la preocupación que le producía la ausencia de su amante, del deseo que tenía de verle, de sus inquietudes y celos, pero raramente se refería al aspecto sexual.

La madre de Eva me ha confirmado que su hija era de «constitución estrecha». Por esta razón, Eva se hacía atender en Munich por un ginecólogo de renombre, el profesor Scholten. (Dicho médico murió en un accidente automovilístico, cuando regresaba de Berchtesgaden en compañía de Hería Ostermeyer, la amiga de Eva. Pero la señora Scholten, su esposa, se acuerda del tratamiento.) Eva se hizo operar por él a causa de una deficiencia de sus órganos; la operación, que requirió una cura especial y prolongada, pareció haber logrado su objetivo. Eva deseaba profundamente tener hijos, y por ser católica le habría repugnado recurrir a un aborto. Es del todo cierto que jamás los tuvo. Incluso antes de estar en posesión del informe médico, interrogué a las personas que habían conocido a Eva Braun, y todas me aseguraron que jamás pudieron observar que Eva se hallase en estado interesante. No había el menor indicio de que sus líneas se redondeasen. Por el contrario, parecía hallarse cada vez más delgada.

Eva trató por todos los medios de proteger su maternidad, y el hecho de saberse encinta habría sido lo único que la hubiera hecho capaz de resistir la ira de Hitler. Este último manifestó en numerosas ocasiones, refiriéndose a este punto: «No nos casaremos más que al terminar la guerra. Hasta entonces no quiero hijos. Nada de nacimientos clandestinos o ilegítimos. En tiempos de guerra me debo en primer lugar a mi pueblo.»

Herta, la mejor amiga de Eva, me asegura que ésta no creyó nunca hallarse embarazada, y jamás notó un retraso en su menstruación. De haber ocurrido un hecho semejante, la amiga estaba segura de que se lo hubiera revelado, ya que Herta era madre de dos niñas, y Eva le pedía algunas veces consejos de higiene íntima. Pero ¿cómo podían saber Hitler y Eva que sus transportes amorosos no tendrían consecuencias? El problema era relativo, ya que, como he dicho, sus períodos de intimidad eran más bien raros. Hitler, del que era conocida su repugnancia extrema por las enfermedades venéreas, podía utilizar ciertamente los anticonceptivos cuyo uso había aprendido en el ejército. Como ninguno de los médicos que le atendieron siguen con vida y tampoco Morell dijo nada al respecto, resulta difícil pronunciarse en tal sentido. Pero una mujer que frecuentaba el círculo de los allegados, me ha revelado que estaba segura de que Eva disponía de unas bolitas o píldoras que no se consumían por vía oral, pues la ciencia aún no estaba tan avanzada, pero que de todos modos eran muy prácticas y seguras. Estas píldoras —las «Blitzmadel»— se distribuían corrientemente entre los alemanes que prestaban servicio en el ejército germano destacado en París, y recuerdo haber visto una muestra de las mismas. El general Schmundt habría reclamado cierta cantidad al Estado Mayor del Ejército, enviándolas luego a Berchtesgaden. Señalemos, finalmente, que el propio Hitler reconoció públicamente hallarse al corriente de la existencia de tales métodos, ya que después de una de sus conversaciones en el cuartel general ruso, habló de la conveniencia de distribuir esas bolitas mágicas entre la población, a fin de limitar el exceso de nacimientos.

Convertida Eva Braun en dueña y señora indiscutible de Berchtesgaden, dejó de ser también la tímida muchachita recién salida de un colegio de monjas. Por el contrario, adquirió su propia dimensión, y aun siendo favorita o «amiga», se convirtió en una dama que superaba en encanto, elegancia y dominio de sí misma a todas las demás mujeres

del Obersalzberg. La edad la había hecho más hermosa, y las prolongadas esperas, los temores, la lucha continua contra las intrigas de «la corte» habían dado a su mirada cierto efluvio melancólico. Su imagen recordaba vagamente a una de aquellas damas florentinas que pintara Leonardo da Vinci.

«No era una maniquí salida de las páginas de una revista de modas —recuerda Traudl Junge, que la conoció en 1943—, y mucho menos la personificación del ideal de la mujer nazi que se exaltaba constantemente en las manifestaciones de Nuremberg. Su elegancia no era un reflejo de opulencia; por el contrario, era el resultado de su buen gusto y distinción. El cabello, aunque rubio dorado de por sí, lo llevaba teñido de dorado; empleaba muchos afeites, sobre todo comparado con nosotras, que casi no nos poníamos carmín en los labios por considerarlo poco germánico. Pero su maquillaje era hábil y realzaba aún más su belleza. Andaba con gracia, a diferencia de otras mujeres de los jerarcas del partido, que tenían andares de elefante. Debía de tener montañas de vestidos y zapatos, pues jamás la vi dos veces con el mismo atuendo.»

Eva, en efecto, coleccionaba zapatos, lo cual podía tomarse como una de sus aficiones. Los adquiría a montones en Italia, y luego los repartía con generosidad de reina a su madre, hermanas y amigas. Hitler se burlaba a menudo de los tacones italianos que estaban de moda durante la guerra. «Uno de estos días —manifestaba—, Ciano aparecerá por aquí con unos tacones como esos.»

Su perfume preferido era «Air bleu». Se afeitaba el vello superfluo, contrariamente a la costumbre de la mujer alemana de aquellos días. Extremadamente limpia, se bañaba dos veces por día. Prefería las combinaciones de seda, y sus prendas íntimas eran del mismo tejido, generalmente floreadas. Por el contrario, detestaba la ropa interior de algodón o de lana, bastante corriente por aquel tiempo. Nunca llevó faja, pero sí un cinto para sostener las medias, que eran siempre de seda natural y que los ayudantes de Hitler hacían traer desde París en abundancia (el nilón no era susceptible de hallarse en esa época y, por consiguiente, Eva jamás tuvo medias de dicha clase, aunque un historiador americano, afirma lo contrario). Sus camisones eran más bien cortos y siempre de seda italiana.

Eva, que poseía también una cantidad enorme de guantes, sentía predilección por las joyas, exceptuando las perlas. A menudo aparecía con un vestido negro extremadamente sencillo, pero los abalorios que ostentaba, bien fuera una pulsera o un collar de diamantes, llamaban la atención. Siempre llevaba pendientes, a pesar de que sus orejas no estaban perforadas.

Cito a continuación parte de una lista que ella misma confeccionó de las alhajas que poseía a fines de 1944:

«Sortijas, una grande y una pequeña; pulsera de esmeraldas rodeadas de brillantes; collar y broche, también de esmeraldas; broche de diamantes en forma de margarita; anillo, un reloj de brillantes, broche formando flores, otro anillo de brillantes; alhajas de berilos, integrados por un prendedor, una pulsera, unos pendientes, otro anillo y broche; pulsera de oro con zafiros y brillantes; un broche y un collar.»

La lista se alarga con treinta o más joyas valiosas, a lo que hay que agregar una docena de abrigos de pieles entre los que se contaban uno de marta cebellina, y otro de visón.

El conjunto de alhajas era modesto comparado con el cofre de joyas de la Pompadour, pero de todos modos resultaba impresionante para una secretaria que a los diecisiete años no tenía siquiera dinero para pagarse la entrada de un baile.

Oficialmente, Eva Braun seguía siendo secretaria, y en el año 1944 reanudó activamente su labor en el estudio del fotógrafo Hoffmann, adonde iba varias horas por día cuando estaba en Munich. Probablemente era éste un modo de matar el tiempo

durante las permanencias de Hitler en los frentes de guerra, pero sobre todo porque de ese modo escapaba a la ley que exigía la movilización civil de todas las mujeres alemanas. Hitler asignaba gran importancia a dicha ley y no quería dar la impresión de que hiciese excepción alguna. En consecuencia, Hoffmann había certificado que las actividades en Berchtesgaden y Munich de la secretaria Eva Braun contribuían a la buena marcha de la guerra.

Hitler insistía siempre en este hipócrita aspecto de las apariencias administrativas, y por ello Eva debía evitar, en tanto durase el conflicto bélico, servirse de su coche. Cuando viajaba a Italia, su pasaporte tenía que ostentar los visados y sellos correspondientes, y obtener las divisas por conducto normal. En una carta a su hermana, Eva exige que ésta le envíe cupones del racionamiento textil, si quiere que le mande un vestido. Esto no era más que un engaño.

«Se hacía arreglar el pelo al menos una vez por día —me cuenta Milla Schellmoser, la peluquera ayudante a la que un día encontré por azar en el restaurante del Türkenhof, el hotel situado cerca del Berghof— y se impacientaba y ponía nerviosa con facilidad. Quería todo al mínimo detalle, pero sus propinas me parecían más bien mezquinas.»

El peluquero personal de Eva en el Berghof, Bernhard, precisa que debía presentarse en la finca hacia las dos de la tarde y que durante las sesiones nunca hablaba de Hitler ni de política. Cuando Eva iba a Berlín, Bernhard la acompañaba, hospedándose en una estancia de la Cancillería.

Más tarde, Milla Schellmoser contraería matrimonio con Paul Roth, el peluquero de Hitler.

«Me hacía ir a medianoche —afirma Roth— para que le cortase el pelo, tarea a la que asignaba gran importancia. Por el contrario, solía afeitarse él mismo.»

En la intimidad, Hitler se comportaba como un burgués corriente. Usaba ropa interior de lana en invierno, cambiaba frecuentemente de camisa, se vestía solo y también se bañaba sin ayuda alguna. Sentía una especie de fobia por el contacto corporal —como le ocurría al Porthos de *Los tres mosqueteros*—. No permitía que sus sastres le tocaran, por lo que debían cortarles las ropas a ojo de buen cubero. Acostábase con camisón de noche. Eva, a la que no gustaba hablar de tales cosas, confesó, sin embargo, a una amiga, que había intentado en vano persuadir al Führer para que utilizara pijamas. Agregó Eva que en la noche del 5 al 6 de junio de 1944, en el momento de la invasión de Normandía, fueron a despertarle al Obersalzberg cuando ella y él se hallaban juntos. Hitler acogió la noticia con extraña alegría, y lleno de ímpetu, exclamó: «¡Al fin vamos a enfrentarnos con el verdadero enemigo!» Luego quiso correr hacia el salón para estudiar los mapas militares. Eva consiguió retenerlo a duras penas, haciéndole notar que un camisón de noche de algodón blanco no era el atuendo indicado para el guerrero supremo de la fortaleza europea.

Con el paso de los años, la dueña de Berchtesgaden había experimentado igualmente una profunda transformación moral. «Yo no reconocía a mi hermana», afirma Ilse Braun. Tal cambio había sido fomentado por Hitler, el cual dijo una vez: «No hay nada más hermoso que formar a una muchacha. Una mujer de dieciocho o veinte años se moldea como la cera, y es posible para un hombre marcar con su sello a una joven de esta clase. La mujer tampoco sueña otro tratamiento.»

Hitler la había marcado con su hierro, evidentemente. «Eva se hizo luego arrogante, tiránica y carente de todo tacto para con su familia»... «La vida con los grandes de esta tierra hace a una cruel y egoísta»... «Distribuía sus vestidos viejos con la prodigalidad de una reina»... Estas acotaciones han sido tomadas de un diario íntimo que Ilse Braun redactó en aquella época. En una carta escrita a Ilse, que siempre andaba escasa de dinero, Eva prometía enviarle «diez marcos» por mes. ¡Diez marcos! ¡Qué generosidad, qué desprendimiento!

Aseguraba ella que no podía pedir nada al Führer para su familia, pues «eso no debía hacerse». Quizá tratase Eva de pagar de ese modo la indiferencia y el no excesivo afecto con que la trataron. Uno se pregunta si las invitaciones al Berghof, la distribución de vestidos y zapatos a las mujeres de su familia, no constituirían una satisfacción, una confirmación de su triunfo; su manera de probar a los suyos que ella y sólo ella de entre las tres hermanas, había triunfado.

Como Ilse criticaba cada vez más la política hitleriana, Eva le había prohibido abordar tales temas en el Berghof, y una vez llegó a declarar: «Si el Führer te envía a un campo de concentración, no seré yo quien te saque».

El campo de concentración no era un tema prohibido en el Obersalzberg. Hoffmann hablaba a veces chistosamente sobre Dachau, haciendo reír a Hitler y Eva. (Durante mucho tiempo encontré monstruoso ese *galgenhumor*. Luego, mientras escribía este libro, oí continuamente por la radio y la televisión americana —y creo que lo mismo ocurriría por todo el mundo— a célebres actores cómicos burlarse de los fugitivos árabes que morían de sed en el desierto del Sinaí y ridiculizar su valentía. Aunque Eva se reía en ese sentido, no debe uno sacar en conclusión que era una inconsciente.) Durante los últimos años de la contienda, gran número de prisioneros rusos vagaban andrajosos por los alrededores del Obersalzberg. Después de su boda con un prominente miembro de las SS, Gretl Braun observó que algunos deportados de los campamentos vecinos iban a trabajar a casa de su marido, y cuando la casa de Eva en la Wasserburgerstrasse fue alcanzada levemente durante el bombardeo de Munich, un deportado de Dachau —él mismo me contó más tarde el suceso— fue enviado a trabajar allí y dijo haber visto a Eva Braun.

En una ocasión, estas conversaciones sobre campos de concentración y del tratamiento reservado a los judíos, estuvieron a punto de tomar un cariz dramático. El ayuda de cámara Hans Jung, que contrajo matrimonio con la secretaria particular de Hitler, Traudl Junge, y que después de la boda marchó como voluntario al frente de Rusia, donde murió, relató así el incidente: «Todos se hallaban a la mesa y Henriette von Schirach, que estaba al lado de Hitler, hablaba con él en voz baja, pero yo me encontraba detrás y oí su conversación: "Mi Führer —decía la señora Von Schirach—, he visto pasar por las calles de Viena a un convoy de judíos deportados. Era un espectáculo desolador; esos pobres infelices deben de ser terriblemente maltratados. ¿Lo sabe usted, mi Führer? ¿Por qué lo consiente?"»

Al parecer, Hitler no contestó, y después de un prolongado y violento silencio, se levantó de la mesa y marchó sin despedirse siquiera de los presentes.

En sus *Memorias* Henriette von Schirach, cuyo marido era «virrey» de Austria, asegura que se refería a los judíos holandeses. Puede que el ayuda de cámara Jung se haya confundido, pero creo que la señora Schirach decidió intencionalmente este pequeño cambio geográfico, ya que, lógicamente, el responsable era su marido, que como gobernador de Viena debió ser el primero en impedir unos crímenes que nadie podía ignorar. Yo recuerdo todavía mi paso por la Marienhilfestrasse de Viena con un atuendo de preso y las manos esposadas. (Henriette, además, era muy orgullosa, y exigía, por ejemplo, que en las funciones de ópera el telón no se alzase antes de que ella se encontrara en el palco imperial.)

Sea como fuere, el caso es que el episodio es auténtico, y que los Von Schirach fueron prácticamente expulsados de Berchtesgaden. Eva Braun, que no podía sufrir a Henriette von Schirach —la hija de Hoffmann— y que de buena gana se hubiera librado de su rival, dio una razón endeble sobre el motivo por el que la pareja había sido apartada de la «corte». Von Schirach, con el pretexto de llevar a cabo una misión de paz, habría pretendido trasladarse a Estados Unidos para visitar a sus padres. El Führer interpretó tal petición como un deseo de huir y de abandonarle, y se puso furioso.

—Ha sacado partido de los buenos tiempos —afirmó—. Y ahora que llega la tormenta quiere desertar.

De vez en cuando las conversaciones en la mesa eran algo más divertidas:

—Ponte derecho —le reprochaba Eva—. Pareces un viejo.

—Es que tengo unas llaves muy pesadas en el bolsillo, las de la caja fuerte —se justificaba Hitler—. Además, no olvides que pesan sobre mí un montón de preocupaciones.

Y luego añadía:

—De este modo quedamos mejor distribuidos, Tschapperl. Tú te colocas tacones para parecer más alta, y yo me encorvo para parecer más bajo, así armonizamos mejor.

—No soy tan pequeña —respondía Eva, ofendida—. Mido un metro sesenta y tres, como Napoleón.

—¿Sabes acaso cuánto medía Napoleón? —preguntaba Hitler, extrañado, pues evidentemente ignoraba ese detalle—. ¿Cómo lo has sabido?

—Cualquier persona culta lo sabe —decía Eva—. Lo aprendí en el convento.

Entonces Hitler iba a buscar una enciclopedia en la biblioteca y se perdía en disquisiciones acerca de la biografía de Napoleón Bonaparte.

Eva, que antaño mostraba absoluto desinterés por la política, se había vuelto ahora una partidaria acérrima del régimen nazi. Para ella la guerra estaba ganada de antemano, y no soportaba en su presencia la menor crítica sobre el Führer. Se negaba a admitir la realidad. Así, cuando viajaba, ordenaba que bajasen las cortinillas del vagón para no ver los pueblos y ciudades destruidos. También se levantaba y abandonaba la estancia cuando un combatiente que volvía de Rusia, aun siendo un amigo de la infancia, quería hacer un relato de la desolación y los sufrimientos del frente. Por otra parte, Eva intervenía ante Hitler cuando se trataba de problemas especialmente femeninos. Fue así como protestó contra la prohibición de bailar, alegando que eso contribuía a debilitar la moral del pueblo. En una ocasión, Himmler ordenó el cierre de las peluquerías de mujeres, pero Eva consiguió de Hitler que fueran abiertas de nuevo. Las mujeres alemanas tenían derecho a mostrarse hermosas para acoger debidamente a los maridos o amigos que regresaban con permiso. Igualmente logró que se retirase la ordenanza que prohibía a las amas de casa hacer sus compras en el mercado negro, «pues cuando procuran alimentar a sus maridos combatientes y a sus hijos, no hacen más que cumplir con su deber».

Una vez en Berlín, Eva tuvo que tomar el Metro y notó que los oficiales de uniforme permanecían sentados, mientras que ella iba de pie. Quejóse a Hitler, el cual ordenó a los oficiales del ejército que se mostrasen galantes con las damas en los transportes públicos.

Poco a poco, Eva iba saliendo de la sombra. Ya podía asistir a las festividades del aniversario de Hitler, el 20 de abril, y fue invitada a las recepciones que en honor de Mussolini se celebraron en Berchtesgaden. Cenó con los generales y se fue convirtiendo en la pequeña reina del Berghof. Durante las ausencias de Hitler daba fiestas y organizaba excursiones, a las que invitaba a sus amigos, entre ellos Beppo, Georg, Kate, Mitzi y su hermana Gretl. Y como es lógico, también viajaba. Iba con regularidad a Italia y anualmente pasaba un mes en Portofino. Su pasaporte muestra que su último viaje fue realizado en julio de 1942. Pero se abstenía de visitar los territorios ocupados, salvo una vez en que hizo una pequeña escapada a Bratislava, capital de la entonces nación eslovaca. Eva nunca fue a París. Cuando cayó la capital de Francia, Hitler la llamó por teléfono y le dijo: «Tienes que venir a ver esto. La Opera es algo maravilloso; haremos un desfile triunfal». Luego, Hitler cambió de parecer. Los peligros de un atentado durante un viaje a París, aunque fuera de incógnito, le parecían considerables. Y es que, en lo

concerniente a la seguridad de Eva, Hitler se tomaba unas preocupaciones tal vez excesivas. Le prohibía que esquiasse, por temor a que sufriera un accidente. No podía exponerse demasiado al sol para evitar el riesgo de contraer un cáncer. Nunca permitía que saliera sola, sino que tenía que hacerlo acompañada por un miembro de la policía criminal vestido de civil. Debía viajar siempre en compañía de un familiar o amiga, y más tarde Hitler pidió a Eva que no permaneciese en una ciudad que podía ser bombardeada por el enemigo. Exigía el Führer que el doctor Morell examinase con frecuencia los pulmones a Eva, pues su delgadez le inspiraba el temor de que contrajese una enfermedad del aparato respiratorio.

Segura de haber conseguido ya la conquista moral y física de Hitler, Eva Braun se mostraba también llena de solicitud respecto a la seguridad de su amante. Cuando éste se hallaba ausente, vivía ella con la constante preocupación de que le comunicasen una mala noticia desde el frente.

«Habíamos ido a bañarnos al Koenigsee, cerca de Berchtesgaden —cuenta Herta—. De pronto vemos acercarse al chófer en el coche particular. Eva inmediatamente se siente embargada por un presentimiento, ya que nos habíamos trasladado hasta allí en un autobús de Correos, a fin de evitar el empleo del coche en tiempos de guerra. El chófer anuncia el atentado, pero se apresura a decir que Hitler sólo había resultado ligeramente herido. Era el mediodía del 20 de julio de 1944². Llena de pánico, Eva vuelve inmediatamente al Berghof y trata de llamar por teléfono al cuartel general de Rastenburg, en Prusia Oriental. La comunicación se establece con lentitud, y Eva sufre una crisis de nervios. Por fin, Hitler se pone al teléfono, y confirma que se halla sano y salvo. Eva le dice: "Te amo, que Dios te proteja". Luego Eva se pone a bailar llena de alegría, y salta y llora. Pensamos después en la muerte del general Schmudt, en la forma de advertir a su esposa. Pero Eva, entretanto, se ha ido a refugiarse en su alcoba. Algunos días más tarde, Hitler le envía el uniforme que vestía en el momento del atentado. A la vista de la tela desgarrada y ensangrentada, Eva está a punto de desmayarse. Pero se sobrepone, pues no quiere mostrarse débil ante los demás. De nuevo va a esconderse en su habitación, llevándose con ella el uniforme hecho jirones.»

Existía una colección de cartas de Hitler a Eva Braun —muchas de ellas ilustradas con dibujos—, así como un librito azul en el que Eva, siempre ordenada y previsora, copiaba las que, a su vez, dirigía a su amante. La suerte corrida por estos documentos está envuelta en el misterio. La familia afirma que fueron destruidos en Berchtesgaden por un emisario de Hitler o por la gobernanta, Margaret Mittelsstrasse; mis preguntas a esta última sólo recibieron contestaciones evasivas. Tal vez cayesen en poder de los servicios de información del ejército americano, junto con los álbumes de fotografías y el diario íntimo, o quizá fueran destruidos por un soldado impaciente a la caza de recuerdos y al que no interesaban papelotes escritos en alemán. También es muy probable que esos documentos hayan sido guardados celosamente por personas que en su día esperan explotarlos. Yo he podido, gracias a las seguridades que di a su poseedor de conservar anónima la procedencia, conocer el texto de dos de estas cartas, escritas con ocasión del referido atentado. No pude fotografiarlas, sino tan sólo tomar algunas notas al leerlas. La carta de Hitler está escrita a máquina, pero no por una secretaria, ya que en ella se ven bastantes errores de pulsación. Su resumen es como sigue:

² Los conjurados asignaron a este atentado el nombre clave de «Operación Valquiria», y en un principio (hasta ahora no se había revelado el detalle) pensaron matar a Eva Braun junto con Hitler. El 11 de julio de 1944, el coronel Claus von Stauffenberg llegó al Berghof con una cartera en que llevaba una bomba de relojería, pero Hitler se ausentó inesperadamente. El 14 de julio volvió Stauffenberg a Berchtesgaden, pero por el camino recibió una contraorden, ya que Hitler convocaba una reunión en su cuartel general de Rastenburg.

«Querida Tschapperl:

»Me encuentro bien, no te inquietes, aunque tal vez un poco cansado. Espero regresar pronto y poder de ese modo descansar, poniéndome en tus manos. Estoy muy necesitado de calma, pero mis deberes hacia el pueblo alemán están por encima de todo. No olvides que mis riesgos no pueden compararse con los de los soldados del frente. Te agradezco tus pruebas de afecto y te ruego que des las gracias a tu honorable padre y a tu afectuosa madre por sus deseos y sus votos. Me siento muy orgulloso y te ruego les transmitas la seguridad del honor que para mí significa poseer el cariño de una muchacha que pertenece a una familia tan distinguida. Te he enviado mi uniforme del día de la desgracia. Es una prueba de que la Providencia me protege, y de que no debemos temer a nuestros enemigos.

»Contigo de todo corazón.»

La carta estaba firmada con las iniciales A. H., que pertenecían, indudablemente, a le mano de Hitler. Había también un gran dibujo obra del Führer —no puede dudarse de su trazo—, que representaba la barraca demolida después de la explosión de la bomba.

Debe consignarse como hecho curioso que el nombre clave de los conjurados era el de «Operación Valquiria», palabra que decididamente juega un notable papel en el destino de Hitler. En cuanto a la carta de Eva, escrita en papel azul con las iniciales E. B. en forma de trébol de cuatro hojas, pero sin dirección alguna, decía así:

«Amor mío: Estoy fuera de mí, desesperada, abatida y triste. No puedo vivir, ahora que sé que te hallas en peligro. Vuelve lo antes posible, pues me siento un poco trastornada. Aquí el tiempo es hermoso y todo parece tan tranquilo que me siento avergonzada. ¡Qué triste lo de Schmundt! No me atrevo a hablar a su viuda. Siempre te he dicho que no podría vivir si te ocurriese algo. Desde nuestros primeros encuentros me prometí seguirte a todas partes, incluso a la muerte. Sabes que sólo vivo para amarte. Tu

«Eva»

CAPÍTULO XVI

«SMOKE GETS IN YOUR EYES...»

Hitler tenía una idea bastante pobre de los norteamericanos, concepto que había adquirido principalmente viendo las películas de *gangsters* —sus preferidas— realizadas en Hollywood. Aunque era lector muy asiduo, había pasado por alto las obras sobre Estados Unidos, país que consideraba superficial, y estaba convencido de que los soldados americanos eran incapaces hasta de sostener debidamente un fusil en las manos. Incluso después de la invasión aliada, el Führer explicó sus reveses por el hecho de que los jefes militares de Estados Unidos eran casi todos de origen más o menos prusiano, como Eisenhower, Spaatz, Nimitz, y, adoptivamente, Patton. Cuando oyó hablar por primera vez de las WAAC¹, Hitler se frotó las manos y anunció: «Voy a mandar a los

¹ Auxiliares femeninos del Ejército americano.

más apuestos de nuestros SS. Tendremos hermosos hijos después de la batalla.» Sin embargo, se mostró pesaroso ante la clausura del Metropolitan en 1942, y dijo: «Es algo deplorable, un desastre cultural». Por el contrario, y según es sabido, detestaba a Roosevelt, al que consideraba un títere cuyos hilos eran movidos por siniestros intereses. Más indulgencia mostraba hacia Churchill, al que calificaba de «borracho del Imperio». Una vez aseguró a Eva Braun que no haría ejecutar a Churchill al terminar el conflicto, sino que le mandaría a una finca vigilada donde podría emborronar cuantas telas quisiera. En cuanto a Stalin, a los ojos de Hitler era un genio, maligno, desde luego, pero un genio al fin.

Hitler aludía con frecuencia a su propia retirada del poder, y se prometía pasar el tiempo pintando y escribiendo sus *Memorias*².

«Eva y yo nos casaremos —afirmaba—, viviremos en una hermosa casa, en Linz, desde luego, y no habrá un solo uniforme en mi hogar, nada que recuerde la guerra.»

Respecto a Norteamérica, había una época en la historia del país que, pese a todo, admiraba. Era la de la Prohibición «Sólo un pueblo joven podía tomar una medida tan drástica, pero tan necesaria», solía decir. Hitler era un antialcohólico militante, por más que no prohibía beber a los que le rodeaban, ni siquiera a Eva Braun. Sus fobias, en otros aspectos, eran innumerables. Aborrecía viajar en barco, pues se mareaba y casi no sabía nadar. Tampoco le gustaba montar a caballo y juró no volver a esquiar después que lo hubo ensayado. Como se ha dicho, era estrictamente vegetariano y nunca escuchaba la radio. Pero su mayor terror se relacionaba con el peligro mortal que suponía el uso del tabaco.

«Antes de que me retire —comunicó a la hermana de Eva—, voy a ordenar que todos los paquetes de cigarrillos que se vendan en mi Europa, lleven bien marcada la inscripción: "Peligro, el humo del tabaco mata; peligro de cáncer".»

Con frecuencia contaba que él mismo había renunciado a ese vicio cuando era muy joven, en Linz, al darse cuenta de que el dinero que gastaba en cigarrillos le privaba de asistir a las funciones de teatro. Manifestó que un día «estaba yo en el puente que cruza el Danubio y me dije: "Hay que terminar con esto." Entonces arrojé el cigarrillo a las aguas del río. Desde entonces, jamás volví a fumar».

El Führer trataba siempre de que los demás no fumasen. Las reuniones del consejo, las prolongadas charlas en torno a la chimenea y las recepciones a las que asistía, constituían verdaderas torturas. Hitler había llegado al extremo de mandar retirar los ceniceros de las habitaciones del Berghof y una de las hermanas Braun me asegura que Hitler examinaba sin el menor reparo el cuarto de baño de las mujeres, para asegurarse de que nadie iba allí a fumar a escondidas.

Eva le aseguraba que se abstenía de fumar, y continuamente hacía gargarismos a fin de que no la traicionase el aliento, ya que, de vez en cuando, fumaba a escondidas un cigarrillo. Una tarde en que Hitler había ido a su piso, Eva se hallaba fumando un cigarrillo en compañía de su hermana Ilse, de Goebbels y de Dietrich. El Führer se presenta de improviso; Eva, presa del pánico, esconde el cigarrillo sentándose encima, pues se encontraba en la parte baja de la escalera. Hitler no pareció darse cuenta de nada y a los cinco minutos volvió a marcharse. Pero el cigarrillo había seguido ardiendo y agujereó la falda de lana, la ropa interior y llegó a quemar hasta la piel de la joven. Durante varios días, Eva prefirió permanecer de pie la mayor parte del tiempo, a pesar de los ruegos de Hitler para que se sentara.

El odio de Hitler por el tabaco era tal, que llegó a destruir una foto de Stalin sólo porque en ella el dictador soviético aparecía fumando.

Una vez propuso el Führer un singular cambio a Gretl, la hermana menor de Eva, a la que llamaba «Colibrí» por ser la más pequeña.

² Por aquel entonces, Hitler había comprado un terreno en Linz y otro en Munich, para cuando se retirase del poder.

—Abandona el cigarrillo y te regalaré una finca —le dijo.

—Mi Führer —repuso sinceramente Gretl—, una finca sería para mí un gran placer, pero sólo uno, mientras que fumando experimento veinte pequeños gozos por día, gozos que se prolongan y multiplican.

El Führer prometió también el regalo de un reloj suizo de oro y joyas a las damas que permanecieran un mes entero sin fumar. Eva consiguió su reloj, lo mismo que una veintena de mujeres, pero sus hermanas Ilse y Gretl, y la amiga íntima de Eva, Herta, nunca fueron premiadas.

«Es porque las otras hacían trampas —manifestó Herta—. Mientras que nosotras confesábamos francamente nuestra debilidad.»

A modo de desahogo, cada vez que Hitler se deshacía en invectivas contra el tabaco, Eva se ponía a canturrear una de sus canciones norteamericanas favoritas, la que decía: «*Smoke gets in your eyes...*» («Hay humo en tus ojos».)

Algunas personas consideraban esta oposición al alcohol, la carne, el tabaco y la caza como una prueba de la humanidad de Hitler. Pero ¿cómo podía interpretarse el afecto excesivo que sentía por los perros? En una ocasión, el Führer invitó al Berghof al cirujano Sauerbruch, que estaba considerado a justo título como el mejor de Europa. Se supo entonces que Hitler había llamado al famoso cirujano para que operase a su perra «Bella».

No obstante, sus gustos por los animales eran un tanto especiales, pues hallaba estúpidos a los caballos, antipáticos a los perros «bulldog» y boxers, y evitaba acercarse a las tortugas, a los pollitos y a los gamos también. Odiaba a los gatos. Por lo general, la pequeñez de sus canes se contradecía con la grandeza de sus gustos. Luego sintió verdadera pasión por los perros pastores, desde que en 1921 le regalaron uno. No disponiendo de sitio suficiente para acogerlo, hizo que el perro fuera colocado en una perrera, pero el can vino a refugiarse junto a su dueño.

Cuando no exponía al auditorio del Berghof sus grandiosos proyectos para reorganizar los territorios conquistados —«pues los grandes hombres no se aprovechan del mundo, sino que lo modelan»—, como el de hacer residir a los alemanes en las ciudades del Este, obligando a los nativos que quedasen con vida a morar en el campo, Hitler hablaba maravillado de las proezas de sus perros. De la espléndida «Bella», de «Muck», un ejemplar igualmente admirable, pero que tenía el defecto de correr demasiado tras las perras y, sobre todo, de «Blondie».

—Esa perra lo aprende todo, me sigue como una sombra; es valiente, fiel y atenta. ¿Saben que «Bella» se alimenta de hierbas y que cuando estoy en el bunker tengo que hacer que se las traigan allí? Además, aunque en el interior no hay luz del día, «Bella» sabe exactamente la hora que es.

Eva Braun, que nunca quería quedarse muy atrás de su amante, tampoco escatimaba elogios referentes a los canes que ella misma poseía, y organizaba demostraciones sobre el grado de adiestramiento de los mismos.

Durante muchas veladas, el único tema de conversación en el Berghof fue el «casamiento» de «Blondie». Hitler, que como ya es sabido trataba de casar a todo el mundo no hacía una excepción con sus canes. Por fin invitó a Gerdi Troost, la viuda del profesor Troost, a que acudiera un fin de semana al Berghof, en compañía de su perro pastor macho. Por desgracia, «Blondie» se mostró esquiva con su galán. Cualquiera hubiese dicho que la perra participaba de la desconfianza de Eva hacia la señora Troost, de quien le habían dicho que en un tiempo coqueteó con Hitler. Por su parte, la perra del Führer prefería dejarse hacer la corte por un zorro que había encontrado en el campo.

La señora Troost tuvo que marcharse con su perro pastor, y Hitler deploró el incidente. Volvió a sentir alguna esperanza cuando le contaron que «Blondie» tenía relaciones con un perro pastor que vagaba por el lugar. La perra comenzó a engordar,

pero finalmente, Tornow, que estaba a cargo de la perrera, manifestó que no cabía esperar que hubiera maternidad.

—Puede que aquel perro estuviera desnutrido —afirmó Hitler—, ¡Ah, esta guerra! Tal vez «Blondie» tuvo un presagio de lo que podía ocurrirles a sus crías..

Eva adoraba a los niños, y en cuanto a Hitler, los quería del mismo modo que a sus perros.

«Ciertamente —me dijo Paula Hitler—, mi hermano buscaba la compañía de los chiquillos. No sabía resistirse a la súplica de unos ojos infantiles.» Una de sus primeras secretarias me contó que hasta quería adoptar a Harald Quandt³, el hijo del primer matrimonio de Magda Goebbels. Traudl Junge ofrece una versión algo diferente, a este respecto. «Yo sería un buen padre de familia —le habría confiado Hitler—, pero no quiero hijos. Los descendientes de un genio conocen enormes dificultades en la vida. Se espera de ellos que demuestren la misma capacidad que sus famosos padres. Eso difícilmente lo consiguen. En realidad, casi todos salen cretinos.»

Entre las páginas de los veintitrés álbumes de fotografías que nos quedan de Eva Braun —hay veintitrés, nada menos—, se encuentran algunos centenares de fotos que muestran a Hitler y a Eva Braun en ademán cariñoso con niños y niñas. Cierto es que Hoffmann hacía fotografiar tales escenas con fines de propaganda política, pero las obtenidas por Eva, que no estaban destinadas a la divulgación, prueban sencillamente que pasaban buena parte del tiempo en compañía de chiquillos. Esto resultaba comprensible en el caso de Eva, ya que no podía tener hijos propios, y así satisfacía sus instintos maternales con los hijos de otros. ¿O es que tal vez pretendía con ello atraerse más todavía a Hitler?

Herta, la amiga de Eva, se preguntaba a menudo si las invitaciones que le llegaban continuamente del Berghof no tenían otro objetivo que el deseo de Eva de tener siempre junto a ella a las dos hijitas de Herta, Úrsula y Gitta. Esta presencia de las pequeñas en el Berghof, la multitud de hipótesis formuladas al respecto, la paradoja de un Hitler ocupado en conquistar el mundo, que se hacía fotografiar continuamente con esas niñas, la asombrosa semejanza de la pequeña Úrsula, a la que apodaban Ushi, con Hitler y Eva Braun, han sido hechos que han provocado mi perplejidad durante muchos años. Con toda franqueza, he de decir que al proyectar la presente obra había pensado dedicar un capítulo entero a esa posible y desconocida hija del Führer. Por desgracia, todo quedó en nada. He consultado minuciosamente, durante largos meses, los registros civiles; comparé las fechas de permanencia de Hitler en el Berghof y en Munich, hablé con las comadronas, y toda filiación ha sido imposible de obtener. Incluso me entrevisté con Ushi, que hoy trabaja en una empresa de turismo de Biarritz. La ausencia de semejanza, en la actualidad, es evidente. Lo mismo ocurre con Gitta, que vive en Austria. (Los padres de ésta, por cierto, están disgustados con la hija, pues se ha casado con un hombre mucho mayor que ella. La vida es sólo una rueda que gira sin cesar.)

Los álbumes de fotos no eran para Eva sólo un pasatiempo de aficionada. Eran parte de su vida. Se veía obligada a dejarse ignorar por el mundo, a existir en la cara desconocida de la luna, pero lo cierto es que soportaba mal aquel alejamiento de la notoriedad, y por ello se preparaba para el futuro, para la historia, coleccionando de ese modo foto tras foto, creando la prueba irrefutable de su existencia. Eva dio en el momento de su suicidio, y antes, en su testamento, instrucciones precisas para la conservación de esos álbumes. Incluso confeccionó copias de los mismos que regaló en ocasiones señaladas a familiares y amigos. Después de su muerte, el escaso número de fotos personales que el mundo conoció provenían de aquellos álbumes regalados a sus allegados.

³ Quandt fue hecho prisionero por los rusos en 1945. Cuando fue liberado, dirigió el enorme imperio industrial de su padre, hasta que en 1967 murió en Italia, víctima de un accidente a bordo de un avión particular.

Aunque su padre y su madre no hablaban ya del matrimonio de su hija —eso había perdido importancia en una Alemania a la que estaban demoliendo desde el aire—, lo cierto es que Eva sufría siempre, según recuerda su amiga, al comprender el tremendo equívoco de su situación. Viniendo de una familia tan puntillosamente burguesa, y habiendo sido educada en un convento católico, no podía sentirse feliz fuera de los lazos matrimoniales. Su renuncia a ellos constituía un sacrificio que seguía pesando sobre ella considerablemente. Una anécdota relatada por Wiedemann pone de manifiesto sus remilgos en el aspecto moral. El ayudante de Hitler había propuesto a Eva que le acompañase a una fiesta que daba la princesa Stephanie de Hohenlohe, en el castillo de Leopoldskrone, cerca de Salzburgo (castillo que perteneciera también a Max Reinhardt). «No puedo aceptar, capitán —habría respondido Eva Braun—. Ya sabe usted que no soy una mujer casada.» (En realidad, Fritz Wiedemann reconoció con franqueza que en último caso no habría podido invitar oficialmente a Eva Braun a su casa, en presencia de su esposa.)

Eva nunca hablaba de casamiento con Hitler. Era demasiado sensata para abrumarle con este tipo de problemas. Lo más que hacía era insinuarle a veces la situación, cantando algunas tonadas de circunstancias.

Cuando, en efecto, no canturreaba *Smoke gets in your eyes*, era para sugerir algunas variaciones en materia de amor y matrimonio, primero en inglés, y después en alemán, con la música de su canción favorita: *Té para dos*.

Hitler la escuchaba complacido, haciendo caso omiso de la doble intención de las tonadas, y sin tener en cuenta que los creadores de la música y la letra de las canciones americanas no eran precisamente unos adeptos a la ideología nazi.

CAPÍTULO XVII

EL RETRATO DE DORIAN GRAY

Al no poder casarse con su favorita, y no habiendo tenido suerte con su perra «Blondie», Hitler quiso al menos realizar un buen matrimonio dentro de la familia, tanto más cuanto que las señales precursoras de una invasión angloamericana se hacían cada vez más evidentes, y al comprender que dentro de poco no iba a haber ocasión para fiestas en Berchtesgaden ni en otro lugar. En consecuencia, casó con toda brillantez a la hermana de Eva, Gretl, con un miembro de las SS, el general Fegelein, oficial de enlace entre Himmler y el Führer, lo que ya era de por sí algo importante. Por otra parte, Fegelein era muy amigo de Martin Bormann. Gretl mostróse encantada, y la familia muy satisfecha ante semejante honor, pues un general de las SS no era un cualquiera. Eva conmovióse ante aquella muestra de interés de su amante. Además, al convertirse en cuñada de Fegelein, su posición en la escala social daba un salto considerable hacia arriba. Ello le valdría ser presentada a todos, viajar sin inconveniente alguno en compañía de su cuñado —quien, por otra parte, era muy desenvuelto—, pudiendo éste conseguirle vestidos, perfumes y pieles que ahora, en su paradójica situación, se le hacía difícil obtener.

Aquel matrimonio no había resultado fácil de concertar, pues Fegelein, magnífico ejemplar de varón, tenía todas las mujeres de Berchtesgaden a sus pies —e incluso consideraba como enemiga mortal a toda fémina que se negaba a acostarse con él—; pero era extremadamente ambicioso, y la perspectiva de ser el cuñado del Führer, aun

morganáticamente, si así puede decirse, le llenaba de satisfacción. Desde el mismo día que siguió a su casamiento, Fegelein se comportó como tal cuñado; su arrogancia no conoció límites, llegando a inquietar a su amigo Bormann, que había sido quien le trajo junto a Hitler.

Gretl, con su temperamento de alondra, no era difícil de contentar en lo que a los hombres se refería, y así aparece fotografiada en los álbumes de su hermana con cerca de un centenar de muchachos, y siempre con un rostro diferente al lado. Según parece, rara vez desdeñaba un amorío. Incluso llegó a enamorarse de un diplomático americano. Hitler quiso que se casara al principio con Heine Hoffmann, el hijo del fotógrafo, pero no lo consiguió. El mismo Hoffmann, cada vez más dado a la bebida, fue apartado de la «corte» de Berchtesgaden.

Luego, el Führer sondeó a otro SS de su círculo, Fritz Darges, pero como no se prestara a la maniobra, Hitler, furioso, le envió al frente ruso. El candidato siguiente fue el embajador Walter von Hewel. Este era un personaje notable que gozó durante un tiempo de la confianza de Hitler, y que parece haber sido el único de los que le rodearon que se mostró leal y desinteresado. Había combatido a su lado cuando el *putsch* de Munich, compartiendo su cautiverio en la prisión de Landsberg. Excelente diplomático («Hay que serlo —decía él mismo—, para actuar de intermediario entre Hitler y Ribbentrop»), solía informar al Führer en materia de política exterior. Pero su tacto diplomático no fue suficiente como para aceptar el casamiento con Gretl Braun. Se casó con otra, y cometió el error imperdonable de no invitar a la boda a Eva Braun. Todo ello, así como algunas intrigas, exasperó a Hitler, el cual le mantuvo alejado de su presencia. Pero el fiel Hewel fue a reunirse con él al final, en Berlín, donde halló la muerte.

En cuanto a Ilse, la otra hermana de Eva, se casó sin intermediario alguno en Breslau, después de haber renunciado a su sueño de conquistar a Bruno Mussolini, al que idolatraba.

Otto Hans Hermann Fegelein, que contaba treinta y siete años en el momento de casarse con Margareta Franziska Braun, era hijo del propietario de un picadero de Munich que aún existe en la actualidad. Toda su vida había sido un apasionado de la equitación. Se decía de él en el Berghof —es decir, lo afirmaban aquellos que osaban contrariarlo— que había comenzado siendo mozo de cuadra, y que su lecho de bodas sería un montón de heno. Había participado en numerosos torneos ecuestres y ganado varias copas, consiguiendo diversos triunfos para los colores alemanes. La organización de las SS juzgó conveniente atraerse al apuesto joven, todavía más irresistible con sus llamativos uniformes, que causaban la admiración de las gentes sencillas.

Había sido condecorado con la cruz de caballero con hojas de roble, alta distinción, ciertamente, de haber sido conseguida en un acto de especial heroísmo; pero Fegelein la obtuvo por perseguir implacablemente a los partisanos de Eslovaquia, por organizar crueles represiones y por su labor en el campo de concentración de Theresienstadt. A veces admitía, con notable sinceridad, que era un miedoso, y que no sentía ningún deseo de combatir seriamente.

Bailarín consumado, muy desenvuelto en sociedad, no tardó en seducir a Gretl. Pero antes de su casamiento, él manifestaba por todas partes que la muchacha era «una gansa estúpida». Yo me pregunto cómo es posible que Gretl no se hubiese enterado de ello.

El casamiento civil de Fegelein y Gretl tuvo lugar el 3 de junio de 1944 en la Alcaldía de Salzburgo, siendo testigos Bormann y Himmler. La fiesta comenzó en el Obersalzberg. Hitler invitó a las familias Braun y Fegelein, así como a unos cincuenta invitados, y hasta pronunció algunas palabras a los postres. Luego la comitiva subió al Kehlstein, donde tuvo lugar la verdadera fiesta, la única celebrada en aquel pabellón que Hitler visitaba raramente. En tiempo de guerra, sólo estuvo allí dos veces; el día del casamiento de Gretl fue la última de ellas.

Había sido Eva quien insistió en que se diera cierto fasto a la ceremonia nupcial. «Quiero que esta ceremonia sea muy hermosa, como si fuera la mía», manifestó. Incluso hizo venir a una pequeña orquesta de aficionados integrada por los SS de la guardia, que con sus desastrados uniformes y su deficiente ejecución, no contribuyeron a dar demasiada brillantez al acto. Las fotografías de este casamiento, en el que se ve a Eva bailando y cantando —fue la única vez durante la guerra que Hitler toleró el baile en su casa— fueron distribuidas a todo el mundo por el fotógrafo Hoffman después de terminada la lucha, y dan la ilusión de que la vida de Eva no era más que una interminable orgía. Pero en 1944, las jornadas se sucedían tristes y monótonas en el Berghof. Hitler requería ser tratado con mucho tacto y se negaba a ver películas, por lo que había que proyectarlas en los sótanos. No quiso que Eva organizase un recital en el que tenía que intervenir Maurice Chevalier. En cuanto al régimen culinario era terrible, pero fuera de la mesa los invitados podían ir a buscar lo que quisieran a la cocina. En las despensas se encontraba café, no sucedáneos, así como cigarrillos, coñac y otras exquisiteces, lo que justificaba ampliamente una visita al Berghof.

El 20 de abril, fecha del aniversario de Hitler, fue festejado sin mucho brillo. Vestida con traje negro, Eva presentó al Führer los regalos, dispuestos sobre una mesa. Los de ella consistían en una bata de alcoba de color negro con ribetes grises, y la autorización para que la perra «Blondie» pudiera acompañar a su amo durante toda la jornada.

El Kehlstein, al que hoy se llama «El Nido de Águila» para encandilar al turista, o también «La casa de té de Hitler» (otra añagaza, pues Hitler nunca tomaba allí el té), fue construido con enormes piedras de talla, hasta el punto que tiene el aspecto de un blocao, y se halla a unos pocos metros de la cima del monte Kehlstein, de 1.834 metros de altura. En torno al mismo se aprecia el panorama espléndido de los Alpes. Bormann lo hizo construir con los fondos del partido y lo ofreció a Hitler como regalo de aniversario. Se calcula que costó unos treinta millones de marcos, y es un verdadero prodigio arquitectónico. Desde el Berghof se llega hasta allí por un camino increíble, todo asfaltado, que discurre bordeando precipicios a lo largo de unos siete kilómetros. La construcción de esta carretera se realizó en dos años, y en el curso de los trabajos perecieron veinte obreros. El acceso al lugar se realiza a través de un túnel practicado en la montaña, de ciento treinta metros de largo por tres de alto, y cuyas paredes están revestidas con mosaicos italianos. Luego era preciso subir en un ascensor dorado con ventilador y tocadiscos disimulados, en el que se había colocado, ante un espejo traído expresamente desde Venecia, un cojín de terciopelo rojo destinado a servir de asiento al Führer. Este, sin embargo, no se sentía a gusto en aquel ascensor; posiblemente temía que el cable se rompiera o que alguien lo cortase. Así se explicarían en parte sus escasas visitas al Kehlstein. También se dijo que no iba allí porque una vez arriba, la altitud hacía que respirase con dificultad.

El ascensor se detenía en un vestíbulo relativamente modesto, contiguo al comedor. Las habitaciones son de dimensiones normales, salvo el salón de té, que tiene una gran chimenea en el centro. Dicho salón se halla revestido de mármol de Carrara, y sus ventanales góticos dan hacia el sector alemán, mientras que desde la habitación que entonces fuera destinada a Eva Braun se divisa Austria. El refugio contaba con un despacho, dos alcobas con baño, dos cocinas, una estancia para los SS de la guardia y un enorme sótano. Una instalación obtenida de un submarino, garantizaba el suministro de electricidad. La magnífica terraza permitía tomar el sol al aire libre en verano, y en invierno podía transformarse en galería con calefacción.

Durante la fiesta de la boda de Gretl, Hitler se retiró temprano, pero Eva bailó y se divirtió toda la noche. Bormann bebió tantos «schnaps» que tuvieron que llevarle en una camilla a su casa. El champaña, que ni siquiera se ponía en hielo, era ofrecido continuamente por los criados. No se habló de política, aunque la invasión de Normandía tendría lugar pocos días después; no obstante, ya se barruntaba algo. Los invitados

parecían haberse olvidado de sus preocupaciones. Fue aquélla una fiesta estilo Kafka. Imaginemos a los invitados encerrados en una cárcel de piedra que cuelga de un picacho, ignorantes de que estaban casi todos condenados a muerte, y de que su ejecución tendría lugar en los doce meses siguientes. Algunos, como el actor Heini Handschumacher, no tuvieron que aguardar tanto.

Heini murió pocas semanas después, en un bombardeo de Munich.

Durante la celebración de la boda, la hermosa Darán, la secretaria que había contraído matrimonio con el general Erhard Christian, recuerda haber dicho a Ilse Braun-«Hitler ya no es más que la sombra de sí mismo».

En efecto, Hitler había envejecido. Tenía el pelo muy canoso («Me salen canas no por causa de mis enemigos, sino por mis generales», dijo una vez), las manos le temblaban, y su vista disminuía de día en día. Eva Braun debía entregarle a cada momento las gafas con montura metálica, pues sólo ella sabía dárselas de modo que Hitler se las pudiera colocar rápidamente con la mano izquierda. Con el fin de ocultar aquel cada vez más grave defecto de la vista, se construyeron unas máquinas de escribir especiales, con letras muy grandes, que le permitían leer los documentos en público, sin recurrir a las gafas. Guiñaba desagradablemente los ojos y su tez aparecía pálida como la cera. Sus ayudas de cámara recibían grandes envoltorios llenos de medicinas.

Eva se inquietaba y decía: «Estoy aterrada. La otra noche volví a ver al Führer y parece un anciano. Tiene aspecto de estar enfermo de gravedad.» Llamaba por teléfono a las secretarias y las preguntaba: «¿Cómo sigue?» Después añadía: «No quiero que me informe el doctor Morell: desconfío de él. Le odio. El Führer debe de tener enormes preocupaciones. Jamás me habla de sus cosas, pero mi instinto me dice que sufre mucho.»

A partir de la fecha de aquella boda celebrada en el Kehlstein, el organismo del Führer se deterioró sin cesar. El se negaba a reconocerlo, y las gentes que se hallaban a su alrededor, para halagarle, elogiaban su vitalidad. La propaganda de Goebbels difundía por millares las fotografías de un Hitler vigoroso, atlético; era como el «Retrato de Dorian Gray», aunque a la inversa. Allí no era la imagen, sino el hombre, el que se volvía decrepito por momentos.

El atentado del 20 de julio agravó aún más su estado su mano izquierda se vio atacada por unos temblores («Por suerte —hizo notar a sus secretarias— no es la cabeza la que me tiembla») y sentía dolores de cabeza casi constantes. Además, apenas si oía. Se hizo venir a un especialista desde Berlín, el doctor Giesing, el cual comprobó que tenía afectados los dos tímpanos. Era necesario proceder a una operación, que se llevó a cabo y dio buenos resultados. Luego Hitler atravesó un período de depresión. No se interesaba ya por nada, ni siquiera por la situación militar.

No obstante, la leyenda de un Hitler completamente histérico, que rodaba por el suelo víctima de convulsiones y mordía las alfombras, no tiene el menor fundamento, y forma parte de aquella otra superchería tendente a la creación de mitos históricos que señalan a Hitler como responsable de las derrotas alemanas. Hasta se dijo: «Hitler perdió la guerra que sus generales habrían podido ganar». La verdad, que podrá demostrarse un día, descubrirá que Hitler hizo la guerra que querían sus generales, y la perdió porque los militares americanos, ingleses y soviéticos se mostraron superiores a los alemanes. Aún recuerdo la sesión de 1940, en el Opera Kroll, cuando Hitler distribuía bastones de mariscal y títulos honoríficos a sus generales, que pomposamente le saludaban con el brazo en alto. Ni uno solo declaró entonces: «No tuve nada que ver con estas victorias; Hitler es el único responsable». Pero nada demuestra más claramente la incapacidad de los generales alemanes, que la conspiración del 20 de julio que tan mal prepararon ellos mismos y que fracasó totalmente en pocos minutos, cuando, con un solo regimiento bien mandado, incluso estando vivo Hitler, podían haberse hecho con el Gobierno. Esos generales, que deseaban deshacerse de Hitler no por patriotismo, sino para poder seguir

la guerra a su modo, eran al fin de cuentas unos cobardes. No cabe juzgar de otro modo su pusilanimidad y la del comisionado para llevar a cabo el atentado, Klaus von Stauffenberg, quien se preocupó tanto de proteger su vida, que no llegó a colocar la bomba en el sitio preciso, y que, presa del pánico, se dio a la fuga antes de asegurarse de si Hitler había muerto o no.

Volviendo al estado de apatía de Hitler, diremos que éste no salía de su marasmo más que para telefonar a Eva. Esta, totalmente trastornada, le pidió encarecidamente que la dejara ir con él al frente, donde Hitler se hallaba, para cuidarle. «Me moriría si te ocurriera algo», lamentóse ella por el teléfono. Pero Hitler se negó, pues no quería que sus soldados le echasen en cara privilegio semejante cuando llevaban varios años separados de sus familias.

Más tarde, el Führer confesó a Traudl Junge: «No temo a la muerte. Será para mí una liberación; desde mi infancia me acompañan siempre dos camaradas: la miseria y la angustia.» Fue Hermann Fegelein, el «cuñado» de Hitler, quien al regreso de su luna de miel con Gretl, transcurrida en un castillo de Austria que el Führer le había regalado, recibió de éste la misión de investigar acerca del atentado del 20 de julio.

Fegelein dio muestras de gran indignación, y habló de pasar por las armas a todo el Estado Mayor de la Wehrmacht. Lo que más le encolerizó fue no tanto el propósito que tuvieron los conspiradores de acabar con el Führer, sino el hecho de que al mismo tiempo pudieron haber liquidado al magnífico e insustituible personaje que era el *gruppenführer* Hermann Fegelein.

Este tenía motivos para sentir apego a la vida. Su mujer —ya encinta— había regresado a Munich para hacer compañía a Eva Braun; pero él se había agenciado una amante en el Obersalzberg, una actriz de teatro berlinesa cuya hermosa cabellera atraía las miradas de los hombres. Esta mujer ya tenía un hijo de Fegelein, pero ni siquiera había podido comprar la ropa del recién nacido porque el general no le daba nada. Por fin, Bormann se las arregló para echarla del Berghof.

Más tarde, y en la misma residencia del Obersalzberg, un centinela sorprendió, mientras hacía su ronda, a Fegelein en el lecho de una de las criadas. El escándalo fue difícil de acallar, y Bormann tuvo que intervenir de nuevo en favor de su protegido. Con objeto de que Gretl no se enterase de lo sucedido, adujo mil pretextos para impedir el inmediato retorno de la hermana de Eva a Berchtesgaden.

Con el enemigo a las puertas del Reich, el ambiente del Obersalzberg se había vuelto irrespirable. Eva sólo escuchaba la radio por las noches, para saber si la zona estaba amenazada por los bombardeos enemigos. Había maletas y bolsos de mano preparados para en caso de alarma refugiarse en los sótanos. Berchtesgaden se hallaba envuelto en nubes de humo artificiales, a fin de engañar a los aviadores enemigos y a los comandos paracaidistas, pues Hitler temía que intentaran apoderarse de él empleando el mismo método que utilizó para raptar a Mussolini.

Se construyeron trincheras en toda la zona, y asimismo se erigió bajo el Berghof un enorme bunker, al que se bajaba por una escalera de sesenta y cinco peldaños, tallada en la roca, que arrancaba del gran salón. En el bunker había una alcoba con baño para Eva, otra para Hitler y varias estancias más. Contaba con un sistema de defensas formado por reductos, cúpulas y rampas, y había túneles que daban a la otra vertiente de la montaña, facilitando de ese modo la fuga para el caso de que el Berghof quedase sitiado.

Cuando se hallaba en el Obersalzberg, Eva descendía de mala gana al refugio. Si estaba en el frente, Hitler llamaba por teléfono desde su cuartel general en las noches de alarma, y exigía que ella bajara al refugio. Pero si Eva se hallaba en Munich, en su casa, el Führer se estrujaba las manos y paseaba como un león enjaulado.

—Es valiente mi Eva, pero temeraria —manifestaba— La aplastarán junto con su casita. Yo le suplico que vaya a mi piso, que es mucho más resistente, pero es tan tozuda...

Por su parte, Eva se inquietaba cuando se encontraba in el Berghof y sabía que estaban bombardeando Munich, preocupada por la suerte de familiares y amigos. Inmediatamente llamaba por teléfono preguntando por sus allegados, y quería marchar sin dilación a la ciudad. Hitler se lo tenía prohibido. Pero en una ocasión, cuando le dijeron que habían muerto algunas amistades, Eva no pudo resistir más y se hizo llevar en coche hasta Munich, que estaba ardiendo. Regresó al Berghof llorando, despeinada, e hizo a Hitler —que se encontraba allí en ese momento— un relato patético del calvario que sufría la población civil. Hitler la escuchó con el rostro sombrío, y trató de consolarla ha-blándole vagamente de las represalias que tomaría con una nueva bomba capaz de aniquilar en pocos segundos una ciudad entera.

Esta visión de Munich herido de muerte —y todavía tendría que soportar bombardeos mucho más violentos—, o bien la alusión de su amante a la bomba atómica que los científicos estaban poniendo a punto, explica la drástica decisión que tomó Eva Braun el 26 de octubre de 1944. En tal fecha, Eva decidió redactar de su propia mano su testamento.

Por aquellos días contaba Eva treinta y dos años. El documento fue escrito en su residencia de la Wasserbürgerstrasse, y Eva utilizó el papel de cartas de su hermana Gretl, tachando su nombre, que figuraba en el encabezamiento de las hojas, para poner el suyo en su lugar. El documento es muy sencillo. Se lee la palabra «Testamento», y a continuación el nombre de los beneficiarios, así como una lista minuciosa de las joyas, vestidos, documentos y otros objetos que lega. Luego firmó «Eva Braun», simplemente.

Pocos días más tarde, Eva se dirigió a Leopolding para saludar a sus padres.

—Voy a reunirme con el Führer —les dijo—, pues quiero estar con él en la hora del peligro. Tal vez no vuelva a veros más.

Luego declaró a sus hermanas:

—Mi decisión está tomada. Sé que no moriré en el lecho.

Su hermana Ilse anotó en su diario que aquella Nochebuena de 1944 había tenido una pesadilla. Vio a su hermana Eva sobre una pira, sonriendo, pero rodeada de ratas. Luego un muro de fuego la ocultó de su vista. Ilse despertó sobresaltada. El enemigo estaba bombardeando la ciudad.

CAPÍTULO XVIII

DESCENSO AL AVERNO

El singular estandarte del. Führer, hecho de llamas y hierro, cuya cruz gamada se perdía entre los arabescos que el mismo Hitler había diseñado, y que no era sino una imitación lejana del pabellón inglés, no ondeaba ahora sobre la nueva Cancillería del Reich. Eva Braun se echó a temblar. Ignorando con apatía los edificios semiderruidos y las trincheras (éstas se habían cavado no porque se creyeran necesarias —desde

Napoleón ningún enemigo había hollado la capital del Spree—, sino a modo de bravata, para proclamar que los valerosos habitantes de la ciudad estaban dispuestos a defenderla), Eva sólo tenía una preocupación: ¿Estaba Hitler todavía en Berlín o había partido hacia uno de sus nuevos cuarteles generales, en Ziegenburg o en Bad Nauheim?

Pero recobró la confianza cuando al trasponer el umbral del antiguo palacio Zossen —el arco de la Wilhelmstrasse no podía ser franqueado a causa de un enorme boquete en la calzada— advirtió que el Führer se hallaba allí, aunque había renunciado a la formalidad de hacer ondear el estandarte que señalaba su presencia en la sede del Gobierno. ¿Pretendía con ello engañar a los aviadores enemigos, que de conocer la presencia de Hitler se ensañarían todavía más con Berlín, o bien se temía que la población de la ciudad, las viudas, los huérfanos, los mutilados, los hambrientos, asaltarán la Cancillería como hizo el pueblo de París un 10 de agosto, asaltando las Tullerías durante la Revolución francesa para pedir cuentas? ¿O acaso Hitler se ocultaba sencillamente por sentirse avergonzado de haber transformado la capital de los Mil Años en un campo de ruinas?

Eva no pudo resistir la vida en Berchtesgaden desde que supo que Hitler había sido operado por el profesor Eicken de un quiste en una cuerda vocal, y que ahora no podía hablar. Al no poder entender lo que él le decía por teléfono, sintióse acometida por el pánico. ¿Y si padecía cáncer? Faltaban pocas semanas para la Navidad, y Eva quería pasar las fiestas con Hitler. Este había llegado desde su puesto de mando en el *Adlershorst* —el nido de águila— situado en el Taunus. Vino en tren (con las cortinillas bajas durante todo el trayecto, para no contemplar las escenas de destrucción que encontraba a su paso), con objeto de hacerse operar en Berlín.

Cuando llegó Eva, el Führer se hallaba en una reunión y ella subió a sus habitaciones e inmediatamente llamó a la modista Heise (cuyos talleres habían quedado destruidos por las bombas, pero que halló un albergue provisional), a fin de encargarle un vestido nuevo para la Navidad.

No ignoraba Eva la situación militar, ni se mostraba indiferente hacia los infortunios en que se hallaba sumida la nación. Había visto la fachada semiderruida del Ministerio de Propaganda; los estragos causados por las bombas en el de Asuntos Exteriores; el palacio Radziwill (donde estaba la antigua cancillería de Hinderburg) en ruinas, y, asimismo, le habían dicho que el airoso Kaiserhof estaba a punto de venirse abajo como un castillo de naipes. Pero ¿acaso las mujeres inglesas de Coventry se dejaron llevar por la desesperación? Se había perdido buena parte del territorio, pero era un territorio que los alemanes habían conquistado y que podían volver a reconquistar. Las ciudades alemanas se hallaban amenazadas. ¿Iban a ser sus habitantes menos capaces de resistir que los de Stalingrado? Pese estos razonamientos, Eva comenzaba a sentir que el miedo se adueñaba de ella, pero no podía admitirlo abiertamente.

Sin embargo, cuando un hombre como el mariscal Von Keitel le prometía una victoria magnífica para las Navidades («Entraremos en Amberes y aniquilaremos al ejército americano», afirmaba), cuando el hombre que a sus ojos era el mayor estratega militar de toda la historia le decía: «Eva, jamás estuve tan seguro de la victoria como ahora», entonces de nuevo su credulidad, optimismo y fe ciega en el Führer se exaltaban hasta el paroxismo. Millones de alemanes pensaban y obraban como ella, prototipo de la joven alemana. De haber sido de otra forma, no cabe duda de que Hitler la habría alejado de su presencia.

Por consiguiente, Eva siguió viviendo serenamente, según la norma establecida. Hizo venir al peluquero, se paseaba por el Tiergarten con sus perros y comía aparte con Hitler. Llega y pasa la Navidad. Hitler brinda con ella al llegar el Año Nuevo y ambos humedecen los labios en un champaña de mala calidad. Los jerifaltes del Tercer Reich, que antes habían ignorado desdeñosamente a Eva, la halagan ahora como a una reina.

En Navidad no se ha llegado todavía a Amberes, pero los rusos, en cambio, invaden Silesia. Eva Braun sólo se da cuenta de ello cuando recibe un telegrama de su hermana en el que dice: «Debo huir de Breslau». En la mañana del día 21 de enero de 1945, un coche oficial va a buscar a Ilse a la estación. La joven tiene un aspecto macilento, no ha dormido desde hace tres noches, y no lleva en la mano más que un maletín con algunas ropas; el resto de sus pertenencias las da por perdidas. Los trenes están atestados, y se lee el espanto en el rostro de los pasajeros. El chófer conduce a Ilse al hotel Adlon, entonces el más lujoso de Berlín, y donde Eva solía alojarse antes de hacerlo en la Cancillería. Ilse no se acostumbra al protocolo que aún se observa en el hotel. Eva la llama por teléfono como si saludase a una amiga elegante que llega casualmente para pasar el fin de semana en la capital.

—Siento no poder alojarte en la Cancillería —le dice Eva—, pero está llena de militares y nos falta sitio. Sin embargo, esta noche cenas con nosotros...

Eva se presenta a la cena muy compuesta. Acaban de peinarla, y en la biblioteca unos criados con guantes blancos sirven la cena en vajilla de plata. Hitler ha pedido excusas a última hora, por tener que asistir a una conferencia, y las dos hermanas aprovechan para fumar. Pero Eva toma precauciones y vaporiza el ambiente. El perfume francés irrita a Ilse, que empieza a lamentarse de la marcha de la guerra, de la invasión bolchevique, y de su esposo, del que ha tenido que separarse.

—¿Por qué no han movilizado a tu marido? —le interrumpe Eva—. Ya sabes que todo el mundo debe contribuir al esfuerzo común...

Ilse dice lloriqueando que no tiene nada que ponerse, que ha perdido sus hermosos muebles, sus libros. Pero Eva vuelve a interrumpirle:

—No te preocupes, «Osche», dentro de catorce días volverás a tu casa de Breslau, lo sé de fuente segura. ¿Cerraste bien con llave la casa? Entonces no tienes nada que temer.

Ilse no soporta más y estalla:

—¡Infeliz, despierta y quítate la venda de los ojos! Breslau se ha perdido, lo mismo que Silesia y que toda Alemania. ¿Sabes acaso que cientos de miles de personas llenan las carreteras bajo la nieve, huyendo del enemigo que lo asola todo? Tu Führer es un demonio, te arrastra con él al abismo, y a nosotros también...

Ahora es a Eva a quien le llega el turno de ponerse furiosa, y exclama:

—¡Estás loca, loca de remate! ¿Cómo puedes hablar así del Führer, él, que con tanta delicadeza me ha dicho que te alojes en el Obersalzberg, en espera de tu vuelta a Breslau? Deberían ponerte contra una pared y fusilarte...

Luego Eva abre bruscamente una ventana, como si sintiera necesidad de respirar más aire. Se lleva una mano al corazón y cae sobre un sillón, desvanecida. Desde hace algunos meses Eva se queja de taquicardia. La molestia parece ser secuela de su tentativa de suicidio en mayo del 1935, cuando ingirió veinte tabletas para dormir, y también debido a los numerosos calmantes que le prescribió el doctor Morell, y que ella toma continuamente. Eva vuelve en sí, Ilse la abraza a modo de despedida, y se marcha. Nunca más volverá a ver a Eva.

Ilse se dirige no obstante al Obersalzberg en un tren blindado de la Wehrmacht, semioculta en el vagón correo. Eva abandona Berlín pocos días más tarde, pues Hitler le había recomendado que volviera a Berchtesgaden.

—Voy a irme al frente de un momento a otro —agregó el Führer—. Y además, aquí no estarás bien. Tenemos graves decisiones que tomar.

A continuación añadió zalameramente: —Tschapperl, me preocupan mucho estos bombardeos. ¿No crees que ya tengo bastantes motivos de inquietud? Vete al Berghof, al menos de esa forma estaré tranquilo. Pequeña, te prohíbo del todo que vuelvas a Berlín. Prometo que para Pascuas estaremos juntos. Eva se deja convencer, ya que desea llevar sus dos perros a Munich, así como poner a buen recaudo algunas de sus pertenencias,

volver a ver a la familia, visitar a los amigos, y sobre todo festejar el 6 de febrero, día de su cumpleaños. No quiere que le priven de una satisfacción semejante: una fiesta es una fiesta. Por desgracia, Munich es bombardeada aquella noche y la fiesta debe aplazarse durante algunos días. Entonces Eva se reúne con su hermana Gretl, visiblemente encinta, y con Herta, las tías, un numeroso grupo de amigos —del que forman parte las antiguas compañeras del estudio de Hoffmann—, y Annie Brandt. Durante la velada reina la alegría; hace calor. La pequeña casita de la Wasserburgerstrasse se ha convertido en un oasis en medio de la tormenta. Eva se muestra orgullosa del regalo del Führer, que éste había entregado al chófer que conducía el auto, y que ahora el hombre presenta durante la fiesta, creando una cierta expectación. Se trata de un colgante con un topacio rodeado de brillantes.

Los invitados beben hasta que se hace de día. Entonces Eva anuncia que ha decidido no refugiarse en el Obersalzberg. No; irá a Berlín. Quiere permanecer al lado de Hitler, ocurra lo que ocurra...

—Eso es ir a meterse en la boca del lobo —protestan sus amigos—. Es algo insensato.

Durante varias horas tratan de disuadirla, pero Eva, de carácter obstinado, no abandona fácilmente una decisión cuando la ha tomado.

—La muerte poco me importa —afirma—. Sé el fin que me espera. Hace un año que lo sé. Hitler me ha prohibido que vuelva, pero nadie impedirá que lo haga.

Herta, su mejor amiga, le propone entonces compartir su suerte, y dice que se irá con ella.

—No, Herta —contesta Eva—; tu sitio está cerca de tu marido, que volverá un día; cerca de tus hijas, lo mismo que mi sitio está junto a él.

Gretl se ofrece también a acompañarla.

—Tú debes traer al mundo un hijo —dice Eva—. No olvides que tiene que ser un varón. Las chicas Braun no tenemos suerte...

Pero desplazarse por Alemania en febrero de 1945, no es tan fácil como se cree. Las carreteras están atestadas, los trenes sufren retrasos increíbles y reina el desconcierto general. Eva llama por teléfono a Martin Bormann, pero éste rehúsa ayudarla. Asegura que el Führer ha dado instrucciones estrictas, y que Eva debe marchar a las montañas. Bormann habla gravemente, pero con seguridad, está contento de poder desembarazarse de Eva con tanta sencillez. Mas no ha tenido en cuenta el espíritu de iniciativa de los Braun. Eva se dirige a la empresa Daimler-Benz, donde está encerrado su automóvil personal desde el comienzo de las hostilidades.

—El Führer me pide que vaya urgentemente a Berlín —manifiesta—. Necesito el coche.

La firma no puede negarse, y designa como chófer al habitual de Eva, Jung¹, que se halla disponible y que con toda evidencia prefiere llevar a la mujer antes que correr el riesgo de ser enviado a un frente de batalla.

Se hace necesario pintar el vehículo de color gris oscuro, para que parezca un coche de la Wehrmacht. Por fin, se realiza el viaje el 23 de febrero, no sin vencer grandes dificultades, pues incluso se produce el ataque rasante de un bombardero británico. Cuando Hitler ve llegar a Eva, trata de regañarla, pero los que le acompañan advierten que en el fondo se halla muy contento. Durante toda la velada repite a sus ayudantes:

—Estoy orgulloso de fräulein Braun. Qué abnegación.. La conozco desde hace mucho tiempo, pero deben ustedes saber que tuvieron que pasar muchos años para que aceptase que yo le pagara el taxi. Como no tenía teléfono en su casa, Eva esperaba

¹ Después de la guerra, el chófer Jung, se halló envuelto en un crimen pasional.

hasta muy tarde por la noche, recostada en un banco del despacho de la tienda de Hoffmann, durmiéndose a veces, en espera de mi llamada telefónica...

Durante aquel mes de marzo Eva no baja al bunker más que en contadas ocasiones. Hitler sólo celebra allí las reuniones militares, con el fin de que las alarmas aéreas no le importunen. El Führer decide presentar batalla sobre tres frentes de la capital. Sus gentes interpretan de otro modo la situación en que se hallan. «Podemos desplazarnos en Metro de un frente a otro —ironizan algunos—. Nuestro problema de comunicaciones está resuelto.» La misma Eva bromea con las secretarias, afirmando:

—Se pueden seguir las batallas sobre el plano del Metro.

El suntuoso edificio de la Cancillería del Reich se encuentra relativamente intacto, con excepción de algunas grietas que se advierten en la fachada y de cierto número de pasillos que se hallan obstruidos por escombros. Permítaseme hacer aquí una breve descripción gráfica de los lugares donde se produce el desenlace final de esta historia, tal como quedaron impresos en mi memoria cuando, en mi calidad de periodista extranjero, fui admitido, unas semanas antes de la agresión contra los soviets, en el despacho de Hitler.

En primer lugar, debe trazarse mentalmente un enorme trapecio cuyo lado izquierdo estaría formado por la Hermann Goering Strasse, una calle que, al prolongarse, alcanza la Brandenburger Tor, y que hoy, bajo un nombre indefinido, constituye casi la frontera entre los dos Berlines. La base del trapecio sería la Vosstrasse, y el lado derecho la Wilhelmstrasse. La entrada principal era un amplio patio con columnas seudojónicas, en el centro del edificio de la Wilhelmstrasse, no lejos del famoso balcón central. Pero había numerosos portales, uno reservado al Ejército, y el otro al partido. Yo entré por la Vosstrasse, y me sentí de pronto impresionado por la inmensa galería, que según dicen fue copiada de la de Versalles, con tapices colgando de las paredes, alfombras persas cubriendo las losas de mármol, y mobiliario italiano auténtico, de estilo renacimiento. Cruzando una antecámara se llegaba al gran salón, a cuya derecha estaba el aseo y el tocador de las damas, y a la izquierda el cine y la sala de conciertos. Tres enormes puertas vidrieras daban sobre el parque, situado en el centro del trapecio, con un estanque que se iluminaba por la noche desde el edificio, y un gran invernadero en el lado opuesto. El jardín de invierno era el lugar favorito de Eva Braun. Allí solía tomar el desayuno por la mañana, y recibir a las visitas. El apartamento privado de Hitler se hallaba en el primer piso, e igualmente los de Morell, Bormann, el coronel Von Below y el general Burgdorf, en tanto que otros funcionarios se alojaban en la planta baja, y el personal subalterno lo hacía en las viviendas que daban a la Hermann Goering Strasse, donde también estaban los garajes, la vivienda del chófer Kempka y las casetas de los SS de la guardia. El despacho de Hitler no se hallaba lejos del salón de invierno.

Un águila sobre una cruz gamada, y un blasón con las iniciales A. H., todo de piedra coronaba la puerta, siempre guardada por otros dos animales de presa —éstos vivos—: los SS de la guardia. Había otra águila en el interior, y la inmensa sala aparecía llena de cruces gamadas en relieve, sobre las paredes. Este despacho era una imitación del que tenía Mussolini en el Palazzo Venezia. Pero cuando se entraba en el del Duce se tenía la impresión de hallarse en el interior de una catedral, con frescos pintados en las paredes, hermosos mármoles, claroscuros que se filtraban a través de las grandes cortinas del balcón; todo parecía pertenecer a siglos ya pasados. En cambio, en el gabinete de trabajo de Hitler, a pesar de los tapices y de los cuadros de maestros, entre los que destacaba el de Federico el Grande, se tenía siempre la impresión de hallarse en un cuartel, quizá en el despacho del general en jefe, pero en un cuartel al fin. Las cortinas de las ventanas que daban al jardín eran de color gris, con las iniciales A. H.

Mussolini sentábase en su despacho de cara a la entrada, pero hacía como que no se daba cuenta de la presencia del visitante, el cual se sentía intimidado en aquel inmenso salón. Por el contrario, Hitler se hallaba sentado en un sillón negro, cara al

exterior y con la espalda vuelta a la entrada. Su escritorio de roble macizo, muy labrado, aparecía despojado de cualquier papel (al contrario de Mussolini, que tenía el suyo atestado de papeles). La escribanía, un secante, el teléfono, una campanilla y dos pesados pisapapeles, todo aparecía simétricamente alineado y nada de lo que había encima de la mesa era accesorio.

En cuanto entraba un visitante, Hitler se levantaba e iba a su encuentro, poniendo en juego inmediatamente su encanto hipnótico que semejaba paralizar la facultad de raciocinio de sus generales y ministros.

Los ataques aéreos, y más tarde la artillería del Ejército Rojo, destruyeron una buena parte de la Cancillería; los cuadros, tapices y muebles fueron llevados a los refugios o colocados a buen recaudo en otros lugares. Pero el despacho de Hitler siguió intacto. Cuando yo regresé a Berlín, pocas semanas después de su conquista por los rusos, advertí que del edificio, sólo las águilas de piedra se hallaban afectadas. Pero la soldadesca había revuelto completamente el despacho, destrozando el sillón, la mesa y los cortinajes. Por todas partes aparecían letreros de mal gusto e insultos. Centenares de documentos que hoy harían las delicias de un archivero, estaban esparcidos por el suelo, desgarrados y cubiertos por el barro de las botas.

El bunker principal se encontraba en el centro de la Vosstrasse. Tenía sesenta habitaciones y seis salidas, de las que tres daban a la calle. Como el muro exterior de hormigón no tenía mucho espesor, y había sido construido apresuradamente, dejaba filtrar algo de agua, que en algunos pasillos alcanzaba varios centímetros. Allí invitó el Führer a «las madres y los niños de Berlín a que fueran a buscar refugio». Más tarde, el lugar fue transformado en hospital, quedando una parte reservada para el personal. No olvidemos que hasta el fin de la guerra habrá siempre más de seiscientas personas guarecidas en el gran «compound» de la Cancillería, y que algunas habitaciones servían como almacén de alimentos, bebidas, tabaco y medicinas. Con aquello se habría podido resistir fácilmente un asedio durante todo un año.

Hitler se había hecho construir un bunker para su exclusivo uso, situado a la derecha del trapecio y simétricamente opuesto a la antigua Cancillería de Hindenburg. Se llegaba al mismo por el ala derecha, pero había un corredor que daba al jardín. Una casamata de hormigón protegía esa entrada y los dispositivos de ventilación. El techo, también de hormigón, tenía un espesor de ocho metros, y en algunos lugares de diez. Se bajaba al bunker por una escalera de treinta y siete peldaños. Este refugio, llamado «del Führer», constaba de dos pisos, el inferior reservado a Hitler, y el superior destinado a los ayudantes. El bunker había sido terminado a fines de enero, por lo que el hormigón aún estaba húmedo y despedía un olor muy desagradable. Mediante un verdadero laberinto de pasadizos, el refugio comunicaba con el bunker principal de la Vosstrasse.

Al comienzo, Eva sólo bajaba allí cuando se producían ataques aéreos, pero luego, paulatinamente, fue haciendo que llevaran sus muebles y efectos personales, y hacia fines de marzo, se instaló en el bunker permanentemente.

No tengo intención de hacer un relato minucioso de las dos últimas semanas de vida de Hitler. Ello sería imposible sin hacer antes una exposición de la situación militar y una cronología detallada de los acontecimientos, aludiendo, asimismo, a todos los actores del drama. Por otro lado, existen centenares de obras sobre el tema². Me propongo relatar

² La abundancia de bibliografía no garantiza la autenticidad de las manifestaciones. Trevor-Roper, por ejemplo, fue en el plano histórico un admirable pionero, pero su relato, escrito cuando disponía de muy pocos documentos y contando con escasos testigos, resulta ostensiblemente incompleto y con frecuencia inexacto, ello sin querer restarle ninguno de sus méritos. Per desgracia, y una vez dejada constancia de este mérito, otros historiadores no han hecho más que copiar o citar partes de su obra, desdeñando investigar de nuevo en las fuentes pertinentes, prescindiendo así de proceder a un análisis crítico de los datos aportados. Un leve error, eien veces repetido, termina por convertirse en una verdadera aberración. Con el fin de ilustrar esta irresponsabilidad de los cronistas, permítaseme anotar que en el libro de Cornelius Ryan *The Last Battle* (la última obra de este tipo aparecida y que fue anunciada como el producto de varios años de investigaciones minuciosas con el acceso del autor a los archivos más secretos y contando con los recursos inagotables

los episodios más notables de aquellas trágicas jornadas tal como las vivió Eva Braun, ajustándome para ello a la versión ofrecida por las tres mujeres que escaparon con vida del famoso bunker: Traudl Junge, Gerda Christian —las secretarias— y Liesl Ostertag, la fiel sirvienta.

Observamos ahora que Eva no abandona a Hitler un solo instante, poniéndole en evidencia su deplorable estado físico:

—Morell te envenena, no tomes más medicamentos —le suplica Eva.

El mismo Hitler así lo reconoce, cuando le proponen unirse a las tropas e intentar una huida con las armas en la mano:

—No puedo sostener un fusil; me hundiría a las pocas horas, y ¿quién me daría el tiro de gracia?

Eva teme que aunque se consiga la victoria, Hitler muera de agotamiento.

Asiste Eva a una importante conferencia de Prensa en la que Guderian denuncia las atrocidades soviéticas. Eva, a la que ningún periodista identifica, se muestra muy impresionada ante las referencias sobre las violaciones. ¿Será ésa la suerte que le espera si cae prisionera? Hitler le había dicho: «Si nos capturan, nos colocarán en unas jaulas que colgarán en el zoo de Moscú».

Sin embargo, cuando en ocasión de las Pascuas habla por teléfono con su hermana y con su amiga, Eva se muestra de un humor excelente. Guderian abandona Berlín y es el general Hans Krebs, un amigo de Bormann, quien le reemplaza. Se propone entonces la Operación Serrallo, el traslado a Berchtesgaden, y Eva salta de alegría. Luego Goebbels triunfa con su «Viernes13», «que dará mala suerte a nuestros enemigos». En efecto, muere Roosevelt (en realidad murió el 12, pero la diferencia de horas y el retraso de la noticia hacen que ésta se divulgue en la mañana del 13) y se compara esta muerte con la de la emperatriz Isabel de Rusia, hecho que salvó en el último instante a Federico II. En la euforia del momento, Eva hace singulares reproches a su amante.

—Tienes el uniforme lleno de manchas —le dice—. El hecho de que te creas el viejo Fritz —apodo de Federico el Grande—, no te da derecho a que vayas tan sucio como él.

de editores cuyas arcas eran comparables a la de Fort Knox), el autor alude brevemente en cuatro ocasiones a Eva Braun, sin circunscribirse a la verdad en ninguna de ellas. Es errónea la fecha del casamiento, y se deja engañar por Khate Hallsemann, la enfermera de un dentista, que inventa la historia de una dentadura artificial preparada para Eva en Berlín, cuando ésta poseía unos dientes magníficos, lo cual resulta natural en una persona de treinta y tres años. Apenas si le habían puesto algunas coronas. Debe recordarse que había un dentista permanente en el Obersalzberg, en la misma residencia de Hitler. La idea de Eva Braun haciéndose fabricar una dentadura postiza en el bunker, no sólo va contra los hechos, sino que es ridícula. Sin duda, todo obedece a la incorrecta interpretación de alguna frase de Eva citada por la secretaria Traudl Junge. Lo más sorprendente del -aso es que el autor jamás se encontró con esta secretaria, a la que cita numerosas veces en su libro. Pero lo cierto es que incluso en el nombre se equivoca. La llama «Gertrud» —apelativo que, sin duda, halló en los documentos de los interrogatorios efectuados por el Ejército americano en 1946*— en lugar del nombre, bávaro cien por cien, de Traudl.

«Es como si al hablar de Betty Grable —se quejaba la gentil secretaria—, escribiesen Gertrude Grable.»

Pero, además, Cornelius Ryan afirma que Eva llegó a Berlín el 16 de abril, cuando para entonces llevaba ya dos meses en la capital de Alemania. Este error no es de poca monta. No es admisible que un autor que relata la última batalla del Reich imagine que una joven, aunque sea la amante del Führer, pudiera realizar el viaje desde Berchtesgaden o desde Munich hasta Berlín, el 16 de abril de ese año. También resulta ridícula la idea de presentar a un general prusiano, el general Burgdorf, actuando de jardinero y plantando tulipanes en el bunker en honor de Eva. Desgraciadamente, todas las flores del parque habían desaparecido desde hacía tiempo y, además, a Eva Braun no le gustaban los tulipanes. Pero aún hay más errores graves: según el mentado autor, Eva habría llevado desde Munich varios regalos de parte de algunos buenos amigos, entre ellos la baronesa de Schirach. Llamar a Henriette von Schirach —la hija de Hoffmann, que no fue baronesa jamás— una buena amiga del Führer, es ver las cosas al revés, pues Hitler, como ya hemos dicho, la había expulsado del Obersalzberg; y no es fácil imaginar a Eva, que estaba disgustada con ella, al cargo de una misión tal. No menos absurdo es pretender que enviara a Hitler un libro, en un momento en que el Führer intentaba desesperadamente impedir el colapso del país. El título del libro pretendidamente enviado habría sido *Cándido*, lo que supondría que Hitler no había leído nunca la obra maestra de Voltaire. Henriette von Schirach tenía sus defectos, como todo el mundo, pero indudablemente no era tan necia.

Pero Viena no tarda en caer.

—Qué lástima —se lamenta Eva—, allí tenías una magnífica colección de armas antiguas...

Los rusos franquean el Oder, pero se asegura a Eva que la resistencia alemana se ha intensificado en Francfort del Oder, y que el 18 de abril la situación es ya estable.

Nos han quedado de Eva Braun cuatro cartas escritas en esas jornadas fatídicas, cartas cuyo contenido se revela aquí por primera vez. Esas misivas nos permiten descubrir, mejor de lo que podrían hacerlo cualquier cronista o testimonio oral, el estado de su alma. Son los únicos documentos de autenticidad probada que, junto con los dos testamentos de Hitler y el certificado de matrimonio, tenemos de esos días del bunker. Estas cartas de Eva Braun poseen una relevancia histórica indiscutible.

La primera carta está fechada el 18 de abril, y en apariencia resulta insignificante. Eva escribe a su hermana y le confía algunas de sus preocupaciones cotidianas: «Aún hace fresco, cuídate bien. Ayer por la noche te llamé por teléfono; ¿sabes que la modista me pide treinta marcos por un corpiño azul? Está loca; ¿cómo puede pedir treinta marcos por nada...?»

El 19 de abril, escribe a su mejor amiga, Herta:

«Berlín, 19-IV-45.

«Querida pequeña Herta:

»Gracias de todo corazón por tus dos cariñosas cartas y acepta, aunque con retraso, mis felicitaciones escritas para el día de tu cumpleaños. La desastrosa comunicación telefónica hizo imposible que te expresara estos deseos de viva voz. Te auguro un próximo y feliz reencuentro con tu Erwin. Estoy segura de que con eso me acerco mucho a tus pensamientos y deseos. Esperemos que su carta llegue de todos modos. No puede haberse perdido.

»Me alegra mucho que te hayas decidido a ir con Gretl al Berghof. Desde que bombardean Traunstein no estaba segura de que os hallaseis a cubierto en Garmisch. Agradezco a Dios que mi madre vaya a reunirse mañana con vosotras. Así ya no tengo de qué inquietarme³.

»Se oyen ya los disparos de la artillería del frente, y como es lógico todos los días sufrimos incursiones aéreas, unas veces del Este y otras del Oeste, según gira la rueda. Por desgracia debo presentarme en cada alarma, siguiendo órdenes, a causa del peligro de una inundación. Mi vida se desarrolla únicamente en el bunker. Ya puedes imaginar que vamos retrasados de sueño. Pero me siento muy feliz, especialmente en este momento, por SU proximidad. No pasa día sin que me ordenen que vaya a ponerme a cubierto en el Berghof, pero hasta ahora soy yo la que ha ganado siempre. Por otra parte, ya no es posible cruzar las líneas del frente en un coche. Pero aunque todos los nudos queden cortados, habrá ciertamente un medio de volvernos a ver. Con Brandt ha sucedido una terrible porquería, es decir, que es responsable. No puedo contaros más detalles aquí. Las secretarías y yo nos dedicamos a tirar con pistola, y nos hemos convertido en tales campeonas, que ningún hombre se atreve a aceptar un desafío de nosotras.

³ Gretl pensó ir a refugiarse a casa de Herta, situada en Garmisch-Partenkirchen, pero decidió ir finalmente, junto con Herta y su madre, a Berchtesgaden.

»Ayer llamé a Gretl por teléfono. Probablemente por última vez. Desde hoy ya no hay comunicación. Pero estoy más segura que nunca de que todo irá saliendo bien; ÉL está lleno de esperanzas, como nunca lo había estado.

«¿Qué hace Anneliese?⁴»

»Sé que no pudo huir por culpa de la fábrica. Les ofrecí a ella y a su tía, en su nombre, el Berghof como asilo. Si llega, será bienvenida de todo corazón. ¿Dónde se encuentra Ilse?

»Te ruego que escribas, si aún es posible. Tal vez puedan llevar la carta por avión, pues el capitán Bauer va a menudo a Baviera. También la señora Bormann sabrá cómo enviar una carta.

»¿Dónde están Kaethl, Georg y Beppo?; ¿cómo está Gretl? Te ruego que escribas en seguida. Perdóname el estilo de esta carta, que no es muy bueno, pero tengo prisa, como siempre. Con mis saludos de corazón para todos, soy siempre tu

»Eva.»

«P. D. — La foto es para Gretl. Una de las salchichas⁵ será para ella. Te ruego que digas a la señora Mittelstrasser que su doncella austriaca, por orden superior, debe recibir un permiso y puede irse a casa, pero sólo por un tiempo limitado. Creo que catorce días, no más. En todo caso, salúdala de mi parte.»

Eva Braun ha descrito la situación en pocas palabras y con toda claridad: se oye el tronar de los cañones, no hay teléfono, no pueden huir en coche y sufren bombardeos continuos. Pero se siente feliz por estar junto a él, y cada día pasado en el bunker constituye para ella una victoria. Habla de su Hitler como de un dios. Escribe «su» y «él» con letras mayúsculas, y se refiere a la «orden superior», como si procediera de un emperador. En su imaginación ve asomar el arco iris después de la tormenta. Se ocupa de asuntos domésticos del Obersalzberg, y da instrucciones a la gobernanta. Hay que dar un permiso a la criada; pero cuidado, no más de catorce días. Se acerca la hecatombe final, y ella, Eva Braun, escribe como si dentro de catorce días todo tuviera que volver a la normalidad y fuera de nuevo a tomar el té en el Obersalzberg, por lo que hay que tener la criada a mano. En enero, había dicho a su hermana Ilse, quien tuvo que abandonar su casa de Breslau, la cual no volvería a ver hasta pasados veintitrés años: «No pierdas la llave. Volverás dentro de catorce días...»

En la fotografía aparece «Blondie» con sus cachorros. Eva ha indicado con una flecha el destinado a Gretl. Esta foto es el último documento fotográfico realizado, viviendo aún Hitler, durante los días del bunker.

Respecto a la alusión de Karl Brandt, la amiga de Eva, Herta, no llegó a comprenderla. Más bien pensó en Morell. Se supo que Brandt había disgustado al Führer de nuevo, esta vez presentándole un informe derrotista de la situación.

Eva, en efecto, se entrenaba diariamente en compañía de las secretarías, tirando al blanco en el patio del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde todo eran ruinas. Solían disparar contra las estatuillas del parque. Al principio Hitler comentó sarcásticamente esta actividad:

—Ya tengo bastantes quebraderos de cabeza con el enemigo y mis generales, y ahora corro el riesgo de recibir un balazo de Eva, Traudl o Gerda.

⁴ Una amiga.

⁵ Los cachorros de la perra «Blondie».

Pero la propaganda de Goebbels, que dramatizaba las salvajes violaciones llevadas a cabo por las hordas soviéticas, exigía que las mujeres aprendiesen a manejar las armas.

El 20 de abril festeja Hitler el cincuenta y seis aniversario de su nacimiento, aunque aparenta ochenta años. Eva le ofrece su retrato en un marco con incrustaciones de gemas. Había encargado ya esa admirable obra de orfebrería el año anterior. Durante la fiesta se encuentran allí todos los grandes del régimen. Los uniformes aparecen bastante deslucidos y por prudencia se abstienen de lucir las condecoraciones; en cambio, no pueden renunciar a la grandilocuencia, y se habla de fidelidad y victoria. Pero al mismo tiempo tratan de persuadir a Hitler para que huya. Ribbentrop suplica a Eva:

—Sólo usted tiene influencia; si le dice que quiere ponerse a salvo, él lo hará por usted.

Pero Eva se niega:

—No es mi voluntad la que cuenta, sino la de él.

Es lamentable que hayan existido historiadores que después de la muerte de Eva Braun osaran decir que era un personaje insignificante, sin influencia alguna, indigna de la Historia, cuando según el propio Ribbentrop era ella la única capaz de hacer que Hitler abandonase Berlín...

Hitler cena solo con Eva y las secretarías. Se habla una vez más de dirigirse al Sur.

—Imposible —manifiesta Hitler—. Si me marchase sería como un lama tibetano que hiciera girar vacío su molino de plegarias. Debo llegar a una decisión en Berlín, o hundirme en el abismo.

Eva acompaña al Führer a su habitación, y al regresar propone a las secretarías que se festeje la fecha. No quiere perderse una sola fiesta. Suben al piso de la Cancillería, que continúa intacto. Sólo faltan algunos muebles, que se han llevado abajo. Se arregla una mesa, y llegan los otros invitados, incluso Bormann. También lo hace Morell, que a la mañana siguiente abandonará a Hitler para siempre. No hay incursiones aéreas; sólo se oye el tronar de los cañones. Alguien trae un viejo gramófono, y se pasa continuamente el único disco que tienen: *Blutrote Rosen erzählen Dir von Gluk (Rosas rojo oscuro, que hablan de felicidad)*. Eva baila incansablemente.

Luego se escuchan más detonaciones, y el horizonte se enrojece. Es el regalo de cumpleaños de Stalin: el Ejército Rojo se halla a las puertas de Berlín.

A la mañana siguiente se produce el éxodo. Morell, Ribbentrop, grandes y pequeños, casi todos desaparecen con uno u otro pretexto. Hitler vuelve a ver a Hoffmann y le ruega que se lleve a Eva con él, pero todo es inútil. Eva se niega. Dos de las secretarías de Hitler se marchan también. Son éstas Johanna Wolff, que ocupó el puesto durante veinte años, y Christa Schroeder, que lo fue doce años. Johanna sigue hoy religiosamente fiel a Hitler y no quiere evocar siquiera el pasado ante los demás. La Schroeder colaboró con un oficial francés en la redacción de un libro: *Doce años junto a Hitler*, cuya publicación lamentaría más tarde amargamente, incluso pidiendo perdón, entre lágrimas, a sus antiguas compañeras y amigas. «Me hicieron decir lo que querían —aseguró—. Estaba sola, intimidada.» Los editores recogieron un poco de todas partes lo que se había contado e inventado acerca de Hitler, y lo reunieron en esa obra de concepción fantástica. Es una lástima, ya que mucho de lo que tuviera que decir Christa debía de ser muy interesante.

El domingo, día 22 de abril, brilla el sol sobre Berlín, pero en el bunker no se dan cuenta. Allí no saben si es de noche o de día. Hitler llama a su lado a las dos secretarías que han permanecido a su lado, Traudl y Gerda, así como a Konstanze Manziarli, la cocinera que atendía a su régimen alimenticio. Eva Braun se encuentra también allí. El Führer habla casi sin voz, baja la vista y su rostro sufre una contracción nerviosa.

—Vístanse inmediatamente, señoras —manifiesta—. Dentro de una hora despega un avión que las llevará al Sur. Todo está perdido, irremediablemente perdido.

Hay un largo silencio. Luego Eva Braun se acerca a él, coloca su rostro cerca al de Hitler, le sonrío y dice como una enfermera a un paciente:

—Tú sabes que me quedo contigo. ¿Por qué, entonces, deseas que me vaya?

Entonces Adolf Hitler hace algo que nadie, ni siquiera sus más íntimos amigos ni las hermanas de Eva, le habían visto hacer jamás: da a Eva un beso en los labios.

Las secretarías y la cocinera, tal vez enamoradas también del Führer, aunque en secreto, contestan sin consultarse siquiera:

—Nos quedamos aquí.

Hitler las mira e insiste:

—Les ordeno que se marchen.

Las mujeres mueven negativamente la cabeza. Por fin, Hitler les estrecha la mano y añade:

—Ah, si mis generales fuesen tan valientes como ustedes...

Luego sale de la estancia, apoyándose suavemente en un hombro de Eva y haciendo caso omiso de los oficiales que le esperan en la antecámara para saludarle antes de marcharse.

Esa misma noche, mientras se estrechaba el círculo de fuego en torno a Berlín, Eva escribe su carta de despedida, igual que en las películas románticas que fueron sus preferidas.

«Berlín, 22-IV-45.

«Querida pequeña Herta:

«Estas son las últimas líneas, y también la última señal de vida por mi parte. No me atrevo a escribir a Gretl; debes hacerle comprender todo esto con cuidado a causa de su estado. Voy a mandaros mis joyas, y os ruego que las distribuyáis según mi testamento, que se encuentra en la Wasserburgerstrasse⁶. Espero que con esas joyas podáis manteneros a flote durante un tiempo. Os ruego que bajéis de la montaña⁷, ya que es un sitio muy peligroso para vosotros, si todo debe terminar. Aquí combatiremos hasta el fin, pero temo que ese fin se acerca cada vez más peligrosamente. Lo que sufro personalmente viendo al Führer, es algo que no puedo describir.

»Perdóname si escribo algo confuso, pero a mi lado están los seis niños de G.⁸ y no se quedan tranquilos. ¿Qué más puedo decirte? No llego a comprender que todo esto pueda ocurrir de este modo; no se puede creer en Dios.

»Un hombre espera esta carta.

«Todo, todo el cariño y la bondad para ti, mi fiel amiga. Saluda a mi padre y a mi madre, que deben regresar a Munich o a Traunstein. Saluda a todos mis amigos. Muero como he vivido. No es una carga, tú lo sabes bien.

»Te saluda de todo corazón y te abraza,

»tu Eva.»

«P. D. — Conserva esta carta sin divulgarla, hasta que sepas de nuestro fin. Sé que es mucho pedirte, pero eres valiente. Quizá todo pueda terminar felizmente aún, pero EL ha perdido la fe, y nosotros, me temo, aguardamos inútilmente.»

⁶ El domicilio de Eva en Munich.

⁷ El Berghof.

⁸ Goebbels.

Esta carta conmovedora —aunque mal escrita y llena de faltas—, de una mujer, joven, que asegura estar dispuesta a morir sin lamentarlo, tal como ha vivido, pero que se traiciona en la última línea, cuando espera que, a pesar de todo, las cosas aún terminen felizmente, es el testimonio irrefutable del estado de ánimo de Hitler en aquel domingo, 22 de abril: ya no cree en nada.

Al día siguiente, lunes 23 de abril, Eva se decide al fin a escribir a su hermana Gretl. Lo hace con toda solicitud, pues Gretl se halla encinta, y el hijo tiene que nacer de un momento a otro.

«Berlín, 23-1V45.

»Mi querida hermanita:

»No sabes cómo me apena que tengas que recibir estas líneas de mi parte. Pero no puede ser de otro modo. Con cada día, con cada hora que pasa, puede llegar el fin para nosotros, y por consiguiente debo aprovechar la última ocasión para decirte lo que hay que hacer todavía. Para empezar, Hermann⁹ no está con nosotros. Salió hacia Nauen a fin de organizar un batallón o algo por el estilo. Quiere abrirse camino luchando para continuar la resistencia en Baviera, al menos durante algún tiempo. El Führer ha perdido toda esperanza en una solución feliz del conflicto. Pero todos los que aquí estamos, incluida yo, tenemos esperanza mientras hay vida. Te ruego que mantengas en alto la cabeza y que no desespere. Aún quedan alientos, pero es evidente que no vamos a dejar que nos capturen vivos. La fiel Liesl¹⁰ no quiere abandonarme. Le he dicho muchas veces que se marche. Quisiera regalarle mi reloj de oro, pero por desgracia se lo legué a Miezi. Tú podrás dar a Miezi algo de igual valor, entre mis joyas. Arregla las cosas equitativamente. Quisiera llevar hasta el fin la pulsera de oro con la gema verde¹¹. Me la quitarás, y la llevarás siempre, como yo la llevé.

»También eso estaba destinado a Miezi, en el testamento, así que haz igual que antes. Mi reloj de brillantes se encuentra por desgracia en reparación. Al final de la carta te pongo la dirección exacta. Tal vez tengas suerte y podrás recuperarlo. Debe pertenecerte, pues siempre te gustó. También la pulsera de diamantes y el colgante de topacio, regalo de Hitler en mi último cumpleaños, te pertenecen. Espero que mis deseos sean respetados por los otros. Por otra parte, debo rogarte que te ocupes de lo siguiente: Destruye toda mi correspondencia privada, y sobre todo los papeles de negocios. Bajo ninguna circunstancia deberán ser halladas las facturas de la Heise¹². Destruye también un sobre que está dirigido al Führer y que se encuentra en la caja fuerte del sótano. Ruego que no sea leído.

»También te pido que con las cartas del Führer y la copia de mis contestaciones (libreta de piel azul), hagas un paquete que resista a la humedad, y que por último lo entierres bajo tierra. Te suplico que no lo destruyas. Debo a la firma Heise la factura que adjunto. Puede ser que haya otras cuentas, pero no son más de mil quinientos marcos. No sé lo que piensas hacer con las películas y los álbumes. En todo caso te ruego que lo destruyas sólo en última instancia, salvo las cartas privadas y el asunto del sobre dirigido al Führer. Esto último puedes quemarlo inmediatamente.

»Te mando para comer y fumar. Da también café a Kathl y a Linders. Entrega a Linders algunas conservas de mi bodega. El tabaco es para papá, y el chocolate para

⁹ Se trata de Hermann Fegelein, el marido de Gretl.

¹⁰ La doncella de Eva en el bunker.

¹¹ El primer regalo de Hitler.

¹² Su modista de Berlín.

mamá. Hay chocolate y tabaco en el "Berg". Puedes tomarlo. Por el momento me dicen que la situación es mejor, y el general Burgdorf¹³, que ayer nos daba un diez por ciento de posibilidades de salvación, hoy declara que las probabilidades son del cincuenta por ciento. Entonces, tal vez todo termine bien.

»¿Llegó Arndt¹⁴ con la carta y la maleta? Hemos sabido aquí que el avión se retrasó. Espero que Morell haya llegado a tu casa con mis alhajas. Sería tremendo que hubiera pasado cualquier cosa. Voy a escribir a mamá, a Herta y a Georg, si es posible mañana. Por hoy está bien. Ahora, querida hermanita, te deseo mucha, mucha suerte. Y no olvides que volverás a ver, sin duda, a Hermann. Con los saludos más cordiales, un beso de tu hermana,

»Eva.»

«P. D. —Acabo de hablar con el Führer. Creo que hoy se ve el futuro bastante menos sombrío que ayer. La dirección del relojero es: SS Unterscharf Stegemann, SS Lager Orianenburg, evacuado a Kyritz.»

Volvemos pues a encontrarnos con la loca esperanza de esta mujer condenada ya, y que pese a todo espera un milagro. Burgdorf ofrecía, incluso, probabilidades matemáticas, como en las carreras. Eva dispone de sus papeles íntimos, pero desea que se espere hasta el último momento. Vuelve a convertirse en la dueña de Berchtesgaden, disponiendo a su antojo de provisiones y joyas. Hasta incurre en el romanticismo trasnochado de pedir a su hermana que lleve toda la vida una joya, como ella lo ha venido haciendo, sin imaginar que su hermana, para alimentar a una criatura que padece hambre y frío, tendrá que vender por una bagatela esas riquezas.

No quiere que la Alemania del futuro conozca el importe de las facturas de su modista. Sueña tal vez con la Historia, y no desea dejar la impresión de que Eva Braun era una persona frívola.

Son éstas, indiscutiblemente, las últimas palabras escritas de Eva Braun. En el libro de Musmanno *Ten days to Die*, el autor reproduce una carta que Eva Braun habría confiado a la aviadora Hannah Reitsch, una carta pomposa y glorificadora. Por desgracia, Hannah Reitsch asegura no haber tenido jamás en la mano semejante carta. Así me lo escribió y así lo había asegurado muchas veces a los padres de Eva Braun. Estos jamás vieron u oyeron hablar de la referida misiva, y aseguran, por otra parte, que Eva nunca escribía de esa forma pomposa, como el propio lector habrá podido advertir. Tal seudodocumento nunca existió, como tampoco los innumerables episodios con que el autor sazona su obra, y que requerirían un largo volumen para ser refutados. Por ejemplo, asegura que Eva poseía un collar de perlas en el bunker, cuando su hermana testimonia que a Eva le disgustaban las perlas, y que su testamento no contiene ninguna de tales alhajas. Musmanno habla asimismo de que se arrojó arroz a los recién casados. Cualquier alemán podrá testimoniar que esta costumbre no existe en su país.

Cabe preguntarse si existen otras cartas, quizá perdidas, destruidas o que fueron escondidas con todo cuidado. Es muy poco probable. Y no es que en el bunker faltase tiempo para escribir, sino que el ambiente era tan irreal, tan antinatural, que nadie quería escribir ni pensar que existía fuera de allí un mundo con el que ponerse en contacto. La misma Eva anunció que se trataba de sus últimas cartas. Hizo algunas confidencias a su doncella, la fiel Liesl, pero no dejó ningún mensaje escrito. En realidad, una carta de Eva Braun resultaba peligrosa y podía comprometer a cualquiera que la poseyese. Además, y

¹³ La Wehrmacht, que reprochaba a Hitler de ser un diletante, tenía entre su oficialidad a un general que osaba realizar tales predicciones.

¹⁴ Un correo militar.

por orden de Hitler, probablemente, Eva quería evitar que un documento semejante cayera en manos del enemigo.

No obstante, resulta un tanto lúgubre el que revele en esta carta que ha dado a componer su reloj de brillantes a un deportado. (En tales momentos era imposible encontrar un relojero en Berlín, por haber sido todos enviados a trabajar en las fábricas de mecanismos de precisión, y sólo un SS que estuviera al cargo de los internados en el campo de concentración de Orianenburg, podía hallar el medio de hacer reparar un reloj.) De este modo, las últimas líneas escritas por la mano de Eva Braun, bien sea por trágica coincidencia o por designio de la Providencia, nos hablan de un campo de concentración...

CAPÍTULO XIX

EL REGALO DE BODAS

«Blondie», la perra, dio por fin a luz —si es que tal expresión resulta válida tratándose de un parto efectuado en un bunker— cuatro cachorros. El padre era un lebrél perteneciente a uno de los oficiales. Hitler había llamado «Wolfi» al más hermoso de los animalitos, y prometió los demás a sus amigos, incluyendo uno para Gretl, su futura cuñada. La madre y los perrillos estaban echados en una caja que fue colocada primeramente en los servicios, pero que luego Hitler hizo situar en un rincón de su dormitorio. Después, el Führer tenía casi todo el tiempo un cachorro sobre las rodillas, al que acariciaba interminablemente, como para disimular de este modo el temblor de sus manos.

Eva decidió que era necesario sacar a los pobres animales a tomar un poco el aire. En consecuencia subió a la superficie acompañada de Traudl Junge y de Gerda Daranowski Christian (las dos rivales eran ahora amigas). La Darán, como la llamaban, tenía el semblante pálido a causa de la prolongada permanencia en el bunker; pero aquella palidez y la ausencia de maquillaje —a diferencia de Eva, que continuaba utilizándolo— realizaban aún más su espléndida belleza.

Con el pretexto de cuidar a sus perros, Hitler subió también; pero no salió al jardín, sino que se conformó con mirar desde un ventanal. Luego, sintiendo sin duda curiosidad, se dirigió a una ventana que daba a la Wilhelmstrasse y permaneció mirando durante un cuarto de hora a las gentes que atravesaban corriendo la pequeña plaza situada frente al Kaiserhof.

Eva, Gerda y Traudl, avanzaron hasta el jardín del Ministerio de Asuntos Exteriores, mientras «Blondie» vigilaba a sus cachorrillos, que correteaban despreocupadamente por entre los agujeros abiertos en el suelo por las bombas. Las mujeres fumaban, y Eva, sobre todo, consumía un cigarrillo tras otro. Aún había algunos árboles en el jardín del Ministerio, y el sol de la primavera destellaba sobre las verdes hojas.

Al día siguiente, la mañana del 24, Eva pretendió dar un nuevo paseo por su camino favorito del Tiergarten; pero los obuses rusos, que caían muy cerca, la hicieron volver al bunker. Fue aquélla la última vez que vio la luz del día.

Días antes otra mujer, la que hacía el número seis, se había trasladado al bunker. Era Magda Goebbels, rubia, vivaz, ataviada casi siempre como para un baile. Su marido, ella y sus seis hijos, se instalaron en la habitación que había dejado vacante el profesor Morell. Eva la acogió con los brazos abiertos, pues ambas eran ahora hermanas en la adversidad. Magda proclamaba en tonos dramáticos que también ella seguía siendo fiel a

la causa hasta la muerte, y lucía la insignia de oro del partido nazi prendida en la blusa, entre los senos.

El bunker del Führer constaba de dos pisos: el superior, donde se alojaban los secretarios, ayudantes y asistentes militares, y el bunker propiamente dicho, en el piso inferior. Este era un vasto rectángulo dividido en dos partes por un ancho corredor que servía de antecámara. En un extremo de este pasillo se hallaba la galería desde la que se podía salir al jardín. Por el otro extremo, una escalera conducía hasta el segundo piso, desde el cual se salía al exterior. La entrada se hallaba junto al ala derecha de la Cancillería.

La antecámara estaba atestada de muebles antiguos llevados del mismo palacio, y los cuadros de maestros famosos colgaban de los muros y comenzaban a cubrirse de moho, a causa de la humedad.

En la parte derecha se encontraba primero una puerta que daba a la alcoba de la encargada del guardarropa, y luego un compartimiento para la esclusa que controlaba el flujo de aguas. Seguía luego la llamada «sala de mapas» (donde tenían lugar las conferencias militares), que por una puerta se comunicaba con la alcoba de Hitler. A su vez, desde allí podía también pasarse a su despacho privado, por el que se salía a la antecámara, de ese modo adyacente, aunque no comunicante con la sala de conferencias. Al cuarto de baño, de grifos dorados, se entraba por el despacho de Hitler y por un pequeño tocador contiguo a la alcoba de Eva. Esta había amueblado cómodamente su habitación, de cuyas paredes pendían varios tapices. El cuarto no tenía entrada directa desde el pasillo, por lo que Eva debía pasar por la antecámara, el despacho de Hitler, el cuarto de baño y el tocador. Al lado de su alcoba, y, en un extremo de aquella parte del bunker se encontraban los excusados generales.

Al otro lado del pasillo central, frente a la sala de conferencias, estaba la habitación del profesor Morell, ocupada ahora por Goebbels. Detrás, la alcoba del cirujano, el doctor Ludwig Stumpfegger, y al lado, una salita que daba a la enfermería. Luego estaba la central telefónica y detrás la habitación de Bormann. Hacia el final se hallaban los generadores eléctricos y el dispositivo de ventilación.

La alcoba de Hitler estaba escasamente amueblada. Constaba de un catre de campaña, una mesa pequeña, dos sillas y la caja de los perros. En la sala de conferencias sólo se veía una gran mesa y varios bancos. La antecámara resultaba más acogedora, con tapices colgando de las paredes y profusión de cuadros italianos del siglo XVI. Adosado a la pared había un banco de estilo rústico y frente a la puerta, que comunicaba con la sala de conferencias, destacaba una mesa de gran tamaño rodeada de sillas y de otro banco.

El número de los que rodean al Führer se ha reducido considerablemente. Aparte de los que he citado al principio de este capítulo, sólo permanecen junto a él Zander, el ayudante de Bormann; Fegelein, cuñado de Eva; el embajador Walter Hewel, llegado para compartir la suerte final del amigo que le había repudiado; el coronel Nicolaus von Below, los demás ayudantes militares, el almirante Voss; el general Eckardt Christian, marido de la secretaria Gerda; los generales Krebs y Burgdorf, así como sus ayudantes; Lorenz, del Ministerio de Propaganda, que se ocupaba de las informaciones; los pilotos Bauer y Bets; Rattenhauber, de la Gestapo, jefe de seguridad; su ayudante, y otra hermosa mujer, fräulein Else Krueger, de ojos azules como el Mar del Norte, que desempeña el cargo de secretaria de Martin Bormann. No me detengo a enumerar los componentes del servicio doméstico ni del personal subalterno —entre los cuales hay una operadora de onda corta siempre dispuesta a acostarse con todo el mundo—, así como tampoco a los SS que integraban los servicios de protección. Lo cierto es que en ambos bunkers pululaban los SS sin demasiado que hacer, pero provistos de metralletas y granadas de mano, dando la

impresión de que el enemigo se encontraba no ya a dos estaciones de Metro de distancia, sino en los propios bunkers.

Julius Schaub había salido hacia el Sur, pero lo hizo por orden de Hitler. Después de haber quemado todos los documentos de la Cancillería, tenía como misión hacer otro tanto con los existentes en el piso del Führer, en Munich, y en el Obersalzberg.

Se continúa tratando de convencer a Hitler para que huya a Baviera, pero la solución no resulta viable, pues el 25 de abril, el Berghof resulta bombardeado y parcialmente destruido, mientras que el resto de la «pequeña capital» sufre daños de consideración. Tras el ataque aéreo, los habitantes del lugar se abaten sobre la casa de Hitler, iniciándose un frenético saqueo.

Llegan mensajes que semejan una maldición bíblica. En Berlín los rusos han ocupado todos los distritos, los del norte, los del sur...; también el palacio imperial ha quedado atrás y se han apoderado de la estación de Anhalt, así como de los centros nerviosos de la Wehrmacht: Maybach I, en Zossen, y Maybach II, en Wunsdorf. Tempelhof cae el 25, y los rusos se encuentran con los americanos en el Elba. Ya no queda más que el pequeño aeropuerto de Gatow; las demás carreteras están cortadas.

La antena y la instalación de radio han sido destruidas, y sólo un cable telefónico permite comunicar con el exterior; pero esta línea quedará interrumpida el día 26 de abril. Por este cable, dos días antes, se había transmitido la comunicación de Goering, que Hitler interpretó como un ultimátum, y en la que proponía tomar inmediatamente su sucesión. Goering es detenido en su finca del Obersalzberg. Si Hitler se halla furibundo, Goebbels se muestra regocijado como un chiquillo. ¡Ah, si además de ello su rollizo rival hubiera sido aniquilado en el ataque aéreo contra el Obersalzberg... ! La misma Eva no puede evitar un sentimiento de satisfacción. Por fin recibiría un buen castigo aquella orgullosa de Emma Goering, que siempre trató de usurparle el título de «primera dama».

No obstante, Eva se lamenta de todas las deserciones. «¿Por qué te han abandonado?» «¿Dónde está Speer, que era tu amigo?» «Speer vendrá, estoy segura, le conozco bien.»

Y en la mañana del 25 de abril —no olvidemos, sin embargo, que en el interior del bunker no existen amaneceres ni crepúsculos—, ven llegar a un hombre con el uniforme de las SS, de rostro simpático pero con sonrisa ambigua. Se trata de Albert Speer, que ha conseguido tomar tierra con un avión en la calzada Norte-Sur, cerca de la Columna de la Victoria, donde se exponen los cañones de Napoleón III capturados en Sedan. Eva le abraza llena de alegría, pero con lágrimas en los ojos.

—Sabía que iba a venir —afirma—. No podía usted dejar solo al Führer.

Speer, confuso, declara que partirá aquella misma noche. Eva no sabe nada de sus maquinaciones contra Hitler, de su tentativa de asfixia a todos los que estaban en el interior del bunker, y abraza al judas.

Mientras tanto, Hitler fluctúa entre la certidumbre de la victoria y el más negro de los derrotismos. Continuamente examina los mapas. Un mapa del Metro —como decía bromeando Eva Braun— y hasta el de un solo barrio, son suficientes ahora para estudiar el frente de batalla.

Pero ¿qué podía esperar el Führer? No pude evitar formular esta pregunta a Traudl Junge, quien me contestó: «Aseguraba que la suerte de una batalla depende del último batallón, y citaba las de Kuhnesdorf (victoria de Federico II), y la de Waterloo.» A su entender, si se lograba resistir a los rusos en Berlín, levantarían con ello la moral de los demás alemanes, como ocurrió con los soviéticos en Stalingrado. Aún disponía de fuerzas apreciables en Noruega, Italia y Checoslovaquia; éstas tendrían tiempo de dirigirse hacia la capital, para prolongar la guerra. Mientras tanto, las relaciones entre rusos y angloamericanos degenerarían en una serie de accidentes que harían inevitable un conflicto entre ellos. Hitler, entonces, se convertiría en el árbitro de la situación.

Si se tiene en cuenta lo que ocurrió más tarde, debe reconocerse que Hitler era bastante clarividente en materia política.

La última visitante del bunker —cuyos ocupantes no parecen ya seres de este mundo, pues casi se habían hecho a la idea (Eva la primera) de que el mundo de arriba no existía—, es Hannah Reitsch, la rubia piloto de pruebas, considerada como la primera aviadora del Reich, que pretende crear un cuerpo de kamikaze nazis. La Reitsch llega en compañía del general Von Greim, al que Hitler designará como sucesor de Goering. No está claro el motivo por el cual fräulein Reitsch tomó parte en aquel vuelo desesperado, pues en el plan inicial no se pensó que ella pilotara el aparato. Un sargento tomó los mandos de un «Focke Wulf 190» desde Reichlin a Gatow. Hannah Reitsch iba en un asiento posterior. Desde Gatow, el general Von Greim se hizo cargo de un «Fieseler-Storch», pero durante la maniobra de aterrizaje sobre el eje Norte-Sur, es decir en la calzada de Charlottenburgo, resultó herido por una bala rusa. Fue entonces cuando Hannah Reitsch se hizo cargo de los mandos, realizando la proeza de aterrizar en Berlín con el aparato. Los americanos la acusarán más tarde de haber sido llamada a la capital para llevar a Hitler clandestinamente a la Argentina.

Sin embargo, la idea de una evasión del Führer no existía más que en la mente de Hannah Reitsch. En efecto, la aviadora casi está a punto de arrojarle a los pies de Hitler, para suplicarle que se refugie en un lugar seguro, en espera de poder regresar al país, del mismo modo que Napoleón volvió de la isla de Elba. Afirma que en caso contrario ella morirá con él. Sí, morirá como una ninfa fiel, pues Hannah ama a Hitler con un amor fanático, descabellado.

Pero Hitler escucha aquellos proyectos sin prestar mucha atención y sin saber qué contestar a la amazona nazi, cuya época parece haber quedado muy atrás. Pero he aquí que Hannah Reitsch hace un descubrimiento aterrador para ella. Una mujer vive con Hitler, la amante, y él dice quererla. Siente un profundo desencanto y pasa incluso algunas veladas en compañía de Eva Braun; pero luego decide que no desea morir por el hombre que ha traicionado su amor. Por consiguiente, vuelve a emprender el vuelo, en la noche del 27 al 28 de abril. De este modo pudo ahorrarse la humillación de estar presente en el anuncio de la boda de Eva y el Führer. Al despegar su aparato, nota la presencia misteriosa en la calzada de otro avión, un «Ju 52».

En medio de aquella agitación, nadie había concedido gran importancia a la ausencia de Fegelein. Su orgullo le había acarreado las antipatías de casi todo el mundo, incluido el mismo Hitler, ya que durante las conferencias militares Fegelein tomaba la palabra para decir un montón de necedades.

En la noche del cumpleaños de Hitler, y hallándose en la habitación de su cuñada, Fegelein bebió largamente, y luego, cogiendo un uniforme de oficial del Ejército, lo arrojó a tierra y lo pisoteó al mismo tiempo que gritaba:

—¡Estos generales alemanes son todos unos cobardes!

Si a ratos Fegelein se mostraba apaciguado, era porque con uno u otro pretexto, convocaba al personal femenino, proponiéndole reunirse con él en la cama.

En la noche del 26 de abril, mientras Eva Braun hablaba con Hitler, Goebbels, Magda y los demás en el despacho del Führer. Goebbels propuso enviar a todas las mujeres —Eva, su esposa y las secretarias—, así como a sus hijos, a la Embajada de Italia, que hacía esquina con la Tiergartenstrasse, con objeto de que no corrieran peligro en caso de producirse una irrupción repentina de los soldados soviéticos en el bunker. De pronto, un ordenanza anunció a Eva que la llamaban por teléfono. Era su cuñado, Fegelein.

«Eva —le dijo—, estoy aquí en Berlín, a salvo. Escucha, debes abandonar al Führer; dentro de pocas horas será demasiado tarde para huir de Berlín. No seas necia, es cuestión de vida o muerte. Yo iré a reunirme con Gretl, un padre debe estar junto a su hijo...»

Eva replica horrorizada:

«Hermann, vuelve inmediatamente al bunker, de lo contrario el Führer va a creer que le has traicionado. Quiere hablarte...»

Pero Fegelein ha cortado la comunicación. Tal vez sólo trataba de que Eva le acompañase porque ella poseía un salvoconducto válido para todas partes.

Eva no mencionó lo ocurrido a Hitler, pero éste recibió el informe del oficial encargado de controlar las conversaciones. El Führer, entonces, ordenó a Rattenhuber:

—Vaya y tráigame a ese mozo.

Lo que Eva ignora, y lo que Gretl nunca había sabido de su marido, es que éste tenía un apartamento en la Bleibtreusstrasse, cerca del Kurfürstendamm. Pero la Gestapo sí lo sabía. El ayudante de Rattenhuber, Hognl, interroga primero al auxiliar del general de las SS; luego, en un «Mercedes» gris y seguido por un coche militar lleno de agentes, se presenta a las cinco de la tarde en la casa de Fegelein. Le encuentra vestido de civil, realizando preparativos para la huida.

En una maleta le encuentran 217 objetos de plata, un reloj de brillantes perteneciente a Eva, un cronómetro «Universal», otro «Omega», dos relojes «International Watch», dos pares de gemelos de oro con brillantes, varias pulseras, cincuenta piezas de oro «Freneli», suizas, y dinero en metálico: 105.725 marcos y 3.186 francos suizos. El funcionario de la Gestapo no concede demasiada importancia al, hecho de que algunos de aquellos objetos pudieran haber sido obtenidos en un campo de concentración. Únicamente constata la existencia de los francos suizos, que revelan la intención de Fegelein de escapar a un país neutral.

Pero hay algo más. Fegelein no está solo. Le acompaña una incitante húngara, y la presencia de la cama revuelta permite sacar ciertas conclusiones. Se trata de la esposa de un diplomático internado en un campo de concentración. La mujer, que hablaba en francés, había dicho a Fegelein que era rica, y éste pensó comenzar una nueva vida con ella en Suiza. El comisario llama por teléfono al bunker y recibe una contestación tajante: «Deténganle y fusílenle si trata de escapar»¹.

Al ser informada de este incidente, Eva interviene ante Hitler.

—Es joven, y su mujer espera un hijo, el único de la familia —implora—. No querrás que sea un huérfano.

El Führer se deja convencer y se contenta con mandar llamar a su cuñado, en uniforme, al despacho. Allí le propina una severa reprimenda y le acusa de cobardía, le arranca las hombreras y la cruz de caballero, y ordena luego que lo recluyan en una dependencia del bunker, transformada en celda, a fin de darle una buena lección.

Pero el destino no ha terminado aún con Hermann Fegelein, nacido el 30 de agosto de 1906 en Ansbach, y que se hallaba en la mañana del 28 de abril encerrado como hemos dicho en una celda del bunker. Hacia el mediodía llega otro comunicado a manos de Lorenz. Es un despacho de la Reuter transmitido por la radio sueca: Himmler ha propuesto celebrar conversaciones de paz, declarándose a la vez sucesor de Hitler². El Führer, ciego de cólera, imagina que Fegelein tiene que ver en el asunto. Se examinan sus papeles privados, y se advierte que parecen contener la prueba de la conspiración de Himmler. Fegelein quería marchar a Suiza para iniciar las conversaciones. Hitler ordena su ejecución, y dice a Eva:

—Es un traidor. Hay que ser implacable. No olvides a Mussolini y Ciano.

Eva, impresionada por aquel paralelo histórico, deja de oponerse.

—Tú eres el Führer —le dice—. Los asuntos de familia no tienen ya importancia.

¹ Musmanno, en *Ten Days to Die*, describe una conversación dramática entre Fegelein, cautivo, y Eva. La escena no tuvo lugar jamás.

² Ciertos historiadores sitúan la emisión de este despacho el 29 de abril. Pero es inexacto. El telegrama divulgado por la Reuter, según confirmó después esta agencia de noticias, data del 28 de abril.

Entretanto, Eva ha sido puesta al corriente de la existencia de la maleta llena de joyas —algunas de su pertenencia— y de la amante húngara, y ya no siente más que animosidad contra su cuñado. En el bunker, la noticia no hace salir a nadie de su apatía. Poco importa morir hoy o morir mañana.

Sin embargo, desde ese día, Eva Braun se muestra atareada. Para ella, el 28 de abril es el día más importante de su vida. Después de dieciocho años de humillaciones y de resentimientos, ha llegado, por fin, a conquistar a Hitler para siempre.

«Esta noche vamos a llorar», le dice a Traudl. Al principio ésta interpreta mal sus palabras. ¿Habla Eva del suicidio? Pero no, Eva se encierra en su habitación con la pequeña Liesl y se hace peinar, al tiempo que planchan sus vestidos y se realizan muchos otros preparativos misteriosos.

Hacia las ocho de la noche —o las diez, tal vez; ¿quién se interesa ya por la hora?—, Hitler pregunta a Traudl Junge si se encuentra bastante descansada, «pues quiere dictarle una cosa...»

La secretaria atraviesa la antecámara para entrar en el despacho de Hitler. Advierte que se ha dispuesto la mesa con todo lujo: mantelería bordada con las iniciales A. H., vajilla de plata y copas de champaña. Por otra parte, no es el champaña ni los víveres lo que falta en el bunker. Traudl no puede dejar de recordar que la última vez que subió a la calle, vio en medio de la Wilhelmstrasse un caballo muerto, del que las mujeres cortaban tajadas, muy dichosas de poder al fin alimentar a sus hijos.

Contrariamente a su costumbre de dictar a la mecanógrafa, Hitler pide a Traudl que coja su cuadernillo de taquigrafía. «Es mi testamento político», manifiesta Hitler, y Traudl contiene el aliento. La sesión de dictado se prolonga. Hitler, impaciente, sale a cada momento de la estancia. Ahora no corrige nada de lo que dice, él, que normalmente pulía cada frase, rehacía pasajes enteros y vacilaba varios minutos por una sola coma. Dicta luego su testamento privado; uno de los párrafos hace estremecer a la Junge: «Como durante los años de lucha no creí posible asumir la responsabilidad de fundar una familia, he decidido ahora, al fin de mi tránsito por este mundo, casarme con la mujer que después de años de fiel amistad, ha elegido libremente venir a compartir mi suerte en una ciudad que estaba casi totalmente asediada».

Eso era lo que quería decir Eva al hablar de lágrimas: un casamiento. Así se explicaba el champaña y lo demás. Como es lógico, Traudl no hace notar al Führer que exagera un poco al pretender que Eva se ha reunido con él en una ciudad asediada, pues en febrero Berlín aún no se hallaba amenazado.

Traudl Junge no asistió a la ceremonia; tuvo que encerrarse en una salita cercana a la alcoba de Goebbels, a fin de pasar a máquina los documentos. Hitler vuelve a la sala de conferencias, donde le esperaba Eva en compañía de los testigos y concurrentes al acto. Se encontraban allí Goebbels y su esposa, Bormann, Gerda Christian, Konstanze Manziarli, el general Burgdorf, el general Krebs y Axmann, jefe de las Juventudes Hitlerianas, que entre dos batallas ha descendido al bunker.

Se había previsto empezar mucho antes —ya casi es medianoche—, pero resultó difícil hallar un funcionario del Registro Civil y cuando descubrieron a uno, Walter Wagner, que combatía en el Volkssturm, cerca de la Friedrichstrasse, se encontraron con que éste no tenía formularios. Entonces, como funcionario consciente que era, Wagner fue a buscarlos a su casa. Pero no resultaba fácil desplazarse en lo que quedaba de Berlín, e hizo falta requisar un coche blindado, con el que dieron mil vueltas antes de llegar a su destino.

Eva no tenía en el bunker el vestido de novia de brocado perteneciente a su abuela; había quedado en Berchtesgaden. Tuvo que contentarse con un vestido largo de seda negra, falda acampanada y cuello cerrado. Era uno de los vestidos favoritos de Hitler. En una muñeca luce Eva una pulsera de oro con turmalinas, así como un reloj de oro y brillantes. De su cuello pende un colgante de topacios, y en el cabello lleva un

prendedor. Alguien inventó que lucía un collar de perlas, pero lo cierto es que Eva odiaba las perlas, y en ningún caso las menciona en su testamento.

Hitler aparece de uniforme, como de ordinario. La ceremonia se desarrolla rápidamente. Los anillos de boda resultan demasiado grandes, a pesar de lo mucho que había costado encontrarlos. Nadie en el bunker quería desprenderse de sus alianzas, pues el oro resulta inestimable para el caso de una huida. Por fin se consiguieron los anillos en la tesorería de la Gestapo. Tal vez se trataba de sortijas confiscadas a judíos deportados. Al día siguiente Eva enviaría la suya a su amiga Herta. Hitler conservó la suya.

Como todas las novias excesivamente emocionadas, Eva se equivocó al firmar el acta, empezando por poner una B, que luego tacha para escribir, por primera y última vez en su vida, Eva Hitler. El funcionario, tan nervioso como ella, también comete un error, y escribe «Waagner», con dos aes. Goebbels y Bormann actúan como testigos. Faltan pocos minutos para la medianoche del 28 de abril de 1945.

Un cuarto de hora antes, en el sector del Tiergarten, cerca del canal, un cabo se desploma con el cuerpo partido en dos. Combatía desde hacía tres días, defendiendo a su Führer. Se llamaba Hans Braun, y era primo carnal de Eva.

Durante bastante tiempo se creyó que Eva se había casado en la tarde del 29 de abril, es decir, un domingo. Pero Traudl Junge recuerda perfectamente qué fue el sábado 28, poco antes de la medianoche. No obstante, el certificado matrimonial lleva la fecha del 29. ¿Por qué? Resulta muy sencillo. Wagner, muy emocionado y también bastante confuso a causa del champaña ingerido, al pasar las hojas no se dio cuenta de que la tinta aún no estaba seca, por lo que se produjo un borrón, dejando la fecha ilegible. Quiso hacer la consiguiente corrección, y como funcionario consciente de las formalidades observó su reloj. Eran entonces las doce y treinta y cinco. Por consiguiente era ya el día 29, y sin más, corrigió el borrón y puso un 29. Todo esto resulta evidente con sólo consultar el original del acta, que se encuentra en la biblioteca Eisenhower de Abilene, Kansas. Muchos historiadores se han contentado con examinar fotocopias, en las que no se pueden apreciar semejantes detalles.

Hitler dio el brazo a su flamante esposa, y los presentes se encaminaron a su despacho, para la cena de bodas. El propio Führer bebió un poco de vino magiar y bromeó con los invitados. Eva se hallaba radiante —si bien Hitler no la besó al terminar la ceremonia—, y hablaba de bailar y divertirse. Hizo que llevaran el viejo gramófono con el único disco, *Rosas rojas*, y luego Hitler se dirigió al pasillo para recibir las felicitaciones de todo el personal. Sin embargo, el Führer se mostraba impaciente y fue a ver lo que hacía Traudl Junge, a la que Eva hizo llevar champaña y unas golosinas. Hitler permaneció con su secretaria hasta las cuatro de la madrugada, a fin de poder firmar los documentos. No pareció interesarle el hecho de que en el exterior y en los bunkers vecinos se organizaran pequeñas fiestas para celebrar su matrimonio.

Luego, el Führer volvió al lado de sus invitados y empezó a charlar de política con Goebbels y Bormann. Liesl, la criada, había dispuesto ya a medianoche el camisón de seda azul italiana de Eva junto a la prenda blanca basta, mal confeccionada y demasiado corta que el Führer utilizaba para dormir. Ambos camisonos fueron colocados sobre el lecho de su ama. Pero Eva y Hitler no se quedaron solos hasta las cinco de la madrugada.

Nadie sabrá nunca lo que ocurrió en aquella tardía noche nupcial. Parece cierto, evidentemente, que Eva no oyó las detonaciones que procedían del patio, hacia el lado del invernadero. Hermann Fegelein acababa de morir, acribillado como un perro, ante un pelotón de soldados de las SS.

Era el regalo de bodas de Adolf Hitler.

CAPITULO XX

«SATI»¹: EL SUPREMO SACRIFICIO

Aquel mediodía del domingo, 29 de abril, Liesl Ostertag llevó una taza de buen café a su ama. ¿Para qué iba a despertarla más pronto? Eva aparecía pálida, muy pálida, pues hacía una eternidad que no veía el sol.

—¿Me permite que le dé mis sinceras felicitaciones, *gnädiges fräulein*? —preguntó la doncella, y en seguida, enrojeciendo, rectificó—: Oh, perdón, he querido decir *gnädige frau*.

Eva la miró y con cierta displicencia repuso:

—Liesl, puedes llamarme sencillamente frau Hitler, que es lo correcto.

Eva sabe que no morirá aquel día, pues Hitler, antes de dejarla, le dijo que aún quedaba una última esperanza depositada en el general Wenck, al que él aguardaba con la misma angustia con que Napoleón esperó a Gouchy en Waterloo. También había otro motivo para retrasar el suicidio: el Führer deseaba morir un 5 de mayo, como Napoleón.

Así pues, Eva Hitler será durante dos días y dos noches la presidenta y la *Führerin* del Tercer Reich, Eva llama luego a Liesl, mientras ésta se hallaba arreglando el cuarto de baño.

—Pequeña, tengo una última cosa que pedirte —dice—. Cuando yo no esté más, deseo que vayas a ver a mi amiga Herta, en Munich (no en seguida, cuando te sea posible y no haya peligro) y que le entregues mi anillo de boda y este camisón de noche. Te será fácil de ocultar. Tengo confianza en ti. Toma esta otra sortija como recuerdo mío.

Liesl, profundamente conmovida, besa la mano de Eva.

Se produce un gran alboroto en el corredor, pero no ocurre nada grave. Se trata de los hijos de Goebbels, que imitan el tableteo de las ametralladoras y las explosiones de las granadas. Están jugando a la guerra. Cuando ven a Eva, esa mañana del domingo, se acercan a ella para abrazarla, pues todos sienten un gran afecto hacia la joven. Luego, al recordar sin duda las instrucciones de la madre, las niñas hacen una reverencia y el varón se inclina. «*Wir gratulieren*, tía Eva», le dicen.

Para ellos, casados o no, Hitler es el tío Adolf, y Eva la cariñosa tía Eva, pues muchas noches, cuando la madre ha bebido gran cantidad de coñac «Martell», es aquélla la que, secundada a veces por las secretarías y por Hannah Reitsch en los días que estuvo allí, les hace compañía. Eva les cuenta cuentos, pero los chiquillos prefieren que se les diga lo que está ocurriendo arriba.

—Los bandidos tratan de destruirlo todo —dice ella—, pero el tío Adolf subirá a su caballo blanco y les dará la lección que se merecen.

Se encuentran en el bunker cinco niñas y un chiquillo. Este se llama Helmut, tiene nueve años y ya sabe dar informes como un oficial, y señalar la procedencia de una bomba cada vez que una explosión sacude el bunker. Las niñas son: Heide, de cinco años; Hedda, de seis; Hilde, de siete, y Holde, de ocho. Queda la mayor, Helga de doce años, que duda un poco acerca de lo que pasa, y que cuando le hablan del «gran viaje» que van a hacer, cree que se trata de la excursión a su playa favorita de Pomerania. La esposa de Goebbels había ya tenido un hijo —Harald Quandt— de su primer matrimonio,

¹ Sati: Esposa hindú que al morir el marido solía arder con él en la pira funeraria. El autor alude al sacrificio de Eva Braun y a su cremación junto con Hitler. (N. del T.)

que estaba hasta poco antes en el frente; en efecto, la madre ignora que los rusos le han hecho prisionero.

Para dormir a los pequeños, Eva tararea la canción de cuna de Brahms; a veces se le unen Traudl, la Darán y Konstanze, formando un armonioso coro.

«Mañana, si ésta es Su voluntad, el Señor te despertará de nuevo...»

Traudl Junge no se atreve a contemplar las rubias trenzas de las chiquillas, pues las lágrimas le nublan la vista.

«Mañana —piensa ella—; pero ¿habrá un mañana para estas inocentes criaturas?»

Traudl ha dormido hasta muy tarde, ya que la confección de los documentos la dejó agotada. Ahora reflexiona y encuentra ridículo ese testamento. ¿Qué le quedaba al Führer? Y además, ¿cómo llevar a cabo su voluntad, cuando los herederos estarán casi todos muertos? En el testamento privado, Hitler ordena a Bormann que asegure por medios financieros «una pequeña existencia burguesa a mis hermanas y a la madre de mi esposa», como si Bormann, de haber salido vivo, hubiese tenido posibilidades de cumplir aquel deseo.

A este respecto, me interesa hacer resaltar que William L. Shirer, cuyo libro *The Rise and Fall of the III Reich* fue considerado por muchos, incluido yo mismo, como la Biblia del nazismo, se equivocó a fondo en su relato, al incurrir en todos los errores de Trevor-Roper y en muchos otros. Bastará un solo ejemplo: indica este autor que Hitler no había nombrado beneficiarios. Si se hubiera molestado en leer el documento original, en lugar de contentarse con una breve referencia por parte de alguien que hubiese echado un vistazo a la fotocopia, habría sabido que Hitler nombraba a sus hermanas, a la madre de Eva, a sus secretarias y hasta a la señora Winter, gobernanta de su piso particular, como a tales.

Volviendo a Traudl, diremos que ésta osó preguntar a Hitler, mientras cambiaba el papel de su máquina:

—¿Cree usted que el nacionalsocialismo nos sobrevivirá?

A lo que Hitler repuso rápidamente:

—No. El pueblo alemán no se ha mostrado digno de mi movimiento. Dentro de cien años, otro genio volverá a tomar mis ideas, y el nacionalsocialismo renacerá de sus cenizas.

Traudl Junge comparte con Hitler, y tal vez con Eva, un secreto que ignora el resto del bunker: lo que será la última escena del drama. Hitler, inspirándose en Wagner y en el libreto de ópera que había compuesto cuando tenía diecisiete años, había dictado:

«Yo mismo y mi esposa, a fin de escapar a la vergüenza de la retirada y la capitulación, hemos elegido la muerte. Es nuestra voluntad ser inmediatamente incinerados en el mismo lugar donde por espacio de doce años llevé a cabo la mayor parte de mi tarea cotidiana al servicio de mi pueblo.»

Se ha pretendido a menudo, basándose en informes de algunas personas presentes en el bunker, quienes tal vez inconscientemente relacionaron lo que en verdad habían visto con lo que más tarde leyeron u oyeron contar, que la decisión de Eva y Hitler de morir quemados se debió al conocimiento de la odiosa suerte corrida por Mussolini y Clara Petacci, su amante, en la Piazza Loreto, de Milán. Nada más falso. La noticia de la captura y de la ejecución de Mussolini llegó al bunker en la noche del domingo día 29. Como aún no existían aparatos transmisores de fotos, era imposible que Eva o Hitler hubiesen podido ver la imagen de Mussolini y Clara Petacci semidesnudos, con los pies colgando de un gancho de carnicero, aun en el supuesto de que dichas fotos hubieran sido reveladas esa misma noche, lo que resulta bastante dudoso. Las únicas novedades recibidas en el bunker procedían de un sencillo aparato de onda corta, un artefacto de aficionado, y se limitaban a repetir las emisiones radiadas desde Estocolmo. He revisado

la copia escrita de dichas emisiones, y la comunicación referente a Mussolini era sucinta y no daba detalles macabros. En el bunker fue recibida con indiferencia.

Hitler había tomado su decisión mucho antes. La disposición final se halla en el testamento que acabamos de citar y fue firmada a las cuatro de la madrugada de ese domingo día 29 de abril, si bien ya había sido dictada a *fräulein Junge* en la víspera, un poco antes de las once.

Traudl Junge bajó al enorme sótano, avanzando con dificultad por los húmedos pasillos del laberinto, con objeto de buscar algo de comida para los niños de Goebbels.

«Era un mundo de autómatas —recuerda ella—. No pensábamos más que en reír, en cantar... Se habían traído las reservas de alcohol y se comían panecillos untados con abundante caviar. Una fiebre erótica parecía haberse adueñado de las gentes. Vi por todas partes, incluso sobre un sillón de dentista, cuerpos entrelazados en posturas lascivas. Las mujeres habían perdido el pudor, y ni siquiera cuidaban de ocultar sus partes íntimas.»

Los SS no salían afuera más que para ir en patrulla de *huren* (burdel), es decir, a recoger mujeres en la zona asediada. Estas, atraídas por las promesas de víveres, café, bebidas, vestidos y joyas, o sencillamente porque también ellas tenían sed de amor, aceptaban participar en la orgía del bunker. Pasaban de una habitación a otra, como un periódico que todo el mundo quiere leer por turno.

Hacia las seis, Hitler convoca a sus fieles en su despacho. Estos entran desde la antecámara levantando una cortina de terciopelo rojo con franjas doradas. La estancia mide cuatro metros por algo menos de tres. El techo, sin duda para hacer el recinto más sólido, es bajo y pesa sobre el visitante. A la derecha, adosado a la pared, hay un escritorio sobre el que puede verse un cuadro de Federico el Grande pintado por Antón Graff. Es el objeto preferido de Hitler, el cual en los últimos días acostumbraba a decir: «Delante suyo no soy más que una mierda». Es la única pertenencia personal que quiere que sea conservada. El resto, estatuillas, ropas, agendas, estilográficas, todo debe ser destruido para que el enemigo no pueda vanagloriarse de poseer tales trofeos en sus museos.

Adosado contra la pared situada frente a la cortina de terciopelo rojo de la entrada, se encuentra un diván, o más bien un banco tapizado, ante una mesa cuadrada con tres sillas. A la derecha del sofá hay una mesita con una radio «*Volksempfänger*». Al fondo del muro de la izquierda, cerca de la puerta que da al baño y a la alcoba de Eva Braun, se hallan los mandos de la calefacción y la ventilación. De la pared pende el retrato de una mujer de hermosa apariencia; es Klara, la madre de Hitler.

—Wenck ya no llegará —dice Hitler a sus visitantes—. A menos que se produzca un milagro, mi esposa y yo moriremos. Ya he dado órdenes para que se disponga de nuestros restos. Espero al menos que una de las tres copias de mi testamento, que desde esta mañana Lorenz, Von Below y Zander están tratando de hacer llegar a Doenitz y a los demás, haya podido alcanzar su destino, pues deseo evitar el caos, y Goebbels, a pesar de mis órdenes, se niega a tomar mi sucesión.

A continuación, ofrece a las mujeres unas ampollas cerradas con sellos de cobre, que Himmler había suministrado en grandes cantidades. Era cianuro. Luego pide disculpas a Gerda y a Traudl, diciendo:

—No es precisamente lo que yo habría deseado para un regalo de despedida.

Eva poseía ya la ampolleta fatídica desde hacía bastante tiempo, y conocía los efectos del veneno. Brandt se lo había explicado anteriormente, por lo que no prestó gran atención a lo que Hitler decía a las secretarias. No es justo ni cierto decir que tenía miedo. Estaba, eso sí, nerviosa y agotada, como todo el mundo, pero la idea de la muerte había dejado de angustiarla. Se había hecho a la idea y tomado la decisión pertinente mucho antes, y así lo decía en las cartas de última hora. El resto de la velada lo pasó cantando su tonada favorita, *Té para dos* y jugando con los niños de Goebbels.

Los demás hablan del efecto del cianuro.

—Es preferible dispararse un tiro de pistola en la boca —afirma el general Krebs.

—Cierto —responde Hitler—, pero si fallo, ¿quién va a terminar conmigo? Y además, no quiero que el bonito rostro de mi Eva resulte desfigurado. No sería capaz de disparar sobre ella.

Goebbels manifiesta a su vez:

—Con el tiempo, estas ampollas pueden perder su efecto mortífero.

Hitler se siente acometido por las dudas. El veneno ha sido proporcionado por Himmler, un traidor. Hace seis días ha echado de su presencia a Morell, al que acusaba de querer dormirle con inyecciones para de ese modo poder trasladarle, contra sus deseos, fuera de Berlín.

Hitler dice entonces:

—Que venga Stumpfegger.

Se trata del doctor Ludwig Stumpfegger, el cirujano del bunker, el cual propone ensayar una de las ampollas en la perra «Blondie». Hitler consiente, pero luego le acomete otra duda. Stumpfegger pertenece a las SS. ¿Y si por orden de Himmler sustituyera una ampolla deficiente por otra buena? Se manda llamar a otro médico, el profesor Haase, que introduce el líquido en la boca de la perra alsaciana. Así murió «Blondie», a la que Hitler quería más que a nada, tal vez más que a Eva Braun, y de la que nunca quiso separarse. Otto Gunsche, su guardián de corps, transporta la caja con la perra muerta y los cachorrillos vivos arriba, al jardín. Luego, a pistolazos, mata a los perritos que tratan todavía de amamantarse en el cuerpo sin vida de la madre.

«El 30 de abril —recuerda Traudl Junge— empezó como un día cualquiera en el bunker. Hitler se había levantado temprano, contrariamente a su costumbre. Eva permaneció en su habitación hasta el mediodía.» A las seis de la mañana, Hitler llamó a su presencia al SS brigadeführer Mohnke, comandante del escaso cuerpo de combatientes en el exterior. El informe del militar es catastrófico. «Todo acabará en un plazo de veinte horas», asegura. ¿Se equivocaba Mohnke, o trataba de confundir intencionadamente a Hitler? El caso es que el mariscal Vassili Chuikov, que dirigía el ataque soviético, y al que la Historia reconocería como el conquistador de Berlín, llamó en esos momentos a Moscú, según escribe en sus *Memorias*, diciendo: «Imposible tomar Berlín para la fiesta del Primero de Mayo». Y en la noche de ese mismo 30 de abril, el mariscal manifestó con pesar a su superior, el mariscal Zhukov: «No parece que vaya a producirse una capitulación en los días siguientes. La lucha será larga.»

Hitler come en compañía de Eva, de las secretarias y la Manziarly. Werner Schwiedel, el criado que servía la mesa, relata que la conversación fue intrascendente. Después de la comida, Traudl acompaña a Eva a su habitación. Eva trata de parecer despreocupada, pero no quiere quedarse sola. Hablan de cosas sin importancia y luego Eva se dirige a un armario y coge su hermoso abrigo de piel de zorro.

—Señora Junge —le dice—, querría entregarle esto como recuerdo. Me gusta tanto que haya gentes bien vestidas a mi alrededor... Tómelo; deseo que lo disfrute mucho.

Traudl se siente conmovida, y no piensa en ese momento que la idea de salir del bunker vestida con un costoso abrigo de pieles es absurda. Eva le da un abrazo y le dice:

—Adiós, trate de salir de aquí. Tal vez llegue usted. Entonces, salude a Baviera de mi parte.

Hitler ha convocado a sus últimos fieles para despedirse de ellos. Abraza a Magda Goebbels y estrecha la mano de los demás. Eva y la esposa de Goebbels también se abrazan. Luego, Hitler y Eva se retiran al despacho. Gunsche, el guardaespaldas, con una metralleta colgada del hombro, hace que los presentes abandonen la antecámara y salgan al pasillo.

Es posible que en ese momento, y por toda Alemania, millones de mujeres envidien la suerte de Eva Braun. No me refiero a los campos de concentración, donde mueren como moscas, sino a las ciudades devastadas, donde las alemanas, perseguidas como ratas, contemplan impotentes cómo caen sus hijos desfigurados por las bombas, o huyen por las carreteras llenas de nieve y cieno, recorriendo largas distancias a través de bosques o ríos, o gritan en sus hogares, donde son violadas salvajemente por la soldadesca. Por todas partes sufren frío, hambre y ultrajes, y ante esto, la apacible muerte de Eva Hitler les parecería, quizá, una liberación.

En el pasillo se encuentran Bormann, Hewel y el general Krebs. Goebbels se halla ante la puerta de la estancia. Linge, el ayuda de cámara, está sentado junto a la entrada del bunker, en la escalera.

Magda Goebbels, en un arrebato, se levanta y se precipita hacia la puerta de la antecámara, pero Günsche, implacable, se lo impide. Entonces la mujer grita: «¡Mi Führer, no nos abandone! ¡Moriremos sin usted! ¡Venga..!» La mujer de Goebbels vuelve sobre sus pasos, sollozante, y se dirige a la pequeña habitación que sirve de enfermería. Arthur Axmann, que acaba de llegar al bunker, quiere entrar para despedirse del Führer, pero Günsche no lo consiente. Entonces va a reunirse con Goebbels.

Traudl Junge se halla en el segundo piso del bunker, dando de comer a los hijos de Goebbels. De pronto se escucha una detonación que se difunde por el hormigón, y el eco se multiplica como un trueno.

«Es una bomba que nos ha caído justo encima», asegura el pequeño entendido que es Helmut.

Pero se equivoca. No es una bomba, ha sido un disparo. Traudl no se cuida de consultar su reloj, pues se olvidó de darle cuerda el día anterior. Por otra parte, en el bunker nadie se preocupa de la hora. Más tarde se determina que eran las tres y media de la tarde cuando sonó el disparo. Claro está que pudo ser unos minutos antes o después.

Goebbels abre la puerta, después de un momento de duda. Le siguen Bormann, Günsche y Axmann. Linge entrará más tarde.

Eva Braun se halla a la izquierda del diván, con la cabeza apoyada en la esquina del mueble, mientras con la mano izquierda parece querer tocar el brazo de Hitler. Tiene una rosa prendida sobre el pecho, y sus cabellos están lavados y cuidadosamente peinados. El rostro no tiene expresión alguna, pero está muy bella. Su pequeño revólver se halla sobre el velador, junto a un chal de color rosado. La ampolleta rota, semejante a una barra de carmín, aparece tirada en el suelo. El aire apesta con las emanaciones de ácido y el olor de almendras amargas que sale de la boca de Eva. Se percibe también el olor a pólvora.

Hitler, a la derecha del diván, se ha disparado una bala con su «Walther» 7,65. Otra pistola del 6,35 se encuentra sobre la mesa, sin utilizar. Al lado está una ampolleta de veneno, intacta. Hitler se disparó en la sien derecha. La sangre fluye de un pequeño orificio, manchándole las mejillas y el uniforme recién planchado, resbala sobre la Cruz de Hierro que luce sobre el pecho y va a humedecer el diván. El Führer está muy pálido; su diestra cuelga hacia abajo, mientras la otra mano se apoya en el respaldo del sofá. Volcada sobre la mesa hay una pequeña garrafa. El agua sigue saliendo y cae al suelo, formando un charco en tomo a la pistola.

Günsche envuelve la cabeza de Hitler en una manta, auxiliado por Linge, y éste, con la ayuda del doctor Stumpfegger, que ha hecho acto de presencia para comprobar la muerte, lleva el cadáver arriba, utilizando la salida de emergencia que da directamente al jardín. Bormann trata de subir el cuerpo de Eva, pero no puede con ella y es Otto Günsche el que debe prestar ese último servicio.

Colocan los dos cuerpos cerca de una máquina hormigonera situada, a su vez, junto a la pequeña torre de observación del bunker, cuya construcción no ha podido

concluirse. No se atreven a ir más lejos por temor a los estallidos de los obuses. Kempka, el chófer, ha traído ciento cincuenta litros de gasolina, que se vierten sobre los dos cuerpos, colocados el uno al lado del otro. Los pies de Hitler están dirigidos hacia el bunker, y pueden verse sus gruesos zapatos y los pantalones oscuros con el galón lateral. Se procede a cubrir las piernas de Eva con una manta y tan sólo asoman sus elegantes zapatos de Ferragamo. Eva se halla a la derecha del Führer, como en la ceremonia de la boda. Es el momento del «Sati», el sacrificio esencialmente ario. Berlín en llamas es la pira, y los soldados rusos, avanzando con sus pesadas botas, ejecutan la marcha fúnebre.

Están presentes Bormann, Linge, Gunsche, Kempka, el doctor Stumpfegger, Goebbels —que no resiste la escena y no tarda en marcharse—, el general Krebs, el general Burgdorf y algunos SS. Son bastante pocos si se tienen en cuenta los millones que en Nuremberg juraron seguirle hasta la muerte. Kempka arroja un trapo ardiendo sobre la gasolina y las llamas se elevan con violencia, hambrientas. Un olor a carne quemada impregna el aire, igual que en las cercanías de los crematorios de los campos de concentración. Los cuerpos se consumen despacio, y hasta las cinco de la tarde podrán distinguirse aún las hermosas facciones de Eva Braun, que parece sumida en un sueño. El viento de la tarde o el calor de la hoguera agitan suavemente sus rubios cabellos, que ondean, se levantan y vuelven a caer sobre su frente.

MARGARETE²:

*Dein bin ich, Vater! Rette mich!
Ihr Engel! Ihr heiligen Scharen,
Lagert euch utnher, mich zu bewahren!
Heinrich! Mir graut's vor dir.*

MEPHISTOPHELES :

Sie ist gerichtet!

STIMME VON OBEN: *Ist gerettet.*

² MARGARITA:

¡Señor, a ti me entrego, sálvame!
Oh, angelicales legiones, ...
¡desplegad vuestras alas para acudir en mi defensa!
¡Enrique, me causas horror!

MEFISTOFELLES:

¡Ya está juzgada!

UNA VOZ EN LO ALTO:

Y perdonada.

Goethe, Fausto (Primera parte).

EPILOGO

Nunca ha podido hallarse el cadáver de Eva Braun o sus restos calcinados, en caso de que el cuerpo fuese consumido por las llamas.

A lo largo de los años transcurridos, los soviéticos no han contestado más que de mala gana y con explicaciones contradictorias a las preguntas que se les hizo al respecto. Lo cierto es que mostraban absoluta indiferencia sobre la suerte final de Eva Braun, con lo que no hacían más que enconar nuestras dudas. Los rusos, que son maestros en el arte de conservar y exhibir los cadáveres, no habrían desperdiciado la ocasión única que se les ofrecía de rematar su triunfo mostrando en la Plaza Roja, a las multitudes de las Repúblicas Soviéticas, los cuerpos de Hitler y de Eva Braun convenientemente conservados.

Pese a las encuestas, investigaciones, versiones oficiales, testimonios y un voluminoso aporte literario, lo ocurrido aquel lunes 30 de abril seguirá siendo uno de los grandes enigmas de la historia contemporánea. Ello nada tiene de extraño. El presidente de Estados Unidos, John Fitzgerald Kennedy, fue asesinado en pleno día, estando rodeado por centenares de policías y a dos pasos del coche de la Prensa, ante millares de testigos y disponiéndose de los medios de comunicación más eficaces del mundo. No obstante, a pesar de las comisiones de investigación y de un verdadero diluvio de libros escritos al respecto, no ha sido posible explicar su muerte. Lo cierto es que ni siquiera poseemos una sola fotografía del cadáver del presidente americano.

Kempka afirma que después de quemar los cuerpos, él y Rattenhuber enterraron los restos en un cráter abierto por una bomba cerca de la casita del chófer, al otro extremo del jardín. Otros hablan de una fosa común, asegurando que los SS mezclaron las cenizas de Eva y de Hitler con las de «Blondie» y «Wolf», que también habían sido quemados. Se alude también a una trinchera muy cercana a la entrada del bunker, y de la destrucción de los restos con un *panzerfaust* o *bazooka* alemán.

La cremación se llevó a cabo en el mayor de los secretos. ¿Por qué? No se quería que corriera la noticia de la muerte del Führer. Parece ser que la cocinera, Konstanze Manziarly, preparó aquella noche, como de costumbre, el puré de patatas con huevos fritos para Hitler con objeto de que nadie se apercibiese de su ausencia. Pero no sólo ella, sino también las secretarías y muchas otras personas sabían que el Führer y Eva se habían suicidado. ¿Cómo puede admitirse que a modo de postrer homenaje hacia el hombre junto al cual vivieron tantos años y por el que habían decidido enfrentarse con una muerte casi segura, o impulsadas al menos por cierta morbosa curiosidad, esas mujeres no intentaran, durante las prolongadas horas de la cremación, acercarse un momento a contemplar la pira? ¿Es que todas aquéllas, que se consideraban amigas de Eva, no pensaron en elevar una plegaria ni en depositar una flor o un recuerdo en el lugar donde su cuerpo se consumía?

«La muerte de Hitler —explica *fräulein Junge*— fue para nosotros como el fin de un estado de hipnosis colectiva. Bruscamente descubrimos la luz y nos invadió a todos un loco deseo de vivir, de volver a ser nosotros mismos, de retornar al estado de seres humanos. Hitler había dejado ya de interesarnos, y lo cierto es que su memoria nos inspiraba ahora una aversión profunda. En medio de la confusión que reinaba en el bunker, su muerte y sus funerales no fueron más que un ínfimo y desdeñable detalle.»

El gran trapecio de la Cancillería del Reich es hoy un gran solar rodeado de alambres de espino, que por hallarse junto al muro que divide Berlín, resulta inaccesible al

visitante ordinario. Hay torrecillas con policías armados de fusiles ametralladores, y se dice que el campo está minado. Nada queda del pasado en el hipotético lugar donde los cadáveres fueron incinerados, excepto un montículo ocultando la entrada de uno de los subterráneos.

En la primavera de 1967 convencí a Gretl Braun Fegelein, convertida hoy en señora Berlinghoff, para que visitara conmigo la zona de la Wilhelmstrasse. Me sentí consternado al ver que la hermana de Eva ni siquiera pensó en colocar algunas flores en el lugar donde las cenizas de su hermana se mezclaron con la tierra. Cuando se lo sugerí con el fin de tomar una fotografía —lo confieso—, Gretl reaccionó con la mayor indiferencia, similar a la que mostraron los familiares a quienes expulse el hecho. No puedo menos de sentirme perplejo pensando en la posible causa de semejante indiferencia.

Contrariamente a lo que se cree, la muerte de Hitler no fue seguida inmediatamente por una oleada de suicidios en el interior del bunker. La esposa de Goebbels, la única que no había traicionado, y que proclamó que no sobreviviría un minuto a su bienamado Führer, sólo pensó en los primeros momentos en parlamentar con el enemigo.

A las 2,46 de la madrugada del primero de mayo, un parlamentario alemán se presentó en las avanzadas del regimiento 102, de la 35ª División soviética, solicitando una entrevista entre el general Hans Krebs y el comandante en jefe soviético. A las 3,30 el mariscal Vassili Chuikov recibe al general nazi, el cual anuncia inmediatamente:

—Ayer, día 30 de abril, Hitler se suicidó.

Aunque no sabe nada, Chuikov, como buen ruso, contesta:

—Ya lo sé.

Krebs se extiende en detalles, presenta copias de los testamentos y explica enigmáticamente la naturaleza de su misión. Desearía que Goebbels fuera reconocido como sucesor de Hitler y que él y los demás ocupantes del bunker recibieran un salvoconducto para marchar al Norte y reunirse con Doenitz. A cambio de ello, promete iniciar los sondeos para celebrar un armisticio.

El general alemán trata de convencer a los soviéticos de que el único modo de impedir que Himmler logre un acuerdo por separado con los angloamericanos —acuerdo que iría en perjuicio de los intereses rusos—, consiste en permitir que Goebbels se haga cargo del Gobierno efectivo de lo que resta de Alemania. Doy aquí, de forma muy sucinta, mi interpretación de unas negociaciones que, a mi entender, constituyen uno de los episodios menos conocidos, aunque más interesantes, del fin de la guerra, y sobre el que sólo poseemos el relato, bastante impreciso, del mariscal ruso.

Lo notable del caso es que Krebs se equivoca varias veces cuando habla de la muerte de Hitler. En primer lugar declara que Hitler murió en la noche del 30 de abril al primero de mayo. Luego habla como si Hitler siguiera con vida. Cuando revela que el cuerpo ha sido incinerado durante la noche del 30 de abril al primero de mayo, no dice una sola palabra de Eva Braun, lo que resulta muy extraño. Hasta el más torpe de los negociadores hubiese tratado de asombrar aún más a su auditorio con el golpe efectista que significaba el anuncio de la muerte de Eva Braun.

Fracasada la misión de Krebs, éste regresa al bunker a las 13:55. Los ocupantes del mismo, que se sienten esperanzados, se muestran animados ante la momentánea interrupción del fuego de la artillería enemiga y deben ahora hacer frente a lo inevitable: rendirse a los rusos o tratar de huir.

Goebbels, víctima del lema de su propia propaganda que proclama «Prefiero verme muerto antes que rojo», dice a su mujer que ella y los niños deben librarse del monstruo bolchevique. Magda Goebbels, siempre impecablemente peinada y maquillada, con un vestido negro de lana que realza su cuerpo todavía joven, y ostentando la insignia de oro del partido prendida sobre el seno izquierdo, se dirige hacia la pequeña habitación

del bunker donde sus hijos están jugando. Heide, la más pequeña, padece amigdalitis y la han acostado en la enfermería, adonde acuden a visitarla con frecuencia sus hermanitos.

Nadie en el bunker trata de hacer cambiar de idea a Magda. Nadie, con excepción de Liesl Ostertag, la humilde criada procedente del campo, que jamás en su vida fue nazi, y que propone llevarse a los niños con ella a su rincón campesino, para esconderlos hasta que pase la tormenta. Pero Magda Goebbels se niega. Afirma que lo que se dispone a perpetrar no es, en realidad, un sacrificio —aunque olvida que obra así porque no tiene escapatoria—, y pretende ofrendar ahora una prueba de amor al Führer, el hombre al que amara con la misma intensidad con que odiaba a su marido. Es evidente que Magda Goebbels ha enloquecido.

Aunque tiene a su lado al doctor Stumpfegger, es ella la que coge la jeringa que contiene estricnina. Empieza con Heide, que se somete dócilmente. Es la segunda muerte provocada que ocurre en el bunker, sin contar las de Hitler y Eva. Aquella mañana, Schaedle, un SS que se hallaba herido, se había suicidado. Magda entra en la habitación vecina y dice: «Tienen que poner una inyección para el viaje». Entonces inyecta a Hedda y a Hilde. Acto seguido enciende un cigarrillo y charla despreocupadamente con los demás niños. Luego esa mujer, seis veces filicida, prosigue su tarea. Ya sólo queda Helga, la mayor; la niña advierte algo, lucha y se resiste. El doctor Stumpfegger le sujeta las manos por detrás y la inmoviliza.

Un número sorprendente de nazis que se mantenían ocultos en los tres bunkers lograron escapar en la confusión que presidió las últimas horas de la batalla. Para los que creen en una justicia intangible, nada resulta más paradójico que este hecho, ya que aquellos nazis eran responsables de una multitud de crímenes imperdonables que iban desde lo ocurrido en Auschwitz hasta las carnicerías del agonizante Berlín. Pero todo se olvida, todo se perdona, incluso Auschwitz. Lo único verdaderamente imperdonable es haber permitido a una madre desnaturalizada, convertida en demonio, aniquilar a sus hijos inocentes. Lo que resulta más estremecedor es que ninguno de aquellos SS, ninguno de aquellos generales que se proclamaban héroes y prototipos de hombres, tratasen de oponerse a esa madre, quitándole la jeringa homicida. Me niego a creer que esos fugitivos del bunker hayan podido dormir una sola noche en paz, durante estos últimos veintinueve años...

Magda se envenenó y murió con el nombre de Hitler en los labios. Su marido, Joseph Goebbels, se suicidó esa misma noche en el Ministerio de Propaganda. El general Krebs, no habiendo tenido éxito en su misión, se disparó una bala en la cabeza, y otro tanto hizo el general Burgdorf.

Traudl Junge se une a un grupo que encabeza Otto Günsche y que trata de filtrarse por entre las líneas enemigas. Antes de abandonar el bunker, Traudl Junge entra por última vez en la habitación que ocupara Hitler. El capote del uniforme, así como la gorra con las enseñas, están aún en el armario de la estancia. Luego, Traudl Junge entra en la alcoba de Eva, donde se encuentra la capa de piel de zorro con las iniciales E. B. cosidas en el forro y formando un trébol de cuatro hojas. Pero la antigua secretaria no se lleva nada consigo.

Con Günsche están ya la Christian, la Krueger y la Manziarly, así como Bormann, el piloto Bauer —que se ha metido bajo la camisa el retrato de Federico II que perteneciera a Hitler—, Stumpfegger, Kempka, Rattenhuber, Linge y Axmann. También están Mohnke, Hewel y el almirante Voss. Todos visten de civil, y las mujeres llevan pantalones. Kempka contará más tarde que Bormann murió al producirse una explosión en la esquina de la Friedrichstrasse, cerca del teatro Admiral (lugar que conozco bien, pues allí tenía yo mi oficina). Pero Kempka no es un testigo digno de fe. Matan a Stumpfegger, lo mismo que a Hewel, Rattenhuber y muchos otros. La Manziarly es apresada por una patrulla rusa. Se cree que terminó haciendo uso de la ampolla, último regalo de Hitler, para escapar a la violación.

Los soldados del Octavo Ejército soviético entran en el jardín de la Cancillería a las 12:05 del día 2 de mayo sin disparar un solo tiro, después de la capitulación de los SS. El soldado Chuzakov descubre en una trinchera los cuerpos aún humeantes de un hombre y una mujer. ¿Cómo podían arder aún, después de cuarenta y ocho horas? Misterio.

Hay vítores triunfales, se fotografía al cadáver de uniforme, que conserva aún un bigotito cuadrado (¿cómo no se le quemó?), y se piensa en otra cosa, en el saqueo del bunker, en beber y en festejar la victoria con el abundante champaña y coñac que abandonaron los vencidos en su huida.

A la mañana siguiente, un cocinero, Wilhelm Linge y el encargado del garaje, dicen que es el cadáver de Hitler. ¿Se trataba, acaso, de uno de sus socios, de aquel Alfred Streicher, o del hijo de la amante de Alois Hitler, que se parecía al Führer como un hermano gemelo?

El día 4 de mayo se descubren otros dos cuerpos (dos, pese a que nadie había informado a los rusos acerca de Eva Braun), y son trasladados a un establo de Buch, donde al parecer fueron enterrados más tarde. El 8 de mayo, Linge, prisionero de los rusos, examina el cadáver, que tiene un aspecto repulsivo. Se hace la autopsia del cuerpo, advirtiéndose que no presenta señales de heridas. Más tarde, durante la conferencia de Potsdam, Stalin dirá a Hopkins: «Hitler se envenenó».

En *The Last Battle*, Cornelius Ryan afirma que la especialista Kathe Hellsermann y su colega Fritz Echtmann, habrían identificado el maxilar inferior de Hitler el 7 de mayo de 1945, a petición del coronel Sokolowski. Pero no había radiografías de los dientes. Ya hemos visto que los dentistas de Hitler se llamaban Richter y Platchke, que tenían un consultorio en el Berghof y que pocas veces atendían a Hitler en Berlín. Nadie recuerda que en 1945 Hitler hubiese hablado de un tratamiento por su dentista y de una nueva dentadura. Son cosas que se saben en el reducido espacio de un bunker. Los especialistas, sin embargo, trazan de memoria un bosquejo del maxilar con todos los detalles. Interesante, pero lo cierto es que mi dentista, cuando me recibe, ni siquiera se acuerda de mi nombre. Y Kathe Hellsermann, que estuvo prisionera de los rusos durante once años, es perfectamente capaz de rehacer el dibujo en 1963. Después de un año de infortunio en Dachau, yo perdí hasta tal punto la memoria, que ni siquiera puedo recordar cómo se llamaban los compañeros de cautiverio que me rodeaban.

En cuanto a Eva Braun, parece que nadie quiso cuidarse de examinar su dentadura.

Otro detalle: nadie habló jamás de la alianza que Hitler llevaba aún en el dedo, en el momento en que se despidió de sus allegados. ¿Y qué fue de la joya preferida de Eva, de la que nunca se separaba? ¿Se apoderó alguien de ella? ¿Por qué no se enseñó nunca semejante prueba? Si fue un ruso el que se hizo con ella, a buen seguro que lo habría participado a sus superiores, a pesar del castigo.

No he dudado un solo momento de la muerte de Eva Braun y de Hitler, a pesar de que el mariscal Zhukov haya hablado de un avión «Arado» que habría abandonado Berlín en el último momento, durante el mediodía del 2 de mayo y de que jamás se haya explicado la suerte del «Ju 52» que vio Hannah Reitsch cuando despegó con su aparato.

El testimonio de Traudl Junge, de cuya buena fe no se puede dudar, así como las demás circunstancias, hacen que esas muertes deban considerarse como ciertas. Lo que me produce dudas es el momento del deceso, así como el procedimiento empleado.

Basta reflexionar un momento para darse cuenta de que nadie, absolutamente nadie, estuvo presente al producirse el suicidio. Los únicos que pretendieron haber visto a Hitler y a Eva muertos fueron Goebbels, Axmann, Günsche, Bormann y más tarde Linge. Kempka no vio más que un cuerpo vestido de uniforme y con la cabeza envuelta en una manta. En cuanto a Traudl Junge, Gerda Christian, la Krueger y los demás, sólo se

enteraron de la muerte de Hitler a través de terceras personas, y ya se sabe que los relatos, al repetirse de boca en boca, abundan en inexactitudes.

A Bormann no ha sido posible hallarle, y Goebbels murió. Axmann fue el único capaz de evocar el pasado. Pero en sus declaraciones y *Memorias* se muestra muy reticente y no parece querer entrar en penosos detalles.

Todo cuanto sabemos se basa principalmente en los relatos de Günsche, el guardaespaldas; Linge, el ayuda de cámara, y Kempka, el chófer. Se trata, pues, de tres criados, pero en vez de ser unos domésticos corrientes, son hombres de las SS, brutales, de inteligencia limitada, con un pasado de forajidos y cuyo poder de observación es muy reducido. ¿Está capacitada una de esas personas para escribir la Historia? ¿Qué entendían de balística, de medicina, de toxicología? Estuvieron allí, sobre todo, para trasladar los cadáveres, y en la prisa y la confusión del momento bien pudieron aceptar lo que Bormann y Goebbels les dijeran. No olvidemos la disciplina férrea de los SS, para quienes la palabra de un superior era la ley.

En cuanto a sus relatos no son más que una serie de contradicciones. Kempka sitúa la muerte hacia la una de la tarde. Günsche manifiesta lo mismo y dice que Hitler tomó veneno. Axmann asegura que el Führer se disparó en la boca, y Linge dice que fue en la sien. Una comisión de expertos del servicio del Gobierno federal alemán decidió que Hitler, en efecto, se disparó un tiro en la sien.

Nunca se ha explicado el motivo por el cual los fieles de Hitler, al que éste siempre dijo que iba a envenenarse, esperaron diez minutos en el pasillo a que sonase el disparo de una pistola.

Tampoco debe olvidarse que esos testigos de última hora eran fanáticos que estaban dispuestos a seguir cualquier consigna, a cometer cualquier crimen, a prestarse a cualquier maquinación.

Sus testimonios fueron obtenidos por el enemigo mientras eran prisioneros, por lo que no puede excluirse totalmente que se haya empleado con ellos la violencia, y hasta algún tipo de lavado de cerebro. De regreso a su país de origen, se les ofreció la posibilidad inesperada de ganar fuertes sumas de dinero, algo así como la mano que se tiende a un náufrago. Sus relatos, en consecuencia, tratan de asombrar al lector sin preocuparse gran cosa del respeto a la verdad histórica; en ocasiones, el relato es retocado por especialistas, y se intercalan informaciones procedentes de otras fuentes, que se dan como pertenecientes a ellos.

Por ejemplo, Kempka asegura que quitó el cuerpo de Eva Braun a Bormann, «porque sabía que Eva odiaba a Bormann y no quería que éste la llevase hasta la tumba». Eva, tan parca en confidencias, y que tan bien supo ocultar sus verdaderos sentimientos con respecto a Bormann, ¿habría confiado así sus sentimientos a un chófer al que debió de hablar en muy contadas ocasiones?

El valor que cabe conferir al testimonio de Kempka puede ilustrarse con este episodio: Ilse Braun fue a ver al chófer de Hitler para que le contase lo que había pasado en el bunker. Al volver a su casa, se da cuenta de que le faltaba una pulsera. Regresa a casa de Kempka y encuentra a éste, visiblemente desconcertado, con la alhaja en la mano.

«Se cayó —dijo él—, y mi mujer la encontró debajo de la mesa.»

Kempka se había casado con una italiana y tuvo que separarse de ella por orden de Hitler. La pareja se reunió después de la guerra, y es posible que la mujer influyera en la memoria del marido.

Por lo que respecta al mariscal Chuikov, éste cree que Hitler no murió el 30 de abril, sino que se preparó una comedia. Tal vez se dio muerte a un sosias y Eva se envenenó o fue envenenada para dar más veracidad al asunto. Sólo cuando todo se reveló ineficaz optó Hitler por suicidarse realmente.

Yo me inclino por otra hipótesis: Hitler no consiguió más que herirse, y Bormann y Goebbels le escondieron en algún sitio, en la esperanza de obtener un alto el fuego y de lograr una evasión, quizá mediante la entrega del Führer vivo, y con la seguridad de que los rusos y los angloamericanos no les harían nada. Por último, cabe la posibilidad de que Hitler vacilase al apretar el gatillo, y que Goebbels o Bormann entraran a darle el tiro de gracia.

«¡La puta de Hitler ha muerto!». Así anunció la noticia a Ilse Braun una campesina que atravesaba la calle y que no la conocía. Los padres se enteraron por la radio del casamiento y de la muerte de la pareja. Herta no dio cuenta inmediata del rumor a Gretl Braun, que vivía cerca de ella en su casa de Berchtesgaden y que estaba esperando un hijo de un momento a otro.

La familia casi se sintió aliviada al saber que Eva ya no vivía. Temieron que los rusos hubiesen cometido con ella cualquier tropelía peor que el fin que había elegido la propia Eva.

Por desgracia, la familia Braun tuvo que pagar caro aquel parentesco que no había buscado, así como las temporadas que pasaron en Berchtesgaden. Hubo interrogatorios por parte de los americanos, y luego persecuciones de las autoridades alemanas. Él padre se vio privado de su pensión, multado, sin trabajo, y le fueron confiscados los muebles, la casa y el dinero que tenía en el Banco. Luego se hizo sentir la marcada hostilidad de las gentes. Había vecinos que no les saludaban, amigos que les eludían, cartas llenas de insultos y de amenazas.

Los alemanes que no tenían mayores convicciones eran ahora enemigos encarnizados del nazismo, y aunque algunos no osaran atacar directamente a Hitler, aun después de muerto, parecían tratar de que fuera Eva Braun la que pagase por todos los desmanes que cometiera su marido. La Prensa, por su parte, se extendió en el relato de orgías imaginarias, de corrupción, de vilezas sin fin. Salió a la luz un falso diario, y, desde entonces, el nombre de Eva se vio envuelto en el barro.

Pero todo pasa. El padre consiguió hacerse perdonar y halló una vejez apacible, en tanto que las hermanas de Eva pudieron reconstruir su vida. El orgullo y la vitalidad de los Braun, empezando el camino desde abajo, les llevó a solidarizarse con Eva, y tomaron abiertamente su defensa. Ilse, sola y sin medios financieros, logró hacer que un tribunal condenase a los falsificadores del diario íntimo atribuido a su hermana. Después de esta notable victoria, Ilse prefirió buscar el olvido y dejar que las gentes murmurasen.

La madre habla hoy con orgullo de su hija muerta, la esposa de Hitler; una mujer honesta, por consiguiente. El resto parece importarle poco. Pero tengo la impresión de que la familia sigue tratando de evitar una pregunta que un día deberán inevitablemente afrontar: ¿Fue debido a la vida difícil que llevaba en el hogar de los Braun, por lo que Eva buscó una escapatoria en los brazos de Hitler? ¿No tuvieron responsabilidad en el hecho de que ella se entregase en cuerpo y alma a aquel demonio? ¿Por qué permitieron que abandonase Munich a fines de febrero de 1945, para ir a morir a Berlín? ¿Era realmente imposible persuadirla de que no lo hiciera?

Muchos de los amigos de Eva han muerto; Brandt fue ahorcado, Morell murió míseramente en 1948, en el Tagernsee, después de haber sido liberado de un campo de concentración. Otros prefirieron renegar de ella y llenar de insultos su memoria. Los hubo que pensaron que lo mejor era guardar silencio sobre el pasado y no decir nada que pudiera ser mal interpretado. Herta, su gran amiga —la única, tal vez—, conservó vivo el recuerdo de Eva, que para ella es una santa y una mártir.

Un internado polaco del campo de concentración de Dachau que había trabajado provisionalmente en la pequeña finca de la Wasserburgerstrasse, volvió a ésta con sus compañeros al producirse la liberación del campo. Habían iniciado ya el saqueo de la casa, cuando uno de ellos recordó, al leer un sobre con la dirección, que la propietaria, Eva Braun, se había casado con Hitler. Entonces se organizó una venta a gran escala de

recuerdos a los soldados americanos. Cuando los vestidos y la ropa interior se acababan, iban a buscar más prendas a cualquier otra parte. Todo ello se vendía como «ropas pertenecientes a la concubina de Hitler». Por fin, el comandante americano hizo ocupar la casa por un oficial y de este modo se puso fin a tan singular cambalacheo.

Gretl Braun, en compañía de su amiga Herta, había escondido en el parque del castillo de su marido, el Schloss Fishorn del Zell-am-See, en Austria, los álbumes de fotografías y las películas de aficionados, así como la correspondencia, joyas y otros recuerdos de Eva.

Trabó entonces Gretl conocimiento con un refugiado alemán al que encontró sumamente simpático. Cualquiera que hayan sido sus relaciones, el caso es que el hombre la convenció para que le revelase el escondite de aquellos efectos que habían pertenecido a Eva Braun. Ingenua, enamorada o esperando un beneficio del que se hallaba necesitada, Gretl se confió a ese hombre. El alemán era, en realidad, un agente de investigación del Tercer Ejército americano.

De este modo, los álbumes, las páginas del diario y otros documentos cuya naturaleza se guarda en secreto, fueron enviados a Washington. Las películas fueron explotadas, y en los álbumes se hallaron fotografías de Martin Bormann, las únicas existentes por aquel entonces. Estas fotos fueron inmediatamente reproducidas y distribuidas a los Gobiernos y servicios secretos de todos los países del mundo. Se decidió archivar los álbumes, y luego se olvidaron de su existencia. Fue en un rincón de los archivos americanos donde, por azar, di con ellos.

El día 4 de mayo los SS rociaron el Berghof con gasolina y prendieron fuego a la antigua mansión de Hitler. Poco después, a las seis de la tarde, aproximadamente, llegaron unidades de la 101 División Aerotransportada americana, seguidas por destacamentos franceses mandados por el general Leclerc. Las fincas, carteles, instalaciones y los restos del Berghof fueron destruidos progresivamente por los americanos y luego por las autoridades locales. Hoy ya no queda allí más que ruinas y hasta éstas van desapareciendo, llevadas poco a poco por los cazadores de recuerdos.

El Platterhoff ha sido transformado en un elegante albergue para el ejército americano, pues son muchos los turistas americanos que visitan aquellos parajes. (Se cuenta una media de trescientos visitantes diarios.) Para ellos, el Obersalzberg es el principal atractivo turístico de Baviera. Otro lugar que visitan con asiduidad es la zona donde se alzan las ruinas del campo de concentración de Dachau, cerca de Munich.

El hotel llamado Türkenhof, que se hallaba situado muy cerca del Berghof, ha sido abierto de nuevo al público por Therese Partner, hija de los antiguos propietarios. La comida es mala, pero las decoraciones son de buen gusto. Hay algunos detalles que glorifican al nazismo, y si la dueña está de buen humor, es posible que les cuente algunas anécdotas de los días dorados del Tercer Reich. La mujer se halla en posesión de una verdadera mina de oro: la entrada al bunker del Berghof, que puede visitarse por la suma de un marco. Las gentes tratan de buscar algún tesoro escondido por Eva y Hitler, y los hay que prueban incluso de cavar en la roca viva. Una pareja americana celebró su boda en la alcoba que perteneciera a Eva Braun.

El pabellón del Kehlstein, el «Nido de Águila», se halla intacto, y puede subirse a él cuando hace buen tiempo. El Gobierno alemán organiza el viaje. El ascensor dorado se halla en servicio, y la vista desde lo alto es magnífica. Se puede desayunar en la terraza, o en el lugar donde Hitler y Eva Braun tomaban sus comidas, así como sentarse ante la chimenea, en el mismo lugar que Eva solía hacerlo para contemplar el fuego. Nada ha cambiado, salvo que alguien tuvo la idea de colocar una cruz en la cima de la montaña, y también por la presencia de numerosas tiendas dedicadas a la venta de recuerdos y en las que pueden adquirirse tarjetas postales que evocan el pasado, o bien platos con el retrato de Hitler, así como toda clase de chucherías.

Cabe preguntarse si los trescientos mil turistas que anualmente visitan el Obersalzberg, lo hacen por simple curiosidad, para pasar el rato, o si es ya una especie de peregrinaje. Aún es demasiado pronto para decirlo.

La hija de Gretl nació el 5 de mayo, el día en que Hitler había soñado morir, como Napoleón. Hoy es una chica alta y hermosa, que se parece muchísimo a su padre, Hermann Fegelein. Sin embargo, jamás habla de él, ya que el nombre Fegelein es un nombre maldito para la familia Braun.

Cuando le enseñé las fotografías de tiempos pasados, ella se rió y dijo:

—Mamá, ese Hitler tiene el aspecto de un payaso. ¿Cómo podías hablarle sin morirte de risa?

Al igual que la mayor parte de los jóvenes de su generación, la hija de Gretl no siente ningún interés por el pasado. Sin duda espera que en Alemania sea posible formarse una opinión de lo ocurrido, sin tener que preocuparse de la reacción de los rusos o de los norteamericanos.

Me tomé el trabajo de comprobar el certificado de nacimiento de la joven y advertí que nació, en efecto, en la fecha antedicha. Por la época en que debió de ser concebida. Gretl no vivía junto a Hitler. Ello excluye toda posibilidad de una filiación en ese sentido.

La pequeña Eva —así se llama— se casó con un agradable joven del que estaba muy enamorada. Pero él murió en un accidente automovilístico en Italia. Eva compró el coche, lo hizo reparar, y desde entonces lo utiliza continuamente. Singulares mujeres, las de la familia Braun.

La madre y las hermanas de Eva reciben continuamente cartas de desconocidos que pretenden ser hijos de Hitler y Eva Braun, y que relatan historias fantásticas. Pero cuando les piden una prueba concreta, esas gentes dejan de escribir. Ilse colecciona todas las noticias publicadas en los periódicos en relación con esos hijos «secretos». Cuando le hice una pregunta, me contestó sencillamente:

—¿Cree usted que si Eva hubiera tenido un hijo, le habríamos dejado abandonado a su suerte durante veintidós años? Si conociera la existencia de ese hijo, daría la vuelta al mundo, de rodillas incluso, para encontrarle.

La madre superiora del convento de Simbach, donde Eva se educó, me hizo esta pregunta:

—¿Amó Hitler a Eva?

Entonces no supe contestarle, pero desde ese día he reflexionado muy a fondo. Hay muchas clases de amor: el de Otelo, que mata a Desdémona; el de Napoleón, que sacrifica a Josefina por un imperio; el de los esposos que llevan casados mucho tiempo y que riñen continuamente; el de las películas italianas; el del jefe de Estado que adora a su mujer y que pulsa un botón, provocando la destrucción atómica de una ciudad. ¿Qué clase de amor podía ofrecer Hitler, un ególatra por excelencia? Sólo un psiquiatra puede contestar a esta pregunta. Pero por limitado que fuera ese amor, lo cierto es que Hitler se lo ofreció a Eva. Tuvo hacia ella la única forma de vinculación y de ternura de que era capaz.

Pero no se casó por amor. Hitler tuvo siempre el espíritu de un burgués, y deseó regularizar una situación que siempre le había parecido penosa. Tal vez quiso cumplir una promesa hecha a Eva, y que ahora podía permitirse satisfacer sin esfuerzo, llenándola de ese modo de alegría, y, sobre todo, recompensándola por haberle seguido hasta la muerte, ya que no podía concederle una condecoración, como había hecho con la mujer de Goebbels.

No obstante, soy del parecer que la causa de ese casamiento fue muy otra. Hitler, que entendía mucho de propaganda, deseaba dejar a los alemanes una visión a la vez humana y heroica de su Führer, de un Adolf Hitler locamente enamorado de una mujer, hasta el punto de hacer que participe de sus funerales de vikingo.

Y es que si Hitler hubiese amado normalmente a Eva, habría podido salvarle la vida. Una sola palabra del Führer y la hubieran llevado fuera de Berlín, con los pies y las manos atadas, de haber sido necesario. Eva eligió libremente su suerte, eso es indiscutible, pero su muerte fue consentida por Hitler. Puede decirse que el de Eva no fue un suicidio, sino un asesinato.

Por su parte, ¿amó Eva Braun a Hitler? Al lector le toca decidir. Pero sea cual sea su veredicto sobre esa infortunada mujer de triste sino, no debe olvidar que Eva Braun fue sólo un símbolo de aquella Alemania turbulenta del período que va desde 1929 hasta 1945. Lo mismo que Alemania, Eva se entregó ciegamente a un anormal; como Alemania, tuvo confianza en él y se dejó guiar; igual que Alemania, le veneró como a un dios y le quiso como a un padre, y, en fin, como la Alemania de entonces, Eva descendió por él y junto a él, a los infiernos.

FIN